

LA GUERRA DE LOS ESPEJOS II

Roja



LA VERDADERA HISTORIA DE
ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

FRANK BEDDOR

Lectulandia

La guerra de los Espejos rompió nuestros esquemas sobre *El País de las Maravillas* al introducirnos en la verdadera historia de Alyss y su batalla por recuperar el trono que le pertenece. Ahora Marvilia vuelve a estar en peligro y todos deben prepararse para plantar cara a Roja.

El reinado de Alyss en Marvilia acaba de empezar, y aquellos que prefieren el caos a la paz ya amenazan con destruir todo lo que vale la pena imaginar. Seguida como una sombra por Molly, la recién nombrada escolta real, Alyss se esfuerza al máximo por cumplir con las incesantes exigencias del cargo, mientras intenta escapar unos momentos de la mirada de su protectora para estar a solas con Dodge.

En la complicada vida de Alyss se mezclan el deber, el amor y las decisiones difíciles. De pronto, una serie de avistamientos fantasmas revive la leyenda urbana del retorno de Su Malignidad Imperial, que al parecer está... roja de ira.

Atrévete a entrar en el Laberinto Especular: un País de las Maravillas que nunca antes habías imaginado.

Lectulandia

Frank Beddor

Roja

La guerra de los espejos - 2

ePub r1.0

Levemka 09.11.14

Título original: *Seeing Redd*
Frank Beddor, 2007
Traducción: Carlos Abreu Fetter
Diseño de cubierta: Automatic Pictures, Inc.

Fuente digital: TMOTB (The Magic of the Books)

Editor digital: Levemka
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Christine y Luc

Prólogo

Habría debido sentirse desorientada al ver su propia imagen mirándola con aire despectivo desde los innumerables espejos cubiertos de polvo que la rodeaban, pero estaba demasiado absorta en la búsqueda que la había llevado hasta ese laberinto que habría debido cumplir su función hacía tiempo.

—¡Estoy aquí! —gritó ella, y las palabras rebotaron en los cristales de aspecto empañado sin cesar ni perder intensidad. El ruido retumbó dolorosamente en los oídos de Roja, pero a ella no le importó. Estaba dispuesta a soportar cualquier cosa. Había llegado hasta allí, y no se marcharía sin antes dar con lo que buscaba.

En todas direcciones, los pasillos con paredes espejadas se bifurcaban en tramos oscuros del laberinto. Ella intentó localizar el cetro por medio del ojo de la imaginación, pero al parecer sus poderes no servían de nada allí. Tendría que encontrarlo al viejo estilo, recorriendo los pasillos sistemáticamente, buscando el cetro como lo haría un tonto ciego y desorientado.

—Vaya un laberinto de pacotilla —refunfuñó, porque había descubierto que para pasar de un corredor a otro le bastaba con atravesar las paredes espejadas. Su laberinto era fantasmagórico, una mera sombra espectral de lo que había sido. De pronto, oyó un siseo a su espalda.

Se dio la vuelta rápidamente, preparada para cualquier cosa. El polvo de un espejo se había desprendido de la superficie y formado en el aire una figura femenina: la de la adolescente que ella había sido antes de dejar que la corrupción le torciese y deformase el rostro, antes de sufrir cambios al atravesar el Corazón de Cristal: la consentida, intratable y vengativa Rose de Corazones.

—¿Cómo osas mostrarte ante mí, que soy más inteligente e imaginativa que tú? —susurró la figura de polvo antes de desvanecerse en la nada.

Roja siguió adelante, e imágenes no del todo definidas revolotearon en su visión periférica, apariciones que la señalaban con los ojos muy

abiertos, sorprendidas de que aquélla para quien estaba destinado el laberinto llegase tanto tiempo después de lo previsto. Cuando ella se volvía para mirarlas directamente, ellas cambiaban de lugar y permanecían al borde de su campo visual.

Sólo una imagen se mantenía a la vista, lo que dio qué pensar a Roja: la de ella entrando furtivamente en los aposentos de su madre, justo después de que la excluyesen de la línea sucesoria al trono, para depositar la seta venenosa en la lengua de la reina Theodora. No tenía remordimientos —su madre merecía aquella muerte prematura—, pero tras aquella noche nunca había vuelto a utilizar setas letales para sus perversos fines.

El cetro estaba tirado en el suelo, más adelante, como si no fuera nada más que un palo inútil que alguien con prisa por marcharse hubiese dejado caer. No cabía duda de que en otra época había sido un objeto de colores vibrantes, un bastón brillante y cristalino con una filigrana trabajada e incrustaciones de pedrería que aguardaba el primer contacto de su propietaria. Sin embargo, ahora el corazón que remataba el cetro estaba deslucido y gris. Las pocas piedras preciosas que quedaban se habían ennegrecido. La filigrana estaba oxidada y, en algunas partes, se había descascarillado por completo. Pero, de no haber sido así, si hubiese encontrado un cetro tan espléndido y palpitante como el de Alyss de Corazones, habría creído que se trataba de una trampa, de un engaño. El cetro que tenía a sus pies, elaborado pese a su deterioro..., aquello encarnaba la belleza. Y no obstante yacía allí abandonado, repudiado, como ella por su familia.

—¡Y encima tuvieron la insolencia de culparme a mí! —vociferó.

De nuevo, sus palabras reverberaron hasta convertirse en ruido.

—Es culpa tuya, Rose —le había dicho Theodora—. Yo no puedo permitir que te corones reina. Nunca escuchas los consejos de nadie y te niegas a guardar la menor disciplina, de modo que quebrantas los principios más elementales de la Imaginación Blanca.

—¡Tal vez sea disciplinada para otras cosas! —había espetado ella.

—Eso es lo que temo. Ya has asustado a algunos marvilianos importantes.

Roja se había impuesto como objetivo en la vida asustar a los así llamados marvilianos importantes. Había asustado a un gran número de ellos durante su reinado, que había sido demasiado breve. Sin embargo, los miedos que había infundido, el terror que había infligido, no eran nada en comparación con lo que conseguiría ahora que había recorrido su propio laberinto Especular.

Sus dedos se cerraron en torno al cetro, que le dio acceso a todo el

potencial de su imaginación. Ahora era el miembro más poderoso de la familia de Corazones. Volvería a apoderarse del Corazón de Cristal y entonces nadie, ni siquiera la repipi Alyss, podría arrebatárselo. Jamás.

PRIMERA PARTE

Los mejores arquitectos de Marvilia lo habían diseñado y habían supervisado su construcción. Los cristaleros, carpinteros, albañiles y joyeros más habilidosos habían trabajado sin descanso para asegurarse de que todo, hasta el más mínimo detalle, se hiciese con arreglo a los planes: el palacio de Corazones, edificado desde cero en el terreno que el palacio anterior había ocupado durante generaciones antes de que Roja lo destruyese cruelmente.

—Los artesanos no han escatimado esfuerzos, en homenaje a ti, Alyss —dijo Jacob Noncelo mientras acompañaba a la reina y a su escolta personal, Molly la del Sombrero, en su primer recorrido por el palacio.

Las puntas de las orejas descomunales de Jacob se doblaron hacia delante. Unas venas de color azul verdoso parecieron hincharse bajo la piel traslúcida de su calva. Algo le resultaba divertido.

—No necesito homenajes —repuso Alyss.

Jacob enarcó las cejas y abrió mucho los ojos en señal de satisfacción.

De modo que de eso se trataba. Había estado deseando oírlo decirlo en voz alta. Alyss no entendía por qué él nunca se cansaba de oír sus expresiones de modestia. Era como si creyera que demostraban la clase de reina que era y siempre sería. «Lo que no sabe es que en realidad no tengo nada de modesta».

—Tal vez no necesites un homenaje, mi querida Alyss —prosiguió Jacob—, pero la ciudadanía sí, y todos aquellos que han contribuido a la construcción de este magnífico palacio...

—¡Hmmm! —dijo Molly, y con un encogimiento de hombros abrió su mochila de la Bonetería, de modo que sus cuchillas y tirabuzones quedaron desplegados, preparados para el ataque.

—... han manifestado su deseo de que sirva como un monumento a la Imaginación Blanca, como una proclamación de tu supremacía sobre... ¿cómo llamarlas?... Las turbias maquinaciones de la Imaginación Negra. El palacio simboliza la esperanza de que tú...

—¡Inggg! —gruñó Molly, replegando las armas de su mochila con otro encogimiento de hombros.

—... devuelvas a nuestra nación la paz y el bienestar que imperaban durante el reinado de tu abuela, cuando se supone que Marvilia no conocía la disensión. He aquí la cámara ancestral.

Jacob guió a Alyss y a su escolta a una sala cuyo techo abovedado y tachonado de gemas relumbraba en tonos violáceos y dorados. Enmarcadas en cristal jaspeado colgaban en todas las paredes retratos holográficos de los padres, abuelos y bisabuelos de Alyss, las generaciones de la familia de Corazones que habían reinado al servicio de la Imaginación Blanca.

—¡Yaaah!

—Molly, por favor —la reconvino Alyss.

—Perdón. —Molly se encogió de hombros por última vez, y las cuchillas de su mochila volvieron a retraerse.

La Bonetería, la fuerza de seguridad de élite de Marvilia, se había reinstaurado oficialmente, y a la joven le había dado por llevar el uniforme del jefe anterior del cuerpo, Somber Logan: la chaqueta larga que ondeaba tras ella como una capa cuando corría; el cinturón mortífero a lo largo del cual, cuando se oprimía la hebilla, surgía una serie de sables; los brazaletes que se abrían de golpe transformándose en unas cuchillas que giraban en la parte exterior de las muñecas; la mochila.

—No había visto a la gente tan ilusionada desde que era un joven albino recién graduado de la escuela de preceptores —suspiró Jacob mientras salían de la cámara ancestral y continuaban avanzando por el pasillo—, pero haz de saber, Alyss, que la paz durante el reinado de Issa no era tan absoluta como piensan los marvilianos. Siempre habrá quienes comparen desfavorablemente el presente con un pasado que creen más feliz de lo que era, pues no vivieron en él, como yo.

—Me cuesta imaginarte joven, Jacob —dijo Alyss.

«Sí que está parlanchín hoy». Habría pensado que su preceptor había asistido a demasiadas celebraciones reales como para seguir entusiasmándose con ellas. Pero estaba siendo un poco corta de miras.

Más que la festividad en sí, lo que le levantaba la moral era el hecho de que se trataba de su primer acto oficial como reina de Marvilia.

—Ésta es una de las bibliotecas —dijo Jacob cuando entraron en una sala revestida de paneles y repleta de libros, rollos y cristales de lectura.

Sólo habían transcurrido tres ciclos lunares desde la derrota de Roja, y las presiones inherentes a las funciones de Alyss empezaban a pesar sobre ella. No quería decepcionar a nadie, y menos aún a Jacob, lo más parecido a una figura paterna que había tenido desde que su tía Roja había asesinado a sus padres.

—¿No opinas lo mismo, Alyss? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Sobre qué?

—Le comentaba a la joven Molly...

—No soy joven —barbotó Molly.

El preceptor se quedó callado por unos instantes. Durante el breve lapso desde el derrocamiento de Roja, la muchacha había crecido hasta ser tan larga como una gombriz, y la graciosa curva de su tabique nasal se había enderezado un poco, prefigurando a la mujer guapa en la que pronto se convertiría. Sin embargo, aún tenía el rostro terso, los mofletes carnosos y unos ojos claros y penetrantes que se clavaron en él con aire desafiante. A pesar de todo, seguía siendo una niña.

—No —admitió Jacob—. Después de lo que hemos pasado, supongo que ninguno de nosotros podría considerarse joven, aunque, como Alyss ha señalado amablemente, es poco probable que alguien se hubiera aventurado a pensar que yo lo soy. Mis disculpas, Molly. Como decía, aunque los principios de la Imaginación

Blanca son ajenos a la abundancia de lujos con que cuenta este palacio, podría decirse que su opulencia representa una época en que la belleza reinaba en Marvilia libre de la influencia de la codicia y otras lacras.

«Cuesta creer que éste sea el sitio donde voy a vivir».

Los centelleantes chapiteles de cristal y los mosaicos de ágata, los suelos con incrustaciones de jaspe y de perlas, las paredes de cuarzo, piedra y argamasa brillante; todo ello le resultaba muy poco familiar y mucho más suntuoso que el palacio anterior.

—A Alyss tal vez no la entusiasme en demasía esta clase de cosas —decía Jacob mientras reanudaban la marcha por el pasillo—, pero en ocasiones una reina debe obedecer en vez de dirigir. La sabiduría radica en saber cuándo, y, en este caso, Alyss ha optado sabiamente por someterse a la voluntad del pueblo. —Las orejas de Jacob vibraron de pronto—. Tenemos compañía.

Pronto Alyss oyó unos pasos que se acercaban. El general Doppelgänger apareció al fondo del vestíbulo, con sus botas militares repiqueteando sobre el suelo pulido. Hizo varias reverencias seguidas y comenzó a hablar antes de encontrarse cerca de ella.

—Mi reina, he enviado tres barajas de naipes soldado a vigilar el perímetro de los terrenos reales. El caballo blanco y su milicia del ajedrez estarán apostados en el interior del palacio y en sus jardines. Han prometido llamar la atención lo menos posible, para no intranquilizar a vuestros invitados, pero...

Alyss se rió.

—Son piezas de ajedrez, general; siempre llamarán ligeramente la atención.

—En efecto, en efecto. —El general se pasó una mano inquieta por el cabello y se dividió en las figuras gemelas de Doppel y Gänger.

—Os rogamos que recapacitéis —dijo el general Doppel.

—Es un riesgo que acuda tanta gente al palacio al mismo tiempo —convino el general Gänger.

—No deseamos sembrar una alarma innecesaria...

—... pero estamos expuestos a intrusiones por parte de cualquiera de los posibles enemigos que aún tengamos entre la población.

—Y eso por no hablar del peligro que eso supone para vuestra propia seguridad.

—La reina Alyss puede cuidar de sí misma —aseguró Molly la del Sombrero—. Además, me tiene a mí. —Con un movimiento ágil, se quitó el sombrero de la cabeza, lo comprimió para transformarlo en un disco de bordes afilados y lo lanzó de modo que voló hasta el fondo del vestíbulo y volvió hacia ella. Ella lo atrapó y, con una sacudida de la muñeca, lo devolvió a su forma inocua de sombrero y se lo encasquetó en la cabeza.

«Siempre se empeña en demostrarme su valía, pese a que ya la ha demostrado con creces en batalla».

Molly la del Sombrero era aún demasiado inexperta para ceñirse a la norma de la

Bonetería según la cual había que disimular las propias emociones, una norma que Somber Logan había observado a rajatabla.

—Les agradezco su diligencia e interés, como siempre —les dijo Alyss a los generales—, pero el monumento es para todos los marvilianos. Además, si quiero que aflore lo mejor de la gente, debo pensar lo mejor de ella.

—¡Empezáis a hablar como Jacob! —protestaron Doppel y Gänger al unísono, y dieron media vuelta a la vez para retirarse.

—Les acompaño, generales —dijo Jacob—. Debo empolvarme la cabeza y mullir mi toga de erudito para la celebración, de modo que yo también me despido de la reina.

—No lo entiendo —dijo Molly una vez que Jacob y los generales se hubieron marchado—. Es un albino. ¿Para qué se echa polvos blancos en la cabeza?

Alyss sonrió.

—Cuando seamos tan listas y cultas como Jacob, seguro que sabremos la respuesta, Molly. Pero me parece que es hora de recibir a los invitados.

El jardín real, un patio en el centro de los terrenos del palacio, estaba atestado de marvilianos felices, cuyas carcajadas competían con el canto de los girasoles plantados a lo largo del monumento a los caídos.

Alyss sólo les había pedido una cosa a los arquitectos: que allí donde estaba enterrado el juez Anders, jefe de la guardia de palacio y padre de Dodge Anders, erigiesen un monumento que honrase a todos aquellos que habían muerto durante los trece años de reinado de Roja: miembros de la familia real, civiles, naipes soldado, milicianos del ajedrez, guardias del palacio y hombres y mujeres de la Bonetería. No se habían podido recuperar los cuerpos de la reina Genevieve ni del rey Nolan, por supuesto, pero Jacob había sorprendido a Alyss entregándole dos de los objetos que recordaba con más cariño: un maspíritu de juguete inventado por su padre y una de las pulseras amuleto de su madre, que había mantenido escondidos en los pliegues de su toga durante toda la tiranía de Roja. Había bastado con esto para que las semillas de la Otra Vida cumpliesen su propósito. Al igual que un ramo cuya forma representaba al juez Anders montaba guardia sobre su tumba, manojos de camelias, gardenias y azucenas con la figura de los difuntos reyes de Marvilia velaban sobre sus respectivos sepulcros. A cada lado de las tumbas se alzaba una sencilla piedra que llevaba grabados los nombres de quienes se sabía que habían perdido la vida luchando contra Roja. Detrás de todo ello, un obelisco verde esmeralda conmemoraba a aquellos que habían desaparecido durante la usurpación de Roja y que ahora, para desconsuelo de sus familias, se daban por muertos.

—Nunca había visto cosa igual —comentó Molly al contemplar la diversidad de personas y seres aglomerados en el patio—. Aquí hay vendedores callejeros codeándose con familias de naipes como si la sangre de unos no fuera más pura que

la de los otros.

Alyss sabía que éste era un tema recurrente para Molly la del Sombrero. Hija de una civil y de un miembro de la Bonetería, la joven era especialmente sensible a las distinciones de raza y clase social.

—No sé qué decirte, Molly. A juzgar por la expresión de la Dama de Diamantes, me parece que has sobreestimado un poco las cosas. —Alyss llamó a la ilustre señora mientras el mayordomo morsa pasaba a su lado con una bandeja de marvizcochos—. ¿Un piscolabis, Dama de Diamantes?

—Ah, un marvizcocho, sí —dijo la señora, y cogió uno, pero lo mantuvo a cierta distancia de su boca, al parecer sin la menor intención de acercarlo más—. Vos sí que sabéis organizar fiestas, reina Alyss.

—¿Vos creéis? Yo habría pensado que no os haría gracia rozaros con tantos marvilianos de menor rango.

—No sé a qué os referís —masculló la Dama de Diamantes.

Alyss no se fiaba de las familias de naipes, pero no había pruebas de que hubiesen conspirado con Roja, ni antes ni después de que le arrebatara el trono a la reina Genevieve. Tampoco había pruebas de su implicación en actividades ilegales que les hubieran valido una condena por parte de los tribunales de Marvilópolis. Por mucho que a Alyss le hubiera gustado verse libre de las familias de naipes, había factores políticos que tener en cuenta. Roja las había mantenido a su lado después de usurpar el poder por razones parecidas: su relación con mercaderes poderosos, funcionarios del gobierno y jueces que determinaban la inocencia o la culpabilidad de los desventurados obligados a comparecer ante ellos en nombre de la jurisprudencia. Sólo el Valet de Diamantes había sido juzgado, pues los testimonios de Jacob y el mayordomo morsa contra él eran demasiado demoledores para pasarlos por alto; fue declarado culpable de traición y asociación criminal, y recibió el castigo correspondiente.

«Pero ¿por qué envenenar mi cerebro pensando en el Valet de Diamantes?».

¿Y por qué, de hecho, justo cuando su vista se posó en Dodge Anders, que estaba al otro lado del patio? Era la primera vez que lo veía con su uniforme de jefe de la guardia palatina. Casi había olvidado lo apuesto que estaba cuando llevaba un atuendo formal.

«Como si fuera posible olvidarlo».

Siempre la había atraído la rudeza de sus facciones, y las cuatro cicatrices paralelas en su mejilla aumentaban su atractivo en vez de disminuirlo. Se había llevado una gran alegría cuando él había solicitado el puesto que ocupaba su difunto padre, pues lo había interpretado como una voluntad de ceñirse al código de la guardia en lugar de intentar vengar la muerte del juez Anders. Sin embargo, Alyss esperaba que no volviera a ser el Dodge de su juventud, que cumplía casi religiosamente las normas del decoro, que le obligaban a guardar distancias con la reina, porque ahora que no había peligro de que tuviera que casarse con el Valet de

Diamantes...

Apartó la mirada, temerosa de que sus ojos delatasen sus sentimientos.

—Molly, aquí hay suficientes guardias y piezas de ajedrez para proteger a una multitud de reinas. Haz el favor de irte por ahí y pasarlo bien.

—Pero si ya estoy pasándolo bien.

Alyss sabía que el deber de Molly era seguirla a todas partes como su sombra, pero a veces resultaba un poco fastidioso. ¿Cómo iba a quedarse a solas un rato con Dodge, quien en ese momento se estaba acercando, aunque ella fingía no darse cuenta?

—Molly, te ordeno que lo pases bien en otra parte.

—Bien —dijo la joven con un mohín, y se marchó a grandes zancadas.

Alyss mantuvo la vista gacha. Intentaba pensar en algo ingenioso que decirle a Dodge, pero sólo le venían a la mente las frases que le murmuraría a cualquier extraño: «¿Cómo estás?, qué buen tiempo hace, al menos estamos bien de salud». Notó que él estaba ahora de pie junto a ella. Con el pulso acelerado latiéndole en los oídos, alzó la mirada y...

Sólo era Jacob, que le llevaba unos indultos para que los firmara.

—¿Tengo que hacerlo incluso durante la celebración, Jacob?

Vio que Dodge se desviaba hacia uno de los hombres de la guardia para preguntarle algo; por nada del mundo osaría interrumpirla mientras estuviese ocupada en los asuntos de la nación.

—Lamento que te parezca inoportuno, Alyss, pero se trata de marvilianos condenados por el régimen de Roja pese a no haber cometido delito alguno.

La estaba riñendo, aunque con su cordialidad característica. ¿Por qué aquellos que habían sufrido injustamente debían seguir sufriendo un segundo más? Se estaban realizando entrevista con los marvilianos encarcelados durante el reinado de Roja y revisando sus condenas para determinar si eran delincuentes auténticos o sólo víctimas del carácter irascible de la reina usurpadora. En el caso de estos últimos, había que proceder por la vía legal, conceder indultos y firmarlos.

—Me da la impresión de que las funciones de una reina se limitan al papeleo —suspiró Alyss, garabateando su nombre primero en un documento y luego en otro.

—Dominar las artes de combate de una reina guerrera es la parte más sencilla —señaló Jacob—. Las responsabilidades administrativas del gobierno diario, batallar con los trámites burocráticos que mantienen en funcionamiento la sociedad de Marvilia, requiere habilidades más sutiles y por tanto más difíciles de adquirir.

El mayordomo morsa se acercó bamboleándose mientras Alyss firmaba el último indulto.

—Reina Alyss, el rey Arch de Confinia está aquí.

Las orejas de Jacob se irguieron a causa de la sorpresa.

—Debe de haber venido a expresarme sus buenos deseos —dijo Alyss, no demasiado convencida—. Por favor, hazle pasar al patio, morsa.

—Sí, pero... Bueno, lo he intentado, reina Alyss, pero dice que prefiere encontrarse con voz en un ambiente más masculino.

—¿Como por ejemplo dónde?

—En la sala de reuniones.

Alyss visualizó al rey con el ojo de la imaginación. Acompañado de sus ministros de información y sus escoltas, tenía una expresión desdeñosa en el rostro. Ella le lanzó una mirada a Dodge, que se encogió de hombros afablemente, en señal de comprensión. Tendría que esperar.

—Voy contigo, Alyss —se ofreció Jacob.

La reina de Marvilia negó con la cabeza.

—No. Es más importante que acabes con el sufrimiento de los injustamente encarcelados lo antes posible. Entrégales los indultos a los jueces, como planeabas hacer. Y, por favor, conciértame una visita a las minas para inspeccionar las condiciones en que se trabaja allí. He recibido informes preocupantes al respecto.

El preceptor parecía indeciso.

—Tranquilízate, Jacob. Arch no puede hacerme nada.

Cuando se dirigía a la salida del patio, Alyss pasó junto al Señor y la Dama de Diamantes, que estaban hablando con Molly la del Sombrero. La señora alzó de pronto la voz como para asegurarse de que Alyss oyera sus palabras:

—Aunque el Valet siempre tergiversaba las normas en beneficio propio, nunca sospechamos que llegaría tan lejos como para confabular con Roja. Tuvimos que repudiarlo, por supuesto, a nuestro único hijo y heredero, después de semejantes actos de traición.

Sin embargo, pese a su escasa experiencia como soberana, incluso Alyss sabía que la traición era una mala hierba en el jardín del estado; justo cuando uno creía haberla arrancado de raíz, volvía a reproducirse con más virulencia que nunca.

Los guardias eran casi tan implacables como la montaña en la que los presos tenían que bregar día tras día, con las manos agrietadas e hinchadas de picar piedra con herramientas romas. Habían olvidado lo que era que los músculos no les dolieran constantemente; el martilleo monótono que duraba todo el día les repercutía en los huesos incluso después de volver arrastrándose a sus barracones para acostarse en sus literas a esperar a que el cansancio los venciese, con la esperanza de soñar con campos abiertos y un sol esplendoroso, con cualquier cosa excepto sus vidas en las minas de Cristal, en aquellos dormitorios subterráneos sin ventanas y en las galerías apenas iluminadas por cristales de fuego.

Procedían de todos los estratos sociales de Marvilia: algunos de ellos habían sido hijos mimados de mercaderes destacados y familias nobles a quienes Roja había sorprendido mostrando buena voluntad hacia los menos afortunados; había también tenderos y hosteleros honrados que se habían negado a hacerle donativos mensuales a las cuentas de Su Malignidad Imperial; jóvenes sin hogar declarados inútiles por Roja, ya que no mostraban la menor propensión a la violencia. Sin embargo, entre ellos había alguien más merecedor del castigo, y cuyas posaderas, a pesar del peso que había perdido desde su llegada, seguían siendo más voluminosas que el resto de su cuerpo.

La estancia del Valet de Diamantes en las mismas no había sido tan traumática como cabría esperar, pues se había vuelto todo un experto en guardarse en el bolsillo pequeños fragmentos de cristal que utilizaba para sobornar a los guardias para que le diesen un cuenco extra de inflarroz o le asignaran tareas menos pesadas. Aun así, el trabajo físico era el trabajo físico, y el Valet a menudo le comentaba a quien estuviera dispuesto a escucharlo que eso era algo indigno de su categoría. En cuanto al inflarroz, se suponía que debía expandirse en su estómago y provocarle una sensación de saciedad, pero incluso después de zamparse dos cuencos se quedaba con hambre, y aquel alimento tan insulso le hacía añorar las exquisiteces y los festines que disfrutaba cuando era una persona libre y de alto rango.

Sentado al borde de su litera, mugriento y sin peluca, se jactaba ante sus compañeros de dormitorio, como hacía todas las noches, de su vida anterior.

—Tenía lacayos y criados sin cuento. Llevaba ropas confeccionadas exclusivamente con los materiales más finos, como la piel de güinuco o los bigotes de oruga. En cuanto a las pelucas, a fe mía que podría deshacerme en elogios sobre ellas durante un ciclo lunar entero y aun así no expresaría ni la décima parte de su belleza. Tenía las mejores pelucas que ha conocido este reino.

Esto levantó un murmullo de confusión entre los presentes. El Valet de Diamantes tenía una cabellera abundante. ¿Por qué demonios quería usar peluca?

—Si yo hubiera bajado la mirada desde mi posición privilegiada en la sociedad de Marvilia —prosiguió el Valet—, no habría visto a ninguno de vosotros, por lo

insignificantes que me habríais parecido. Vosotros, los delincuentes, no podéis entender lo difícil que resulta para mí tener que compartir habitación con vosotros. — A continuación, como todas las noches, rompió a chillar—: ¡Ha habido un error! ¡Soy el Valet de Diamantes, y no debería estar aquí!

Aquella noche, sin embargo, apenas había pronunciado estas palabras cuando...

¡iiiiibuuuuuusshk!

Algo lo hizo caer al suelo. Las piedras volaban en todas direcciones. El aire se llenó de polvo.

Una esfera generadora refulgente había abierto un boquete irregular en la pared.

El Valet se escondió a toda prisa bajo su litera, apretujándose para que la menor parte posible de su humanidad quedara al descubierto. Se asomó ligeramente y vio a unos guardas enzarzados en un tiroteo con un enemigo misterioso. Las cartas daga de sus AD52 (armas automáticas capaces de disparar una baraja entera con sólo apretar el gatillo una vez) pasaban zumbando, desgarrando el cielo nocturno.

Una figura entró en el dormitorio por el agujero causado por la explosión.

—Valet de Diamantes.

El Valet salió a gatas de debajo de la litera y se acercó a la figura con los brazos abiertos, como quien da la bienvenida a un invitado en el salón de su casa.

—¿Por qué has tardado tanto, mi viejo amigo?

—Debemos darnos prisa —dijo la figura.

El Valet dedicó una reverencia a sus compañeros de dormitorio, que yacían en diferentes estados de desaliño y sorpresa por la violencia de aquella irrupción.

—Caballeros, me despido de vosotros. ¡El emisario de mis padres ha venido para llevarme a casa!

Y, dicho esto, el Valet de Diamantes escapó de las minas de Cristal.

La sala de reuniones aún no se utilizaba con la frecuencia prevista: debía albergar tres reuniones diarias en las que Jacob, Dodge, el general Doppelgänger y los demás consejeros de la reina Alyss la pondrían al tanto de los asuntos más urgentes de Marvilia, ya fueran comerciales, financieros, políticos o militares.

—¿Es verdad lo que me dicen, que os negáis a participar en mi fiesta? —bromeó Alyss, desplegando con profesionalidad una sonrisa forzada, mientras entraba grácilmente en la sala hexagonal con pantallas holográficas en las paredes, y en el centro, una mesa de conferencias maciza tallada en un único bloque de esteatita.

El rey Arch no era aficionado a las bromas. Apartó la vista de sus ministros de información, a quienes había estado consultando en voz baja.

—Reina Alyss —dijo—, nunca he ocultado mis prejuicios. Creo que la época tan convulsa que ha vivido Marvilia hace poco tiempo se habría podido evitar si aquí hubiese reinado con un hombre y no una mujer. Aun así, he venido a presentaros mis respetos dentro de lo que cabe, pues entre vuestra tía Roja y vos, prefiero con mucho teneros a vos como vecina.

—Gracias, creo —respondió Alyss—. ¿Nos sentamos?

En las holopantallas aparecían imágenes de las principales calles e intersecciones de Marvilópolis. Arch se acomodó en una silla situada ante la pantalla que mostraba la recién bautizada plaza Genevieve. Los ministros de información se retiraron a un rincón de la sala y permanecieron de pie, mientras dos individuos de rostro tan inescrutable como una máscara se apostaba a cada lado del rey.

—Me siento seguro cuando viajo con ellos —explicó Arch al percatarse del interés que sus escoltas despertaban en Alyss—. Se llaman Ripkins y Blister, y creo que sus habilidades de combate estarían a la altura de los del célebre Somber Logan, aunque me dicen que se ha tomado un año libre.

Alyss asintió.

—Necesitaba tomarse un tiempo para ocuparse de asuntos personales, pero está a nuestra disposición en caso de que lo necesitemos.

Lo cierto es que ni ella ni nadie sabían dónde había ido Somber ni cuándo volvería. En varias ocasiones, ella se había acercado al Corazón de Cristal para aguzar al máximo su visión a distancia e intentar localizarlo con el ojo de su imaginación en el bosque Eterno, el desierto Damero, el valle de las Setas, la Ferania Ulterior, incluso las llanuras Volcánicas. Buscara donde buscase, no lograba dar con él. Era como si hubiese desaparecido de Marvilia.

Del pasillo le llegó un sonido de correteo; Molly la del Sombrero irrumpió a toda prisa en la sala y se apostó a la derecha de Alyss.

—Rey Arch —dijo ésta—, ahora soy yo quien os presenta a mi escolta, Molly la del Sombrero.

Molly hizo una reverencia, pero al verla, con aquella chaqueta que le venía un

poco grande y la pesada mochila con que cargaba torpemente, el rey se rió.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Molly con el ceño fruncido.

Alyss le posó una mano en el brazo para tranquilizarla mientras el rey Arch pugnaba por contener la risa. El mayordomo morsa entró bamboleándose en la sala con una jarra de vino de escarujo, dos copas y una fuente con tartitartas. Una vez que el vino estuvo servido y se le indicó a la morsa que se retirase, Arch se aclaró la garganta y, de mala gana, pidió disculpas a la reina, y también a su escolta, naturalmente. Hizo lo que pudo por mostrarse serio, pero no podía mantener su mirada burlona apartada de Molly.

—Bien, ¿dónde está el Corazón de Cristal? —preguntó—. Estaba deseando hacerme un holograma besado por su resplandor.

—Creía que el cristal revestía un interés escaso para vos —repuso Alyss—. Su posesión no significa gran cosa para quienes no tienen el don de la imaginación.

Arch hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Qué típico de una mujer, no escuchar. No he dicho que quiera poseerlo, Majestad. Personalmente, opino que lo que hacéis con esa imaginación tan portentosa vuestra, sea lo que sea, está sobrevalorado. Podéis considerarme un simple turista que viene a visitar los principales monumentos de Marvilópolis. Convendréis conmigo que el Corazón de Cristal, fuente de la inspiración creativa del cosmos, figura sin duda entre ellos.

—Ya no lo tenemos al aire libre.

—Pero yo tenía entendido que os habíais desembarazado de Roja. ¿Qué problema habría en colocarlo en un lugar donde el público pueda contemplarlo?

«¿Desembarazado de ella? Ojalá».

Alyss y sus consejeros habían discutido la idea de enviar un destacamento pequeño al interior del Corazón de Cristal en persecución de Roja y el Gato, y Dodge se había ofrecido voluntario a dirigirlo. Sin embargo, los riesgos que entrañaría la misión y las escasas posibilidades de éxito los habían disuadido. Ningún ser vivo había atravesado antes el cristal, y no había garantías de que un cuerpo físico sobreviviese al penetrar en él. Alyss había trazado un plan alternativo.

—Jacob —había dicho—, ¿has comentado que, como mi tía entró en el Corazón de Cristal, es posible que ya no exista en la forma en que la conocíamos?

—Sí, lo he comentado —admitió Jacob—, como tantas otras cosas.

—¿Y que todo lo que entra en el cristal sale al universo para inspirar la imaginación de los seres de otros mundos, más concretamente de la Tierra, el mundo más estrechamente relacionado con el nuestro?

—Sí, me suena.

De modo que ella había sugerido que los sombrereros Rohin y Tock, dos de los alumnos más aventajados de la última promoción de la Bonetería, viajaran a la Tierra a través del estanque de las Lágrimas para buscar rastros de la presencia o el influjo de Roja y el Gato.

—Hum —carraspeó Arch al enterarse de que la muerte de Roja no estaba confirmada. Cogió una tartitarta y se la lanzó a uno de sus escoltas.

El guardia flexionó de forma ostentosa las puntas de sus dedos: unas relucientes púas de metal afloraron a la piel a lo largo de las espirales de sus huellas digitales. Sin el menor asomo de emoción, moviendo las manos a una velocidad similar a la que giraban las cuchillas de la chistera de Somber Logan, redujo la tartitarta a un montoncito de migajas y luego asintió en dirección a Arch: las tartas podían comerse sin peligro alguno. Las púas se sumieron de nuevo en las yemas de los dedos, y Arch se sirvió otra porción de la tartitarta y dio buena cuenta de ella con un bocado y medio rebosantes de virilidad.

—Veo que el señor Ripkins hace honor a su nombre^[1] —observó Alyss, pues al utilizar su imaginación para juntar las migas a fin de dar forma de nuevo a la tartitarta, advirtió que en realidad no eran migas, sino jirones. El escolta había desgarrado el pastelillo.

El rey fingió no fijarse en la tartitarta, que volvía a estar intacta en la bandeja y lista para consumirse debidamente.

—Mis guardias son auténticos prodigios en los estilos de combate más tradicionales —dijo, mirando a Molly la del Sombrero—. Sables, esferas, pistolas de cristal, cosas así. Pero ¿por qué limitarlos a los estilos tradicionales cuando son capaces de hacer mucho más?

Hizo chasquear los dedos. Uno de sus ministros de información dio un paso al frente y se remangó. Blister bajó el dedo índice hacia el antebrazo del ministro.

—Eh, eh —dijo Arch, agitando un meñique—. No queremos que quede marcado de por vida, ¿verdad?

Blister apretó la punta de su meñique contra la piel desnuda del ministro. Éste apretó los dientes y comenzó a sudar. El antebrazo se le cubrió de ampollas.

—Más vale drenarlas lo antes posible —explicó Arch—, o pueden surgir complicaciones.

Mientras llevaban al individuo ampollado al rincón donde estaban los otros ministros, Molly llevó la mano hacia su sombrero, que vibraba como si estuviera ansioso por entrar en acción. Ella les enseñaría a Ripkins, a Blister y a su petulante rey quién era el auténtico prodigio.

—¡Molly! —la previno Alyss.

La chica tuvo que recurrir a toda su disciplina para reprimirse. ¿Acaso la reina dudaba que las habilidades de su escolta impresionaran a aquellos hombres?

—Ha llegado hasta mis oídos, Arch —dijo Alyss, algo inquieta por los gemidos procedentes del grupo de ministros de información—, el rumor de que estáis desarrollando un arma capaz de destruir no sólo toda Marvilia sino también Confinia.

—¿Cómo lo sabéis?

Alyss se encogió de hombros.

—Mi gente tiene siempre la oreja puesta.

—Jacob Noncelo tiene la oreja puesta, mejor dicho —replicó Arch, impresionado—. Pero ¿y qué si estoy construyendo esa arma? ¡No seréis contraria a los avances científicos!

—No me parece un avance crear un arma capaz de provocar una devastación masiva.

—¿Ah, no? Estoy seguro de que un hombre no opinaría lo mismo.

Alyss suspiró. La pantalla que Arch tenía detrás mostraba el bullicio de la plaza Genevieve. Los mercaderes que habían optado por mantener abiertos sus comercios en lugar de asistir a la celebración estaban de pie frente a sus colmados, talleres de pedrería, panaderías y tiendas de ropa, saludando a los transeúntes. No hacía mucho, cuando aún se llamaba plaza de Roja, solía estar desierta, en medio de una zona deprimida de bloques de pisos abandonados y tiendas tapiadas por la que incluso los naipes soldado se resistían a patrullar.

—¿No creéis que la necesidad primordial de nuestros ciudadanos es la paz y la seguridad? —preguntó Alyss—. Y tal vez para...

—La amenaza de aniquilación total es un elemento de disuasión para quienes quieran atacarnos y le proporciona a Confinia toda la seguridad que necesita. Pero me pregunto, señorita Majestad, hasta qué punto está informada del arsenal que está acumulando Morgavia como para poner en tela de juicio la necesidad de armas potentes.

—Lo bastante informada —contestó ella, aunque era la primera noticia que tenía.

—Entonces tal vez no estéis al corriente del reciente fracaso de las negociaciones entre Bajia y su provincia rebelde, Ganmede, pues de lo contrario no dudaríais de lo imprescindible que es que nuestros científicos desarrollen armas nuevas.

¿Negociaciones fallidas?

—Lo he leído en el último informe de mis servicios secretos —mintió Alyss—. Pero me pregunto si no habrá una manera de garantizar la seguridad de Confinia sin amenazar con la destrucción masiva, la pérdida de vidas inocentes o...

—¿Vidas inocentes? Oh, reina sabia, ¿de verdad existe alguien tan inocente como insinuáis? Si no tuviera que lidiar con los enemigos exteriores de Confinia, me pasaría el día luchando contra los interiores. Después de vuestras batallas con Roja, me cuesta creer que conservéis ese toque de ingenuidad. Los ciudadanos no son inocentes. Majestad, si las riendas del gobierno no se empuñan con masculinidad, su naturaleza agresiva y egoísta siempre perturbará la paz y la seguridad. La paz auténtica sólo es posible a través del poder de un solo soberano.

—¿Y si ese gobernante absoluto fuera tan egoísta y agresivo como el ciudadano más díscolo, y estuviese más interesado en su propia gloria que en el bien común?

—¿Y si las mujeres de dedicaran a las tareas domésticas, como debe ser?

Ella no se permitía el lujo de enfadarse, y menos aún delante de Molly, cuya furia empezaba a percibir a su lado. Tal vez la diferencia entre Roja y el rey Arch fuera sólo una cuestión de grado. Alyss decidió conducirse con más cautela en presencia de

él.

—Os pido perdón —dijo Arch—. Sois mi anfitriona en calidad de reina de Marvilia, y debería comportarme como corresponde.

Alyss se puso de pie.

—Es hora de que vuelva a la celebración, Arch. Podéis participar en ella o no, como gustéis, pero os doy las gracias por presentar vuestros respetos.

Alyss y Molly se encaminaron hacia la perta.

—¿Sabéis que soy una de las últimas personas que vio a vuestro padre con vida? —preguntó Arch.

Alyss se detuvo sin volverse hacia él.

—No he conocido a un rey mejor que Nolan —prosiguió Arch—. Era un político brillante y un soldado valiente. La pérdida de semejante monarca ya es por sí misma una desgracia, pero cuando pienso que él y yo estábamos a punto de reforzar la alianza entre nuestras naciones para crear un frente unido contra las amenazas desconocidas del futuro...

Aunque Alyss hubiera estado mirando a Arch a los ojos, no habría detectado que mentía, que en realidad consideraba a Nolan un rey débil y pusilánime que se escondía siempre tras las faldas de su mujer, y que habría preferido que le cortaran la cabeza antes que coligar su gobierno con el de Marvilia. Ella salió majestuosamente de la sala, seguida por Molly, que procuraba no pisarle la cola del vestido.

Un ministro se acercó al gobernante de Confinia.

—¿Nos uniremos a las celebraciones, mi señor?

Arch se agachó para recoger un botón roto que había caído de la chaqueta de Molly sin que ella se diera cuenta.

—Creo que no —respondió—. He encontrado lo que necesitaba.

El terreno se volvía cada vez menos fértil en las zonas del bosque Eterno más próximas al desfiladero que lo separaba de las llanuras Volcánicas, cuyo calor extremo y ríos de lava resultaban visibles para los naipes exploradores que patrullaban el puesto militar fronterizo más aislado de Marvilia.

—¿Cómo se supone que voy a demostrar mi arrojo en batalla si nunca participamos en ninguna? —se quejó el naipe Dos.

—Si hubieras estado en una —señaló el naipe Tres—, no desearías participar en otra.

El naipe Tres sabía lo que se decía. Lo habían destinado allí después de que su baraja anterior quedara diezmada en refriegas contra las fuerzas de Roja. Había pasado los ciclos lunares que había durado el exilio de Alyss en el corazón del bosque Eterno, vigilando el campamento que había servido como cuartel general de la rebelión alysiana.

El naipe Dos echó una ojeada a los árboles dispersos y resecos que componían aquella parte del bosque, que, desde su posición, no parecía tan eterno. Dirigió la vista a las llanuras que ondeaban de calor con sus lentos e incandescentes ríos de lava y sus estallidos ocasionales de la sustancia subterránea, como si el planeta tuviese náuseas y estuviese arrojando lo que no podía digerir.

—¿Quién nos iba a atacar por aquí? No tiene ningún sentido desde el punto de vista estratégico. No estamos cerca de ningún centro de importancia vital para el reino, nuestros enemigos desperdiciarían casi toda su energía al atravesar las llanuras para llegar hasta aquí. Además, en caso de retirada, tampoco lo tendrían precisamente fácil. No les quedaría otro remedio que huir hacia las llanuras Volcánicas.

El naipe Tres tuvo que darle la razón. Después del ascenso de Alyss al trono, el general Doppelgänger había establecido aquellas bases militares remotas por toda Marvilia para crear un sistema de alerta: al primer indicio de algo fuera de lo normal había que informar de inmediato a las bases más cercanas a la fuente del problema, así como al alto mando. Toda precaución era poca, aseguraba el general. Así pues, se habían enviado barajas de naipes soldados a las selvas lejanas de la Ferania Ulterior, con sus zarzas y su fauna y flora silvestres, así como a las regiones más apartadas del desierto Damero, con sus escaques alternados de hielo y roca negra. Sólo el valle de las Setas y las llanuras Volcánicas se habían visto libres de aquel despliegue de personal militar. El general Doppelgänger había dispuesto que se construyeran bases alrededor del valle y en varias cimas de las montañas Snark, para que el hábitat de las orugas oráculo pudiera iniciar un nuevo período de desarrollo una vez despejado de las setas que las fuerzas de Roja habían reducido prácticamente a papilla. Por lo que respecta a las llanuras Volcánicas, el calor flatulento del lugar era tan inhóspito para toda forma de vida salvo para los galimatazos que el general Doppelgänger lo consideraba una zona tapón o tierra de nadie entre el reino y cualquier fuerza

agresora.

Sin embargo, pensó el naipes Tres, aun suponiendo que los enemigos atacaran por alguna razón y consiguieran abrirse camino luchando hasta lo más profundo del bosque Eterno, toparía con el muro de Desviación, una serie de espejos que no estaban conectados con el Continuo de Cristal y que se extendía a lo ancho de todo el bosque. Del mismo modo que los espejos que rodeaban el cuartel general rebelde de los alysianos se solapaban en innumerables ángulos distintos, éstos estaban alineados de tal manera que, al acercarse a ellos, uno no veía su propio reflejo, sino algo que parecía una frondosidad densa e impenetrable, lo que lo desviaba en dirección contraria a Marvilópolis.

—Atacar el reino desde aquí sería un suicidio —masculló el naipes Dos.

Curiosamente, lo que el naipes Dos más detestaba de la vida en aquel puesto era precisamente lo que más apreciaba el naipes Tres. Era el que tenía menos posibilidades de sufrir un ataque.

—Te agradecería que dejaras de tararear —dijo el naipes Dos.

El naipes Tres se disponía a replicar que no estaba tarareando cuando, de pronto, todos los árboles del bosque emitieron un susurro inquieto y ronco. Entonces él lo oyó también, el zumbido constante que se acercaba a toda prisa, aumentando el volumen hasta convertirse en una enorme oleada de...

—¡Nos disparan!

Se tiró al suelo, y una araña obús impactó contra la pared que tenía detrás.

El naipes Dos desenfundó torpemente su arma, pero no pudo disparar una sola vez antes de que el arácnido gigante le clavara sus pinzas y él se doblase y cayese al suelo, muerto.

El naipes Tres, que no estaba dispuesto a convertirse en la merienda de una araña artificial, se puso de pie rápidamente y arrancó a correr, disparando cartas daga con su AD52 para devolver el fuego enemigo. Los atacantes, fueran quienes fuesen, habían empezado a lanzar granadas de serpientes; las espirales eléctricas crepitaban, siseaban y reptaban alrededor de él. En aquella vorágine de explosiones deslumbrantes y chillidos ensordecedores de arañas obús, vio al enemigo trepar por las paredes del desfiladero con una agilidad sorprendente. Parecían marvilianos comunes y corrientes, salvo por el cristal transparente que llevaban engastado en la cuenca de los ojos.

—¿Cómo es posible?

Se suponía que los vitróculos, una raza de guerreros fabricada por la perversa inventiva de Roja de Corazones, habían sido destruidos. Su reaparición sólo podía significar una cosa: Roja había sobrevivido al Corazón de Cristal y había regresado a Marvilia.

—Luché una vez contra su ejército y salí con vida. Volveré a hacerlo —se prometió el naipes Tres.

Vació el cargador de su AD52 contra los vitróculos. Con una serie de silbidos, las

cartas daga se incorporaron a la pirotecnia de la batalla, cortando la carne del enemigo, repartiendo muerte. Se dejó caer tras un parapeto con el fin de recargar el arma, y estaba insertando el último estuche de proyectiles en el compartimento de munición del AD52, preparándose para apuntar con el dedo en el gatillo, cuando...

La masa de vitróculos se abalanzó sobre él.

La gala inaugural del palacio de Corazones había finalizado, y el veredicto era unánime: el acto había sido un éxito, una gema resplandeciente en la corona de una reina que aún tenía poca experiencia en la organización de festejos. La misma Alyss, sin embargo, no estaba muy contenta, pues su reunión con el rey Arch le había dejado un regusto demasiado amargo para disfrutar la celebración tanto como sus invitados.

«¿Por qué ha tenido que mencionar a mi padre?».

En realidad, ella nunca había oído a su padre mencionarlo a él. Por otro lado, ¿por qué iba Nolan a molestar a una niña de siete años con asuntos de estado relacionados con el antipático monarca de un reino vecino?

Aunque la pérdida repentina de su padre le había infringido una herida que nunca sanaría, sus recuerdos de él se desvanecían un poco más cada día. Ella era muy joven cuando lo había visto por última vez, es decir, en persona, pues lo había visto dos veces tras su muerte: una en el laberinto Especular, y otra en la cúpula de observación del monte Solitario, poco después de la derrota de Roja. Pero no sólo estaba nerviosa por causa de Nolan. Se había dado cuenta recientemente de que toda alusión a un padre le hacía pensar no sólo en él, sino también en su otro padre, el que tuvo durante sus trece años en la Tierra: el reverendo Liddell del colegio universitario de Christ Church, en Oxford. Sus recuerdos de los Liddell eran mucho más vívidos que los que aún guardaba de Nolan y de Genevieve. Claro que había pasado más tiempo con los Liddell que con el rey y la reina cuya sangre le corría por las venas.

«Más de la mitad de mi vida».

Sola en uno de los siete salones de recepciones del palacio, Alyss intentó rememorar momentos vividos en compañía de sus queridos padres, pero no podía concentrarse. Con el ojo de su imaginación, observó al mayordomo morsa, que estaba supervisando a los empleados que barrían y limpiaban con los chorros de las mangueras los senderos del jardín, que regaban los girasoles que habían cantado hasta enronquecer, que distribuían los marvizcochos, las tartitartas y otras delicias que habían sobrado por toda la ciudad capital. Al contemplar todas esas cosas, ella no pensaba ni en sus progenitores ni en los Liddell, sus cariñosos padres adoptivos, sino en Jacob.

«¿Por qué no me ha dicho que Morgavia está haciendo acopio de armas? ¿Por qué no me ha hablado de los problemas de Bajia con la provincia de Ganmede?».

Se había sentido como una idiota al mentirle al rey Arch y temía que su rostro delatara su ignorancia sobre estas cuestiones. Sabía que Jacob no le ocultaba esta información por mala fe, sino para evitar que las responsabilidades que habían recaído sobre ella como reina la abrumaran. Los politiqueos internos del reino ya le daban suficientes quebraderos de cabeza como para tener que ocuparse de las discordias de los reinos, pero...

«De ahora en adelante, Jacob debe informarme de todo, del menor dato, por

pequeño o insignificante que parezca».

El ojo de su imaginación se posó en el terreno donde antes se estaban construyendo las Cinco Agujas de Roja. Habían echado abajo el monstruoso edificio antes de que estuviese terminado, y el cristal vetado de que estaba hecho se había reciclado en los proyectos de reforma urbana de los barrios que habían resultado más degradados durante la tiranía de Roja. La suciedad y el hollín de Marvilópolis se habían eliminado, capa a capa, hasta que emergieron las superficies impolutas, que se habían podido pulir hasta quedar brillantes. Destellos de azul luminiscente volvían a mezclarse con rojos vibrantes y dorados oscuros en las torres de oficinas; chapiteles de tonos crepusculares relucían incandescentes sobre los tejados de varios edificios gubernamentales y hoteles. Los paisajistas de la ciudad habían retirado todas las malas hierbas y plantas secas de las zonas ajardinadas y replantado el mismo surtido de amarilis, margaritas y arbustos de flores aromáticas que crecían allí antes de que Roja los rociara con Naturicida.

«¿Y si Arch tuviera razón? Tal vez el mundo entero debería estar bajo el mando de un gobernante único y absoluto, y la única manera de establecer una paz duradera entre las naciones sea juntarlas para formar una única nación».

Y es que el alcance de sus poderes era limitado, aunque ni siquiera Jacob sabía quién había fijado esos límites. Alyss todavía estaba aprendiendo qué podía y qué no podía hacer con su imaginación.

Y probablemente nunca lo sabría del todo.

Alyss dirigió su ojo imaginativo hacia el nuevo centro vacacional urbano, Jardines de Marvilonia, antes conocido como el hotel y casino de Roja. Marvilonia ofrecía a las familias un lugar donde pasar sus días de asueto sin tener que salir de la ciudad. Para los adultos había tratamientos de hidroterapia, masajes, restaurantes elegantes y excursiones por parques interiores tan extensos y frondosos que costaba creer que estuviesen bajo techo. Para los niños había toboganes de agua de cuarzo liso, búsquedas del tesoro y juegos Total ImmEx en los que los niños podían meterse en la piel de Somber Logan y ejecutar un repertorio impresionante de acrobacias y movimientos con las cuchillas giratorias.

«Piensa en mamá y papá...».

Pero el ojo de su imaginación, como si no estuviera bajo su control, saltaba de una valla holográfica de Marvilópolis a otra. En tiempos de Roja, sólo anunciaban campaña contra sospechosos de ser alysianos o practicantes de la Imaginación Blanca, castigo de disidentes confesos e incentivos para quienes delataran a un vecino o pariente por traición contra el gobierno. Ahora, esas mismas vallas mostraban los últimos informes de tráfico y anuncios de kits para iniciarse en la Imaginación Blanca o safaris de la Ferania Ulterior. Habían desaparecido de las calles las consignas a favor de Roja, emitidas por altavoces desde cierta altura: «En Roja confiamos», «El sistema de Roja es el mejor sistema», «Mejor Roja que sin vida». Los altavoces mismos también habían desaparecido. En las esquinas ya no había puestos

ambulantes de kebab de gombrices ni contrabandistas de cristales voceando su mercancía. Casi todas las casas de empeños y de préstamos habían dejado de existir.

«Piensa en mamá, y en papá. Mamá y papá...».

—¿Será posible que te haya encontrado sola —preguntó una voz a su espalda—, sin la fiel Molly pegada a tus talones? —Era Dodge. Se puso a su lado—. Bonita vista.

Ella no se había fijado. Se encontraba ante un ventanal de cristal telescópico que daba a las luces de la ciudad capital.

—Sí, lo es.

—Mi habitación sólo tiene vista la parte trasera de la cocina real. Hay que ver cómo se trata a los guardias de palacio hoy en día.

Era una broma. Sólo hacía bromas cuando se sentía incómodo.

«Ahora viene cuando me rodea con el brazo, me atrae hacia sí y me dice que por muchos laberintos especulares que yo atraviere, por muchas coronas que me ponga, siempre seré su Alyss, la misma niña que corría por los pasillos del palacio con él cuando éramos pequeños...».

—¿De qué me sirve la imaginación sino puedo dar la felicidad a todos los marvilianos? —preguntó, mordiéndose el labio para no añadir: «ni siquiera a mí misma».

—Nunca creí que tuviera que responder a esa pregunta. Después de todo, estamos aquí, ¿no? En cambio, Roja y el Gato, no.

—No es a eso a lo que me refiero.

Aunque las obras más visibles de Roja se habían desmontado o renovado hasta perderse en el olvido, su influencia en la cultura de Marvilia seguía siendo patente. Roja había recompensado las peores cualidades de los ciudadanos. Su estrechez de miras, egoísmo y pesimismo habían florecido a costa de la bondad, la generosidad y la buena voluntad hacia los demás; los principios fundamentales de la Imaginación Blanca. El general Doppelgänger insistió en mantener tropas en misión de paz dispersas por la ciudad, y al menos una vez entre cada salida de los soles gemelos del mundo, un marviliano acudía a uno de estos soldados para denunciar a un padre o vecino por traición.

«Arch tenía razón en una cosa. Aparte de los conflictos que podamos tener con fuerzas extranjeras, siempre habrá suficientes elementos perturbadores dentro de nuestras fronteras con los que lidiar».

—Es que... la paz en realidad no es tan apacible —suspiró Alyss.

No supo si había disgustado a Dodge con su conversación o con su tono lastimero, pero él cambió de tema.

—¿Qué tal se desenvuelve Molly?

—Bien.

Dodge torció el gesto en una expresión de duda.

—¿Qué pasa? —inquirió Alyss—. Es mejor que buena. Es fantástica, de hecho.

Todos sabemos lo hábil y valiente...

—No es su habilidad ni valentía lo que me preocupa —repuso él—, sino su madurez.

A Alyss le entraron ganas de reír. Allí estaba, con veinte años, habiendo recorrido el laberinto Especular y vencido a su tía perversa para gobernar el reino en nombre de la Imaginación y, sin embargo, apenas se sentía más madura que cuando le gastaba bromas inocentes a Jacob, como transformar su comida en un plato de gombrices o hacerle crecer por medio de la imaginación una espesa mata de pelo en su cabeza empolvada. Ciertamente, era más poderosa que antes. Hacía aflorar su fuerza con facilidad y notaba cómo le cosquilleaba en cada nervio. Pero ¿madurez? ¿Eso qué era?

—Su puesto le da más seguridad en sí misma —dijo—. Además, sé lo que es existir en dos mundos como una híbrida, sin ser del todo una cosa u otra. Además, por lo general me gusta tenerla cerca.

Dodge hizo una reverencia.

—Entonces debo confiar en que Molly mantenga a salvo a la más hermosa de las reinas.

Alyss lo miró. Nunca había sido tan directo a la hora de expresar sus sentimientos.

—¿Te parezco hermosa?

—No estás mal —bromeó él—. Me han dicho que hay una reina a un par de países de aquí que...

Ella le propinó una dolorosa palmada en el brazo. «Dile que lo amas, que te da igual que sea hijo de un guardia de palacio mientras te quiera como tú esperas que te quiera». Pero cuando Alyss recuperó la voz, le sorprendió oír sus propias palabras.

—¿Crees que tal vez Sombra se ha ido a la Tierra?

El momento de las confesiones íntimas había pasado. La reina de Marvilia y el jefe de la guardia de su palacio contemplaron el paisaje de Marvilópolis, con unos sentimientos mutuos demasiado profundos para exteriorizarlos. Ninguno de los dos sabía que, al margen de dónde se encontrara Sombra en ese momento, pronto lo necesitarían.

Confinia: el lugar donde los hombres podían entregar a sus mujeres como pago de sus deudas, y galanes jóvenes y bulliciosos de Marvilia, recién liberados de los rigores de la educación formal, acudían a divertirse en carpas itinerantes destinadas a toda clase de placeres; donde los mapas resultaban inútiles porque toda la población se distribuía en campamentos, asentamientos y ciudades nómadas, y el visitante podía encontrar la capital del país, Ciudad Límite, a la fresca sombra de los acantilados del Glif un día, y desparramada junto a la bahía Fortuna al día siguiente.

Los dominios del rey Arch ocupaban un territorio amplio e irregular con grandes extensiones deshabitadas que atravesar entre las poblaciones nómadas. Ocurría a menudo que tras una noche de juerga, un visitante marviliano sumido en un sueño pesado y étlico no despertaba cuando los confinianos desmontaban las jaimas, hacían el equipaje y guardaban las señales de las calles y los rótulos de los comercios, entre los resoplidos de los maspíritus que soportaban la carga. Al abrir los ojos, se encontraba solo y a la intemperie en medio de la nada. A veces las jaimas del asentamiento en que se habían pasado la noche de parranda se alcanzaban a vislumbrar en el horizonte, pero por muy deprisa que él avanzara hacia ellas, siempre las tenía en el horizonte, como un espejismo. Su única esperanza de disfrutar de la compañía de otros confinianos era que otra caravana eternamente errante se cruzara en su camino.

Era un territorio tribal, y salvo en caso de conflicto, cada tribu vivía aislada de las demás y se valía de sus propios recursos. En un grado menor, como el rey Arch revelaba a algunos de sus invitados, se gobernaban a sí mismas.

—Les dejo hacer lo que quieran en asuntos banales como los ritos de curación y las ceremonias nupciales —explicaba—. Incluso dejo que elijan a sus gobernantes, siempre y cuando me reconozcan como rey y obedezcan mis mandatos en temas más importantes.

Para evitar que los astacanos, los awr y otras tribus de Confinia olvidaran dichos mandatos, Arch ordenaba que éstos se grabaran en el paisaje a fuego, excavando el terreno, esculpiéndose o haciendo saltar trozos de él con explosiones.

En una gran roca situada a la orilla del río Bookie estaba tallado el precepto: «Los hombres de Confinia no lloran al ver programas sentimentales de cristalvisión con sus esposas. Los hombres de Confinia no ven programas sentimentales de cristalvisión con sus esposas».

Labradas con explosivos en la pared lisa de un acantilado de Glif estaban estas palabras: «Los hombres de Confinia pueden casarse con todas las mujeres de quienes deseen gozar, pues ellos son más inteligentes que las mujeres de cualquier nación, país, mundo y universo conocidos o por conocer».

En el embarcadero de la bahía Fortuna, habían cincelado las frases: «Los hombres de Confinia no hablan de sus sentimientos. Los hombres de Confinia no gimotean ni

protestan. Los hombres de Confinia nunca muestran debilidad o vulnerabilidad, ni admiten adolecer de una o de otra».

Unas rocas blanqueadas por el sol situadas entre las ondulantes arenas de Duneraria llevaban grabado: «Los hombres de Confinia tienen convicciones firmes que ningún argumento femenino puede cambiar. Si un hombre de Confinia se replantea sus convicciones, lo hace por voluntad propia, no por tener en cuenta las opiniones de su esposa».

Con sus interminables filas de jaimas militares, mercados al aire libre y restaurantes, hileras de puestos de comestibles no perecederos, avenidas de viviendas para ministros de información y otros funcionarios, innumerables jaimas para los sirvientes y su propio barrio de carpas de ocio, el séquito real de Arch constituía una ciudad por sí mismo. Su palacio, siempre situado en el centro del campamento, consistía en quince tiendas de campaña interconectadas de tonos pastel, cuyas sinuosas paredes eran de materiales más lujosos y suaves que cualquier terciopelo, seda o velvetón que pudieran encontrarse en la Tierra. Tras serpentear por entre las dunas esculpidas por el viento de Duneraria hacia el río Bookie, y luego atravesar el bosque Cenagoso del Azar, la caravana de Arch había acampado cerca de la colina Doble Seis. Y, de no ser por el precepto que había mandado escribir en la ladera de la colina con hierba chamuscada y letras el doble de altas que él, y que ahora tenía a la vista («los hombres de Confinia comen con una pasión y una avidez que demuestran su virilidad»), Arch habría albergado dudas respecto a si uno de los invitados que lo acompañaban era hombre.

—Delicioso —comentó el Valet de Diamantes masticando un bocado de ala de grifo crujiente.

Recién bañado y acicalado, rociado con un perfume demasiado floral para considerarlo masculino, el más joven del clan de los Diamantes estaba sentado entre sus padres, devorando la comida con la glotonería de dos hombres.

Una sirvienta joven entró con una bandeja repleta de unos manjares de forma cónica, de los que sobresalían unos filamentos parecidos a antenas, con las puntas chamuscadas.

—Probad un morro de lirón —ofreció Arch—. Creo que os parecerá tan delicado como otras exquisiteces que hayáis probado.

El Valet le dio un mordisco a uno.

—Mmm, más delicado aún.

—Mi chef se alegrará mucho de oírlo —dijo Arch con un deje desdeñoso en la voz. Dirigió su atención al Señor de Diamantes—. ¿Creéis que me falta inteligencia, Señor de Diamantes? ¿Qué no tengo dotes de manipulación suficientes para conseguir lo que quiero?

—En absoluto, mi señor. Pero...

—En este momento, mi gente está entreteniendo a una banda de guerreros de la tribu de los onu en una de mis carpas de ocio. Para cuando se marchen de este

campamento, los habré convencido de que los maldoides, con quienes mantienen una paz inestable, planean atacarlos. No entiendo cómo es posible que me falte la inteligencia que mi dignidad requiere y a la vez que pueda ser lo bastante astuto para conservar mi dominio sobre todas las tribus de Confinia provocando conflictos constantes entre ellas.

—Así, mientras luchan entre sí —interrumpió el Valet, llevándose a la boca un morro de lirón—, no pueden unirse para derrocaros.

Arch se inclinó con aire amenazador hacia el Señor de Diamantes.

—Dejad de insultar mi inteligencia con vuestras excusas. Os he devuelto a vuestro hijo. He cumplido con mi parte del acuerdo. Ahora os toca a vos.

—Sí, esto... Hay una criada de la reina Alyss que creo que es susceptible de cierta manipulación... posiblemente —dijo el noble.

El rey Arch les dedicó una sonrisita a sus escoltas, Ripkins y Blister, que estaban de pie, a un lado.

—Con que una criada, ¿no? ¿Y «creéis» que «posiblemente» será susceptible de manipulación? Qué información tan útil. Casi prefiero vuestras excusas, *milord*.

—Podríamos identificar mejor un objetivo para vos, rey Arch, si supiéramos para qué queréis a la persona en cuestión —señaló la Dama de Diamantes.

Arch miró con curiosidad a esta mujer levantisca que guardaba un silencio cada vez más incómodo hasta que él le dijo a su marido:

—En previsión de vuestra incompetencia, yo mismo he viajado a Marvilia en misión de reconocimiento y he encontrado a mi presa: la escolta de la reina Alyss, Molly la del Sombrero.

—Pero Molly es leal a Alyss —observó el Señor de Diamantes.

—Su deseo de demostrar su lealtad y su valía serán precisamente mis bazas. Alyss agotó buena parte de su fuerza y sus recursos en su batalla contra Roja. Cuanto más tiempo pase, más fuerte se volverá. Por tanto, he decidido, con gran generosidad y valor, que con el fin de garantizar un buen futuro para nuestro mundo, debo tomar cuanto antes el control de Marvilia. Y el Corazón de Cristal.

—¿El Corazón de Cristal?

No era ningún secreto que la Dama de Diamantes, al igual que otras señoras marvilianas de alto rango —las Damas de Tréboles y Picas— deseaban poseer el cristal, pues todas ellas se creían mejor dotadas de imaginación de lo que estaban en realidad.

—Aunque no creo que el cristal incremente mi fuerza física o mental —explicó Arch—, su influencia sobre la Tierra puede ser de utilidad para mis objetivos benéficos. Es una pesada carga preocuparse de los demás más de lo que ellos se preocupan de sí mismos. Sin embargo, según mis ministros de información, la única forma en que puedo evitar que la Tierra acabe destruida es tomar el control de ella también.

El Valet, que había despachado ya las bandejas de alas de grifo y morros de lirón,

atacó a un montón de rodajas de pera empañada para limpiarse el paladar. A cualquiera que lo mirase le habría parecido que estaba demasiado concentrado en atiborrarse como para prestar atención a la conversación que se estaba desarrollando en torno a él, pero al Valet se le daba bien escuchar, y sabía extraer de lo que oía información que tarde o temprano podría aprovechar en beneficio propio. Tragó el último bocado de pera empañada y fijó la vista en Blister. ¿Era ese sujeto quien lo había liberado de las minas de Cristal?

—Eh, tú —dijo—. En vez de estar ahí parado sin hacer nada, ¿por qué no me llenas la copa de vino?

Blister mantuvo una expresión imperturbable.

—Desde luego.

El guardaespaldas se acercó despacio y con parsimonia, y extendió la mano para posarla sobre la de Valet, como para ayudarlo a estabilizar la copa mientras le servía, pero...

—Déjalo, Blister —ordenó Arch, y luego le dijo al Valet—: Creedme, no os interesa que él os ayude. —Hizo chasquear los dedos y de inmediato una joven criada acudió con pisadas silenciosas a llenar la copa del Valet—. Ya he movilizado varios regimientos de guerreros que les resultarán familiares a Alyss y a los suyos. Se trata sólo de una táctica de distracción, una maniobra para desviar sus efectivos hacia zonas remotas para que mis tropas puedan tomar la misma Marvilópolis sin encontrar demasiada resistencia. Estoy dispuesto a perdonar vuestro fracaso, Señor de Diamantes, si hacéis otra cosa por mí.

Ripkins dio unos pasos al frente y depositó frente al Señor de Diamantes un cofre exquisitamente tallado y del tamaño de una rebanada de pan.

—Quiero que le entreguéis este pequeño objeto a Molly la del Sombrero.

—Es precioso —susurró la Dama de Diamantes.

—Su aspecto exterior no es nada comparado con su contenido. Es un prototipo reducido de un arma que estoy desarrollando. Posee una fracción de la potencia que tendrá el modelo definitivo, pero será suficiente para mis objetivos inmediatos. No obstante, os advierto a todos que si apreciáis vuestra vida...

—Sólo en la medida en que nos da poder, riqueza e influencia —declaró el Valet.

—... si la valoráis en algo, no debéis abrir ese cofre. Dejadle ese privilegio a Molly. —Arch se reclinó en su silla, relajándose ahora que estaba a punto de dar por finalizada la conversación sobre ese asunto—. Decidme, Señor de Diamantes, ¿qué opináis sobre los reyes?

—Creo que los soberanos son más capaces, mucho mejores que las reinas.

Arch se rió.

—Sois más sabio de lo que parecéis. Como recompensa por esta muestra de sabiduría, y suponiendo que no fracasáis al intentar que mi arma acabe en las infantiles manos de Molly, una vez que Marvilia esté bajo mi control, pienso devolveros las tierras de vuestros antepasados para que las administréis a vuestro

gusto.

—¿El hectariado de Diamantes?

El rey asintió.

—Sus límites volverán a ser exactamente los mismos que antes de que vuestros antepasados y los de los clanes de Tréboles, Picas y Corazones formaran la coalición que dio origen a Marvilia. ¿Quién sabe? A lo mejor os entrego un trozo del antiguo hectariado de Tréboles para que lo gobernéis también.

Vaya, vaya. Eso era algo que la familia de Diamantes no esperaba. ¿El hectariado volvería a ser suyo? Ya tramarían algo para hacerse con el Corazón de Cristal más adelante.

Henchido de orgullo familiar, el Valet desparramó sobre la mesa un puñado de cristales de riolita que había sisado en las minas.

—¿Hay algún mercader de pelucas en este campamento que me recomendéis, Arch?

—En Confinia los hombres no llevan peluca —repuso el rey, haciéndose el propósito de grabar estas palabras en algún lugar del paisaje de su reino en cuanto pudiese—. Y ahora, escuchadme todos. Éste es mi plan...

Una vez que la familia de Diamantes hubo salido de la jaima acompañada por algunos de sus hombres, Arch se quedó a solas con Ripkins y Blister.

—¿Sabéis lo que tenéis que hacer?

Los escoltas movieron la cabeza afirmativamente.

—La explosión la dejará inconsciente, pero seguramente no malherida. Os prohíbo que le hagáis más daño del imprescindible.

La decepción de ambos se hizo notar: su postura, por lo general tan rígida, se distendió ligeramente.

—Dadles a oler esto a los rastreadores. —Arch le entregó a Ripkins el botón que se había caído de la chaqueta de Molly durante su entrevista con Alyss—. Seguramente no toparáis con muchas dificultades una vez que el Continuo de Cristal deje de funcionar, pues los militares de Marvilia estarán demasiado distraídos. Recordad: Alyss y sus fuerzas no saben que yo soy el agresor, así que no debéis dejar que os vean. No tengo inconveniente en que os divirtáis un poco durante la misión: si alguien os ve, eliminadlo.

La desilusión de los escoltas se esfumó y dio paso a su estado de ánimo habitual.

—Blister os lo agradece —dijo Blister.

—Ripkins también —dijo Ripkins.

Mostrando el respeto debido hacia su rey, estos seres cuya destreza militar rivalizaba con la de Sombra Logan se despidieron, y antes de que Arch se hubiese retirado a sus aposentos, ya habían cruzado la frontera del reino de Alyss, con mucho menos sigilo del que habrían sido capaces, esperando que los viese el mayor número

de marvilianos posibles.

Dodge se había marchado para cumplir con su deber de guardia. Alyss, que no quería estar sola, se envolvió en una capa para protegerse del frío de la noche y salió a los jardines del palacio. Seguramente debería haberse ido a dormir. Jacob, a su manera socarrona y paternal, siempre le recordaba que una reina, para estar siempre en plena forma, debía dormir al menos ocho horas lunares cada noche, a fin de no tomar decisiones imprudentes debido a la fatiga. Ya tendría razones suficientes para tomar decisiones imprudentes en la vida, le explicaba. Y, sin embargo, ahí estaba ella, caminando por un sendero que llevaba del palacio a la muralla exterior que separaba los jardines del resto de Marvilópolis. Geranios de color amarillo, lavanda y rojo hacían reverencias a su paso. Las ramas de los arbusto de holizaleas, que sólo crecían en Marvilia, se inclinaban en señal de respeto. El aire nocturno trajo hasta sus oídos la melodía de *La marcha de la Reina*, tatareada con suavidad por los girasoles.

Alyss se acercó a un seto indistinguible de los que lo rodeaban, se detuvo por unos instantes para asegurarse de que nadie la observaba, se abrió paso hacia el interior del seto y...

Desapareció. Las raíces de la planta habían activado un mecanismo que abría una trampilla grande camuflada bajo una densa cubierta vegetal. Alyss descendió por la abertura hasta una cámara subterránea cuya ubicación sólo conocían sus consejeros de confianza y los pocos sirvientes escogidos por Jacob para trasladar allí el Corazón de Cristal una noche sin luna.

«Es absurdo que tenga que actuar como una ladrona cada vez que quiero visitarlo».

Allí estaba, la fuente creativa del universo, despidiendo como siempre un resplandor que daba la impresión de que el cristal estaba a punto de hincharse más allá de sus límites.

«Es deprimente verlo guardado en esta prisión subterránea. ¿Cómo voy a reinstaurar el Desfile de Inventores si el cristal debe permanecer oculto para evitar que caiga en manos de alguien que haga mal uso de él?».

Por otro lado, ¿estar en posesión del cristal, así como del cetro de su laberinto Especular, no le confería poder suficiente para vencer a cualquier enemigo? Cabía suponer que sí, pero ¿para qué arriesgarse? Ella y Jacob habían decidido que más valía mantener el cristal escondido.

Alyss sabía que la recuperación del Desfile de Inventores no era algo prioritario para la seguridad ni el desarrollo de Marvilia. Sin embargo, cuando recordaba los desfiles de su infancia, con el Corazón de Cristal a la vista de todos, la multitud en la calle para contemplar los últimos artilugios concebidos por sus conciudadanos, y los inventores que se esforzaban al máximo por lucirse para que la reina Genevieve considerase sus inventos dignos de pasar a través del cristal, de manera que, en otro mundo, se materializase una versión de ellos; cada vez que Alyss se acordaba de todo

esto, pensaba que tal vez si reintroducía el Desfile de Inventores, sería en cierto modo como volver, si no a una época mejor (Jacob sin duda lo negaría), sí al menos a una época distinta en la que sus padres aún vivían.

La trampilla se deslizó hasta cerrarse y Alyss se colocó como solía en una plataforma de observación situada a media altura sobre el suelo de la cámara, lo más cerca posible del cristal. Con el cetro en una mano, extendió el otro brazo hacia el cristal para agudizar al máximo su visión a distancia. El ojo de su imaginación se inundó en el acto de la luz brillante del cristal, que se desvaneció poco a poco para revelar un comedor de estilo anticuado con revestimiento de caoba, papel tapiz floreado y un aparador de madera maciza: el comedor de casa del decano del colegio universitario de Christ Church, en Oxford. Entre aquellos que disfrutaban de una cena de pollo asado sentados a la mesa se vio a sí misma, o, mejor dicho, vio a su doble. Ella la había creado aunando sus poderes con los del Corazón de Cristal y la había enviado a la Tierra para que ocupase su lugar en la familia Liddell.

La señorita Alice Liddell: hija adoptiva del reverendo y su esposa, examiga de Charles Dodgson, exprometida del hijo más joven de la reina Victoria, el príncipe Leopoldo, pero ahora enamorada de Reginald Hargreaves, que estaba sentado enfrente de ella.

Reginald, que estudiaba en Christ Church, era un señorito de campo a quien le gustaba vagar por los campos de su finca de Hampshire, Cuffnells, mucho más que estar encerrado en una habitación con libros y teorías. Aunque se encontraba sentado entre dos de las hermanas de Alice, Edith y Lorina, saltaba a la vista que sólo tenía ojos para Alice, y esto no les pasaba inadvertido al reverendo ni a la señora Liddell, que presidía la cena.

«Qué sencillo y acogedor parece todo».

Alyss sabía que la realidad no era así del todo. Había comido en esa sala muchas veces, y cuando uno todavía tenía frescos en la mente los disgustos que se había llevado durante el día en Oxford, fueran los que fuesen, nada parecía tan sencillo. A pesar de todo ella no podía evitar pensar que las cosas eran más sencillas allí.

Al observar, se sintió como una invitada más aunque la escena era muda y ella no había podido oír la anécdota divertida con que Reginald los había hecho reír a todos. Alice era quien reía con más ganas para dejar claro cuánto le gustaba él. Reginald sonrió sin apartar la vista de ella ni siquiera cuando Lorina reclamó su atención, al parecer para contarle a su vez otro chisme gracioso.

«La facilidad con que demuestra su afecto...».

Pensó en Dodge, en su relación con él, en el amor torpe, vacilante, tímido que se profesaban, en... Tzzz.

Algo iba mal. La trampilla se había abierto. La comitiva de asuntos urgentes descendía hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó una vez que Dodge, Jacob y el general Doppelgänger se hallaron ante ella.

—Alguien ha lanzado un ataque contra el reino —dijo el general—. Aún no sabemos quién.

—Lo sabemos —replicó Dodge, con una mirada vengativa e insatisfecha que Alyss relacionó de inmediato con Roja, el Gato y el asesinato del juez Anders.

—Varios de nuestros puestos fronterizos han sido arrasados —prosiguió el general—, y varios más combaten con el enemigo en estos momentos. He ordenado el despliegue de barajas de refuerzo para evitar que los atacantes avancen hacia el interior del reino.

¿Un ataque? ¿Puestos fronterizos arrasados? Se quedaron esperando a que ella dijese algo.

—Han llegado informes —dijo Dodge.

—¿De qué?

—Tenemos motivos para creer que quienes nos atacan son vitróculos —le explicó Jacob—. Ahora mismo se está procediendo a confirmar la veracidad de esta información.

—¿Vitróculos? —repitió Alyss con incredulidad. Tras el derrocamiento de Roja, había habido intentos de reprogramarlos, pero esto había resultado ser más difícil de lo que los ingenieros y programadores de Marvilia habían imaginado en un principio. Sólo un número reducido de ellos se había reconfigurado con éxito cuando ella y sus consejeros descubrieron que la población estaba demasiado acostumbrada a tenerles miedo como para verlos como elementos protectores.

Dodge habló en un susurro tenso, como si levantar la voz implicara dar rienda suelta a una furia incontenible.

—Roja debe de haber sobrevivido. Debiste dejar que yo entrara en el cristal tras ella.

—No estamos seguros de que se trate de Roja —insistió el general.

—¿Qué otra explicación puede haber para un ataque de vitróculos?

Era una buena pregunta. Alyss miró a Jacob, que se encogió de hombros. Sus ojeras giraron hacia los lados, como si estuviera avergonzado.

—Como el albino culto que soy, detesto reconocer mi ignorancia, pero en este caso es lo único que tengo.

Alyss cerró los ojos y recorrió con la mirada de su imaginación las fronteras de Marvilia, de un puesto militar a otro...

En una selva umbría de la Ferania Ulterior, un naípe número Siete disparaba su pistola de cristal contra un par de vitróculos que empezaban a recular cuando una esfera generadora explotó contra el alijo de municiones que estaba protegiendo y el hombre perdió la vida.

En una casilla de roca negra del desierto Damero, una pareja tras otra de naipes soldado salía dando traspiés y ahogándose de un búnker medio destruido, pero escapaban de una muerte por quemaduras o asfixia sólo para caer atravesados por las armas de los vitróculos que los esperaban fuera.

Y en un puesto especialmente lejano, situado entre el límite cubierto de maleza del bosque Eterno y los géiseres de lava de las llanuras Volcánicas, Alyss contempló la escena donde se había librado una batalla; allí donde dirigía el ojo de su imaginación, veía naipes soldado que yacían muertos en posturas diferentes; habían un naipe Dos con la mano en su pistola de cristal aún sin desenfundar, y un naipe Cuatro que, a juzgar por los cuerpos que lo rodeaban, se había llevado por delante a un número respetable de enemigos antes de entregar la vida.

—Se trata de los vitróculos —corroboró al fin—, pero no veo a Roja.

—No se dejará ver en primera línea —dijo Dodge, impaciente—. Esperará a que se presente una ocasión más propicia.

El general Doppelgänger le dio un golpecito a Jacob con el codo e hizo un gesto con la cabeza como para instarlo a decirle algo a Alyss.

—¿Hay algo más? —preguntó Alyss.

—El Valet de Diamantes se ha fugado de las minas —le comunicó el preceptor.

Lo que faltaba; encima de todo, tener que preocuparse por un niño rebelde de alta cuna y grandes nalgas que creía que el mundo le debía... el mundo.

—¿Su fuga aguarda alguna relación con los ataques?

—No tenemos datos que lo confirmen —dijo el general— ni que lo descarten.

Ella posó el ojo de su imaginación en un puesto situado en un escaque de hielo del desierto Damero, donde una unidad entera de naipes soldado estaba a punto de caer acribillada por una ráfaga de cartas daga AD52. En la cámara del Corazón de Cristal, blandió su cetro. Dodge, Jacob y el general se sobresaltaron. El movimiento del brazo de Alyss generó unas ondas que atravesaron grandes distancias, y las cartas daga cambiaron de pronto de dirección, como si hubiesen rebotado en un campo de fuerza invisible. Los vitróculos responsables del ataque se quedaron pasmados por unos instantes, mientras que los naipes soldado, al descubrir que algo los había salvado, dispararon una andanada tras otra de sus propias cartas daga contra el enemigo y corrieron a parapetarse tras los restos carbonizados de un búnker, vivos por el momento.

—Envíe todas las barajas de refuerzo que pueda —le indicó Alyss al general Doppelgänger— movilice a las milicias del ajedrez, si es que no lo ha hecho aún. Hay que evitar por todos los medios que la violencia llegue a Marvilópolis. Jacob, transmite un mensaje de alerta a los ciudadanos: hay combates aislados en las fronteras lejanas del reino, lo que apenas supone un peligro para ellos, pero, para estar seguros, deben permanecer bajo techo en la medida de lo posible.

De nuevo pondría a prueba los límites de su imaginación y utilizaría sus poderes para ayudar a todos los puestos fronterizos. Era una lástima que para matar a los vitróculos no le bastase con imaginarlos muertos. No era posible. Los vitróculos, aunque en un grado muy pequeño, poseían voluntad propia. La imaginación por sí sola, aunque fuera muy poderosa, no podía matar a seres con voluntad de vivir.

—Haré lo que pueda desde aquí —dijo—. Eso es todo.

Jacob y el general Doppelgänger dieron media vuelta para marcharse.

—¿Y yo? —preguntó Dodge.

—El deber de un guardia es proteger el palacio —contestó ella, sabiendo que la respuesta no le gustaría—. Sin embargo... —algo en su tono de voz hizo que Jacob se detuviesen y volviesen la mirada. La reina fijó la vista en Dodge—... por lo que respecta a Roja, debemos estar preparados para lo peor.

—¡Mira que avergonzarse de mí porque soy una híbrida! —se lamentó Molly la del Sombrero mientras un par de traficantes de estimulantes de la imaginación se acercaban a ella, cada uno armado con una Mano de Tyman: una empuñadura de la que sobresalían cinco cuchillas cortas. Ella nunca había combatido contra Manos de Tyman, pero ¿qué más daba? Podría hacerles frente. Podía hacerle frente a lo que fuera—. ¡Mira que no dejar que les enseñe de qué soy capaz!

Dio un salto mortal sobre los atacantes y, en el aire, hizo con un movimiento de los hombros que se desplegaran las hojas afiladas y tirabuzones de su mochila. Cayó de pie, se impulsó hacia atrás y notó la resistencia momentánea del acero de Marvilia antes de penetrar en la carne.

Perdería puntos por ello.

Se dio cuenta demasiado tarde. Sus supuestos agresores no eran más que dos hombres hambrientos que pedían caridad; lo que ella había tomado por Manos de Tyman no eran más que tazas para limosnas. Molly se apartó de prisa, antes de que sus cuchillas pudieran infligir un daño muy grande. Los dos mendigos, con el rostro demudado, se llevaron las manos a sus heridas.

—Perdón —dijo ella, retrocediendo—. Lo... lo siento.

Siguió andando por la calle, y apenas había avanzado lo que medía la cola de un galimatazo cuando su sombrero comenzó a vibrar. Se agachó hacia la izquierda y...

... una piedra pasó zumbando, casi rozándola.

Se volvió, suponiendo que se la había tirado uno de los mendigos, pero éstos habían desaparecido. El sombrero le vibró de nuevo. Se inclinó hacia la derecha y...

Una tapa oxidada de cubo de basura que hubiera podido cercenarle el cuello pasó volando. Entonces ella las divisó: unas figuras imprecisas en la oscuridad, en la acera izquierda de la calle, resguardadas tras un muro medio derrumbado y la carcasa herrumbrosa de lo que ella supuso que era algún vehículo. (A todo esto, ¿dónde estaba? Esa calle no se parecía a ninguna de las que había visto en Marvilia). Aplanó su sombrero y lo sostuvo sobre su cabeza para protegerse de los pedazos de ladrillo, marcos de ventana corroídos por la intemperie y otros escombros recogidos de los edificios circundantes que le arrojaban.

—Deben de ser entusiastas de la Imaginación Negra —masculló. Siempre le daba la impresión de que eran las personas menos dotadas de imaginación.

¡Zas! ¡Pum! ¡Chas! Una lluvia de desechos cayó sobre su sombrero-escudo.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si quienes la bombardeaban no eran más que civiles inocentes que tenían miedo de ella, una desconocida con un arsenal extraño a su disposición? La pregunta era si debía emplear toda su fuerza y habilidades para combatirlos o sólo hacerles una advertencia, una pequeña demostración de lo que les ocurriría si ella daba rienda suelta a su destreza.

¡Clang! ¡Tonc, tonc, tonc, tonc, tonc!

Ahora llovían más residuos en torno a ella, como si el número de adversarios hubiese aumentado. Sin embargo, no estaban ganando terreno; permanecían ocultos, a cubierto.

Seguramente no se trataba más que de otra prueba de autocontrol.

Se ceñiría a la norma de la Bonetería que prohibía utilizar la violencia letal salvo como último recurso. Ya se había equivocado una vez en esta misión. No podía permitirse otra equivocación.

Con una ligera torsión de la muñeca, lanzó su sombrero-escudo, que voló girando hacia los proyectiles que se le venían encima. Casi en el mismo instante, abrió las cuchillas de sus muñecas con una sacudida. El sombrero rebotaba de un objeto a otro, desviándolos de vuelta hacia quienes los habían lanzado. Con las cuchillas giratorias sujetas a las muñecas, derribó fácilmente los pocos trozos de argamasa que habían escapado al sombrero, que volvió hacia ella como una mascota cariñosa. Atenta por si oía acercarse a los agresores, devolvió el arma a su forma de sombrero y se lo encasquetó en la cabeza.

Algo brillaba en el muro medio derruido. Dio unos pasos hacia él para verlo mejor; era un emblema luminoso con la figura de una chistera incrustado en el ladrillo.

—Ha sido demasiado fácil —dijo ella, alargando el brazo para tocar el emblema, cuando...

¡liiiich! ¡liiiich! ¡liiich!

Una bandada de rastreadores bajó en picado del cielo, hacia ella. Esta vez no tuvo que debatirse en la duda: los rastreadores eran mitad buitre, mitad mosca, y cien por cien mala baba.

Molly pulsó la hebilla de su cinturón. Los sables largos y en forma de media luna se desplegaron y, con las cuchillas de ambas muñecas activadas, ella pudo al fin ejercitar al máximo sus facultades, retorciéndose, girando en el aire, lanzando estocadas a aquellas criaturas chillonas, haciéndolas caer de cabeza ensangrentadas hasta que...

Se esfumaron y la calle quedó desierta.

Ella guardó con un chasquido sus armas, tocó el símbolo brillante de la pared y la escena desapareció. Se encontró en el interior de un enorme depósito de armas que ocupaba el espacio de dos manzanas y con el techo cuatro pisos por encima de su cabeza; era el Centro Holográfico de Entrenamiento eXtremo, o CHEX, en la Bonetería.

—Definitivamente demasiado fácil, incluso para alguien tan inútil como yo —resopló Molly.

Caminó de regreso hacia la cabina de control, en el extremo opuesto de la sala. Sí, Alyss, Jacob y los demás aseguraban que no importaba que fuera una híbrida. Sí, la habían nombrado escolta personal de la reina, pero el puesto no la obligaba a asumir responsabilidades muy serias. Alyss era demasiado poderosa para necesitar

guardaespaldas. Y Molly sabía que cuando Somber desempeñaba el cargo, se ocupaba más de diseñar políticas o de llevar a cabo misiones esenciales para la seguridad de Marvilia. Seguramente a ella nunca la tratarían como a una integrante de pleno derecho de la Bonetería, nunca la considerarían lo bastante buena. ¿Por qué si no habían enviado a Rohin y Tock a la Tierra para ir a la caza de Roja y el Gato? Ella era por lo menos tan buena en combate como ellos.

—¡O más! —exclamó en alto.

En la cabina de control, llevó el selector a la posición Z, el nivel más avanzado. Nadie de su clase había pasado de la W, ni siquiera Rohin o Tock.

Se plantó firmemente en la posición de inicio; el símbolo de la chistera dibujado en el suelo.

—¡Empezar! —gritó, y aunque permaneció inmóvil, fue como si las paredes de la sala comenzasen a girar.

El CHEX, que nunca presentaba dos veces la misma situación, exploró su lista interminable de escenarios, enemigos y armas para elaborar un ejercicio adecuado. La exploración estaba diseñada para desorientarla, trastornar su equilibrio mental o algo así. Mientras un salón del monte Solitario se materializa alrededor de ella, Molly dio un paso hacia delante, notó el cosquilleo de algo parecido a un bigote contra su mejilla y...

¡Ugh!

Cayó al suelo, con el hombro derecho de la chaqueta desgarrado. Alzó la mirada y vio al Gato, el que había sido el mayor asesino al servicio de Roja, riéndose de ella. Aquel ser antropomorfo y musculoso capaz de transformarse en un adorable gatito estaba de pie sobre sus patas traseras, con muslos tan gruesos como la cintura de Molly. Tenía unos brazos poderosos y nervudos que se estrechaban en unas manos con uñas largas y anchas como cuchillos de carnicero, y un rostro felino de nariz chata y rosada, bigotes y una boca llena de babas y de colmillos. De una de sus garras colgaban jirones de la chaqueta de Molly. Ella ni siquiera tuvo tiempo de ponerse en pie antes de que la escena se desvaneciera.

—¡Otra vez! —ordenó.

Esta vez activó las cuchillas de sus muñecas mientras el sistema todavía estaba explorando sus datos y en las paredes de la sala parpadeaban las imágenes de posibles localizaciones y enemigos. En cuanto vislumbraba al Gato o cualquier otro ser felino se abalanzaba hacia delante, decidida a no dejarse sorprender con la guardia baja de nuevo. Sin embargo, cuando un nuevo entorno cobró forma y sustancia en torno a ella, el Gato no aparecía por ninguna parte. Molly estaba de pie, en un extremo de un desfiladero largo y angosto de piedra volcánica, acorralada por tres galimatazos.

—Galimacito bonito —dijo ella—. Molly es amiga de galimacitos.

El galimacito no necesitaba amigos. Uno de ellos exhaló una llamarada hacia ella y...

Molly se dejó caer y rodó por el suelo, apretó la hebilla de su cinturón, y los

sables se abrieron de golpe y se hundieron en el vientre de la bestia.

Fue una mala idea.

La piel de los galimatazos era tan dura como la lava fosilizada. Lejos de resultar mortal, la herida de sable sólo sirvió para provocar un ataque de ira en el monstruo, que pisoteaba y escupía fuego en todas direcciones. Molly rodó primero en una dirección, luego en otra, moviéndose hábilmente para salir de debajo de la criatura sin que ésta la aplastara. El problema es que acabó exactamente en la misma situación de antes: arrinconada contra una pared del desfiladero por tres galimatazos.

Se encogió de hombros para abrir su mochila —¡flink!—, y de entre los diversos tirabuzones y cuchillas que disponía escogió dos armas en forma de palanca, que tenían una punta afilada en ángulo recto respecto al mango alargado. Con una en cada mano, saltó hacia la pared del desfiladero, hincó las puntas de las palancas en la roca para sujetarse por encima de los galimatazos por un momento. Se dio impulso con los pies contra la pared y cayó sobre el lomo del galimatazo más cercano. La bestia enloqueció y comenzó a retorcer la cabeza y a corcovear, lanzándole dentelladas a Molly. Ella necesitó toda su fuerza para no caerse, aferrándose sólo a la protuberancia ósea situada en la parte superior del espinazo del monstruo, una vértebra afortunada, un asidero salvavidas, no muy distinto del arzón de la silla de montar de un maspíritu, que abultaba en la piel cubierta de cráteres del galimatazo.

Algo caliente destelló contra la pierna de Molly.

Uno de los galimatazos había escupido una bola de fuego. Ésta la rozó y, lo que es peor, rozó a su montura, lo que desencadenó una pelea entre su galimatazo y el otro. Empezaron a quemarse vivos el uno al otro con su aliento abrasador, empinados sobre las patas traseras arañándose e hiriéndose con las zarpas delanteras.

Con un restallido, una cola rodeó a Molly y la tumbó en el suelo, boca arriba. Apenas tuvo tiempo de ver a un galimatazo que se acercaba con las fauces cada vez más abiertas en un gesto semejante a un bostezo que precedía inevitablemente a una vaharada de fuego...

La escena se difumó y las luces se encendieron.

—¡Otra vez! —gritó.

Tenía que dejar de lado su rabia y su resentimiento. Tenía que tranquilizarse. Si el tiempo que había pasado en la Bonetería le había enseñado algo era que la adrenalina volvía impulsiva y precipitada a la gente. La inducía a cometer tonterías. Si quería superar el nivel Z, tenía que conservar la calma.

El CHEX dio comienzo a su vertiginosa exploración de localizaciones y enemigos posibles. Molly respiró hondo a un ritmo regular y cerró los ojos. Sólo los abrió cuando oyó el murmullo constante de voces de acento extraño, el golpeteo de cascos sobre cemento y el chirrido de carros que avanzaban despacio.

Se hallaban en una ciudad, una ciudad antigua, a juzgar por su aspecto. Hacía generaciones que los carruajes como los que pasaban traqueteando por su lado ya no se veían en Marvilia. En cuanto a los caballos, eran bestias de carga salidas

directamente de los programas de historia que Molly tenía como asignatura obligatoria en los estudios que cursaba en la Bonetería.

Entre la avalancha de peatones que se dirigía hacia ella, había un hombre con un sobretodo y un bombín. Ella se llevó la mano instintivamente al ala de su sombrero, pero el hombre se limitó a saludarla con un gesto de la cabeza y pasó de largo. La gente que iba por la calle, ya fuera a pie o en carro, parecía concentrada en los recados que estaban haciendo en ese momento, pero ella no debía dejarse engañar. Se produciría un ataque de forma inminente. No podía saber quién lo lanzaría ni desde dónde, pero bajo ningún concepto debía bajar la guardia o...

Una voz se elevó por encima del bullicio que reinaba en la calle.

—¡Lean la noticia sobre la matanza de Piccadilly! ¡Muerte y destrucción en Piccadilly! ¡Las últimas noticias por sólo dos peniques!

Un chico vendía periódicos en la esquina. Molly se le acercó y él le puso un ejemplar en la mano. ¿El *London Times*? Ella había oído hablar de Londres. Era una ciudad que la reina había visitado cuando estuvo exiliada de Marvilia.

—Dos peniques —le dijo el muchacho.

Ella no tenía tiempo para averiguar qué le estaba pidiendo, de modo que desplegó las cuchillas de una de sus muñecas para asustarlo y...

Al ver que con una pequeña sacudida de la mano aquellas hojas mortíferas comenzaban a girar a toda velocidad, el chico arrancó a correr. Sin embargo, Molly no deseaba llamar demasiado la atención. Aún no. Guardó rápidamente las cuchillas con un chasquido.

La descripción que el periódico daba de la masacre y la destrucción en Piccadilly le resultaba familiar. En una tienda de quesos medio derruida, Molly reconoció los efectos de la explosión de una esfera generadora. En los torpes intentos de los testigos por describir un fusil que disparaba rayos de luz reconoció una pistola de cristal de Marvilia y sus municiones: barras de energía producida por las chispas que saltaban entre ciertas piedras preciosas. Por lo que respecta a las carcassas que parecían vainas de silicona con patas contraídas debajo, no le costó identificarlas como arañas obús muertas una vez que su breve vida había llegado a su fin, no sin antes llevarse por delante a veintenas de londinense, según informaba el periodista.

Oyó un sonido como de tijeras que se abrían y se cerraban rápidamente.

Los dedos de Molly subieron de forma automática hasta el ala de su sombrero. Escudriñó la escena.

Nada. Sólo londinenses ocupándose de sus asuntos, como antes. Sin embargo, cuando volvió a fijarse en el periódico...

Lo oyó otra vez. Inconfundible: el sonido de naipes soldado que estaban tomando posiciones, preparándose para la batalla. Ella no los avistó hasta que unos transeúntes rompieron a gritar, corriendo en busca de refugio. Ya se habían desplegado: una escalera de soldados de alto rango de una de las barajas de Roja. Cuando no estaban en combate, parecían naipes comunes y corrientes, aunque grandes como personas.

Pero cuando entablaban batalla, como ahora, se desdoblaban y duplicaban su altura, con extremidades de acero marviliano y movimientos acompasados, como si estuvieran acechando a su presa en todo momento, lo que les confería un aspecto de lo más amenazador.

—Mantén la calma —susurró Molly para sí—. Tranquila.

La única manera de «matar» a uno de los soldados de infantería de última generación que luchaban por Roja era acuchillándolo con fuera en la zona del tamaño de un medallón que tenían en la parte superior del pecho, en la base de su cuello con tendones de acero. La hoja del cuchillo le seccionaba los circuitos vitales, que despedían chispas color rojo sangre. El problema era que, en el ajetreo del combate, ese punto débil parecía reducirse al tamaño del ojo de un gombriz, a...

Rayos de energía salieron proyectados hacia ella —¡zip, zip, zip, zip!— desde el cañón de la pistola de cristal de un naipe Ocho. Molly se quitó el sombrero y lo usó para capturar los rayos en la parte interior, moviendo las manos con la rapidez de mil patas de oruga. ¡Fuiss!

Esquivó el golpe de lanza de naipe Seis, pero acto seguido tuvo que saltar y retorcerse en el aire para evitar el impacto de una esfera generadora disparada por el naipe Nueve. Aplastó con un golpe su sombrero y lo hizo girar sobre su cabeza como haría una vaquera del Oeste americano con su lazo. Los rayos de energía que había atrapado salieron despedidos de sus bordes directos hacia la zona vulnerable del naipe Siete.

El soldado se dobló en dos, sin vida.

La siguiente víctima de Molly no le puso las cosas tan fáciles. Ya habría resultado bastante complicado enfrentarse a tantos naipes soldado aunque no fueran tan bien armados, pero si encima contaban con granadas de serpiente y esferas generadoras...

De cuando en cuando ella arrojaba su sombrero, que chocaba contra los soldados, chirriando y causándoles alguna abolladura, pero no les infligía daños graves. Con las cuchillas de sus muñecas en constante movimiento y los sables de su cinturón silbando en el aire, como ansiosas por hacer contacto con el enemigo, traspasó al fin el punto débil de un naipe Seis con una espada que formaba parte del arsenal inagotable de su mochila.

Quedaban tres.

El otro naipe Seis y el Ocho abrieron fuego con sus AD52. Ciento cuatro cartas de bordes afilados desgarraron el aire, y ella las interceptó con las cuchillas de las muñecas, que con su impulso centrífugo las desviaron lejos de ella. Un naipe Nueve le apuntó con un cañón de esferas. Las cuchillas de uno de los brazaletes se activaron para rechazar las cartas daga que se aproximaban. Con su mano libre, Molly lanzó su sombrero al naipe Nueve y empezó a dar volteretas hacia él.

El sombrero, al golpear al soldado, hizo que el cañón se le cayera de las manos.

Sin dejar de dar volteretas, ella atrapó el arma antes de que tocara el suelo y disparó.

La explosión de la esfera generadora envolvió a los tres soldados agresores. Cuando se disipó el humo, los tres yacían en la calle moviendo las extremidades de forma espasmódica, con su hacer exterior chamuscado y los circuitos necesitados de reinicio. Empezando por el naípe Nueve y acabando por el Seis, Molly la del Sombrero —híbrida, huérfana, escolta supuestamente poco fiable de una reina que no necesitaba escolta— clavó una cuchilla en sus respectivos puntos débiles, acallándolos para siempre.

Se quedó quieta por unos instantes, mientras recuperaba el aliento, sin acabar de creerse lo que había conseguido. El nivel Z. Había superado lo que nadie más había...

Pero entonces reparó en algo que habría debido ver antes: un charco donde no tenía por qué haber uno, en medio del pavimento seco en un día soleado. Del agitado centro del charco partieron unas ondas concéntricas, y con un estallido repentino de agua...

Un vitróculo se elevó en el aire.

Varios vitróculos más saltaron de charcos cercanos. En aquel torbellino de acción, resultaba difícil determinar cuántos había exactamente; más de los que Molly podía vencer únicamente con sus armas de la Bonetería, de eso no cabía duda. Así que optó por poner tierra por medio. Los vitróculos dispararon sus armas, y varios obuses volaron hacia ella y eclosionaron para convertirse en arañas gigantes.

Molly corrió directa hacia la pared exterior de ladrillo del edificio más próximo, el hotel Burberry. Parecía a punto de estamparse contra él, pero en el último momento se lanzó hacia la derecha. Demasiado tarde para que las arañas virasen. Se agarraron a la pared del hotel y comenzaron a trepar un piso tras otro, a la caza del alimento. Para una araña obús, una presa era una presa, ya fuera alysiana, londinense o turista.

¡Dinc! Con su sombrero-escudo, Molly desvió la trayectoria de un tambor erizado, un proyectil de pesadilla que consistía en seis pinchos cortantes que sobresalían en todas direcciones desde un mismo punto.

Tenía que arriesgarse. Miró los charcos antinaturales dispersos por la calle y decidió que tal vez podía...

Otro tambor erizado se dirigía hacia ella girando en el aire. No tenía elección. Asió fuertemente su sombrero con una mano, corrió y saltó al charco más cercano, se hundió bajo la superficie, arrastrada hacia el fondo por la gravedad del portal, hasta que se detuvo y algo empezó a empujarla hacia arriba, más y más deprisa.

¡Fuuuush!

Salió disparada en medio de una masa de agua, y los sables de su cinturón se hundieron en la carne de un vitróculo que tuvo mala suerte de estar allí cerca. Al parecer, el tiempo había transcurrido más despacio mientras ella estaba sumergida, pero su desaparición y su salida a la superficie habían sido casi simultáneas. Se zambulló de nuevo en el charco, emergió de otro con un salto, sacó una daga de su mochila y apuñaló con ella a un vitróculo que aún estaba mirando el lugar donde ella

se encontraba hacía sólo un instante.

Si hubiera estado en Londres de verdad, aquellos charcos le habrían servido de portal para regresar al estanque de las Lágrimas de Marvilia. En otro tiempo, la gente creía que era una especie de agujero negro acuoso y que los marvilianos que tenían la mala fortuna de precipitarse en él se veían transportados a otro mundo por un torbellino. Durante generaciones, nadie que se hubiese zambullido allí había regresado para contar cómo era ese otro mundo, y sus seres queridos se reunían en lo alto del acantilado que se alzaba sobre el estanque para verter sus lágrimas en el agua; de ahí su nombre. No fue sino hasta que Somber Logan y la princesa Alyss de Corazones regresaron a través del estanque —trece años después de caer en él, cuando ya los daban por muertos— que se descubrió la verdad.

Por el contrario, los universos creados por el CHEX tenían sus límites. Los charcos-portal que en el mundo real habrían transportado a Molly la del Sombrero de vuelta a Marvilia aquí sólo estaban conectados con otros portales. Y ella sacó todo el provecho que pudo de esta ventaja, saltando a uno, saliendo por otro, utilizándolos para burlar a los vitróculos, uno por uno, hasta que emergió de un charco de agua sucia en forma de mancha de tinta, dispuesta a causar una baja más en el enemigo, preparada para arrojar su sombrero hacia su siguiente víctima, pero...

Los cuerpos inertes de los vitróculos yacían desperdigados por la calle. Los había matado a todos.

—Se olvida de esto.

¡Suink! Con todas sus armas activadas, Molly vio a una mujer de aspecto corriente que se acercaba con un objeto en la palma de la mano. Retrajo las cuchillas cuando se percató de lo que era: un pisapapeles luminoso en forma de chistera. Lo tocó y la escena londinense se fundió en la oscuridad, cediendo el paso a una negrura absoluta en la que no se veía nada más que un holograma de tamaño natural de Somber Logan que le sonreía en señal de aprobación.

—Hoy has demostrado tener el valor, la destreza y la inteligencia necesarias para ser un miembro destacado de la Bonetería —dijo—. Veremos cómo te desenvuelves mañana.

En el tiempo que duran dos parpadeos de maspíritu ella creyó que se trataba realmente de él, que había regresado. Sin embargo, la imagen se desvaneció y las luces se encendieron.

—Impresionante —resonó una voz.

Cuando se volvió, Molly vio a la Dama de Diamantes salir de la cabina de control. No se permitía la entrada en el CHEX de personas ajenas a la Bonetería.

—No tendría que estar usted aquí —dijo Molly—. ¿Cómo ha entrado?

—¿Cuándo aprenderás, jovencita, que como miembro de una familia ilustre puedo encontrar la manera de hacer lo que me plazca?

—¿Cuándo dejará la gente de tratarme como a una niña? —gritó Molly.

La Dama de Diamantes la miró, perpleja.

—No sabía que fueras tan sensible. ¿No quieres secarte? Podrías pillar un resfriado.

—No hace falta.

—Al menos deberías ir a que te curen eso.

¿De qué estaba hablando la Dama de Diamantes? ¿A que le curasen eso? ¿Qué tenían que curarle?

—¡Estás sangrando! —La señora señaló el torso de Molly, su hombro derecho y su muslo izquierdo.

Tenía algunos cortes y desolladuras. ¿Qué más daba? No eran más que heridas superficiales.

—Estoy bien —aseguró Molly.

La Dama de Diamantes suspiró como una mujer acostumbrada a que la gente desoyera sus consejos. Levantó el cofre primorosamente tallado que el rey Arch le había confiado a su marido.

—He venido a entregarle esto a la reina Alyss. Me han dicho que estaba contigo.

—Pues no está.

—¿No? —Unas arrugas de preocupación aparecieron en la frente de la Dama de Diamantes—. Qué raro. Habría jurado que... Entonces creo que se lo dejaré a Jacob Noncelo o a Dodge Anders. Se trata de algo demasiado importante para encargárselo a nadie más. —Dio media vuelta para marcharse.

—Puedo dárselo yo —dijo Molly.

—¿Tú?

Molly asintió.

—Después de todo, soy la escolta de la reina.

La Dama de Diamantes fingió reflexionar.

—Bueno, supongo que si ella se fía lo bastante de ti para poner su vida en tus manos, yo puedo confiarte esto. No olvides decirle que me lo encomendó su madre, la reina Genevieve, justo antes de morir y que, tal como ella me pidió entonces, lo he mantenido a salvo de Roja.

—Ajá —dijo Molly con suspicacia—. ¿Y por qué quiere dárselo a la reina Alyss ahora? Es decir, ¿por qué ha esperado todo este tiempo?

La Dama de Diamantes adoptó una expresión amable y encantadora.

—Porque Genevieve dejó instrucciones precisas, chica lista, de que si Alyss volvía algún día para gobernar el reino, había que entregárselo después del tercer ciclo lunar de su reinado. Es obvio que contiene algo de gran valor para el reino que requiere que Alyss haya ocupado el trono durante un tiempo; información o instrucciones, supongo. He tenido curiosidad por ver qué hay dentro, pero... —la Dama de Diamantes pareció avergonzarse—... no he sido capaz de abrirla.

—Se lo entregaré a la reina a la mayor brevedad —aseveró Molly, haciendo una reverencia, como correspondía a la integrante de la Bonetería y escolta profesional que era.

La Dama de Diamante, con muestras exageradas de veneración, le tendió el cofre a la joven.

—¿Volverás al palacio a través del Continuo de Cristal? —preguntó.

—Es el camino más rápido.

—Eso es cierto —convino la señora—, pero yo no puedo dejar que la gente me vea en un transporte público, dado mi alto rango, como sin duda comprenderás.

Molly no comprendía pero mantuvo la boca cerrada, pues no deseaba pasar más tiempo del imprescindible en compañía de aquella esnob.

—Saluda a la reina de mi parte —canturreó la Dama de Diamantes, y antes de que Molly pudiera responder, se encontró sola en el vasto espacio del CHEX y oyó el siseo de un neumático de la puerta que se cerraba momentos después de que saliera la señora más engreída de Marvilia.

Paseó la vista por la sala vacía, con sus paredes desnudas y el techo alto, en los que no quedaba el menor rastro de sus batallas recientes contra galimatazos, naipes soldado y vitróculos. No era más que una habitación enorme e impersonal. Lo que le había parecido un logro extraordinario hacía sólo un momento —el hecho de completar el nivel Z— ahora se le antojaba insignificante.

Sin molestarse en secarse o vendarse las heridas, Molly salió a toda prisa de la Bonetería con destino al portal especular situado enfrente de una tienda de sándwiches de la avenida Zamarrajo. Entró en el espejo y salió disparada de cabeza por el corredor calidoscópico en forma de tubo hasta entroncar con uno más grande, el conducto principal del Continuo de Cristal. Ella estaba tan acostumbrada a viajar a través del Continuo que no le costó el menor esfuerzo meditar sobre su conversación con la Dama de Diamantes mientras se concentraba en su destino. ¿La reina Genevieve se había fiado de ella? Ni hablar. Por lo que Molly sabía, los de Corazones y los de Diamantes nunca se habían llevado demasiado bien. Se olía que toda esa historia era una patraña. El bonito cofrecillo que le llevaba a Alyss podía formar parte de una trampa. Quizá la Dama de Diamantes intentaba engañar a la reina con alguna estratagema para hacerle perder el respeto de la corte y de la población en general. No era difícil imaginarse a la Dama de Diamantes confabulándose con alguien para ganarle a Alyss por la mano en algún asunto político que no incumbía a una escolta que no hacía ninguna falta.

¿Y si realmente se trataba de una trampa?, entonces tal vez ella podría evitar que Alyss cayese en ella. Al fin y al cabo, ¿por qué habría de ser tan difícil abrir ese cofre como la Dama de Diamantes había dicho? Sólo tenía un cierre y... lo abrió en un abrir y cerrar de ojos. Ahora sólo le quedaba levantar la tapa. Si protegía a Alyss de la intriga urdida por la Dama de Diamantes, fuera cual fuese, conseguiría reforzar la estabilidad aún precaria del reino. Entonces Alyss tendría que dejarla participar de manera más activa en las reuniones importantes sobre temas militares o de otro tipo. Molly habría logrado demostrar por encima de toda duda que, por muy híbrida que fuera, merecía que la reina le cediese los máximos honores y responsabilidades.

Impaciente, adelantando rápidamente a otros viajeros en dirección al palacio de Corazones, entre las superficies del Continuo, reducidas por la velocidad a una masa de colores centelleantes, levantó la tapa del arma del rey Arch ligeramente, sólo el grueso de una vena, y...

¡Huuuump!

En lo alto de la segunda cumbre más elevada de las montañas Snark, en una base militar desde donde se dominaba el Valle de las Setas, unos naipes soldado se armaban con barajas de proyectiles AD52, fortificaban las instalaciones con cañones de esferas y lanzagranadas de serpientes. El último comunicado del cuartel general de Doppelgänger les había informado de que no se había detectado una pauta en los ataques contra otros puestos fronterizos, ni un principio estratégico que permitiese al general deducir qué base asediaría a continuación el enemigo.

Otros siete puestos militares ya habían sido destruidos: los naipes soldado no tenían la menor intención de convertirse en el octavo. Efectuaban con toda cautela rondas de vigilancia, montaban guardias. Sin embargo, no había indicios de vitróculos ni de nadie más; ninguna señal de vida a menos que contaran el viento y las nubes que surcaban el cielo. Estaban tan apartados de la civilización que, de no ser por la sombra que proyectaba sobre ellos el Pico de la Garra y que les recordaba dónde se encontraban, habrían podido considerarse la única comunidad de la Tierra, aislada en la extensa y despoblada cima del mundo.

El Pico de la Garra era la cumbre más alta del reino, y se creía que era imposible coronarla por medios comunes, pues el viento soplaba con demasiada fuerza incluso para las naves de dos plazas que alquilaban las empresas turísticas de Marvilópolis. Sin embargo, los naipes soldado que se encontraban cerca ignoraban que era allí, en la única elevación del terreno más próxima al cielo que ellos, donde un maraviliano extraordinario se había instalado, deseoso de verse libre de sus responsabilidades, de reconciliarse con el hecho de que, por encima de todo, antes que un miembro de la Bonetería, era un hombre. Se había resistido contra esto durante mucho tiempo, había luchado por someter cada impulso, cada deseo, a los dictados de sus obligaciones para con la Bonetería. Esa lucha había sido inútil. Ahora lo sabía.

Había ayudado a la princesa Alyss a ascender al trono como reina legítima de Marvilia, y le habían concedido permiso para ausentarse. Con sólo las provisiones necesarias para el viaje y con la intención de recolectar alimentos en la falda de la montaña cuando los necesitara, llegó al Pico de la Garra en busca de tiempo, espacio y soledad para llorar la pérdida de Weaver, una mujer a quien había amado más de lo que creía. Completamente relevado de sus responsabilidades por primera vez en la vida, se alivió de la pesada carga de la mochila de la Bonetería, cogió la chaqueta larga y curtida en muchas batallas que había sido su uniforme desde que tenía uso de memoria. Se desabrochó el cinturón de la Bonetería y abrió los brazaletes con los que sujetaba las cuchillas giratorias a sus muñecas. Por último, se quitó la chistera, que, como si se negase a abandonarlo, se aferraba a él con una especie de succión que hizo que le resultara un poco más difícil levantarlo de su cabeza. Colocó todo su equipo de la Bonetería en un montón ordenado y lo dejó a un lado, bastante convencido de que nunca volvería a utilizarlo.

Lejos del bullicio del palacio de Corazones, pero a la vista de los poderes imaginativos de Alyss si ella sabía dónde dirigirlos, el legendario Somber Logan, imperturbable en combate, modelo de héroe estoico y comprometido con el deber a ojos de aquellos que habían nacido en el seno de la Bonetería, se estaba permitiendo el lujo de sentir.

Mucho antes, había elegido el Pico de la Garra para sus encuentros esporádicos con Weaver precisamente porque la gente lo consideraba un lugar inaccesible. Lejos de marvilianos y confinianos, estarían a salvo de las miradas de los curiosos.

Él realizó la primera exploración solo; valiéndose del cuchillo que había sacado de su mochila, escaló el precipicio escarpado que se elevaba hasta la cumbre del Pico de la Garra, donde descubrió un saliente lo bastante ancho para que un vehículo carcol pudiera circular por él y, en un afloramiento de roca recubierta de hielo, una cueva en la que cabían dos personas cómodamente. Él sabía que Weaver, la única empleada civil de la Bonetería, habría sido incapaz de escalar el precipicio, de modo que en sus visitas sucesivas utilizó las cuchillas de sus muñecas para excavar un túnel ascendente desde la base del barranco (que ya se encontraba a una altura considerable del suelo) hasta la cueva de la cima, apretando las hojas giratorias contra la montaña, con todo el cuerpo vibrándole a causa de la fricción mientras el arma picaba la roca hasta reducirla a guijarros y polvo.

Una vez terminado el túnel, había llevado allí a Weaver, le había enseñado a identificar las plantas que señalaban la entrada oculta y el lugar donde había guardado los cristales de fuego que podía usar para iluminar el camino hacia la cueva. Nunca pudieron pasar juntos en su refugio tanto tiempo como habrían querido, pues Somber estaba demasiado ocupado con sus responsabilidades hacia la reina Genevieve, y Weaver con su trabajo de laboratorio. Sin embargo, los días que compartían en el Pico de la Garra eran más preciosos para ellos por infrecuentes; gratas horas de descanso del ajetreo diario y la fatiga de la vida; momentos poco comunes de relajación para Somber, las únicas ocasiones en que otro ser vivo lo veía despojarse del manto de estoicismo que su cargo lo obligaba a llevar.

Pero ahora Weaver había muerto, asesinada por los sicarios de Roja como todos los miembros de la Bonetería anterior. ¿Qué mejor lugar para recrearse en estos recuerdos tristes que el escondite que más relacionaba en su mente con ella? En cierto modo, el dolor por su ausencia, su pérdida en sí, era algo vivo, un ser en su interior que él deseaba cuidar y alimentar. La muerte de Weaver fue su último acto físico, lo último que hizo en su vida que afectó a Somber, por lo que él quería que ese momento durase todo lo posible.

En el rincón más recóndito de la cueva encontró una bolsa de cuero recubierta de polvo, medio sepultada bajo montones de tierra acumulados por el viento. Era la bolsa de Weaver. ¿Lo habría llevado allí en una de las visitas que habían hecho

juntos, o lo había dejado después, como una pista para que él supiera cómo había pasado sus últimos días? Al plantearse esa posibilidad, varias preguntas inquietantes se agolparon en su mente. ¿Por qué se había marchado ella del Pico de la Garra, el lugar donde tenía más posibilidades de escapar de los asesinos de Roja? ¿Y si no se había marchado de la Punta, y en cambio le habían tendido una emboscada los soldados de Roja mientras ella recolectaba alimentos en la ladera de la montaña y...?

No soportaba pensar en ello. Llorar la pérdida de Weaver era una cosa; imaginarse el suceso que la había arrancado para siempre de su vida era algo muy distinto. Además, tal vez la bolsa simplemente contenía ropa y otras provisiones que ella necesitaba para sobrevivir. Quizá no la había dejado allí como una pista para él.

Se pasaba tardes enteras contemplando la bolsa o bien evitando mirarla por completo. Aquel que no temía a enemigo alguno no se atrevía a abrirla. Pero ya había transcurrido bastante tiempo. Se sentía preparado. Cogió la bolsa con una mano y con la otra le quitó el polvo y la tierra. Extrajo los objetos uno tras otro, dejando que cada uno despertara en él un recuerdo diferente...

Tres viejas libretas atadas entre sí con un sarmiento de escarujos. Weaver las llevaba siempre consigo. En ellas había escritas las fórmulas esotéricas de su arte. Somber desató el tallo y abrió una de ellas. Se preguntó si los símbolos indescifrables que veía en la página ante sí guardaban alguna relación con la bufanda que ella le había regalado..., o al menos con el momento en que le había hecho el obsequio. «Es por tu cumpleaños, sea cuando sea», le había dicho, pues los miembros de la Bonetería no debían saber ni celebrar la fecha en que habían nacido, pues otras nimiedades personales los habrían llevado a descuidar su obligación de proteger el reino. El cumpleaños de Somber no figuraba en su expediente oficial, pero él siempre había sospechado que Weaver, por medio de algún mejunje, lo había descubierto y se lo había dado a entender de aquel modo.

Somber sacó una caja de juergatinas de la bolsa. Pese a su dolor, se le escapó una sonrisa. Weaver era adicta a los dulces: le encantaban los pastelillos escarchados con trocitos de piruleta, los bollos de chocolate con remolinos de pasta de vainilla... Era típico de ella, una muestra de su adorable tozudez, que hubiese decidido satisfacer sus antojos mientras se ocultaba de Roja y sus sicarios para salvar la vida.

Lo siguiente que sacó de la bolsa fue un botiquín de primeros auxilios que incluía un cauterizador, un injertador de piel y la manga en forma de U con nodos de energía interconectados que una cirujana había utilizado para soldarle el hombro destrozado a Somber. Dentro del botiquín, machacado con una piedra o algún otro objeto contundente, estaba el chip de identificación de Weaver para la Bonetería. Sin duda ella se lo había extraído de debajo de la piel del antebrazo para tener más probabilidades de sobrevivir y lo había destruido a fin de evitar que Roja la localizara. Era diminuto, más o menos del mismo tamaño que el lunar que Weaver tenía en la nuca, pero uno de los circuitos del chip no estaba del todo inutilizado. Probablemente había bastado para revelar el paradero de Weaver a los asesinos de

Roja.

Él debería haberse fiado de su instinto. En un principio se había mostrado contrario a la idea propuesta por la junta de la Bonetería de contratar a una civil cuidadosamente seleccionada para que se ocupara de las necesidades alquímicas de la organización, pero había cambiado de opinión al pensar que más valía que todos los miembros de la Bonetería trabajasen sobre el terreno y no en un laboratorio. Además, ninguno de ellos tenía el don de Weaver, esa habilidad para descubrir y sacar partido de las propiedades ocultas de las cosas; podía combinar una mezcla secreta de metales líquidos con un vaso de precipitados lleno de vete a saber qué, y obtener el acero más resistente y manejable de la Bonetería. Weaver no era una civil cualquiera. Aun así, él no debería haber permitido que trabajara allí. Entonces tal vez no la habría conocido, nunca se habría enamorado de ella y ni siquiera habría sabido que era capaz de sentir tanto amor. Él se habría perdido todo eso, pero ella seguiría viva, llevando una existencia de civil y ocupándose de asuntos de civil.

Somber trituró el chip de identificación a conciencia contra una roca y lo guardó de nuevo en el botiquín. Volvió la bolsa boca abajo y dejó que el último objeto que contenía le cayera sobre la palma de la mano. Delgado y compacto como un naipe, parecía un libro típico de la Tierra en todo salvo en el tamaño: era el diario de Weaver. Lo que él esperaba y temía encontrar.

Haciendo acopio de valor, Somber pulsó los lados del libro diminuto. Las cubiertas se abrieron como impulsadas por un resorte y...

Más de tres ciclos lunares después de llegar allí, el hombre que había librado más batallas de las que podía recordar, que se había enfrentado con la muerte en mil ocasiones y había salido más o menos bien librado en todas ellas, sufrió el golpe más duro de su vida cuando la imagen tridimensional de Weaver se materializó y él oyó el sonido de su voz.

—Somber, amor mío, no tuvimos la oportunidad de decirnos adiós.

¡FUUUMP!

La mayoría de quienes viajaban por el Continuo tenían que concentrarse en sus destinos para evitar salir disparados por un portal especular en algún lugar alejado de aquél al que se dirigían. Los portales estaban instalados por toda Marvilia; los canales interconectados que generaban podían resultar lentos para el viajero sin experiencia que entraba en un portal con la intención de visitar, por ejemplo, el Museo de Historia Sobrenatural, en la otra punta de la ciudad, sólo para verse expulsado por un portal situado al final de su calle. Navegar por el Continuo requería tiempo y práctica. Sin embargo, aquel día en particular, incluso los viajeros más experimentados estaban perdidos. Los que regresaban a casa después de una larga jornada de trabajo, las familias que volvían de visitar a amigos o parientes, se encontraban viajando por la red de continuos cristalinos del Continuo cuando de pronto se vieron lanzados por el espejo más cercano como balas de cañón, agitando brazos y piernas frenéticamente como intentando asirse a algo, a lo que fuera.

Marvilópolis se sumió en el caos: los gritos de los heridos; los susurros de aliento y gritos de apremio de quienes prestaban primeros auxilios; los lloros de los niños asustados; los lamentos y rezos de los supersticiosos que creían que aquella lluvia de marvilianos anunciaba el fin del mundo. La conmoción, el desconcierto y el dolor se apoderaron de la ciudad, en medio de la cual yacía la joven que había desencadenado aquello, inconsciente, desatendida e inadvertida para todo el mundo salvo para dos confinianos enviados en una misión ilegal por su rey.

¡Fuuump!

Una energía abrasadora y deslumbrante dejó sin sentido a Molly mientras las pocas astillas que quedaban del hermoso cofre se le caían de las manos. Despedida por un espejo instalado en la avenida Theodora, se golpeó con fuerza contra el asfalto salpicado de cuarzo y piritas, delante de una tienda de animales en la que se oían los graznidos de los lucirgueros y los chillidos de los lagartos. Incluso antes de que su sombrero saliera rodando del Continuo en pos de ella, cuatro rastreadores empezaron a volar en círculo en el cielo, señalando su posición.

Sin hacer caso de los marvilianos heridos diseminados por las calles, invadidas por la desesperación, sin fijarse en nada salvo en los rastreadores, Ripkins y Blister llegaron a la avenida Theodora y avistaron a su presa. Al acercarse y verla con mayor claridad, Ripkins se sorprendió de lo joven que era, aún con mofletes de niña.

—¿Para qué diablos la querrá Arch?

Blister no dijo una palabra, pues no era dado a intentar adivinar los motivos de Arch, a diferencia de Ripkins. ¿Qué le importaban los motivos, mientras pudiera

utilizar su poder para hacer daño a la gente con sólo tocarla? Reparó en el sombrero de Molly, que estaba en el suelo, y lo recogió. Nunca había visto un sombrero de la Bonetería en acción, pero con el instinto de alguien con dotes militares, le dio una sacudida y...

¡Fuap!

Se aplanó, transformándose en un escudo de borde afilado.

Ripkins escrutó los alrededores; nadie los miraba. Mejor para ellos.

—¿Se supone que esto tiene que impresionarnos? —se mofó Blister, devolviendo el sombrero a su forma original.

Ripkins levantó el cuerpo laxo de Molly en brazos, se la echó al hombro y siguió a Blister por las callejuelas de la ciudad. Los asesinos no se pusieron en contacto con su rey hasta que hubieron cruzado la frontera de Confinia. El monarca estaba en su palacio con sus ministros cuando sonó la señal de alerta y el cetro de Blister apareció flotando ante él.

—La tenemos —dijo el sicario.

Alyss avanzó con decisión por los pasillos penumbrosos del palacio, y atravesó tres salas para recepciones y otros tantos salones, intentando convencerse de que su único objetivo era familiarizarse con su nuevo hogar, pero...

«¿Es que no soy capaz ni de reconocerlo ante mí misma?».

Estaba buscando a Dodge. Intentar localizarlo con el ojo de su imaginación le habría dado la sensación de estar espiándolo. Ahora, si daba con él, fingiría sorpresa y le diría que simplemente estaba explorando el palacio, conociendo mejor sus bien equipadas salas, sus suelos relucientes, sus escalinatas de cantos rodados que semejaban cataratas congeladas, con balaustradas talladas a mano y descansillos amplios.

Salió al patio. Los girasoles y las amapolas dormían bajo mantos de rocío. La luna arrancaba destellos al obelisco del monumento a los caídos anónimos. Las plantas de la Otra Vida, cuyos pistilos representaban los rostros de Genevieve, Nolan y el juez Anders, proyectaban sombras melancólicas sobre el camino.

Alguien se sorbió la nariz y se movió. En ese instante, Alyss identificó a aquella figura, que permanecía de pie con la cabeza gacha ante la tumba del juez Anders.

—Dodge.

Éste se volvió bruscamente y apuntó con la espada al cuello de Alyss.

—Vaya forma de saludar a tu... —ella se disponía a decir «reina», pero cambió de idea— amiga.

Él enfundó la espada de inmediato e hincó una rodilla en el suelo.

—Os pido disculpas, Majestad. Me habéis sobresaltado.

—Tú me has sobresaltado a mí —replicó ella. «¿Teme un ataque incluso aquí? Está demasiado ansioso por combatir»—. Por favor, enderézate, Dodge. Tu sitio no está a mis pies.

Él no parecía muy conforme con esta afirmación, pero se puso de pie y se limitó a decir:

—Creía que estabas ante el Corazón de Cristal, ayudando a las bases militares a defenderse.

Para bien o para mal, ella había dejado de prestar auxilio a los puestos fronterizos cuando las barajas de refuerzo habían llegado. Tenía que ir en busca de él.

Dodge señaló con la cabeza a las tumbas de los padres de Alyss.

—Os dejaré a solas un rato.

—No, quédate —le pidió ella rápidamente—. Sólo estaba... dando un paseo. —Hizo un gesto con la mano para abarcar todo el palacio—. Intento acostumbrarme a este lugar.

—¿En serio? —Dodge se tiró de las solapas de su chaqueta de guardia y se acomodó la espada en el cinto—. Entonces, si Su Majestad me permite el honor, con gusto la acompañaré en una visita guiada.

Ella decidió no decirle nada de la visita que ya había realizado con Jacob como guía.

—Su Majestad estará encantada de contar con tu compañía —dijo—, si tú dejas a un lado tanta formalidad y la llamas por su nombre.

—Alyss —dijo él, y le ofreció el brazo.

Entraron en el palacio y caminaron durante un rato en silencio.

«Qué agradable notar su calor tan cerca. Trata de no sentirte culpable por estar paseando con él como si no hubiera naipes soldado luchando por su vida en las afueras del reino».

—Me has dejado preocupada, Dodge —dijo—, ahí, en la cámara del cristal. Por tu expresión ante la posibilidad de que Roja haya reaparecido. Nadie quiere que vuelva a consumirte la sed de venganza.

—¿Nadie?

«Díselo. Dile “yo”».

Notó que se ruborizaba y esperó que él no se percatara de ello en la penumbra. Durante un momento interminable, la única respuesta de Dodge fue el repiqueteo de sus suelas sobre el suelo de mármol. Entonces...

—Cuando acababas de regresar a Marvilia, Alyss, me costaba entender que no estuvieras llena de rabia. Pensaba que tenías el doble de motivos que yo para querer vengarte, pues Roja mató a tus padres. Me molestaba que no tuvieras ese impulso, y no podía evitar pensar que, en cierto modo, estabas deshonrando su memoria.

—Yo no honro a mis padres a través de la venganza —aseguró Alyss—, sino velando por el reino en la medida de mis posibilidades, a mayor gloria de la Imaginación Blanca. Como hacían ellos.

—Lo sé, lo sé —suspiró él—. ¿Corrí riesgos innecesarios cuando luchaba como alysiano? ¿Me puse en peligro porque valoraba menos mi pellejo después del golpe de Roja? Probablemente. ¿Qué importaba mi vida en un universo que permitía que la Imaginación Negra triunfara?

—Importaba mucho —musitó ella.

Él negó con la cabeza, dudoso.

—Eso era lo que más gracia tenía; es decir, no tenía ninguna gracia: ponía en peligro mi vida de forma innecesaria pero había jurado seguir vivo para matarlo a él.

Habían llegado a una serie de habitaciones que le resultaron tan familiares a Alyss que se quedó sin habla. Jacob no le había mostrado esa reproducción de los aposentos privados de su madre en el viejo palacio de Corazones.

—He oído que los arquitectos diseñaron estas habitaciones como una especie de santuario —explicó Dodge—, un lugar donde puedas comunicarte con tu madre, si alguna vez necesitas su consejo.

Una intención noble, pero la última vez que ella había estado en esos aposentos...

«Fue la última vez que vi a mi madre con vida».

—Si en efecto se trata de Roja —dijo Dodge en voz baja—, si de verdad ha

vuelto..., no sé hasta qué punto seré capaz de controlarme.

Alyss intentó adoptar un tono ecuánime, como si la decisión de Dodge no fuera de suma importancia para ella.

—Podrías dejar que yo me ocupara de ellos y mantenerte al margen. Puedo protegerte, de ellos y de tus peores impulsos. Mis poderes no sirven de nada si no me permiten proteger a las personas que... más me importan.

—¿Protegerme, tú a mí? —se rió él—. Alyss, tus responsabilidades como reina requieren que te mantengas alejada del peligro siempre que sea posible.

Ella abrió la boca para protestar.

—Sí, sí, eres una reina guerrera, sin lugar a dudas —prosiguió él—. Pero creo que incluso Jacob estaría de acuerdo conmigo; el hecho de que seas capaz de derrotar a un enemigo tú misma no significa que debas hacerlo en todos los casos. Al reino no le conviene en absoluto que resultes herida o algo peor. Además, cuentas con naipes soldado y piezas de ajedrez más que dispuestos a entrar en batalla por ti. Y, si no basta con los naipes soldado ni con las piezas de ajedrez... —la voz se le entrecortó, como si se le hubiese formado un nudo en la garganta—, tal vez mi vida no siempre haya sido importante para mí, Alyss, pero la tuya sí.

«¿Acaba de decir lo que me ha parecido oír? ¿De verdad ha...?».

—A muchos hombres los intimidaría una reina guerrera, por no hablar de una tan inteligente y poderosa como tú —continuó Dodge—. Pero yo sé que a veces desearías no tener que ser tan fuerte. Desearías poder dejar que lo fuera otra persona en tu lugar, alguien capaz de apoyarte y consolarte. Quizá yo no esté dotado con tu imaginación, Alyss, pero deja que esa persona sea yo. Deja que yo te proteja, en todo momento y para siempre, contra quien sea que ataque el reino, ya sea Roja u otro.

—Dodge —dijo Alyss, posándole la mano sobre las cicatrices paralelas de la mejilla, aquella marca que el Gato le había dejado hacía tanto tiempo. Aplicó los labios a cada una de ellas, con cuatro besos delicados. Cuando se apartó, vio que él sonreía.

—He de ir a controlar a un par de guardias —dijo Dodge—. ¿Me esperas?

Ella asintió y lo observó alejarse a grandes zancadas entre los mullidos sofás y los cojines descomunales que decoraban la primera réplica de las habitaciones de su madre, una habitación cargada de recuerdos pero que ahora se había convertido en escenario de un regalo inmejorable. Tras lanzarle una última mirada de alegría, Dodge desapareció por la puerta del fondo.

Alerta, con las orejas tiesas y las venas del cráneo palpitándole más deprisa que de costumbre, Jacob se dejó guiar por su oído. Siguió el sonido de las voces a lo largo de medio palacio, hasta que al fin dobló la esquina y los vio: Alyss estaba en el umbral de los aposentos de su madre, y Dodge avanzaba con aire más bien orgulloso hacia el balcón de los guardias, que daba al patio. Jacob se acercó a paso veloz a la reina y le

habló sin resuello y atropelladamente.

—Alyss, los vitróculos han entrado en la ciudad. Están en nuestras calles.

—¿En nuestras...?

—Y hay algo más. El Continuo de Cristal...

Ella no le dio la oportunidad de continuar; dirigió el ojo de su imaginación a la plaza Genevieve, donde varios marvilianos salían despedidos de los espejos a tal velocidad que atravesaban los escaparates de las tiendas, volcaban los puestos de tartitartas, derribaban a la gente que estaba comprando sin sospechar nada, y ocasionaban que los maspíritus asustadizos se desbocaran con sus jinetes a cuestas. En el cruce de la calle Tyman y la vía Marvilópolis, Alyss vio a un puñado de marvilianos lanzados por el Continuo impactar contra un vehículo carcol al que estaban subiendo varios pasajeros. Ni siquiera los Jardines de Marvilonia, un lugar normalmente tan agradable, se libraron de la lluvia de marvilianos; Alyss fue testigo de los estragos causados por viajeros del Continuo en cenas y cócteles al caer sobre mesas, barras de bar y carritos de los postres.

Tenía que defender su reino con toda la imaginación que poseía. Cuanto antes venciera a Roja y sus vitróculos, menos oportunidades tendría Dodge de sucumbir a su ansia de venganza y jugarse la vida sólo por matar.

—Que Dodge no se entere —dijo, y se alejó a toda prisa por el pasillo.

Jacob la siguió con la mirada por unos instantes, preocupado de que no estuviese preparada para enfrentarse de nuevo a su tía, cuando de pronto...

—Habíamos quedado en que me esperaría.

Era Dodge. Sorprendido y algo avergonzado, Jacob se percató de que había estado demasiado absorto pensando en los vitróculos para oír al guardia que se acercaba desde el balcón.

—¿Quién? —logró preguntar.

—Alyss.

—Ah, ¿estaba aquí? Yo también la estaba buscando. —De los pliegues de su toga, Jacob extrajo la carta del Cuadrilla de Langostas, su restaurante preferido en la ciudad—. Tengo un indulto que necesito que me firme.

Dodge entornó los ojos, suspicaz.

—¿De verdad? Con tu oído tan agudo, Jacob, por lo general encuentras siempre a quien buscas.

Jacob contempló la posibilidad de salir corriendo. Nunca se le había dado bien mentir. La única forma de evitar que llegase a oídos de Dodge la noticia de la invasión de vitróculos era rehuir al joven, pues de lo contrario éste seguramente lograría sonsacarle la información, pero...

—¡Señor Jacob! ¡Señor Jacob! —El mayordomo morsa se acercó bamboleándose desde una de las salas de baile—. Espero que haya tenido mejor suerte usted que yo —dijo la criatura—, pues yo no he tenido ni pizca. Nada en absoluto. De hecho, no encuentro a la reina por ninguna parte.

—Acabo de estar con ella —dijo Dodge—. Seguro que puedo dar con ella y decirle que la estás buscando.

Detrás de Dodge, Jacob sacudió la cabeza, indicándole a la morsa que no dijera nada, pero el pobre animal estaba abrumado por la preocupación y la congoja.

—Pues dígle, señor Dodge... ¡Oh, son malas noticias, es una auténtica desgracia! Debe comunicarle a la reina Alyss que los vitróculos han invadido Marvilópolis.

Antes de que Jacob pudiera detenerlo, Dodge estaba ya en el pasillo, con la espada desenvainada.

—¡Decidle a Alyss que no salga del palacio! —gritó sin dejar de correr.

Los cristales de fuego emitían un calor moderado desde el agujero en el suelo, mientras Somber contemplaba la imagen detenida de Weaver. Había puesto el diario en pausa, preguntándose si su mecanismo no funcionaba bien, pues su amada aparecía borrosa, como vista a través de un velo de agua. Pero entonces notó la humedad en sus propias mejillas. El problema no era el diario; era él, que lloraba.

Weaver llevaba el uniforme de los alysianos; de tela basta y sin ninguna característica distintiva salvo el emblema de un corazón blanco cosido en el puño de la manga derecha de la camisa.

La mano le tembló. El diario se puso en marcha de nuevo.

—Si estás viendo esto —dijo Weaver— es que has demostrado que aquellos que os dan por muertos a ti y a la princesa se equivocan..., y también significa que con toda probabilidad yo estoy muerta.

Sonrió con tristeza al espacio que mediaba entre ellos. Somber estuvo a punto de cerrar el diario de un golpe. Se había equivocado: no estaba preparado para aquello. Pero relegar la imagen de Weaver al interior de un libro... No, tampoco podía hacer eso. Sería casi como meterla en una tumba. De modo que permaneció allí sentado, mirando aquella imagen grabada, pendiente de cada una de sus palabras.

—Este diario es tanto para mí como para ti, Somber. Tengo que decirte algo, y espero poder decírtelo en persona, pero la situación aquí es peligrosa. El hecho de que esté viva hoy no garantiza que siga viva mañana. Seguramente ya sabrás que Roja ha desmantelado la Bonetería. Lo que pretende es el genocidio, borrar la raza de los boneteros de la faz del mundo. Hay quien cree que ha rescatado el sistema de localización de la Bonetería y lo está utilizando para sus propios propósitos, con la intención de destruirlo cuando lo consiga. Me has dicho varias veces que quienes nacen boneteros necesitan un entrenamiento adecuado para desarrollar al máximo sus aptitudes naturales, pero Roja da más importancia al nacimiento que al adiestramiento. En cuanto el primer miembro de la Bonetería cayó en una emboscada tendida por Roja, vine a ocultarme aquí, pues no sabía si también irían a por mí. Corren rumores de que algunos boneteros han logrado escapar de sus asesinos y están escondidos en algún sitio. Si estos rumores son ciertos, espero que consigan seguir burlando a sus perseguidores para que, una vez que triunfe la rebelión —y creo que debe triunfar—, salgan de la clandestinidad y tú puedas capitanearlos en una nueva Bonetería.

Somber sintió una punzada; restablecer la Bonetería era lo que menos ganas tenía de hacer.

—Soy consciente de que nuestra relación fue difícil para ti, Somber —prosiguió Weaver—. Sé que, a pesar de lo atento y cariñoso que fuiste siempre conmigo, una parte de ti está enfadada contigo mismo por haberte dejado arrastrar por tus sentimientos hacia otra persona, y, lo que es peor, hacia una civil. Como el maestro

del autocontrol que toda Marvilia cree que eres, no deberías haber intimado conmigo. Pensabas que tus sentimientos eran una mancha en tu expediente, una muestra de debilidad.

—Ya no lo pienso —repuso él en voz alta.

—Siempre supe que tus obligaciones te apartarían de mi lado —continuó Weaver—. Fue un error por mi parte no decírtelo cuando me enteré, pero... Somber, amor mío... lo siento. —Se enjugó las lágrimas—. Debería habértelo dicho antes de que te marcharas... Estaba embarazada.

Somber se quedó totalmente paralizado. ¿Embarazada? ¿De él? Permaneció tanto rato inmóvil que, cuando volvió a cobrar conciencia de lo que lo rodeaba, creyó que había puesto de nuevo el diario en pausa. Pero luego vio el pecho de Weaver subir y bajar, subir y bajar; ella respiraba, luchando con sus propias emociones.

—Sé lo que opinas sobre los híbridos —dijo Weaver al fin—, y nunca tuve muy claro cómo reaccionarías al enterarte de que habías engendrado a uno. Cada vez que me pasaba por la cabeza el hablarte de mi felicidad, de la felicidad de ambos, se me ocurría una excusa para no hacerlo. Tenía la intención de decírtelo en la siguiente ocasión en que volviéramos a estar juntos en el Pico de la Garra, pero como ya sabes, no hubo una siguiente ocasión.

Demasiado embebido por la visión que tenía ante sí, Somber no reparó en el sonido de una detonación leve; una burbuja al reventar entre los cristales de fuego, o bien una explosión que acababa de producirse fuera de la cueva.

—No podía dar a luz sola, así que me arriesgué a viajar por tierra hasta el campamento de los alysianos en el bosque Eterno. Los médicos de ahí me ayudaron a alumbrar a una niña preciosa. —Con la sonrisa más triste que Somber había visto jamás, la sonrisa de alguien que se había resignado hacía tiempo a llevar una vida incompleta e insatisfactoria, Weaver dijo—: Es hora de que sepas cómo se llama tu hija, Somber.

Pero justo entonces, como si le sorprendiese la llegada de un extraño, ella desviaba la vista hacia alguien o algo que no había quedado grabado en el diario, y la detonación que Somber no había oído momentos antes resultó ser el primer disparo de una batalla que se libraba ahí cerca, en la montaña, y que Somber ahora oyó sin prestarle demasiada atención, pues todo su ser estaba concentrado en la imagen de Weaver, que parpadeó hasta desaparecer mientras ella susurraba «Molly».

—¿Cómo que no pueden localizar a un enemigo contra el que combatir? —bramó el general, señalando el caos que los rodeaba en la plaza Genevieve, y luego se dividió en las figuras gemelas de Doppel y Gänger para así preocuparse el doble. Los dos generales se pusieron a andar de un lado al otro, frotándose la frente.

El caballo blanco y la torre intercambiaron una mirada inquieta.

—Mis piezas de ajedrez han rastreado los alrededores y no han encontrado a nadie —explico el caballo—. Hay muchos heridos entre la población civil, pero de momento no se han registrado víctimas mortales.

—Procuremos que eso siga así —dijo Doppel.

—Sí, procurémoslo —dijo Gänger—. ¡Pero alguien tiene que ser el causante de todo esto!

—O algo —aventuró la torre—. Sea quien sea o sea lo que sea, ha dejado el Continuo en estado impracticable.

Como para darle la razón, un marviliano presa del pánico con el pelo apelmazado por la sangre pasó a toda prisa junto a ellos.

—Debo llegar a casa con mi familia —decía—, asegurarme de que están sanos y salvos.

Las piezas de ajedrez y los generales siguieron con la vista al hombre traumatizado, que corrió directo hacia el espejo más próximo y se vio rechazado por éste cuando intentó atravesarlo. Los generales mandaron llamar a una enfermera, que guió a la víctima a un centro de selección de heridos improvisado en una sastrería de la esquina.

—Eso es lo que ocurre cuando alguien intenta entrar en el Continuo desde cualquier portal —dijo la torre—. No hay acceso, y no tenemos ni idea de si se trata de una situación temporal o permanente.

—La cosa no pinta bien —comento Doppel.

—Nada bien —convino Gänger.

—¡Mi general! —Un joven peón se acercó acompañado por un par de marvilianos—. Estos hombres estaban en el Continuo cuando se produjo... esto... el incidente. He pensado que tal vez su testimonio nos ayude a entender mejor a qué nos enfrentamos.

—Esperamos que sí —dijo la torre.

A una señal del peón, uno de los hombres hizo lo que pudo por colaborar.

—La verdad es que no sé cómo describirlo exactamente. He tenido la sensación de que era un trozo de basura arrastrado por la marea o...

—No, no es lo que yo he notado —intervino el otro—. No sé si esto tiene sentido, pero una especie de vacío brillante me sacó todo el aire. Después de eso no recuerdo nada salvo que podía ver y respirar de nuevo y ya no estaba en el Continuo. Me encontraba atrapado entre las ramas de un árbol muy poco amable, y mi esposa...

Regresábamos de una barbacoa en casa de su prima Laura, que prepara el mejor lirón asado que hayas probado, tan tierno que la carne se desprende sola del hueso, y lo sazona con un glaseado que está para chuparse los dedos, con la cantidad exacta de dulce, tarta y picante, y... ¡ah, sí, su salsa de maíz!

El caballo se aclaró la garganta.

—Bien. El caso es que fui a dar a un árbol, y mi mujer a media manzana de distancia, despatarrada sobre un ciudadano que (vaya caradura) la acusaba de haberle caído encima a propósito.

El peón aguardó, ansioso por saber cuán útil había sido el testimonio de sus civiles. Los generales interrumpieron su ir y venir, y la torre miró a los dos hombres, parpadeando, con lo que parecía una expresión de incredulidad. El caballo fue el único en reaccionar.

—Han prestado un servicio inapreciable al reino, al proporcionarnos tal avalancha de información útil —aseguró. Dirigiéndose al peón, añadió—: Encárgate de que un médico examine a estos señores antes de dejarlos ir.

—Sí, señor.

El peón le dedicó un saludo militar y se alejó con los marvilianos.

—Tendremos que apostar guardias junto a todos los portales —dijo Doppel.

—Y ver si podemos analizar lo que sea que haya contaminado el Continuo —agregó Gänger—. ¿Qué es ese pitido?

Procedía del cinturón de municiones de la torre, que enroscó sus almenas y trazó una X sobre su pecho.

—Es lo último en comunicadores especulares, generales —dijo—. Se pulsa este botón —el soldado apretó un botón del teclado diminuto que llevaba sujeto al antebrazo con una correa—, y entonces la señal de mensaje recibido se apaga, y luego este agujerito —señaló una abertura en forma de boquilla que tenía su cinturón de municiones— proyecta una imagen de la transmisión que todos podemos ver igual de bien.

Una pantalla se materializó en el aire ante él, y en ella apareció un peón que patrullaba el barrio Parque Obsidiana de Marvilópolis. Estaba desesperado.

—¡Hay vitróculos en la ciudad! —gritó—. Repito: ¡los vitróculos han irrumpido en Marvilópolis! ¡Son muchos!

Detrás del peón, se alcanzaban a ver vitróculos que sembraban la destrucción por las calles con pies ligeros, aniquilando a piezas de ajedrez y naipes soldado, uno detrás de otro.

—¡No podemos localizar su punto de entrada! —exclamó el peón—. ¡Es como si llegaran de todas direcciones!

Un vitróculo se le acercaba por detrás a toda velocidad.

—¡Cuidado! —le advirtió la torre.

La transmisión se interrumpió.

Los generales ya estaban gritando órdenes a través de sus modelos anteriores de

comunicador especular, con pantalla desplegable.

—¡Que todas las barajas disponibles se dirijan a Parque Obsidiana!

—¡Por la Imaginación Blanca, evacuad a los civiles de las calles!

Sin embargo, ni los generales ni las piezas de ajedrez expresaron en voz alta lo que sabían en el fondo: que no estaban equipados para repeler un ataque a gran escala contra la ciudad capital, y menos aún con el Continuo en estado inservible y tantas barajas enviadas a los puestos militares desperdigados por los confines del reino.

—Hay que informar a la reina —dijo el caballo.

—No es necesario.

Todos se volvieron para ver a Alyss de Corazones, que poseía una imaginación más poderosa que cualquiera de las otras reinas legítimas que había tenido Marvilia, caminando hacia el centro de la plaza, cetro en mano. Su porte, que destilaba tanta seguridad con la mayor naturalidad, habría debido bastar para infundir valor incluso al mayordomo morsa, pero ni las piezas de ajedrez ni los generales eran el mayordomo morsa. No necesitaban que les levantasen la moral. No lloriquearían por la superioridad numérica de los vitróculos. No decepcionarían a su reina. La torre desenfundo su AD52 y contó las barajas de proyectiles que llevaba en el compartimiento de municiones. El caballo desenvainó su espada y se puso en posición de alerta. Los generales Doppel y Gänger se dividieron en dos, y los cuatro generales efectuaron a su vez una bipartición, dando lugar a ocho generales en total, cuatro Doppels y cuatro Gängers. Cuantas más personas colaborasen en la defensa de Marvilia, mejor.

—¡Allí! —señaló el caballo.

Alyss ya los había visto: un contingente de vitróculos se aproximaba implacable por la avenida de los Limazones, manteniéndose cerca de los edificios, corriendo de un vestíbulo a otro. La torre, siempre a punto para la camorra, se abalanzó hacia ellos.

—No —dijo Alyss—, dejad que vengan.

—Será lo último que hagan.

Alyss giró hacia la izquierda y...

Ahí estaba Dodge, con la espada en una mano y la pistola de cristal en la otra. Se sostuvieron la mirada. «¿Qué está haciendo aquí? Le he pedido a Jacob que...».

—¿No deberías estar custodiando el palacio? —preguntó la torre con una sonrisa socarrona.

Dodge se encogió de hombros sin apartar la vista de Alyss.

—Primero entran a Marvilópolis, y antes de que te des cuenta están marchando por los pasillos del palacio. —Se volvió hacia la torre y le dedicó un guiño—. Además, tengo que asegurarme de hacer bien mi trabajo, ¿no?

Los vitróculos dejaban que los civiles salieran por las ventanas de las plantas bajas, que escapasen en tropel por las puertas y huyesen hasta perderse en la distancia. Haciendo caso omiso de los marvilianos comunes y corrientes ahora que habían localizado a la reina, se resguardaron en los comercios y edificios de oficinas

repentinamente abandonados, y apuntaron con sus AD52, sus pistolas de cristal, sus tambores erizados y sus cañones de esferas.

¡Ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch!

Lanzaron sobre la plaza varias esferas generadoras que abrieron camino, abrasando el aire, hacia la reina de Marvilia. Incluso antes de que Dodge, el caballo, la torre y los ocho generales pudieran ponerse a cubierto...

Alyss utilizó el poder de su imaginación para que los proyectiles se precipitasen de vuelta hacia el enemigo. Con un movimiento apenas perceptible de su cetro, logró que las esferas generadoras cambiasen de dirección y se dividieran en esferas más pequeñas, cada una dirigida contra un vitróculo diferente.

¡Bluush! ¡Kabluush! ¡Blush-Blush! ¡Blush!

Una serie rápida de explosiones hicieron saltar a los vitróculos en mil pedazos. Ni un solo enemigo quedó en estado operativo, con vida.

—Una segunda oleada —suspiró Alyss, porque aparecieron más vitróculos en el horizonte de la avenida de los Limazones.

—Vienen por las lomas Borguejeantes —informó la torre.

—Y por el paseo de Giroasca —dijo Dodge.

—Y por Brillosa —añadieron el caballo y los generales.

No eran noticias muy esperanzadoras; los vitróculos estaban marchando sobre la plaza Genevieve desde todas las calles que daban a ella. Alyss y Dodge, las piezas de ajedrez y los generales se vieron rodeados.

Si el siempre sabio Jacob Noncelo hubiera estado con Somber en el Pico de la Garra, se le habrían doblado las orejas en señal de compasión al oír lo que la imagen de Weaver acababa de revelarle.

—El diario te ha planteado más dudas de las que ha despejado, Somber —habría dicho tal vez—, pero no te extrañes. Las respuestas a las preguntas más importantes siempre son otras preguntas.

Y estas sabias palabras le habrían proporcionado un flaco consuelo al bonetero.

Si Weaver había dado a luz en el campamento de los alysianos, en el bosque Eterno, ¿por qué se había marchado, si era allí donde estaba más segura? ¿Por qué había abandonado a su hija? ¿Sólo para llevar el diario al Pico de la Garra por si él regresaba? No parecía valer la pena correr semejante riesgo por algo así. Debía de haber otra razón, pero... Una sensación extraña invadió a Somber. Desde hacía un tiempo lo invadían sensaciones extrañas, pero ésta lo era aún más. Era un sentimiento paternal. ¿Qué edad tenía Molly cuando Weaver la dejó? ¿Qué recordaba de su madre? ¿Le habían hablado de él? Somber pensó en la época que había pasado junto a la chica; en las batallas que habían librado contra Roja y su ejército. Le habían impresionado su lealtad hacia Alyss, su valor y fortaleza al ayudar a la princesa a recuperar el trono de Marvilia, y esperaba haber ensalzado estas cualidades lo suficiente cuando la había recomendado como escolta de Alyss. Pero no recordaba prueba concluyente de que ella supiera quién era él. Su descaro y su indiferencia ocasional hacia las opiniones de Somber podrían deberse tanto al rencor de una hija como a la rebeldía de una adolescente determinada a abrirse paso a codazos en el mundo de los adultos.

Repitió la frase para convencerse de su veracidad: «Molly la del Sombrero es mi hija. Molly la del Sombrero es mi hija». ¿Cómo podía estar aislado como un ermitaño, consumiéndose en la cima de una montaña por una mujer que nunca volvería, mientras su hija —la hija de ambos— seguía con vida? Porque Weaver vivía sobre todo en Molly. Sí, y por Molly, por él mismo, debía regresar a Marvilópolis. Se puso en pie con la intención de prepararse de inmediato.

¡Bluuuuachhhh! ¡Cabluuuuumshrkjjjj!

Se percató de que hacía rato que le llegaba el sonido de explosiones del exterior de la cueva. Salió al borde y, en una montaña cercana, más abajo, vio las estelas de cometa que dejaban en el aire las esferas generadoras, las flores de fuego que se elevaban de los barracones y polvorines bombardeados; estaban atacando un puesto militar de Marvilia.

En un instante, Somber se adentró de nuevo en la cueva. Encontró su chistera en la pila polvorienta de pertrechos de la Bonetería, y con la destreza de un futbolista que chuta la pelota al interior de una portería, la lanzó hacia arriba con una patada de forma que giró en el aire hasta posarse sobre su cabeza.

Hombro con hombro y tobillo con tobillo, los naipes soldado formaron una cadena protectora en torno al búnker de comunicaciones. No tenían manera de saber cuántos miembros de su baraja seguían vivos. Tal vez sólo la pareja de dieces que estaban dentro del búnker. Y ellos mismos. Llevaban un buen rato sin avistar a nadie más. Aun así, defenderían el búnker mientras les quedara un soplo de aliento. Ni uno solo de los soldados se hacía ilusiones: el ataque había pillado la base por sorpresa; estaban en inferioridad numérica. No sobrevivirían.

La densa humareda les impedía ver al enemigo, pero de repente...

Se oyó una serie de silbidos como de algo que surcaba el aire repetidas veces, y luego unos momentos de silencio, la calma que precede inevitablemente al aullido de una esfera generadora disparada contra ellos. Los naipes soldados se encogieron en espera del impacto, pero en vez de la explosión que temían...

Sonaron varios golpes sordos, uno tras otro.

—¿Qué demonios...? —exclamó uno de los soldados.

Las extremidades de los vitróculos llovían en torno a ellos. Brazos seccionados por el hombro, piernas que terminaban en la parte superior del muslo, manos, pies y torsos, todos con cables y venas creadas en laboratorios que se desparramaban como espaguetis por agujeros que no habrían tenido que estar ahí.

Allí donde los naipes soldado creían que les llegaría la muerte, la silueta de un marviliano emergió del humo; un marviliano a quien habrían reconocido en cualquier lugar. La chistera, el balanceo imponente de los faldones de la chaqueta, las cuchillas giratorias en las muñecas. Somber Logan.

Los vitróculos, para ser una especie artificial con una capacidad cerebral dudosa, estaban combatiendo con una inteligencia sorprendente. En lugar de enfrentarse a las fuerzas marvilianas en espacios abiertos como avenidas anchas, plazas y parques, aprovechaban los elementos del paisaje urbano para guarecerse. Se movían con determinación de un edificio a otro, de un refugio a otro, luchando contra los naipes soldado para converger en la plaza Genevieve.

En el momento en que habían localizado a Alyss, su ubicación se había transmitido a todos los vitróculos que estaban en la ciudad, o eso le parecía a Jacob Noncelo, quien, junto al mayordomo morsa, seguía la invasión a través de las pantallas holográficas de la sala de reuniones del palacio. Una vez descubierta la posición de la reina de Marvilia, se apreció una ligera vacilación en los movimientos de los vitróculos, que acto seguido empezaron a abrirse camino luchando hacia ella.

—Oh, oh, no puedo mirar —se lamentó la morsa. Intentó taparse los ojos, pero tenía las aletas demasiado cortas, de modo que comenzó a dar vueltas bamboleándose por la sala con una consternación aún mayor—. ¡No estoy mirando, no estoy mirando! —Dirigía la vista a todas partes salvo a las holopantallas—. ¿Qué está pasando, señor Jacob? ¡No, no me lo diga! Oh, ¿por qué no puede la reina Alyss vencer simplemente a esas cosas tan horribles con la fuerza de la imaginación? Por favor, dígame que algo bueno está...

De pronto se oyó un repiqueteo metálico.

—Pero ¿qué es eeeeso? —gimió la morsa.

En la holopantalla que mostraba lo que estaba ocurriendo en la plaza Genevieve, un enjambre de escurpidores que los vitróculos habían traído consigo correteaba hacia Alyss y los demás. Ningún marviliano había visto antes aquellos artilugios semejantes a escorpiones que disparaban balas de un veneno mortal por la «cola»; ni siquiera Jacob, que supuso que se trataba del último invento en la larga lista de armas ideadas por Roja. Sin embargo, antes de que un solo escurpidor enroscase la cola para formar una C y apuntar a la reina, ella materializó con la imaginación una horda de botas sin cuerpo pero con suela metálica que se quedaron flotando en el aire por un momento, y después...

Con un leve movimiento de la cabeza, ella las hizo caer con fuerza de modo que pisotearon a los escurpidores, aplastado sus caparzones-armadura y convirtiendo los cables de sus tripas en obras de arte abstracto.

—Oh, ¿y por qué no puede la reina Alyss hacerles eso mismo a los vitróculos? —chilló el mayordomo morsa.

—Porque Alyss no puede estar en todas partes a la vez, ni siquiera por medio de su imaginación —explicó Jacob—, al menos con la intensidad necesaria para vencer a un enemigo disperso. Ya sea para crear una ilusión de aspecto tan convincente que engañe a la vista o para dar existencia a un arma o bota real, el acto de imaginar

requiere pensamientos sumamente precisos y una gran concentración por lo que a los detalles se refiere. Ella tal vez podría montar una defensa eficaz en dos lugares distintos a la vez; es lo bastante poderosa. Pero si se imaginara a sí misma en todos los barrios de Marvilópolis, combatiendo contra todas las manadas de vitróculos invasores al mismo tiempo, su fuerza se debilitaría al extenderse tanto, y fracasaría.

La morsa, que estaba ocupada bamboleándose por la sala y mirando alternadamente al techo y al suelo —a todas partes excepto a las holopantallas—, no escuchó una palabra de esta explicación. El propio Jacob apenas era consciente de lo que decía. En momentos de mucha tensión, el pálido erudito se volvía más locuaz que de costumbre.

—Al menos el palacio está cerrado a cal y canto —observó, esperando tranquilizar así a la morsa mientras, en las paredes que los rodeaban, la pesadilla incontrolable de la batalla continuaba en las calles de Marvilópolis—, así que estamos a salvo.

Pero ni siquiera el mayordomo morsa era tan ingenuo para creerlo. Estarían a salvo mientras la reina Alyss de Corazones lo estuviera también, y en aquellos momentos —como pudo comprobar el animal al echar un vistazo inquieto a la holopantalla más cercana— la situación parecía desesperada.

Estaban rodeados. Justo delante, unas arañas obús se acercaban a gran velocidad mientras, a su izquierda, las andanadas de esferas generadoras lo eclipsaban todo salvo la muerte. A su derecha, barajas de cartas daga reducían rápidamente la distancia que las separaba de ellos y, a su espalda, tambores erizados hendían el aire, listos para hender también sus carnes.

Los vitróculos intentaban apabullar a la reina, pillar a su imaginación con la guardia baja.

«No dejaré que eso ocurra».

Alyss extendió los dedos, y una araña obús salió disparada de cada uno de ellos. Los proyectiles eclosionaron en pleno vuelo y colisionaron con los lanzados por el enemigo. A medio camino entre la reina de Marvilia y los vitróculos, las arañas mecánicas entablaron combate y se desmembraron unas a otras con el mismo entusiasmo con que habrían desmembrado a cualquier marviliano, mientras...

Alyss apuntó con el cetro hacia el cielo, con lo que desvió la trayectoria de las esferas generadoras que se dirigían hacia ella y los demás, e imaginó que sobrevolaban Marvilópolis a gran altura para caer en las llanuras Volcánicas, morada de los galimatazos.

«No puedo permitir que ocurra».

Dodge, las piezas de ajedrez y los generales permanecían de pie con las espadas en alto y la tenue esperanza de poder parar suficientes cartas daga lanzadas contra ellos para sobrevivir. Los proyectiles estaban ya lo bastante cerca para afeitarles el

vello de los brazos cuando...

¡Fiz, fiz, fiz! ¡Fiz, fiz, fiz, fiz, fiz, fiz, fiz!

Alyss logró reducirlos con la imaginación a barajas inofensivas ordenadamente apiladas en el suelo. De inmediato, giró sobre sus talones hacia los tambores erizados e hizo que chocaran unos con otros. Las púas se engancharon entre sí, juntando los tambores para formar una especie de estructura de aspecto amenazador que cayó y se deslizó por el suelo hacia ellos, abriendo surcos y boquetes en el pavimento.

—Estad preparados a mi señal —indicó Alyss, después de que las púas de una de estas estructuras se detuviese a la distancia que mide una gombriz de su rostro.

—¿Qué? —exclamaron los cuatro generales Doppel a la vez.

—Corred cuando yo os lo diga.

Dodge frunció el entrecejo.

—Tenemos que salir de esta plaza —dijo ella— y encontrar una posición estratégica más conveniente desde donde luchar.

—Marvilonia está cerca de aquí, en la avenida Brillosa —sugirió el caballo—. Allí tendremos más posibilidades.

—Pues en marcha hacia los Jardines de Marvilonia —dijo Alyss—. Pero primero, más vale que os agachéis.

Apenas tuvieron tiempo de tirarse al suelo antes de que ella se diese la vuelta, con el cetro horizontal sujeto sobre su cabeza con ambas manos, despidiendo por sus extremos chispas de imaginación, en todas direcciones, que derribaron a los vitróculos que los rodeaban con la precisión de proyectiles termoguiados.

—¡Ahora!

Las piezas de ajedrez y los generales arrancaron a correr, disparando cartas daga con sus AD52 y abriendo fuego de cobertura con las pistolas de cristal. Corriendo tras ellos, Dodge se mantenía cerca de Alyss.

—Deberías volver al palacio —la apremió.

Ella soltó una risotada.

—Ya entiendo. ¿Estabas tan preocupado que no te has dado cuenta de que acabo de salvarte la vida?

—El reino te necesita sana y salva —replicó él—. Yo te necesito sana y salva.

—Pero soy la única capaz de derrotar a Roja.

—¡Por el amor de Issa, Alyss!

Delante de ellos, las piezas de ajedrez y los generales batallaban para entrar en el intrincado complejo de edificios que integraban los Jardines de Marvilonia.

—¿Quieres que regrese al palacio? —dijo Alyss—. Pues tendrás que venir conmigo. El Gato estuvo a punto de matarte una vez, Dodge. Si insistes en luchar con él de nuevo, no dejaré que lo hagas solo.

Faltaban unas pocas zancadas más para que la reina de Marvilia y el jefe de su guardia de palacio diesen alcance a las piezas de ajedrez. Sólo unos pasos más y...

Un vitróculo salió de un salto de detrás de un vehículo carcol y se interpuso en su

camino.

—¿Se te ha caído algo? —le preguntó Dodge al asesino—. Porque me parece que tu... —desenvainó la espada y de un solo golpe decapitó al vitróculo—... cabeza está por allí.

Agarrados de la mano, Dodge y Alyss corrieron, con los pies volando sobre el pavimento, rodeados de explosiones, y entonces...

Una calma relativa. Se encontraban en el interior de los Jardines de Marvilonia y se detuvieron en su enorme alameda a recuperar el resuello junto a las piezas de ajedrez y los generales.

—Escalofriante —comentó la torre. Lo era: ver un lugar diseñado para el ocio de miles de marvilianos en cualquier época del año que estaba vacío de las familias, parejas, jubilados y pandillas de adolescentes que solían pulular por allí. Habían evacuado a todos los huéspedes, y todas las instalaciones estaban abandonadas; había platos a medio comer en las mesas de los restaurantes; los mantos de masajes y los cascos de peluquería zumbaban y emitían chasquidos como si aún hubiera clientes relajándose debajo de ellos. Por los toboganes de agua situados al fondo del vestíbulo no bajaba nada más que agua, y, más cerca de Alyss, las atracciones de feria como el Tren Serpiente y las Tazas Locas estaban paradas.

¡Chkchkchkchchchshkkk!

Una docena de vitróculos echó abajo las puertas delanteras del Marvilonia, que estaban cerradas con llave. El caballo, la torre, dos Doppels y cuatro Gängers se abalaron hacia ellos para trabar combate. Dodge cogió a Alyss de la mano y tiró a ella hacia el refugio más próximo: la cabina de la consola ImmEx, en la que el jugador encarnaba a Somber Logan y podía luchar contra enemigos diferentes. Para cuando un trío de vitróculos empezó a perseguirlos, la consola ImmEx estaba en marcha, y Dodge, con la chaqueta y las armas de Somber superpuestas sobre él, se retorció y saltaba en su combate contra los vitróculos virtuales. Los auténticos se quedaron desconcertados por unos instantes al ver a sus réplicas de fantasía, hasta que...

Volvieron la cabeza, rápidamente y a trompicones, como lucirgueros al detectar una presa, y vieron a Alyss de Corazones a su derecha. Pero también estaba a su izquierda. Había tres Alyss en total. Sólo una de ellas podía ser la auténtica reina de Marvilia. Los vitróculos las eliminarían a todas.

—¡Hagh!

Dodge dio un salto mortal sobre dos de ellos, con la espada en una mano y un puño de Tyman en la otra, y los envió a la nada de su otra vida. El asesino que quedaba, agachándose y girando para esquivar los disparos de cristal de sus hermanos virtuales, se disponía a barrer el lugar con ráfagas de su AD52 cuando Dodge sacó una cuchilla circular de su mochila de la Bonetería y la lanzó. El vitróculo, que no sabía que las armas generadas por la Total ImmEx eran inofensivas, se movió para interceptarla con el cañón del AD52. Este momento de vacilación era lo único que

Dodge necesitaba. Embistió con la espada delante de sí y se la clavó al asesino hasta la empuñadura.

Dodge y Alyss —la Alyss verdadera, ahora que los señuelos que había imaginado habían desaparecido— se encontraron, a salvo entre las cuchilladas y los disparos insistentes de los vitróculos de la Total ImmEx.

—¿Estás bien? —preguntó Alyss, sin aliento.

—Sí, tranquila.

Salieron corriendo al vestíbulo, donde el caballo blanco y los generales estaban rodeados por un número cada vez mayor de vitróculos. ¿Y la torre? ¿Dónde estaba...? Allí, en la atracción de las Tazas Locas, en una réplica de un caza monoplaça en forma de T, con las armas paralelas a la cabina de mando, instaladas en la punta de las alas. La torre lanzaba estocadas a los asesinos que intentaban trepar para acabar con él.

Asestando golpes de espada, Dodge ofreció todo el apoyo que pudo a los generales y el caballo, pero Alyss se quedó donde estaba, un pozo de serenidad en medio del fragor de la batalla, utilizando el arma de su imaginación. Las Tazas Locas se pusieron en marcha. La nave caza de la atracción empezó a girar, cada vez más deprisa, hasta que los vitróculos que intentaban encaramarse a ella para enfrentarse a la torre acero con acero se vieron despedidos como...

¡Crac!

El caza de la torre se desprendió del resto de la atracción y voló por sí solo bajo los elevados techos del vestíbulo del Marvilonia.

—¡Bieeen! —gritó la pieza de ajedrez al pasar en vuelo rasante sobre Dodge, el caballo y los generales, disparó con las armas de su nave a los vitróculos y eliminó a la mitad de ellos. En un segundo acercamiento remató a los enemigos que quedaban y, con no poca habilidad, aterrizó el caza de modo que obstruía la entrada a Marvilonia.

—Si usáis la imaginación para bloquear todas las puertas, dispondremos de tiempo para derrotar a los vitróculos que siguen dentro —le dijeron los cuatro generales Gänger a Alyss.

—No. Quiero que entre el mayor número de ellos posible.

—¿Que queréis qué?!

Ella no necesitaba que Jacob le dijera que, como no era capaz de imaginarse a sí misma en todos los combates a la vez, no podía aniquilar a todos los vitróculos de la ciudad con un solo golpe de su imaginación. Conocía sus límites demasiado bien.

«Tengo que matar a todos los que puedan juntarse en un solo espacio».

—¿Cuál es la sala más grande de este lugar? —preguntó.

—Los Campos de Penniken, en la segunda planta.

—Guíanos hasta allí.

Un repiqueteo metálico.

Innumerables escurpidores, enviados por los vitróculos desde el exterior, se

colaron por entre los resquicios que el caza de la torre no alcanzaba a obstruir. Las puntas bifurcadas de sus colas enroscadas disparaban balas de un líquido negro. Dodge, las piezas de ajedrez y los generales intentaron protegerse con sus armas, pero...

¡Splat! ¡Sploink! ¡Splish!

Las balas líquidas implosionaron y se quedaron inmóviles en el aire, como si se hubiesen estampado contra el parabrisas de un vehículo caracol. Alyss, con el poder de su imaginación, se había envuelto a sí misma y a los demás en un escudo de energía, y las balas se habían estrellado contra él. Y fue una suerte, pues las pocas que habían pasado de largo habían impactado contra el tronco de un árbol guppy plantado en el vestíbulo, y el veneno había ocasionado que sus hojas con cara de pez de asfixiaran de manera audible y que la corteza se le desprendiera en tiras desteñidas.

—Campos de Penniken —repitió Alyss.

Permanecieron muy juntos, para no salir de los límites del escudo de energía. Ahora los vitróculos estaban entrando en Marvilonia en grandes cantidades, tras deshacerse de la Taza Loca con que la torre había obstruido la puerta, y disparaban esferas generadoras, cartas daga y descargas de pistolas de cristal a los alysianos mientras los escurpidores lanzaban una ráfaga tras otra de balas de veneno. Éstas se estrellaban contra el escudo de energía; las descargas de cristal y las cartas daga rebotaban en él, causando daños en los restaurantes, teatros y tiendas del vestíbulo.

—¿Ni siquiera podemos correr? —preguntó la torre.

—No —respondió Alyss.

Los Campos de Penniken: el parque interior más grande de Marvilia; una obra maestra de la arquitectura paisajística que habría dado celos a la misma naturaleza de no ser porque le rendía un hermoso homenaje con sus arreglos de arriates y árboles umbrosos, sus senderos sinuosos, sus estanques pintorescos, sus arroyos y sus suaves colinas. En los Campos de Penniken, el arquitecto había conseguido esconder el cielo tras el azul intenso de una atmósfera artificial en la que incluso había nubes. Con los vitróculos pisándoles los talones, Alyss condujo a los demás a un prado flanqueado por dos setos tan altos como tres marvilianos.

—Ahora, debemos esperar a que lleguen más —dijo—. Mantenedme al tanto.

—¿Que os mantengamos...?

Mentalmente, ya se encontraba en lo más profundo de su ser. Tenía que concentrarse en imaginar un arma capaz de explotar con una potencia diez veces superior a la de una esfera generadora. Pensó en la fábrica de municiones que estaba en las llanuras situadas entre la Ferania Ulterior y los barrios de las afueras de Marvilópolis que había visitado en una ocasión.

—¿Cuántos vitróculos hay? —preguntó.

—Unos cien —respondió Dodge.

Necesitaría algo más potente aún. Recordó la cadena de montaje en la que se armaban las esferas generadoras. Visualizó las cubiertas redondas y ligeras que

—Su retorno elevará sin duda los ánimos de nuestros militares —dijo uno de los generales Gänger.

—El reino sencillamente no es el mismo sin usted —aseveró otro.

—¡Bienvenido, bienvenido! —exclamó un par de generales Doppel.

Bip bip. Bip bip.

—Estamos recibiendo una transmisión. —La torre pulsó un botón en el teclado que llevaba sujeto a la muñeca, y la boquilla de su cinturón de municiones proyectó una luz. Se formó una pantalla en el aire, a la vista de todos, y la imagen de Jacob en la sala de reuniones del palacio apareció en ella.

—De no estar en una situación crítica, reina Alyss —dijo el preceptor real, emocionado—, te diría que nunca una alumna mía me había dado tal motivo de orgullo. ¡Qué estrategia tan astuta has puesto en práctica! ¡Qué actuación tan triunfal! ¡Cuánta sabiduría has demostrado para ser una soberana tan joven y con tan poca experiencia!

—Jacob... —lo interrumpió la reina.

—De acuerdo, tienes razón. Ya te abrumaré con mis alabanzas en otro momento. Sigue habiendo tropas de vitróculos en Marvilópolis, pero ahora son mucho menos numerosas, y nuestros naipes soldado y piezas de ajedrez podrán ocuparse de ellos. Debes volver a la seguridad relativa del palacio para que decidamos qué medidas tomar respecto a la mujer que debe permanecer por siempre innombrable. Como sin duda ya habrás adivinado, me refiero a tu tía Roja.

—Jacob... ¿Has visto a Molly la del Sombrero? Me parece extraño que no haya corrido a participar en una batalla en la que podía lucir sus habilidades.

—Sumamente extraño —convino el preceptor—, pero no he visto a la muchacha.

Mientras Somber intentaba fingir que el paradero de Molly no era de una importancia capital para él, Alyss exploró rápidamente el palacio con la imaginación. No localizó a su escolta por ninguna parte.

«Debe de seguir enfurruñada porque le he pedido que me dejara sola. Tendrá que aprender a no tomarse las cosas tan a pecho».

—Llegaremos de un momento a otro, Jacob —dijo.

El tutor dobló las orejas en señal de asentimiento. La pantalla se desvaneció, y la transmisión finalizó.

—Mi reina —dijo el caballo—, con vuestro permiso, mientras una sola de mis piezas de ajedrez ponga en peligro su vida frente a los vitróculos, yo debo estar a su lado.

—Yo debería quedarme a luchar —terció la torre.

Tan pronto como miró a Dodge, Alyss supo que él también deseaba quedarse a luchar. «Hasta que no quede el menor rastro del Gato en el mundo». Era irónico que para evitar que arriesgara el pellejo y su cordura en aras de la venganza, ella tuviera que tentarlo con una oportunidad mayor de alcanzar su objetivo.

—Dodge —dijo—, los vitróculos son sólo soldados de infantería, como tú mismo

has dicho. No será fácil conseguir que Roja o el Gato den la cara. Ven conmigo. Ayúdame a trazar un plan para hacerlos salir de su escondite. Vuelve conmigo al palacio y nos enfrentaremos a ellos juntos.

Le tendió la mano. Los marvilianos se quedaron callados, y la mandíbula inferior de Dodge pareció ponerse dura como el diamante mientras su mirada se perdía en la distancia. Al fin, se volvió hacia la mujer que era tanto la reina de Marvilia como su amada. Se iría con ella.

SEGUNDA PARTE

Montmartre, Paris. Junio de 1873

El pintor despertó de un sueño inquieto, cuando lo arrancaron de sus pesadillas los lloros de su hijo recién nacido, que también parecía haber caído presa de la angustia mientras dormía. Fuera, la lluvia azotaba las calles y los relámpagos desgarraban el cielo.

La esposa del pintor fue a regañadientes a atender al bebé, y él se quedó mirando a la gente que caminaba bajo el aguacero, encorvados y con la cabeza gacha, lo que les daba —a los ojos expertos del pintor— un aspecto furtivo y taciturno, como si se trajesen entre manos asuntos turbios.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote?

Su mujer estaba ante la puerta de su habitación, con el niño lloriqueando en sus brazos. Si el pintor albergaba alguna duda, ésta se disipó de inmediato: su esposa estaba de un humor más tempestuoso que el estado del tiempo. Ella quería saber qué pensaba hacer él respecto al paisaje que le habían encargado que pintara ahora que se había desatado una tormenta. ¿Con qué iba a pagar la leche y la mantequilla que necesitaban? ¡No era de extrañar que el crío se pasara el día berreando, con el padre tan inútil que tenía!

Para alejarse de ella, el pintor se encerró en su estudio, donde se quedó, molesto, contemplando el lienzo en blanco. Sin embargo, tras lo que parecía una mañana interminable, el tiempo mejoró. El cielo seguía nublado, pero una luz pálida y plana bañó las calles empapadas.

—Tendré que conformarme con eso.

Metió sus pinturas y pinceles en una caja y, con un caballete plegado bajo el brazo, salió de la casa. Las alcantarillas estaban atascadas de barro y basura. El ruido sordo de los carros le hería los oídos como el rugido de bestias enormes, y los rostros de la gente con la que se cruzaba, que lanzaban miradas hoscas desde debajo del ala de sus sombreros inclinados y entre los cuellos de las chaquetas levantados, se le antojaban teñidos de antipatía, cuando no directamente de hostilidad.

En el jardín de las Tullerías, instaló su caballete junto a un estanque ovalado, desde donde se veía, al otro lado, un bosquecillo de castaños. Por lo general era un pintor rápido capaz de terminar un cuadro en cuestión de horas, pero por alguna razón éste en concreto le estaba costando más trabajo. Intentó despejar la mente, quitarse el mal sabor de boca que le había dejado la mañana y abismarse en el éxtasis de la creación. Sin embargo, cuando guardó sus pinceles al caer la tarde, en el lienzo lucía poco más que las nubes coloreadas con su gama de tonos del fondo, en medio de los cuales le sorprendió ver manchas de pintura negra.

—Enséñame los que has hecho —le exigió su esposa cuando él regresó a su piso.

Extendió la mano para coger el lienzo. Frunció los labios y el entrecejo, perpleja. El bebé, a quien acunaba distraídamente en el otro brazo, rompió a llorar—. ¿Qué son estas cosas? —Señaló las marcas de pintura negra.

—Mañana lo arreglo —le aseguró él.

—Más te vale, o no cobrarás, y entonces, ¿qué haremos?

Al día siguiente, la jornada de pintura discurrió de forma muy parecida a la anterior. El pintor se esforzó por buscar la inspiración, por dejar que lo hipnotizaran las maravillas de la naturaleza, el ritmo cadencioso con que mojaba el pincel en los óleos y la sensación de las cerdas al deslizarse sobre el lienzo. Cuando, al final de la tarde, recogió sus utensilios se sorprendió al ver que, entre los contornos imprecisos del estanque y los árboles, no sólo volvía a haber manchas negras, sino que eran más grandes y detalladas; más que manchas, esbozos toscos de figuras humanas que caminaban sobre la superficie del agua en dirección a... él. Tampoco eran del todo negras; una de las figuras había adquirido un tono claramente rojizo.

Tapó el cuadro con su chaqueta para no mirarlo, y con un mal presentimiento que no acertaba a explicarse, echó a andar de regreso a casa. Pasó junto a *brasseries* sórdidas y lúgubres edificios de apartamentos en los que nunca antes se había fijado. Su ruta habitual estaba obstruida por una multitud de mirones que presenciaban algún tipo de actividad policial, con un ansia de recrearse con las desgracias ajenas que el pintor se asustó y se alejó por el callejón más próximo. Dio un rodeo por calles que no conocía hasta llegar a casa, y estaba resguardado en su estudio cuando irrumpió su esposa.

—Quiero verlo —dijo ella.

—No... No lo tengo... —tartamudeó él.

Su mujer reparó en la chaqueta que estaba colgada del caballete.

—¿Es esto?

—No.

Antes de que él pudiese impedírselo, su esposa se acercó al caballete, quitó la chaqueta de un tirón y...

—¡Dijiste que lo arreglarías! —protestó al ver las extrañas figuras—. ¿Quieres que tu hijo se muera de hambre? ¿Pretendes matarnos a base de privaciones?

Al cabo de tres días en las Tullerías, apenas quedaba rastro del paisaje; el estanque, los castaños... todo había desaparecido bajo las pinceladas y manchas de pintura que formaban las dos figuras que se habían apoderado de la imaginación del pintor. La paleta que había utilizado no era tan suave como de costumbre; contenía menos tonos pastel y más colores primarios, sobre todo rojos vivos, negros y marrones, pero, como en todos sus cuadros, los trazos duros de las figuras estaban difuminados para sugerir el movimiento constante de los objetos. Una de las figuras no representaba a un ser humano, sino a una criatura de pecho ancho, brazos y piernas muy musculosos, y en vez de manos, garras gruesas con uñas tan relucientes y largas como cuchillos de trinchar pulidos. Lo más raro era que tenía cara de gato,

con bigotes y una hilera de colmillos de aspecto amenazador. La otra figura era probablemente una mujer, aunque nada en la espesa maraña de pelo rojo o en el semblante desdeñoso con sus arrugas de displicencia le daba un aire femenino. No, era su atuendo lo que le indicaba al pintor que se trataba de una mujer: un vestido hecho casi por completo de rosas espinosas con sus tallos largos y retorcidos. Varias flores estaban orientadas hacia él, y sus pétalos interiores le mostraban los dientes como bocas hambrientas de... Prefirió no imaginarlo.

En su estudio, a escondidas de su esposa, lanzó el cuadro al fuego. Las figuras inquietantes desaparecieron, reducidas a cenizas. Quemarlas había sido lo mejor. Sin embargo, a mediodía del día siguiente, entre los tonos de fondo que eran lo único que había conseguido plasmar en el lienzo, había dos manchones negros que él no recordaba haber pintado. Los tapó de inmediato con trazos del pincel. «Pinta un paisaje, lo que sea». Pero para cuando guardó los utensilios para irse a casa, las manchas volvían a estar allí: el felino antropomorfo y la mujer cruel con su vestido de rosas ocupaban todo el lienzo.

Su siguiente intento dio exactamente el mismo resultado que los otros. Y el que hizo después, también. No podía pintar otra cosa que la bestia-gato y la mujer feroz. Irritado y deprimido, encajó con agrado la reprimenda de su esposa. Lo merecía; era un fracasado. Llevó sus fracasos a una callejuela sin nombre. Entró en un local sin nombre donde la belleza y la virtud brillaban por su ausencia y no había más que vino barato, que él se echó al colete hasta que se le enturbió la vista y todo lo que había tanto dentro como fuera de su cabeza era un tiovivo ladeado que daba vueltas sin parar en una bruma de colores y texturas. Tenía que embotar sus sentidos para no ver a la bestia-gato ni a su acompañante femenina.

De alguna manera, al anochecer, y a pesar de las farolas que con frecuencia se interponían en su camino, llegó hasta su piso. En su estudio, a oscuras, no veía su último intento de paisaje, pero lo intuía; un lienzo grande, tan alto como él, cubierto con una sábana, apoyado contra la pared, en un rincón.

—¿Qué está pasando? —dijo en voz alta, porque le pareció oír... ¿La sábana se estaba moviendo? ¿Se oía la respiración de alguien? ¿Un ronroneo?

—¡Ngah!

Despertó con un grito ahogado, todavía vestido con su traje. Encendió la lámpara y echó un vistazo alrededor, intentando aclarar sus pensamientos, entender lo que había...

—¡Dios mío!

La puerta del estudio estaba hecha astillas. La sábana con la que había tapado su pintura estaba tirada en el suelo. Empezó a levantar la vista. No quería mirar; estaba asustado. Pero tenía que hacerlo: despario, alzó los ojos hacia lo que quedaba del lienzo, y quedó demasiado horrorizado por lo que vio como para gritar. Allí donde antes estaban la bestia-gato y la mujer ahora no había nada, sólo un agujero que tenía la forma exacta de sus siluetas, como si alguien las hubiera recortado del cuadro o...

—Imposible —jadeó el pintor.

Ese tipo de cosas no ocurría. ¿Que un par de figuras pintadas escaparan del lienzo? Era una broma. Las imágenes inanimadas no cobraban vida como en los cuentos de hadas. Una cosa era que sus pinturas pareciesen reales y llenas de vitalidad, pero ¿crear seres vivos, sólo con pinceles y óleos?

—¡Es imposible! ¡Imposible! —repetía sin cesar.

Pero, si era imposible, ¿por qué tenía un recuerdo vago y nebuloso de la mujer fiera y la bestia-gato de pie ante él mientras se acurrucaba en su catre para dormir la mona, un recuerdo en el que él era tanto participante como observador?

—La única razón por la que no voy a matarlo —recordó que había dicho la mujer, con una voz que sonaba como el chirrido del hielo contra el hierro, como si tuviese las cuerdas vocales oxidadas— es porque no es lo bastante importante.

Molly tenía la sensación de que la cabeza se le había roto en pedazos que alguien había vuelto a juntar de cualquier manera. Le dolían los hombros. Los antebrazos le escocían como si estuvieran en carne viva. Tenía las manos hinchadas, y tan sensibles que le hacía daño cerrarlas en puños. Le hacía daño casi cualquier movimiento, incluidos los parpadeos, por lo que permaneció con los ojos cerrados, intentando reconstruir en su mente lo que había pasado: la Dama de Diamantes; el cofre de madera tallada que debía entregarle a la reina Alyss; sus sospechas de una conspiración para minar el reinado de Alyss (sospechas que, a juzgar por lo dolorida que estaba Molly ahora, no habían sido infundadas). Pero ¿un atentado contra la vida de la reina? La Dama de Diamantes era más osada de lo que ella creía. Debía comunicárselo a Alyss.

Con un gran esfuerzo, Molly se incorporó y abrió los ojos. ¿Qué demonios...? El rey Arch estaba sentado en una silla junto al colchón donde ella yacía. ¿Qué hacía Arch en Marvilia?

—Está viva —dijo él.

Un ministro entró con pies ligeros y silenciosos, y susurró algo al oído del rey. Fue entonces cuando Molly cayó en la cuenta: Arch no estaba en Marvilia; ella estaba en Confinia. Pero ¿cómo había ido a parar a Confinia? ¿Dónde estaban sus armas? ¿Y qué era aquello que la envolvía como segunda piel? En lugar de sus pantalones y su cinturón de siempre, llevaba un traje de una pieza que se ceñía al cuerpo, hecho de un material rosa desconocido, y aparentemente no había botones o cierres que desabrochar para quitárselo. El cuello de la prenda se ajustaba al suyo, las mallas le apretaban los tobillos y los puños de las mangas largas prácticamente le cortaban la circulación de la sangre hacia las manos. Molly detestaba la ropa ceñida. Y, peor aún, detestaba el rosa.

—Que traiga ella el aperitivo —le dijo Arch al ministro, que se marchó haciendo tan poco ruido como una voluta de humo. El rey le sonrió a Molly—. ¿Cómo estamos, después de la siesta que tanta falta nos hacía?

—¿Dónde están mis cosas?

—Allí mismo. —Apuntó al fondo de la habitación, a una mesa sobre la que el sombrero, la chaqueta de la Bonetería, la mochila, el cinturón y las cuchillas de las muñecas estaban pulcramente dispuestos. Flanqueaban la mesa dos criaturas de una especie que ella nunca había visto.

—Me subestimas —dijo Molly, y se abalanzó hacia su equipo.

Las piernas le flaquearon como si estuviesen desprovistas de músculos. Sus brazos no tenían fuerza, y ella no conseguía fijar la vista, como si sus ojos estuviesen girando en sus órbitas de forma independiente el uno del otro. Se cayó al suelo. Desde muy, muy lejos, notó que alguien la levantaba y la acostaba de nuevo. Su cabeza empezó a estabilizarse y ella vio que volvía a estar en el colchón.

—Al parecer, Molly, eres tú quien me subestima a mí —dijo Arch—. Tal vez debería haberte informado de que el traje que llevas es un dosificador de sedantes. Cada vez que haces un movimiento brusco, el artilugio te introduce a través de la piel cierta sustancia que... Bueno, espero que nunca sucumbas a los placeres ilusorios del cristal artificial, pero digamos que dicha sustancia produce unos efectos parecidos a los de una noche de excesos en el consumo de esta droga tan poco sana.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

—Has sufrido una caída muy aparatosa. —Señaló con un gesto de la cabeza a las criaturas desconocidas—. Mis amigos de Ganmede y yo te estamos cuidando hasta que te recuperes, eso es todo.

—¿Drogándome? —Molly intentó intimidarlo con su mirada más feroz pero, al no obtener respuesta alguna, comenzó a tirar con violencia del cuello y los puños de su traje.

—Quitarte eso sería tan difícil como arrancarte la piel —dijo Arch—. Molly, por favor, entiende que no tengo intención de hacerte daño. La Dama de Diamantes ya te ha causado bastantes molestias, según creo. Tu atuendo, que tanto te favorece, no es más que una precaución contra una posible reacción excesiva por tu parte al despertar aquí. Espero que pronto decidas quedarte con nosotros como mi invitada personal.

Molly se puso de pie, despacio, con suavidad.

—Me debo a mi reina, que seguramente me echa en falta. Quisiera irme a casa ahora.

—Yo no tendría tanta prisa. Al volver, podrías encontrarte con que la reina no es la misma que cuando te fuiste.

Seguro que se trataba de alguna estratagema. Ella sería astuta. Mantendría la boca cerrada, asimilaría la máxima información posible y después se la revelaría a Alyss.

—Quiero que sepas que me parece terrible la manera en que la Dama de Diamantes intentó engañarte —aseguró el rey—. Es muy loable que protegieras a la reina impidiendo que abriese el «regalo» de la Dama de Diamantes. Sin embargo, al hacerlo has puesto en peligro el reino entero. —Al reparar en la expresión inquisitiva de Molly, explicó—: Sí, por lo visto tu pequeña aventura en el Continuo de Cristal ha limitado la movilidad del ejército de la reina Alyss, circunstancia que el clan de Diamantes ha aprovechado para intentar arrebatarse la corona.

Molly no le creía, se negaba a creerle. Además, la Dama de Diamantes jamás podría vencer a Alyss de Corazones.

Arch se levantó de su silla y comenzó a caminar de un lado a otro de la jaima.

—Los de Diamantes acudieron a mí para pedirme apoyo, pero, como puedes ver, mi lealtad está con la reina Alyss antes que con una intrigante que forma parte de la aristocracia de su reino. —Estaba frente a la mesa, examinando las cuchillas, la chaqueta y la mochila de Molly como si no fueran más que artículos desordenados de un mercader—. No debería haber sido tan desdeñoso contigo cuando te vi por primera vez en el palacio de Corazones. Tendría que haberme dado cuenta de que

posees dotes formidables, pues no cualquiera puede ocupar el puesto de Somber Logan.

Molly se quedó callada.

—Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti. —Se volvió de pronto hacia ella—. Ah, lo siento, había olvidado que no tienes padres.

Rey o no rey, tenía la suerte de que ella no pudiese acceder a su sombrero. Arch se sentó de nuevo en su silla y, con una naturalidad ensayada, preguntó:

—¿Qué sabes de las personas que te trajeron a este mundo?

—Sé lo suficiente.

—¿De verdad? ¿Es por eso por lo que no pareces sentir mucha curiosidad hacia ellos?

—No hay motivo para sentir curiosidad —repuso ella.

—¿Qué no hay motivo...? Pero ¿no quieres saber por qué te abandonaron?

—¡No me abandonaron!

Se arrojó hacia él, pero las piernas se negaron a obedecerla, los brazos no le respondían y la cabeza se le llenó de gelatina calidoscópica. Cuando volvió en sí, estaba otra vez tendida en el colchón.

—Mis disculpas —dijo Arch—. Debería haber tenido en cuenta las vicisitudes de la vida que tienden a romper familias por razones que no tienen nada que ver con la mala voluntad o la falta de amor por parte de alguno de sus miembros. Estando Roja al mando de Marvilia, los actos de tus padres tal vez sólo parecieron egoístas, cuando en realidad fueron todo lo contrario; medidas necesarias para tu supervivencia.

—Ajá —dijo Molly, llena de odio hacia él.

—¿Por casualidad te acuerdas de la edad que tenías cuando viste a tu madre por última vez?

Ella no pensaba contestar. No le diría nada a ese hombre, y menos aún que tenía poco más de tres años lunares de edad cuando Weaver se marchó del campamento de los alysianos en el bosque Eterno y que, de no ser por el cristal holográfico de su madre posando frente al Museo de Historia Sobrenatural poco antes del golpe de Estado de Roja, ni siquiera sabría qué aspecto tenía aquella mujer.

—Se llamaba Weaver, ¿verdad?

Molly se quedó sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

Arch eludió la respuesta.

—Eso no es nada, Molly. No sólo sé cómo se llamaba tu madre, también sé quién es tu padre. Y, lo que es más, tú también lo sabes. Lo conoces.

Molly estaba tan asombrada por todo esto que no oyó a Arch llamar a sus escoltas. Unas sombras cayeron sobre ella cuando Ripkins y Blister entraron en la jaima.

—Molly quiere saber cómo se llama su padre —les dijo—. ¿Por qué no le dais una pista?

—Su apellido rima con «desfogan» —dijo Ripkins.

—Y con «bogan» —agregó Blister.

—¿Y su nombre de pila? —preguntó Arch.

—Rima con «hombre» —afirmó Ripkins.

—Y con «odre» —terció Blister.

—Y también con... esto... ¿«romber»? —aventuró Ripkins—. No. Veamos... ¿«comber»?

Arch y Blister se quedaron mirándolo.

—¡Conde! —exclamó, orgulloso.

—¡Callaos, callaos, callaos! —chilló Molly—. ¡No sabéis lo que estáis diciendo!

—Tal vez no —reconoció Arch—, pero sé de al menos una persona en cuyos conocimientos puedes confiar. —Se puso de pie mientras un aroma extraño penetraba en la jaima—. Aquí llega con una bandeja de delicias de dodó, uno de mis manjares confinianos favoritos, para ayudarte a recuperar las fuerzas.

Molly se disponía a negarlo todo, a denunciar Confinia como un país de mentirosos, cuando se dio la vuelta y vio a la última persona en el mundo a quien esperaba ver con vida.

—¿M... mamá?

La amargura habitual de Roja se vio incrementada por su paso través del Corazón de Cristal. Las rosas de su vestido lanzaban dentelladas al aire, abriendo y cerrando sus bocas de pétalos en silencio, como reflejo de la negra melancolía con que ella recorría las calles de aquella ciudad extranjera en los momentos previos al alba y se atormentaba con pensamientos sombríos.

—Si alguien te dice que no se siente dolor cuando te transformas en energía pura y luego te materializas gracias a la sucia imaginación de una persona de la Tierra —siseó Roja—, no le creas.

—Así lo haré, Su Malignidad Imperial. —El Gato miró de reojo a su ama, se lamió una pata y se frotó los ojos con ella.

—Si no soy lo bastante poderosa para derrotar a Alyss... —murmuró Roja, y se sumió en un silencio cargado de abatimiento.

La pareja venida de otro mundo caminó a lo largo y ancho de Montmartre, sin saber qué otra cosa hacer. Había poca gente en la calle, y nadie había pasado a menos de veinte metros de ellos cuando Roja se paró en seco.

—¡Pero sí soy más poderosa que esa sobrina repugnantemente bienintencionada que tengo!

Por otro lado, ¿y si su viaje a través del cristal había debilitado su poder y lo había reducido a una sombra irrisoria de lo que había sido? «Y si, y si...». Pondría a prueba la fuerza de su imaginación, y esto se lo diría todo. Extendió una mano y una vara del tamaño de una de las uñas del Gato apareció en su palma y se alargó hasta parecerse a aquella cosa retorcida y nudosa que utilizaba como cetro en Marvilia.

—Inténtalo tú —le ordenó al Gato, que para probar sus poderes se transformó en un gatito y luego recobró su aspecto humanoide.

—Bien.

Pero Su Malignidad Imperial no había terminado. Golpeó el pavimento con la punta de su cetro provisional y, a partir del punto de impacto, unas grietas se abrieron en todas direcciones, lo bastante anchas para que de ellas brotaran rosas carnívoras. Los tallos, que crecieron a una velocidad insólita para la naturaleza, recubrieron metódicamente la manzana: edificios, farolas, calles y aceras. Fue entonces cuando un carnicero desafortunado, que deseaba llegar a su tienda a aquella hora temprana, como era su costumbre, salió de su apartamento. Al ver las rosas y las figuras amenazadoras de Roja y el Gato, intentó huir, pero los tallos espinosos se enrollaron en torno a sus tobillos, impidiendo que se alejara. Las espinas se clavaron en su piel mientras los tallos trepaban dando vueltas y vueltas por sus piernas, torso y brazos. Cuando abrió la boca para gritar, un tallo se le metió hasta la garganta.

—Es como ver un relato entretenido en la cristalvisión, en el monte Solitario —comentó Roja mientras las rosas daban buena cuenta del carnicero. Hizo un movimiento con su báculo, como un director ante una orquesta, y las rosas se

retrajeron hasta desaparecer en las grietas del pavimento—. Tú ya habías estado en este mundo, Gato. Llévame a algún lugar donde pueda enfurruñarme y quejarme en paz. Un sitio apropiado para mi delicado temperamento.

—Sí, Su Malignidad Imperial.

El Gato prefirió no reconocer su ignorancia. Era cierto que se había zambullido hacía poco en el estanque de las Lágrimas y había viajado a la Tierra a la caza de Alyss de Corazones, pero nada le resultaba familiar, y estaba seguro de no haber puesto un pie en aquella ciudad. Guiando a Roja, torció varias veces a izquierda y derecha y enfiló innumerables calles. Al doblar una esquina, toparon con el carnicero muerto. Habían estado caminando en círculo.

—¿No sabes dónde estamos? —preguntó Roja, en una voz tan suave que al Gato se le erizó el pelo que tenía entre las orejas. No se había arriesgado a saltar al interior del Corazón de Cristal para morir ahora.

—La última vez que estuve en la Tierra —respondió con cautela—, seguramente no vine a esta ciudad.

—Díselo al acero —masculló Roja, convirtiendo el extremo de su cetro en una cuchilla, con la que se disponía a atravesarlo, cuando...

—Sólo me queda una vida —le recordó el Gato.

Ella sostenía la lanza en alto, lista para castigarlo. Con un gruñido de contrariedad, hizo por medio de la imaginación que la cuchilla se transformase de nuevo en un puño de bastón con el que lo golpeó varias veces en el pecho mientras hablaba.

—Pues tendrás que ser de más ayuda en adelante, ¿no crees? Porque tal vez no sea tan indulgente la próxima vez.

El Gato se lamió la pata y se frotó los ojos.

—¿Por qué haces eso constantemente? —preguntó, irritada.

—¿Qué?

Roja hizo ademán de lamerse la mano y frotarse el ojo.

—No lo toméis a mal, Su Malignidad Imperial, pero cuando miro alrededor lo veo todo claro y nítido. A vos no. Os veo... borrosa.

—Tú no estás muy definido que digamos —espetó Roja—. Seguramente son los efectos de atravesar el Corazón de Cristal, que aún nos duran.

Ella lo había notado también: el Gato estaba desenfocado, mientras que todo cuanto lo rodeaba estaba claro y bien definido. Era como si estuviera en una zona difusa y sus contornos se difuminasen en el aire en torno a ella. No fue sino hasta que ella y el Gato pasaron junto a una tienda de muebles en la avenida de Clichy y Roja vio su reflejo en un espejo ovalado cuando ella entendió el porqué.

—¡Maldito pintamonas! ¡Su estilo era demasiado suave, y sus colores demasiado sutiles! —Hizo saltar el espejo en mil pedazos con la fuerza de su rabia—. ¡Lo mataré!

El Gato estaba más que dispuesto a ayudar, pero ni él ni Roja sabían por dónde

volver al estudio del pintor. Su Malignidad Imperial centró sus pensamientos para intentar encontrarlo con el ojo de su imaginación. Sin embargo, no estaba segura de dónde debía buscarlo; no le vino a la mente visión alguna del pintor o de su estudio. En cambio, el ojo de su imaginación se posó en una escalera de piedra en un estado casi ruinoso, medio oculta por la basura en una callejuela situada detrás de una charcutería. Los escalones inferiores se perdían en una oscuridad tan absoluta como la de una tumba; una oscuridad que, durante generaciones, había atraído a adeptos de poca monta a la Imaginación Negra; ocultistas, drogadictos, marginados que buscaban un refugio donde la sociedad no los juzgase; ladrones y asesinos que buscaban amparo contra la policía.

—Ven —dijo Roja—. He encontrado un sitio para nosotros.

Tras bajar por las escaleras resquebrajadas, envueltos en las tinieblas, Roja y el Gato entraron en una oscura catacumba cuyas dimensiones no se evidenciaban en el eco de sus pisadas. Roja hizo aparecer un trono cuyo asiento y respaldo semejaban una rosa con los pétalos abiertos de par en par, y cuyas patas y brazos parecían tallos de rosa gruesos y petrificados. Su Malignidad Imperial se dejó caer en el trono, como una mujer que se repantiga en su sillón favorito tras un duro día de trabajo.

—Más te vale que recuerdes cómo regresar a Marvilia —le advirtió al Gato.

—Lo recuerdo, Su Malignidad Imperial. Los portales parecen charcos comunes y corrientes. Los reconoceré en cuanto los vea.

—Esperemos por tu bien que así sea. Pero de nada servirá volver a Marvilia ahora que mi ejército está disperso, en el mejor de los casos, o encarcelado en masa, en el peor.

Su sicario empezó a limpiarse.

—Con vuestra fuerza y vuestro poder, podríais dominar cualquier parte de este mundo que queráis.

Las ventanas de la nariz de Roja se ensancharon en señal de impaciencia.

—Sé que es difícil para ti, Gato, pero intenta usar el cerebro, por pequeño que sea. ¿Por qué querría yo sojuzgar este mundo, que no es más que un pálido reflejo de mi tierra natal? Marvilia me pertenece. Deseo recuperar lo que es mío.

—¡Mar-vi-lia! —repitió una voz en la oscuridad—. ¡Cuánto tiempo hace que no piso esa tierra!

Un resplandor parpadeante se acercó cabeceando hacia ellos desde la lejanía de un túnel: era una antorcha, y la llevaba un hombre que parecía un cadáver por su escualidez y su tez propia de quien lleva una semana muerto. Iba vestido de negro de pies a cabeza, con guantes del mismo color. Además de la antorcha, llevaba un estuche de violín. Lo acompañaba un albino alto y calvo de largas orejas que le sobresalían de la cabeza, con un mapa de venas que se traslucía bajo su piel semitransparente: era casi un doble de Jacob Noncelo, idéntico a él en todos sus rasgos salvo en la nariz, que era más larga y puntiaguda, y en sus mejillas, picadas con marcas de acné. Ni él ni su cadavérico acompañante parecieron alarmarse ante la

visión de unos seres tan extraordinarios como Roja y el Gato.

—¿Sois de Marvilia? —preguntó el albino.

Roja sabía identificar a un miembro de la especie de los preceptores cuando lo veía. También sabía que el preceptor que tenía delante debía de ser un delincuente, alguien que había saltado al estanque de las Lágrimas para evitar que lo juzgaran en los tribunales de Marvilia y buscarse la vida en este mundo anticuado. Ella podría haber tenido en cuenta antes a los exmarvilianos como ellos, y utilizarlos para sus perversos fines.

—¿A ti en qué te concierne de dónde seamos?

—No me concierne en absoluto —respondió el desconocido—. Es sólo que yo antes tenía amigos en Marvilia. Sin embargo, aquel sobre el que tengo más curiosidad es alguien a quien ya no puedo considerar en justicia mi amigo.

—La justicia está sobrevalorada —refunfuñó Roja.

—En efecto —convino el desconocido—, pero ¿no conocerás a ese examigo mío, por casualidad? Es preceptor, como yo, y con toda seguridad ocupa un cargo relevante en el reino. Se apellida Noncelo.

—Todo el mundo conoce a Jacob Noncelo —intervino el Gato—. Ha sido preceptor de tres reinas.

—¿Y quién eres tú, que te has enemistado con él? —inquirió Roja, con interés creciente.

—Me llamo Vollrath. El señor Noncelo y yo estuvimos juntos en el Cuerpo de Preceptores hace muchas, muchas lunas, cuando la reina Issa era sólo una princesa recién nacida. Éramos rivales, los dos alumnos más aventajados de nuestro grupo, mientras estuvimos en el Cuerpo, el señor Noncelo fue el primero de la clase, mientras que yo debía conformarme con ser el segundo. Soy incapaz de contentarme con ser el segundo en nada, de modo que... —las orejas del preceptor se inclinaron hacia atrás, tiesas, como empujadas por un viento muy fuerte—, como no quería pasarme la vida a la sombra del señor Noncelo en la labor de propagar la Imaginación Blanca, puse mis conocimientos y mi intelecto al servicio de la Imaginación Negra. Y, con la máxima sinceridad que considero aceptable (pues una persona demasiado sincera resulta de lo más aburrida), puedo afirmar que me convertí en su estudioso más eminente. Trabajaba para todos los practicantes de la Imaginación Negra que estuviesen dispuestos a pagarme las sumas exorbitantes que pedía, y llevaba una vida maravillosamente decadente. Sin embargo, en la época de la coronación de Issa, entré en tratos con un contrabandista demasiado ambicioso y no tuve más remedio que zambullirme en el estanque de las Lágrimas. Desde entonces, no he vuelto a Marvilia.

¿Un graduado del Cuerpo de Preceptores al servicio de la Imaginación Negra? ¿Un erudito de la maldad y enemigo de Jacob Noncelo? Había llegado el momento de que Roja se presentara:

—Soy Roja de Corazones, nieta de la reina Issa y primogénita de la reina Theodora y del rey Tyman, los dos fallecidos ya.

De inmediato, Vollrath hincó una rodilla en el suelo, con la cabeza inclinada.

—No sabía que estaba hablando con un miembro de la realeza —dijo—. Os pido perdón por no haberos mostrado el debido respeto, princesa.

«Princesa». Roja torció el gesto al oír esta palabra.

—Te preguntarás qué está haciendo la heredera forzosa al trono de Marvilia en este lugar sucio y miserable. La respuesta: lo que me correspondía por derecho de nacimiento me ha sido negado dos veces, primero por una madre traicionera en complicidad con mi hermana menor (ambas muertas por mi mano), y después por una sobrina advenediza que en estos momentos lleva la corona que queda mucho mejor en mi cabeza que en la suya. Y ahora, levántate. Y llámame «Su Malignidad Imperial».

Vollrath se puso en pie y se llevó un dedo a los labios descoloridos con ademán pensativo. Se disponía a decir algo cuando...

—*Monsieur* Vollrath —dijo el flaco portador de la antorcha—, si no quiere llegar tarde...

—Sí, sí, Marcel. Si Su Malignidad Imperial se dignase explicármelo, me gustaría saber más cosas sobre vuestra sobrina (y, naturalmente, sobre lo que pensáis hacer con ella), pero ahora mismo he de acudir a una cita en una catacumba que no está muy lejos de aquí. Sería un honor para mí que vos y vuestro felino acompañante vinieseis conmigo en calidad de mis invitados especiales. El entretenimiento correrá a cargo de un discípulo mío que, aunque no es de Marvilia, posee ciertas habilidades que creo que sabréis apreciar. Después podemos hablar largo y tendido sobre vuestra sobrina, y si está en mi mano ayudaros de alguna manera, no dudaré en hacerlo.

De modo que Roja y el Gato siguieron a Vollrath y a Marcel por una telaraña de túneles zigzagueantes hasta llegar a una catacumba bien iluminada con antorchas. Aunque era muy amplia, la cripta estaba atestada de mesas. En un extremo, frente a una barra hecha de ataúdes, una pila de huesos humanos ocupaba buena parte de un escenario elevado. En el centro de la cámara, un hombre robusto con un bigote negro como la pez estaba metiéndoles prisa a unas personas que parecían ser camareros que preparaban la sala para una gran afluencia de clientes.

—¡Vamos! —bramaba el hombre—. ¡Rapidito, que si la actuación de Sacrenoir no empieza puntual, la cancelará! Marcel, ¿dónde has estado?

—Disculpe mi retraso, maese Sacrenoir —dijo Marcel.

—La culpa de nuestra tardanza es mía —interrumpió Vollrath—, pero acabo de hacer un contacto que espero resulte beneficioso para todos nosotros. Te presento a Su Malignidad Imperial, Roja de Corazones, y a su felino acompañante, que acaban de llegar de mi antigua patria. —Dirigiéndose a los marvilianos, añadió—: Este fornido caballero es maese Sacrenoir, es boticario de Lyon, entendido en una rama particularmente siniestra de la magia negra.

—Conque «maese», ¿no? —dijo Roja con sarcasmo.

Sacrenoir miró a los visitantes de hito en hito.

—Espero que la evidente borrosidad de su persona no sea un reflejo de lo que tienen dentro de la cabeza. Tengo que echar un vistazo a mis huesos. —El mago desplazó su voluminosa humanidad al escenario, donde armó un estrépito considerable al reordenar fémures, huesos de la pelvis y cráneos.

—Maese Sacrenoir nunca ha sido precisamente un dechado de cortesía —dijo Vollrath—, y menos aún antes de una actuación. Venid, nos sentaremos a la mejor mesa del establecimiento.

El preceptor guió a Roja y al Gato a un reservado que estaba a la izquierda de la tarima, separado del resto de la sala por una cortina de terciopelo grueso y negro. Dentro del reservado había una sola mesa.

—Aquí estaremos cómodos —dijo Vollrath—. Tenemos una buena vista del escenario, pero si corro la cortina por completo, así, gozaremos de una privacidad absoluta, a salvo de las miradas del público. Huelga decir que todo refrigerio que toméis corre de mi cuenta.

Empezaban a llegar los invitados, y Marcel se había acercado a toda prisa a la entrada de la catacumba para recibirlos.

—¡Buenas noches, mis bellos amigos! ¡Buenas noches! ¡Son ustedes muy afortunados, pues van a presenciar la única actuación del maestro en París! ¡La función comenzará en breve! Corren el riesgo de incurrir en la ira del maestro si no toman asiento de inmediato. Y, por favor, no olviden que la consumición mínima es de dos bebidas.

Los espectadores eran exclusivamente aristócratas y personas adineradas; las mujeres, engalanadas con perlas y encajes bordados, fumaban cigarrillos con largas boquillas de ébano; los hombres ofrecían un aire sofisticado con sus chaqués, dando golpecitos con bastones de palisandro pulido contra sus zapatos lustrosos mientras tomaban sorbos de absenta de vasos estrechos. Al cabo de unos minutos, la catacumba estaba llena hasta los topes. Una puerta de hierro se cerró con un ruido metálico sin que la tocaran manos humanas, detalle que pasó inadvertido a los ilustres invitados que, apretujados frente a sus mesas, charlaban en voz muy alta y reían con las carcajadas francas de los privilegiados, cuando...

¡Ffftsst!

La sala se sumió en penumbra, pues las antorchas se apagaron milagrosamente al mismo tiempo. Una mujer gritó. Una oleada de risas nerviosas recorrió las mesas. Un violín comenzó a tocar una melodía lánguida y a la vez adusta, obra de un compositor desconocido. Con el crujido repentino de un trozo de madera al romperse...

Voilà! Un único cono de luz iluminó a Sacrenoir, que estaba de pie en el centro del escenario, ante su pila de huesos. En el brumoso límite de la luz, se entreveía a Marcel tocando su violín.

—¡Bravo! —exclamó el público—. ¡Sacrenoir, mago *extraordinaire*!

Se pusieron en pie entre silbidos, aplausos y aclamaciones. Sacrenoir se llevó un dedo a los labios, para acallarlos, y aguardó a que estuviesen sentados de nuevo, en

un silencio expectante.

—Se dice que, cuando muere una persona —dijo en una voz que no parecía dirigida a quienes tenía delante, sino a una multitud innumerable que aún no se había mostrado—, los apetitos animales que han quedado insatisfechos en el momento de su muerte no mueren, sino que perviven en el éter, en el aire mismo que respiramos, esperando anidar en otra persona. Y yo digo: ¡dejad que recuperen sus apetitos!

—¡Dad a los muertos sus apetitos! —gritó el público.

Sacrenoir cerró los ojos, y sus labios se movieron, pronunciando un conjuro imposible de oír por encima de las notas del violín de Marcel. Los huesos apilados a su espalda comenzaron a moverse y a crujir.

—¡Uuuuuuh! —gimió alguien, imitando a un fantasma, y todos se rieron.

Ni Sacrenoir ni Marcel parecían prestar la menor atención al público; aquél, hipnotizado por su propio conjuro mientras la melodía de Marcel acometía un crescendo y su arco frotaba cada vez más deprisa las cuerdas del violín. Los huesos traqueteaban y se deslizaban por el escenario, formando esqueletos completos, y, como salidos de su misma médula, unos jirones podridos de la ropa con que los habían enterrado aparecieron colgando de caderas y hombros. El público estaba boquiabierto y horrorizado.

Los muertos resucitados volvieron sus cuencas oculares vacías hacia la multitud, abriendo y cerrando sus mandíbulas descarnadas en una imitación grotesca del habla. Sin embargo, los sonidos que salían de aquellas gargantas huecas y esas bocas sin lengua, antes de pasar entre dientes que entrechocaban, no eran imitaciones.

—Hambre —corearon los esqueletos, bajando del escenario y caminando por entre las mesas—. Hambre, hambre, hambre.

Un caballero que había estado trasegando absenta como si fuera agua, farfulló que la magia no era más que una ilusión inocua. Se levantó y se puso a bailar con el esqueleto más cercano. Cuando alargó el brazo para hacer girar a su macabro compañero de baile...

—¡Gaaaaagh!

Las mandíbulas del esqueleto le mordieron con fuerza la mano. Con un giro implacable del cráneo, el resucitado le arrancó al hombre tres dedos y se los tragó, de modo que golpetearon por el interior de su caja torácica antes de caer al suelo. Estalló un griterío. En un instante, varias mesas volcaron, las copas se hicieron añicos, las bebidas volaron por los aires y las antorchas se desprendieron de las paredes y prendieron fuego a los charcos de alcohol derramado. La puerta de hierro seguía cerrada y el público estaba atrapado. Una y otra vez, los esqueletos se abalanzaban sobre ellos con mandíbulas hambrientas. Sin embargo, los muertos no podían llenarse el estómago. Cada bocado de carne viva pasaba por entre sus costillas y acababa en el suelo.

—Hambre —coreaban—. Hambre, hambre.

Sacrenoir contempló aquella carnicería con orgullo. Marcel continuó tocando el

violín, aunque su melodía apenas se oía ahora, ahogada por los alaridos y los gemidos. Roja y el Gato permanecieron junto a Vollrath en su reservado, con la cortina totalmente descorrida para ver bien lo que estaba ocurriendo. El último espectador se desplomó. Marcel dejó el violín y, durante un rato, no se oyó otra cosa que el sonido de los esqueletos al masticar desesperadamente toda aquella carne fresca a su disposición, y entonces...

—Bravo —dijo Roja, aburrida, aplaudiendo una sola vez.

Avisados de su presencia, los esqueletos se volvieron, empezaron a renquear hacia ella, y los crujidos y chasquidos de sus mandíbulas encontraban respuesta en las dentelladas ávidas de las rosas del vestido de Roja.

—Hambre, ham...

El Gato se levantó de un salto. Con un solo golpe, partió cuatro esqueletos en tantos pedazos que aunque Sacrenoir echase mano de todos sus poderes, jamás podría volver a juntarlos.

—No gastes tus energías —bostezó Roja.

El Gato se hizo a un lado y se quedó observando mientras su ama, desde su asiento y con un movimiento del dedo, hizo que dos esqueletos chocaran entre sí y se desmoronasen. Pero Roja, que no era célebre por su paciencia, inspiró profundamente, imaginó que su aliento era tan abrasador como el de los galimatazos y exhaló un aire tan caliente que desintegró los huesos de todos los esqueletos, reduciéndolos a polvo. Incluso antes de que apretase el índice contra el pulgar para sofocar los numerosos fuegos que ardían por toda la catacumba, Sacrenoir estaba inclinándose ante ella.

—Perdonad la grosería con que me he comportado antes, Su Malignidad Imperial. No era consciente del alcance de vuestros poderes, en comparación con el cual los míos son como la llama de una vela frente al gran incendio de Londres. Si estáis dispuesta a aceptar la lealtad eterna de un desgraciado indigno como el que se postra ahora ante vos, yo os la ofrezco de buen grado.

Mientras Roja se lo pensaba, se volvió hacia Vollrath, que inclinó la cabeza sonriendo, pues confiaba desde un principio en que su discípulo acabaría por mostrarle el respeto debido.

—Has hecho bien en no humillarte enseguida, maese Sacrenoir —dijo Roja al fin—. Para mí no tendría el menor valor la lealtad de un necio dispuesto a rendirse ante la primera arpía seguidora de la Imaginación Negra que se presentara. Acepto tu lealtad. Por ahora. Pero si en algún momento decido que no me eres útil, serás hombre muerto.

—Morir a vuestras manos es preferible a una vida no dedicada a vuestro servicio.

—Bravo —rió Su Malignidad Imperial con auténtico sentimiento—. ¡Bra-vo!

Aún no hacía diez horas que había salido del cristal, y Roja de Corazones ya había reclutado a dos acólitos. Y si Vollrath y Sacrenoir eran representativos de lo que podía encontrar, el ejército de exmarvilianos y terrícolas con talento que estaba

decidida a reunir sería más poderoso que el que había utilizado para arrebatarse la corona a Genevieve. Con la disciplina y la determinación que inculcaba a tropas con un gran dominio de la Imaginación Negra, no fracasaría, no podía fracasar en su intento de derrocar a su repugnantemente bienintencionada sobrina.

Campamento de los fatalsinos, Confinia.
Seis ciclos lunares antes

Cuando el rey Arch se enteró de que la recién coronada Alyss de Corazones había ordenado la aniquilación de todos los vitróculos de su reino, su cerebro maquinador se puso a trabajar a marchas forzadas. Había ocupado el trono de Confinia durante más de la mitad de su vida, gracias a que siempre ganaba por la mano a sus enemigos sin detenerse ante nada. Todavía no estaba muy seguro de qué uso concreto podía darle a un ejército de vitróculos, pero disponer de una fuerza militar semejante sin que nadie lo supiera constituía una ventaja que no podía desaprovechar.

Repantigado en su jaima-palacio con sus esposas número once, seis, diecisiete y veintiocho, que se esforzaban por no revelar con expresiones o actos su abatimiento, Arch mandó llamar a Ripkins y Blister.

—Mis ministros me informan de que Alyss está desembarazando su reino de vitróculos.

—Su gente no puede controlarlos —confirmó Blister.

—Invalidar el imperativo que Roja les grabó en la mente está resultando más difícil de lo que Alyss pensaba —añadió Ripkins.

—En otras palabras, están diseñados para matar y nada más.

Los escoltas se inclinaron en señal de asentimiento.

—Tal vez el truco no sea invalidar el imperativo —dijo Arch, meditabundo—, sino reprogramarlos para que reconozcan a otro como amo. Todo el mundo en Marvilia, incluida la por lo demás rebelde Roja de Corazones, está, estaba o ha estado siempre ocupado inventando cosas. Pero ¿de qué sirven las cosas sin planes ingeniosos para utilizarlas? Yo les doy a las cosas un uso inesperado e imaginativo.

No por nada se llamaba Arch. Era archipolítico, archiestratega. A los diecisiete años había subido en la escala jerárquica de su tribu natal, los onu, para convertirse en el primer soberano de Confinia. Antes de su ascenso, las tribus nómadas del país eran del todo independientes, sin otra cosa en común que el terreno por el que se desplazaban. Él los había obligado a compartir algo más: el honor, el respeto y la obediencia hacia su persona. Esto, como solía recordar a sus ministros, era lo que unía a las tribus de Confinia. Su sometimiento le confería a la nación su identidad, su punto de referencia, su cultura.

—Mi política es unir, no dividir —bromeaba.

Para la época en que se erigió en rey, ya había formado su propia tribu, la de los fatalsinos, seleccionando de entre los onu y los otros clanes a los guerreros más diestros, los ministros de información más inteligentes y las mujeres más hermosas para que fueran sus esposas y sirvientas. Además, había reclutado a numerosas almas

descarriadas e inadaptados de Ciudad Límite, la capital *de facto* de Confinia. Entre ellos estaban Ripkins y Blister.

—Dejadnos solos —ordenó a sus esposas, señalándoles con malos modos la salida.

Sin demora, con un tintineo de sus joyas, las mujeres salieron de la jaima.

—Debéis entrar en Marvilia y capturar a un vitróculo —les indicó a Ripkins y Blister—. Tiene que estar totalmente intacto o no me servirá de nada. Y con eso me refiero a todos los poros de su piel artificial, todas las fibras de sus músculos y tejidos creados en el laboratorio, todos los nanochips y filamentos de su cerebro; debe estar en perfecto estado para que podamos diseccionarlo de forma adecuada y entender cómo funcionan. Tenéis que traerme a uno vivo.

Ripkins asintió pero Blister se quedó mirando al vacío, inexpresivo, de modo que era imposible saber qué pensaba.

—¿Entiendes lo que digo, Blister?

—Entiendo.

Tras una época en que había reinado una paz irritante en Confinia, Blister estaba malhumorado y deprimido porque llevaba casi un ciclo lunar entero sin llenar a nadie de pus. Justo el día anterior, Arch lo había sorprendido en un corral de maspíritus, cubriendo a los animales de ampollas hasta llevarlos al borde de la muerte, pues su necesidad de tocar y destruir era enorme.

—Nadie debe estar al corriente de vuestra misión —continuó Arch—. Debéis pasar inadvertidos en todo momento. Es necesario que Alyss y su gente crean que han limpiado el reino de vitróculos. Tengo la intención de fabricarme un ejército de ellos, usando el que me traigáis como modelo a partir del cual clonar a los demás.

Blister salió de la jaima detrás de Ripkins y, enfurruñado, apretó la hoja plateada de una palmera entre el índice y el pulgar. La hoja burbujeó y se hinchó. Hizo lo mismo con otra hoja, y luego con otra. Cuanto más tiempo mantenía el contacto con la planta, más sufría ésta, hasta que...

Hinchada, a punto de reventar, empezó a rezumar un líquido amarillo por todas las hojas y murió, agostada, marchita.

—Intacto, Blister —le advirtió Arch.

Blister hizo una reverencia y se marchó.

Cruzar la frontera para ir a Marvilia suponía, para el ciudadano medio, una espera tediosa de varias horas. Había que hacer largas colas, pasar por elaborados controles de seguridad, someterse a interrogatorios ligeros (o no tanto) realizados por funcionarios agobiados de trabajo.

«¿Cuál es el motivo de su visita? ¿Duración aproximada de su estancia?». Pero Ripkins y Blister no se sentían a gusto entre ciudadanos medios, así que decidieron pasar a los dominios de Alyss, no por una de las aduanas oficiales, sino por un

territorio despoblado entre el límite cenagoso de Duneraria, de Confinia, y una zona especialmente boscosa de la Ferania Ulterior, de Marvilia.

Pasar inadvertidos significaba que los daños que causaran los escoltas debían infligirse por medios convencionales; nada de desgarros por parte de Ripkins, nada de ampollas por parte de Blister, pues los cadáveres de sus víctimas podrían servir como pruebas de su misión. En consecuencia, Blister llevaba guantes que le llegaban hasta los codos, y tanto él como Ripkins ocultaban unas cuantas armas tradicionales de Confinia en su ropa, municiones que utilizaban varias de las tribus del país: ofuscantes, ojos remotos, plumas punzantes, tirarredes. También iban armados con las granadas de serpientes y las pistolas de cristal tan comunes en el ejército de Alyss. Pero pasar inadvertido significaba también que nadie de su propia tribu debía ser testigo de sus acciones; cualquiera podía irse de la lengua y divulgar información comprometedor.

Los guardias que patrullaban el lado de Confinia de la frontera eran fatalsinos: dos jóvenes nacidos en la tribu de los astacanos a quienes la vida entre los suyos se les antojaba poco estimulante. Como todos los astacanos, sus piernas largas y delgadas, y sus torsos cortos, fruto de la evolución de generaciones de astacanos que acampaban en regiones montañosas, les daban una mayor facilidad para moverse por terrenos irregulares. Algunos confinianos consideraban a los astacanos seres elegantes y gráciles, pero a otros —entre ellos Blister, por muy fatalsinos que fueran, como él— les parecían grotescos.

—Hoy me siento un poquito maldoide —comentó Blister, sacando un par de ofuscantes del bolsillo de su chaqueta.

Aquellos dardos autopropulsados con puntas cargadas de suero, utilizados sobre todo por la tribu maldoide de Confinia, podían convertir al ciudadano más pacífico en un loco pendenciero.

—Hace tiempo que no tiro uno —añadió Blister—. Más vale no perder la práctica.

Él y Ripkins salieron al descubierto, y los guardias fronterizos interrumpieron su ronda, sorprendidos de ver a los conocidos esbirros de Arch.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó uno de ellos.

—Poca cosa —respondió Blister y, extendiendo el brazo, disparó los ofuscantes.

¡Zump! ¡Zump!

Un ofuscante se clavó en la frente de cada uno de los guardias fronterizos, penetró hasta el cerebro e inyectó el suero de la angustia en las circunvoluciones de su cerebro. Sus conexiones neuronales se llenaron de interferencias. El veneno embotó su inteligencia.

El suero nunca tardaba mucho en surtir efecto.

Los astacanos miraron en derredor, aturdidos. Luego, como si reparara por primera vez el uno en la presencia del otro, sus miradas vidriosas adoptaron una

expresión de odio.

—¡Aaaagh! —gritó uno.

—¡Yaaah! —bramó el otro.

Cayeron al suelo juntos, lanzándose puñetazos y patadas con tal ferocidad que pronto los dos acabarían muertos.

Sin fijarse en la pareja de contendientes, Ripkins y Blister se acercaron a la barrera fronteriza, una malla densa e impenetrable de ondas sonoras que semejaban rayos. Intentar atravesar la barrera, o incluso intentar hacer pasar una mano o un pie al otro lado de la malla sería buscarse un final doloroso. Las ondas sonoras harían vibrar los órganos internos y generarían cada vez más calor hasta que uno muriera abrasado desde dentro.

Ripkins se sacó del bolsillo un medallón que cabía justo en la palma de la mano. Con un movimiento del pulgar, el medallón se elevó dando vueltas en el aire. Como una moneda que gira velozmente sobre su canto, el ojo remoto se volvió casi invisible. Pero, a diferencia de una moneda, voló. Sin otro sonido que el que produce el rápido aleteo de un insecto, se introdujo por una abertura en la malla de la barrera fronteriza y entró en Marvilia, transmitiendo imágenes directamente a las áreas visuales de la corteza cerebral de Ripkins, de modo que él veía lo mismo que el artilugio: el número y la localización de los naipes soldado que patrullaban la frontera en esa zona.

—Una mano entera —dijo—. Una pareja de Tres, otra de Cuatros, y un Cinco solitario.

El ojo remoto atravesó volando de nuevo la barrera. Ripkins lo atrapó y se lo guardó en el bolsillo. Se dirigió en voz muy alta a los naipes soldado situados al otro lado de la frontera:

—Es un trabajo de lo más aburrido, eso de caminar de un lado a otro todo el día, ¿no? ¡No sé vosotros, pero yo no me ofrecí voluntario para esta tarea tan tediosa! Por suerte, tengo algo que nos ayuda a los guardias confinianos a pasar el rato. ¡Venid, que os lo enseño!

Los dos reinos no estaban en guerra, de modo que los naipes soldado no tenían motivos para considerar enemigos a los guardias confinianos. Los naipes Tres se acercaron.

—¿Sí?

Intentaron echar un vistazo a Ripkins a través de las ondas sonoras deslumbrantes, pero entonces...

¡Ziup! ¡Ziup!

Ripkins los arponeó con plumas punzantes, tiró con fuerza de los resortes sujetos al extremo romo de las plumas y arrastró a los soldados hacia la malla de la barrera.

¡Tzzzzzcccczzzkkkch!

Los naipes soldado muertos, a manera de escudo, abrieron una brecha entre las ondas sonoras por la que Ripkins y Blister saltaron sanos y salvos a territorio

marviliano, dando vueltas y rodando, pues las cartas daga hendían el aire y se hincaban en el suelo alrededor de ellos, disparadas con la mayor rapidez posible por los AD52 de los naipes Cuatro mientras el naipе Cinco pulsaba su cinturón de municiones para transmitir un mensaje de emergencia por medio de su comunicador especular, cuando...

A medio giro, con una puntería perfecta y aparentemente sin esfuerzo, Blister apretó el gatillo de su pistola de cristal y abatió al naipе Cinco.

Ripkins lanzó una granada de serpientes a los naipes Cuatro, y mientras éstos bailaban y saltaban para evitar sus espirales mortíferas —disparando cartas daga hacia todas partes excepto hacia sus agresores—, él y Blister arrancaron a correr hacia delante. Los naipes soldado, tras sufrir torcimientos de partes del cuerpo que no deberían torcerse, cayeron sin vida, y los escoltas de Arch pronto se encontraban abriéndose paso por la espesura de la Ferania Ulterior, haciendo crujir ramitas y hojas con cada paso.

—¿Hacemos una visita a los laboratorios? —preguntó Blister, refiriéndose al complejo de edificios achaparrados en el barrio de almacenes de Marvilópolis donde un consorcio de científicos e ingenieros al servicio de Alyss habían intentado transformar a una cuadrilla de vitróculos en una fuerza benigna. En el terreno de los laboratorios estaban los baños de incineración; grandes fosas a las que arrojaban en masa a los vitróculos para fundirlos y reducirlos a cenizas. Habría muchos para elegir en los laboratorios, pero Ripkins negó con la cabeza.

—Demasiada seguridad —dijo.

—¿Buscaremos a alguno que ande suelto por ahí?

—Será más fácil si evitamos llamar la atención —respondió Ripkins.

—Sí, pero sería más divertido atacar los laboratorios.

Los escoltas sabían adónde debían dirigirse: al monte Solitario, en el desierto Damero, donde había vivido Roja y donde habían nacido los seres que ellos buscaban.

Eludir la vigilancia de los naipes soldado de Alyss, que a su vez estaban rastreando la zona a la caza de vitróculos que seguían en libertad, resultó más difícil cuando llegaron al desierto. Las casillas alternadas de hielo radiante y de roca volcánica negra no ofrecían muchas oportunidades de camuflarse.

—Era de esperar —susurró Ripkins cuando llegaron a la falda del monte Solitario.

Barajas de naipes soldado custodiaban el lugar. Los vitróculos, sin posibilidades de volver a su hogar, podrían estar ocultos cerca de allí.

Procurando no ser avistados, los escoltas empezaron a reconocer el terreno en torno al monte Solitario en círculos cada vez más amplios, describiendo una espiral cuyo centro era el palacio oscuro, mientras...

No muy lejos, tras una roca que se alzaba como un enorme trozo de carbón en el paisaje, una manada de vitróculos estaba enfrascada en labores de autoensamblaje

biológico. La mirada vacía de los cristales que tenían en las cuencas de los ojos; su inmovilidad inquietante, como de muñecos de cera, como si todos hubieran interrumpido al mismo tiempo sus diversas actividades: estaban desfragmentando sus discos duros internos, curando sus heridas más o menos superficiales con brotes de células regeneradoras capaces de formar órganos, miembros y tejidos nuevos. Sin embargo, al oír la más leve de las pisadas, todos volvieron la cabeza a la vez.

Ripkins y Blister estaban dando su tercera vuelta alrededor del monte Solitario, aproximándose a un conjunto de formaciones rocosas escarpadas cuando...

¡Ssst!

Una cuchilla voló hacia el hombro de Ripkins.

—Umf. —La esquivó con la tranquilidad de quien evita que le caiga encima un excremento de rastreador, extrajo una pistola de cristal de la funda que llevaba sujeta al muslo y disparó.

El vitróculo que había lanzado la cuchilla se tambaleó y cayó al suelo.

Blister trabó combate con dos de ellos simultáneamente, cuerpo a cuerpo, acero contra acero, contrarrestando las embestidas ofensivas con giros defensivos en un ballet de violencia. Más que ver el estallido de actividad a su izquierda, Ripkins lo intuyó, porque estaba ocupado haciendo frente a otro par de vitróculos, asestándoles estocadas con un arma larga como su antebrazo y utilizando su pistola de cristal para desviar las puntas de sus espadas y puñales, mientras eludía los disparos de un tercer vitróculo.

Uno tras otro, los vitróculos tosieron su último suspiro, enviaron su último impulso eléctrico por sus venas de alambre, activaron las últimas sinapsis en sus cerebros integrados por nanochips. Blister, que se había dejado llevar por la emoción de la batalla, pareció olvidarse del propósito de su misión.

—Yo me encargo de él —dijo, caminando a grandes zancadas hacia el último vitróculo que quedaba para acabar con él.

Ripkins llevó la mano rápidamente a su tirarredes, un tubo pequeño y delgado sujeto a su cinturón.

¡Fffshao!

Una gran telaraña salió disparada del tubo y cayó sobre el vitróculo. Éste, frenético, fue lanzando cuchilladas y disparando contra la red en vano. Blister, cuya adrenalina ya no prevalecía sobre su sentido del deber, asió los extremos de la telaraña con una mano y tiró de ellos; la red se tensó, envolviendo al vitróculo y dejándolo indefenso. Ripkins le arrancó de las manos inmovilizadas la espada y la pistola de cristal.

Se echó el vitróculo al hombro, y seguido por Blister echó a correr cuando...

Media baraja de naipes soldado, alertada por los ruidos de la batalla, entró en la casilla. En un silencio de desconcierto, inspeccionaron la escena: dos vitróculos con cuchillas clavadas en el vientre, un par más marcados con las quemaduras alargadas y letales producidas por las granadas de serpientes, el resto acribillados a disparos de

pistolas de cristal. A juzgar por las armas empleadas contra ellos, el autor de esta matanza podría ser cualquiera, aunque para vencer a siete vitróculos seguramente había hecho falta un grupo numeroso.

Los naipes soldado no sabían, ni sabrían nunca, que Ripkins y Blister habían estado allí y se habían llevado a su reino a un vitróculo en perfecto estado operativo como prisionero.

Weaver había corrido a abrazarla, y Molly, que había olvidado los efectos del dispositivo dosificador de drogas que llevaba, se había levantado de un salto y...

Había despertado allí, en aquella jaima ocupada por ocho de las esposas de Arch, un lugar mullido y acogedor, perfumado con la esencia de flores de ciénaga trituradas. ¿Cómo era posible que su madre —la mujer con quien había soñado durante tanto tiempo y cuyo único fotocristal había contemplado tantas veces que habría sabido trazar con los ojos cerrados— estuviese viva? ¿Cómo era posible que Somber Logan fuese su padre?

—Quiero mi sombrero —les dijo a los dos ministros que la custodiaban—. Y quiero hablar con mi madre.

—¿De verdad?

Ni siquiera se volvieron hacia ella. Estaban mirando el noticiario en el cristal de entretenimiento de la jaima, en la que un corresponsal sirk describía los sucesos violentos que se habían producido recientemente en Marvilia: los puestos fronterizos asaltados; la misteriosa contaminación del Continuo de Cristal, que había dejado al grueso del ejército de Alyss disperso por las zonas exteriores del reino, por lo que Marvilópolis había quedado desprotegida ante la invasión.

—No —jadeó Molly. Y es que las palabras de Arch empezaban a cobrar sentido. Demasiado sentido. «Al intentar proteger a tu reina, has puesto en peligro el reino entero». ¿No era eso lo que había dicho? ¿Cómo podía ella haber sido tan estúpida, tan precipitada? Ella había contaminado el Continuo con el arma de la Dama de Diamantes, y ahora la familia de ésta se había aprovechado de ello.

—Se ha declarado un estado de emergencia en la capital de Marvilia —aseguró el periodista—, y las autoridades han declarado que...

Había permitido que sus peores impulsos, su orgullo herido, la dominasen. Pero ahora su orgullo recibió otro golpe, pues... ¿acaso su fallo y su falta de disciplina no habían confirmado los celos que Somber había tenido sobre ella? Por unos instantes, sintió odio hacia él. Hacia él y hacia Weaver. Era culpa de ellos que ella fuese una híbrida, una híbrida despreciable indigna de servir a una reina, y menos aún a Alyss de Corazones. Seguramente sería mejor para todos que ella se marchara a algún sitio lejano a llevar una vida sencilla y aburrida.

—Tengo que hablar con mi madre —insistió—. No podéis retenernos aquí.

—No estamos «reteniendo» a Weaver en ninguna parte. —Uno de los ministros sonrió—. Está con nosotros por su propia voluntad. Sin embargo, no veo motivo para que no puedas reencontrarte con ella, siempre y cuando me hagas un favor primero. —Le entregó un diario sin estrenar. Como el de Weaver, era del tamaño de un naípe, pero tenía el aspecto de un libro común y corriente de la Tierra—. Graba un mensaje para la reina Alyss, una confesión, por así decirlo, de todo lo que sucedió entre la Dama de Diamantes y tú. Todo lo que tienes que hacer es decir la verdad, contarle a

tu reina lo que sientes. —Volvió la vista hacia el noticiario, en el que el sirk informaba sobre el número aproximado de víctimas entre los marvilianos.

Molly dio vuelta al diario entre sus manos. Ella sola había llevado la destrucción a la ciudad que amaba. No tenía ninguna razón para confiar en el ministro, pero tal vez era su última oportunidad de volver a ver a su madre.

Pulsó los costados del diario, su cubierta se abrió con un chasquido y...

—Querida reina Alyss... —comenzó Molly, grabando su confesión.

No hacía falta un estrategia genial para comprender que la derrota era inminente, pues Alyss era más poderosa de lo que Arch había imaginado. El rey tendría que centrarse en su plan de contingencia y dejar que el ataque de los vitróculos perdiese fuerza hasta extinguirse, lo que sería decepcionante pero nada por lo que preocuparse. Tan hábil era Arch para idear tácticas que tenía un plan de contingencia para su plan de contingencia, e incluso, por si las circunstancias lo requiriesen, un plan de contingencia para el plan de contingencia de su plan de contingencia. Además, había utilizado a los vitróculos como maniobra de distracción. Si de verdad hubiese creído que ellos por sí solos lograrían derrotar a Alyss, ¿por qué se habría molestado en urdir la trama relacionada con Weaver y Molly la del Sombrero, que estaba desarrollándose tan bien como esperaba? Si llegaba a buen término, él conseguiría información militar secreta muy valiosa, además de una incorporación nada desdeñable a sus fuerzas especiales para cuando realizase su jugada final contra Marvilia.

Descansando en sus aposentos, Arch extendió el brazo hacia la mesita de noche, deslizó el nódulo de comunicación en forma de ameba para insertarlo en su ranura correspondiente, como si encajara la pieza final de un rompecabezas, y un momento después su camarilla de ministros apareció.

—¿Cómo está nuestra invitada? —les preguntó.

—Dócil como una niña, con el traje dosificador que lleva —contestó uno de los ministros.

—Exige insistentemente que le dejemos ver a su madre —dijo— y algo menos insistentemente que le devolvamos su sombrero.

Arch asintió.

—¿Ha grabado ya la confesión para su reina?

—Sí, pero sólo porque le hemos prometido que la reuniremos de nuevo con su madre.

El ministro le entregó el diario a su rey.

—Dejad que vea a su madre —ordenó Arch—, pero de lejos. No deben intercambiar palabra. ¿Qué hay de los de Diamantes? ¿Siguen... ocupados?

Los ministros sonrieron de oreja a oreja.

—La Dama de Diamantes está descansando en uno de nuestros centros de descanso para la imaginación. El padre y el hijo cuentan con todo el vino, la comida y la música que pueden desear, y tienen una compañía nutrida. Ese par es insaciable. Algunos se han quejado de que, además de obligar a todos los que lo rodean a llevar pelucas de hierba seca, el hijo es más bien repugnante.

—Aseguraos de que sigan incitándolos a los excesos. Quiero que todo esté listo para cuando despierten en circunstancias mucho peores.

—Todo está listo, Majestad. Sólo estamos esperando vuestras órdenes.

—Bien. Y ahora, decidles a Ripkins y Blister que vengan.

Al entrar, los escoltas apostados fuera de la jaima encontraron a Arch vestido con la túnica y el manto formales que se ponía cuando celebraba cumbres con los jefes de las tribus.

—La misión que voy a encomendaros requiere que viajéis a Ciudad Límite —dijo el rey—. Según los últimos informes, está en las llanuras, en algún lugar entre el río Bookie y Duneraria. Esta vez no os preocupéis demasiado por actuar en la sombra. Los ministros os explicarán con quién debéis reuniros y qué debéis hacer una vez que lleguéis. Marchad.

Los escoltas se retiraron. Arch contempló su imagen en un espejo una última vez antes de prepararse para el asunto del que debía ocuparse a continuación, caminando de un lado a otro de la jaima, mientras ensayaba lo que diría en su papel de rey preocupado que hace una visita a su vecino asediado.

El mayordomo morsa salía y entraba bamboleándose de la sala de reuniones del palacio con zumo de alatiernas y vino de escarujo, marvizcochos y todos los tentempiés que se le ocurrían para demostrar su alegría por el hecho de que Alyss regresara sana y salva de la batalla en los Jardines de Marvilonia.

—¿Has visto ya a Molly? —le susurró ella cuando él depositó en la mesa una bandeja con avenillas medio tostadas.

—Oh, no, mi reina. Todavía no tenemos noticia de ella.

Ella fijó la vista en la comida con el ceño fruncido. «Ya debería habersele pasado el enfado. Si intenta preocuparme con su ausencia...».

—¿No os gustan las avenillas medio tostadas? —preguntó el mayordomo morsa, consternado.

—Sí que me gustan. —Hizo crujir una entre los dientes—. Morsa, ve a buscar a las familias nobles, por favor. Tenemos que hablar con ellas.

La criatura hizo una reverencia y se marchó bamboleándose de la sala.

Somber, Jacob, Dodge y el general Doppelgänger estaban mirando en una holopantalla la transmisión de una escaramuza: unos vitróculos hacían retroceder a unos peones de Marvilia con un fuego graneado de cartas daga y disparos de pistolas de cristal. Alyss alzó una mano y acarició el aire, como para palpar con suavidad las facciones de un rostro invisible. En la holopantalla, una réplica de ella, un señuelo, salió de detrás del puesto ambulante de un vendedor de tartitartas. Los vitróculos repararon en su presencia de inmediato y dejaron de hostigar a los peones para apuntar con sus armas al señuelo. Los peones aprovecharon la oportunidad para contraatacar con una andanada de esferas generadoras y...

¡Caruuush! ¡Bluuuum!

Unas bolas de fuego arrollaron a los vitróculos.

—Somber —dijo Alyss, haciendo desaparecer a su doble con un pase de la mano —, espero que los asuntos personales por los que nos dejaste ya estén resueltos.

Somber asintió... una vez.

—Te alegrará saber que la Bonetería se ha restablecido —dijo Jacob.

Pero Somber no parecía alegrarse ni tan sólo sentir curiosidad por saber cómo se había conseguido esto.

—Ahora bien —continuó el erudito—, no soy más que un viejo carcamal a quien no le vendría mal tomar un poco el sol, así que no concedáis mayor autoridad a mis palabras, pero considero que el reino tiene suerte de que un puñado de boneteros viviesen de incógnito entre la población durante la tiranía de Roja. Se les extirparon sus chips de identificación, se establecieron como civiles y no revelaron su verdadera identidad sino cuando Alyss ascendió al trono.

—¿No se unieron a la resistencia alysiana? —preguntó Somber.

—Algunos nos ayudaron a su manera —dijo el general Doppelgänger—,

saboteando sutilmente varias directrices de Roja desde dentro, por así decirlo. Pero su tapadera como civiles era demasiado valiosa para ponerla en peligro. Nos parecía demasiado arriesgado que se unieran a nosotros abiertamente, tanto por la destrucción que podía sembrar Roja entre nosotros, como por el futuro de la Bonetería.

—No te ofendas, Somber —dijo Dodge—. Me alegro tanto como los demás de que hayas vuelto, pero ¿no es hora de que empecemos a ocuparnos de Roja?

—Ella no está detrás de estos ataques —aseveró Somber.

Dodge y los generales enmudecieron de sorpresa.

Las miradas de Jacob y Alyss se encontraron.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó el preceptor.

—Os lo demostraré. Reina Alyss, os ruego que creéis una doble vuestra en la calle Tyman... Yo vuelvo enseguida.

En menos de lo que un maspíritu meneaba el rabo tres veces, el bonetero apareció en la pantalla holográfica que mostraba un tramo desierto de la calle Tyman. Una réplica de Alyss se materializó junto a él. Sólo unos momentos después, una cuadrilla de vitróculos anunció su llegada con una descarga de esferas generadoras lanzadas con cañones portátiles.

¡IIIBRKCHRKCH!

Entre el humo, las llamas y la lluvia de escombros, Somber se situó entre los atacantes y la doble de Alyss. Eran cinco vitróculos en total, pero sin duda no tardarían en aparecer más. Él activó las cuchillas de las muñecas y derribó las cartas daga lanzadas contra él con la misma velocidad con que los vitróculos las disparan. Dejó que los asesinos se acercaran hasta encontrarse a un cuarto de manzana, y entonces —¡fuap!— aplanó su chistera para transformarla en un molinete de hojas afiladas que arrojó hacia ellos. Arrancó a correr tras el arma, dio una serie de saltos mortales sin apoyarse en las manos, con los brazos extendidos a los lados y las cuchillas girando.

¡Zunk! ¡Zunk!

Las hojas de la chistera hirieron de muerte a dos vitróculos y siguieron volando, y los tres asesinos que quedaban sucumbieron a los ventiladores mortíferos de sus muñecas. El bonetero cerró sus brazaletes con un chasquido y atrapó en el aire las hojas de su chistera, que habían regresado a él como un bumerán, y, con un ágil movimiento de la mano, las devolvió a su forma más elegante de prenda para cubrir la cabeza. Le quitó el polvo al ala del sombrero con la manga de la chaqueta y se lo puso, encontró lo que buscaba entre las partes de los vitróculos muertos que había desperdigadas por el suelo y regresó a la sala de reuniones del palacio. Sostuvo en alto el brazo cercenado de un vitróculo para que todos lo vieran.

—Ésta es la razón por la que no creo que Roja sea la responsable.

Tras un largo silencio, Dodge se aclaró la garganta.

—Creo que hablo en nombre de todos si digo: ¿eing?

Somber les mostró la maraña de cables, músculos y tendones artificiales que el

brazo llevaba dentro. Les enseñó las palabras impresas claramente en el hueso de polímero compuesto: «Fabricado en Duneraria, Confinia».

—Roja jamás habría dejado una prueba tan flagrante —observó el general Doppelgänger.

Somber asintió.

—Lo descubrí al ayudar a uno de nuestros puestos fronterizos a defenderse de un ataque.

—Lo único que significa eso es que Roja seguramente está colaborando con Arch —protestó Dodge.

—¿Desde cuándo ha colaborado ella con nadie? —le dijo Alyss—. Jacob, ¿qué piensas tú de todo esto?

—Alyss, pienso muchas cosas, en su mayor parte inaprensibles. Pero estoy de acuerdo con Somber y el general. Durante el tiempo que pasé con tu zafia tía, me percaté de que era extremadamente celosa de lo que consideraba suyo. Le preocupaba hasta un punto rayano en la locura que los alysianos copiaran alguno de sus diabólicos inventos. Se tomaba enormes molestias para borrar toda huella del proceso de fabricación en los productos acabados, ya fueran vitróculos u otras cosas, a fin de evitar que nuestros científicos llegasen a comprender su mecanis...

Se oyó un barullo de voces exaltadas procedentes del pasillo:

—¡Esperen, señoras y caballeros! ¡Por favor, debo anunciarles primero!

—¡Fuera de nuestro camino, cara de grasa de ballena; ya nos anunciaremos nosotros mismos!

Irrumpieron en la sala de reuniones la Dama y el Señor de Tréboles, la Dama y el Señor de Picas, y el angustiado mayordomo morsa, que los seguía batiendo las aletas, angustiado.

—Huyuyuy, lo siento mucho, venerada reina, pero es que han...

—Tranquilo, morsa —le dijo Alyss con suavidad.

—¿Estima adecuado nuestra reina poner en peligro sin necesidad la vida de las familias de mayor categoría de Marvilia? —barbotó el Señor de Tréboles—. ¿Acaso le divierte obligarlas a salir de sus mansiones cercadas y valladas para recorrer calles peligrosas, y más teniendo en cuenta que podría hablar con ellas por holopantalla? ¿No fue Jacob quien advirtió que, mientras durase el ataque contra la nación, los ciudadanos debían permanecer bajo techo para conservar la salud y la integridad física?

—¡Exigimos un tributo extraordinario en cristales por el peligro innecesario al que nos estáis exponiendo! —aulló el Señor de Picas.

«Yo no sería tan descortés ni siquiera con el ciudadano de menos categoría», pensó Alyss.

—Pero como miembros de mi gabinete —explicó con serenidad—, comparten conmigo la responsabilidad de garantizar la seguridad de Marvilia en el futuro. Sin duda convendrán ustedes conmigo en que estamos atravesando una crisis y los

tiempos difíciles hacen aflorar lo mejor de ustedes. ¿Qué reina no querría tener a su lado a tan valiosos miembros del gabinete en momentos de necesidad? Perdónenme por haberlos hecho venir. No pensaba más que en mí misma y en otros. Pero, aunque sólo sea por amor a su rango, denme consejo. ¿Cómo creen que debemos responder a esta invasión?

—Pues... —dijo la Dama de Tréboles.

—¡Yo sé exactamente cómo debemos responder a ella! —exclamó su marido—. Ante todo, hay que decretar cuanto antes... ¡un decreto! ¡Todas las familias de la nobleza deben permanecer en casa y bien protegidas hasta que toda amenaza de violencia se haya disipado sin asomo de duda! Es fundamental que no nos ocurra nada inconveniente, pues el populacho se quedaría sin modelos a seguir.

—Hablando de modelos para la sociedad —dijo Alyss—, ¿dónde están el Señor y la Dama de Diamantes?

A la morsa le temblaron los bigotes.

—No he podido encontrarlos en su casa ni en ningún otro lado, Majestad. Les he dejado el recado.

«Demasiado casual para ser una coincidencia. Su ausencia no es ninguna casualidad».

Lo cierto es que Alyss no esperaba destellos de genialidad o de perspicacia militar por parte de las familias nobles. Los había mandado llamar al palacio para observarlos, para deducir de su actitud si sabían algo de los ataques. «Jurarían lealtad a Roja o a Arch o a quien fuera si creyesen que eso les beneficiaría en algo».

—Con sus sabios consejos demuestran que he acertado al hacerles venir —le dijo al Señor de Tréboles—. Quiero que los cuatro permanezcan en el palacio hasta que yo diga lo contrario. Estarán bien vigilados, de modo que no sufrirán daño alguno. Morsa, por favor, llévalos a sus aposentos.

El mayordomo pidió ayuda a seis guardias de palacio para convencer a los quejosos aristócratas de que lo siguieran por el pasillo. El general Doppelgänger se acercó al panel de control de cristal que había en la sala y que había empezado a reclamar atención.

—Estamos recibiendo una comunicación del rey Arch —dijo el general—. Quiere hablar con vos, reina Alyss. Asegura que es urgente.

—Entonces supongo que más vale escuchar lo que tiene que decirnos.

El general pulsó un botón en el panel de control, y el rey de Confinia, con su túnica y manto oficiales, apareció en la pantalla holográfica.

—Monarca de Corazones —saludó Arch con una leve inclinación de la cabeza—. Desearía que el motivo de esta comunicación fuese más agradable, pero me temo que los problemas que está viviendo vuestro reino son culpa mía.

—Es todo un detalle que lo reconozcáis —comentó Alyss.

—Presumo que ya habréis descubierto que el Frente para la Independencia de Ganmede ha secuestrado a Molly la del Sombrero y la retienen como presa política.

Hizo una pausa, para dejar que la noticia surtiera todo su efecto. Alyss intentó disimular su ignorancia al respecto; tan rígida como Somber, se limitó a asentir. Los demás, sin embargo, se pusieron a refunfuñar y a removerse en sus asientos.

—Los ganmedas, que creen que soy una parte neutral —prosiguió Arch—, me han pedido que haga de mediador. He accedido, pero sólo para ayudarlos. No tengo del todo claro qué es lo que quieren, algo relacionado con municiones y su intención de separarse de Bajia, pero como prueba de que no desean hacerle daño a Molly y de que están dispuestos a negociar en buena fe por su liberación, me han hecho llegar esto.

Le mostró el diario que le habían entregado sus ministros. Se lo colocó plano en la palma de la mano izquierda y pulsó los costados con el pulgar y el dedo medio de la derecha. La cubierta se abrió de golpe y se materializó una imagen tridimensional de Molly, de frente a Alyss.

—Querida reina Alyss —dijo la imagen de la joven—, grabo este mensaje para comunicaros que estoy bien y que ya no tenéis que preocuparos por mí. Me he esforzado al máximo, pero... supongo que no merezco ser vuestra escolta. Y es que lo ocurrido en el Continuo de Cristal es culpa mía. La Dama de Diamantes me dio una cajita de madera para que os la entregara, asegurándome que se la había confiado la reina Genevieve. Me imaginé que estaba mintiendo, pero en lugar de contároslo a vos o a cualquier persona, que es lo que seguramente tendría que haber hecho, intenté dejar al descubierto la trama de la señora yo sola. Estaba enfadada con vos y quería demostrar... No, dejemos eso. ¿Qué más da lo que yo quisiera demostrar? Estaba dentro del Continuo cuando abrí la caja y ésta hizo explosión. Así que supongo que los marvilianos que dicen que los híbridos no son dignos de confianza tienen razón. Espero que nadie haya resultado herido de gravedad. Lo siento. Lo último que quería era decepcionaros.

La imagen de Molly parpadeó hasta desvanecerse.

—Y es en esto en lo que yo también tengo responsabilidad —dijo Arch, cerrando el diario con un chasquido—. Sin quererlo, he permitido que los Diamantes pongan en ejecución sus maquinaciones contra vos al ofrecerles el espacio y la confidencialidad para ello. El Señor de Diamantes pagó por adelantado el sueldo de sirvientes y el alquiler de una caravana de jaimas para dos ciclos lunares. Como se me informó de que su campamento era una fiesta constante, y no me interesa esa clase de frivolidad, opté por no visitarlo. Pero ahora sé que a mis ministros les habían facilitado información distorsionada y que el Señor de Diamantes y su esposa no habían organizado una celebración, sino un plan para destronarlos e incluso asesinarlos. La Dama de Diamantes se ha escondido en uno de nuestros refugios.

—Más vale que Molly no sufra el menor daño —dijo Alyss.

—Estoy de acuerdo —dijo el rey—. Debemos evitar una tragedia por todos los medios, y por eso os recomiendo que hagáis lo que os piden los ganmedas.

—¿Y qué es lo que piden?

—Que envíes a Somber Logan a la casa de juegos el Cubil del Vicio, en Ciudad Límite, que consideran territorio neutral. Concederle la autoridad para negociar en vuestro nombre por la liberación de Molly.

—¿Por qué Somber?

—Dada su dilatada experiencia en combate, creen que es menos probable que él ponga en peligro la vida de Molly con una tentativa de rescate. En cuanto a por qué tienen esta creencia, me parece que el propio Somber es el más indicado para responder a esa pregunta.

Alyss volvió rápidamente la mirada hacia Somber, pero el rostro del bonetero permaneció tan inescrutable como un bloque de cuarzo.

—Monarca de Corazones, de haber sabido antes que os invadirían —dijo Arch—, os habría ofrecido mi ayuda, como corresponde a un buen vecino. Mis ripios de la guerra están a vuestra disposición. No tenéis más que pedírmelos.

—Gracias, Arch, pero tenemos el ataque bajo control.

—Dado el poder de vuestra imaginación, no me sorprende. ¿Se trata de Roja?

—Por el momento no se ha confirmado ninguna hipótesis. ¿Cuándo esperan los ganmedas celebrar la reunión con Somber en Ciudad Límite?

—Justo dentro de un ciclo lunar. Si no llega a tiempo, darán por supuesto que no queréis negociar, y decidirán el destino de Molly en consecuencia.

Arch finalizó la transmisión sin despedirse, y la holopantalla volvió a mostrar en directo calles desiertas de Marvilópolis. La sala quedó en silencio salvo por el tintineo de las medallas del general Doppelgänger, que se frotaba la frente con preocupación.

—No crees que Arch sea un mediador inocente, ¿verdad? —preguntó Dodge.

—No.

—Dudo que a Arch le importe lo que Alyss sospeche mientras haga lo que él quiere —dijo Jacob.

—Preferiría ir yo —dijo Alyss, nerviosa.

El erudito negó con la cabeza.

—Eso no sería prudente. Podría tratarse de una estratagema para hacerte abandonar Marvilia, para alejarte del Corazón de Cristal y debilitar así tus poderes imaginativos. El reino es demasiado vulnerable y no está en condiciones de sufrir más ataques. Debes quedarte en casa, cerca del cristal.

«Tiene razón, pero...».

—Somber —dijo Alyss—, estás más callado que de costumbre. ¿Qué ha querido decir Arch con eso de que los ganmedas creen que tú seguramente no pondrás en peligro la vida de Molly? —El bonetero la miró. Abrió la boca pero la cerró enseguida. Parecía demasiado afectado para contestar.

—Es evidente que le cobraste un gran afecto a la muchacha —señaló Jacob—. Recuerdo que, no hace mucho, sostenías que los híbridos eran...

—Molly la del Sombrero es mi hija —lo cortó Somber.

Dodge por poco se atragantó con el zumo de alatierna que había estado bebiendo a sorbos. El general, que no sabía qué otra cosa hacer, se dividió en dos y volvió a fusionarse. Jacob tenía las orejas erguidas, alerta.

—¿Cuándo te enteraste? —inquirió Alyss.

—Mientras estaba fuera.

—Pero si recuerdo que Weaver, la madre, estuvo con nosotros en el campamento —dijo Jacob.

—¿Y recuerdas si se marchó, o el porqué de su marcha?

Jacob habló despacio, eligiendo con cuidado sus palabras para no ofender.

—Ojalá pudiera responderte que sí, Somber, pero la noche que desapareció, me había tapado los oídos con masilla y las había remetido bajo mi gorro de dormir, como hago siempre. Es la única manera en que puedo amortiguar los ruidos del mundo lo suficiente para conciliar el sueño. A la mañana siguiente, ella ya no estaba.

—Me prepararé para viajar a Confinia de inmediato —anunció el bonetero, y echó a andar hacia la puerta.

—Somber.

La voz de Alyss no sonó distante ni regia, como habría cabido esperar de una reina. Suave y cargada de aprensión, era la voz de una amiga preocupada. Somber se detuvo.

—Espero que tengas claro que aprecio mucho a Molly —dijo Alyss—, y que jamás haría por voluntad propia nada que la perjudicase. Pero lo que Arch o sus ganmedas ven como una medida de seguridad contra una operación de rescate temeraria es algo que yo no puedo evitar ver como un riesgo. Me siento rara al decirte esto justo a ti, pero..., puesto que es la vida de tu hija la que está en juego, Somber, tus sentimientos podrían imponerse incluso sobre tu disciplina. Me preocupa que lo pongas todo en peligro para intentar rescatarla.

—Jamás he dejado de lado la disciplina —repuso el bonetero—. No tengo por qué hacerlo ahora.

—Iré yo —se ofreció Dodge, pero Alyss fingió no oírlo.

—Tus acciones pasadas no me dan el menor motivo para dudar de ti —le dijo ella a Somber—, pero, hasta ahora, hasta donde tú sabías, ninguna de ellas tenía que ver con tu hija. No quiero que tomes una decisión precipitada. Me gustaría aprovechar el poco tiempo de que disponemos para discurrir el plan más inteligente posible.

—Tal vez deberíamos enviar al caballo y a la torre con una compañía de piezas de ajedrez —propuso el general Doppelgänger.

—Sí, y podrías seguir su avance con el ojo de tu imaginación —añadió Jacob—. Si hay ganmedas con los que negociar, dudo que se nieguen a hablar con quien sea que enviemos.

Alyss se mostró de acuerdo.

—Y si se niegan, estaré lo bastante cerca del Corazón de Cristal para plantarles cara por medio de la imaginación. Y mientras están ocupados salvando el pellejo —

continuó, dirigiéndose a Sombra—, tú puedes comandar una fuerza para rescatar a Molly.

El bonetero se quedó mirando a su reina durante un rato largo.

—Si esas son vuestras órdenes, Majestad... —dijo. Sin embargo, algo bullía en su interior, un impulso que no había sentido antes y que en cualquier otra circunstancia habría reprimido con toda la fuerza de su poderosa voluntad: la desobediencia.

Los restos del público encopetado estaban apilados en el rincón, y los camareros estaban tardando más de lo habitual en limpiar, pues tenían que barrer el polvo en que se habían convertido los huesos de los muertos resucitados de Sacrenoir, y se paraban con frecuencia a mirar de soslayo a aquella mujer temible con su vestido de rosas dentadas y al pobre gato.

—¡A trabajar! —los reprendió Marcel—. ¿O queréis que maese Sacrenoir les dé a sus esqueletos a probar vuestra carne?

Los camareros intentaron concentrarse en sus escobas, pero apenas un minuto después, ya estaban lanzando miradas disimuladas al reservado junto al escenario, donde una nube escarlata flotaba sobre la mesa, con imágenes parpadeantes en su interior, mientras la mujer, taciturna, se las explicaba con pelos y señales a Vollrath y Sacrenoir.

—Lo que veis es el momento en que mi madre, con muy poco tino, me comunicó que yo no sería reina —se explayaba Roja.

En la nube, las imágenes proyectadas por su imaginación centellaban y desaparecían como relámpagos. Una versión de ella más joven y menos consumida por el rencor le estaba contestando con malos modos a la reina Theodora, a quien al parecer no le hacía gracia que le hablasen así, por lo que se marchó, dejando a su hija presa de un ataque de rabia inútil. La escena cambió y apareció Roja, avanzando por un pasillo en espiral. Estaba envejecida y demacrada por años de desdén, con la boca permanentemente torcida en un gesto de indignación.

—Ahí estoy yo, pudriéndome en el monte Solitario, mi hogar en el desierto Damero, una heredera de un reino reducida a heredera del insulto y la ignominia.

Se vio así misma salir a un balcón en lo alto del monte Solitario y arengar a los naipes soldado mercenarios y a los entusiastas de la Imaginación Negra congregados debajo.

—Ésos son los seres prácticamente inservibles a los que llamaba militares. Me constó un esfuerzo enorme forzarlos a integrar un ejército remotamente parecido al que merezco.

La escena cambió de nuevo. Los muros del palacio de Corazones se desmoronaban. Los soldados naipes de la reina de Genevieve caían como moscas, mientras Roja se paseaba por el campo de batalla sin sufrir el menor daño aquel día lejano en que había arrebatado el trono a su hermana. El gato, sentado junto a su ama en el reservado, se puso a ronronear. Pero entonces la nube reveló los aposentos privados de Genevieve y las cuchillas de la chistera de Somber que lo habían pillado por sorpresa y le habían costado una de sus vidas. Vio entonces lo que no había podido ver en su momento, cuando yacía muerto: Somber escapando por un espejo a con la Alyss de Corazones de siete años; Roja transformando su cetro en una guadaña y decapitando con ella a Genevieve.

—Mi sobrina huyó a través del estanque de las Lágrimas —les dijo Roja a Vollrath y Sacrenoir—, y por motivos que no vienen al caso, la di por muerta. —Las escenas siguientes se sucedieron con rapidez, como si ella empezara a impacientarse con el pasado—. Después de pasarme años moldeando Marvilia a mi capricho, como me corresponde por derecho de nacimiento, mi sobrina tuvo el descaro de emerger burbujeando del estanque de las Lágrimas, tras encontrar un charco portal que había descubierto aquí en la tierra.

Las espaciosas salas del monte Solitario cobraron forma en torno a la Alyss de Corazones de veinte años, ahora convertida en líder rebelde y vestida con el uniforme de tela basta de los alysianos. Tras una pared medio derruida, se alcanzaba a vislumbrar el Cristal de Corazones. Tía y sobrina estaban frente a frente, y entre ellas volaban cartas daga, esferas generadoras y arañas obús. De la punta del dedo de Alyss salió disparada una lanza de energía cuya punta enganchó a Roja, lo que permitió a la princesa estrellarla una y otra vez contra las paredes de la sala. Con un esfuerzo de la imaginación, Roja se liberó y se enfrentó a Alyss como una púgil carente del don de la imaginación que no tenía otro remedio que atacar físicamente a su rival. ¡Clang! Los cetros entrechocaron, y justo cuando la derrota de Roja parecía inminente, ella y el Gato hicieron lo que ningún marviliano se había atrevido a hacer: saltar al interior del Corazón de Cristal.

—Ese día yo estaba resfriada y no tenía tanto poder como de costumbre. De lo contrario, Alyss no habría salido tan bien librada —se justificó Roja, en el reservado, la última imagen se desvanecía. Sopló hacia la nube, que se alejó flotando hacia el interior de la cripta—. ¿Ha habido jamás algún soberano perverso que padeciese más que yo? Lo dudo.

—Circulan rumores de que se podría viajar a Marvilia a través de unos charcos determinados —dijo Vollrath—, pero hasta que habéis mencionado a Alyss, hace un momento, yo creía que nadie había comprobado la veracidad de eso rumores.

—¿Por qué habríais de hacerlo? ¿Qué os esperaba en la Marvilia de mi hermana sino una vida anónima en una sociedad incapaz de apreciar vuestro talento? Y eso mismo es lo que os esperaría ahora, mientras Alyss siga siendo reina. Pero vuestra salvadora ha llegado: yo. Por primera vez, los marvilianos condenados a vivir en este mundo de pacotilla cuentan con alguien lo bastante poderoso para guiarlos de regreso a su patria. Y, en recompensa por ayudarme a recuperar la corona, yo les permitiré vivir libres de los castigos que les impusieron los tribunales estrechos de miras de Marvilia.

—Sólo en esta ciudad conozco a cientos de personas que estarían ansiosas por ponerse a vuestros pies —dijo Sacrenoir.

Roja se apartó de la mesa de un empujón y se levantó.

—Llévame a ellos. O me juran lealtad, y, con un poco de suerte, sobreviven a mi guerra inminente contra las fuerzas de Alyss, o los mato en el acto.

—Vuestra impaciencia es una virtud —la alabó Vollrath, inclinando sus orejas

hacia adelante en señal de súplica—, pero para que no llaméis demasiado la atención de los terrícolas, tal vez os interesaría contemplar la posibilidad de cambiar de atuendo. Ya resulta un tanto inconveniente que tengáis los contornos algo borrosos, pero es que además..., bueno, una toga de rosas animadas no está precisamente de moda en esta época.

—¿No te gusta mi vestido?

Los tallos de la prenda de Roja se alargaron hacia el preceptor, con las bocas de pétalos abriéndose y cerrándose amenazadoras.

—No se trata de eso, Su Malignidad Imperial. Los terrícolas no os entenderán. Al no entenderos, se asustarán y enviarán a sus insignificantes autoridades a apresaros.

—¡Ja!

—Fracasarán, naturalmente. Ése no es el problema, sino que tendréis que desperdiciar tiempo y energías en ellos en vez de concentraros en destruir a vuestra sobrina. Dudo que la mejor forma de lograr vuestro objetivo sea repartir vuestra fuerza en muchos frentes, pues, cuando llegue el momento de entablar batalla con Alyss, tal vez no estéis en el punto álgido de vuestro poder. Por lo que decís, me parece que no debemos subestimar a vuestra sobrina.

Si Vollrath se había graduado del Cuerpo de Preceptores era por algo.

—No me gusta cuando un razonamiento sólido se opone a mis deseos —siseó Roja.

—Os pido disculpas, Su Malignidad Imperial, y procuraré que no ocurra demasiado a menudo. Sin embargo, tal vez os interese también camuflar a este felino de aspecto más bien intimidador con el viajáis.

—El Gato tiene su propio camuflaje —contestó Roja, y le indicó al gato—: Enséñaselo.

El gato se encogió hasta transformarse en un gatito, maulló y luego volvió a su imponente forma humanoide.

—¡Qué ingenioso! —exclamó Sacrenoir con entusiasmo—. Su Malignidad Imperial, os buscaré una vestimenta adecuada entre la ropa de mi público reciente. Algo que no esté demasiado roto ni ensangrentado.

—No me molesta la sangre, siempre y cuando no sea mía.

El mago regresó con un vestido que llevaba las marcas de la muerte de su propietaria anterior: el encaje estaba desgarrado, y la seda, antes brillante, manchada con tierra y cosas peores.

—Os dejaremos sola mientras os vestís —dijo Vollrath, y corrió la cortina del reservado para dar a Roja algo de intimidad.

El gato saltó al pie del escenario y satisfizo su deseo repentino de lavarse. Los camareros interrumpieron sus tareas para mirarlo, aprovechando que Marcel estaba ocupado revisando los recibos de la noche con Sacrenoir. Y aunque Vollrath también tenía la vista fija en el Gato, apenas se fijó en la criatura. Estaba repasando en su mente todo lo que Roja había revelado sobre su historia, buscando en el relato

detalles de los que pudiera servirse para hacerse más necesario a ojos de la maestra de Corazones y, por consiguiente, más merecedor de la recompensa. En lo que había oído faltaba un dato esencial. Se acercó al reservado y le habló a Roja a través de la cortina.

—Su Malignidad Imperial, para sacarme de mi ignorancia, ¿os importaría decirme cuándo vuestra madre os excluyó de la sucesión? ¿Fue antes o después de recorrer vuestro laberinto Especular?

—Antes —respondió Roja con la voz tensa—, pero habría podido recorrerlo hasta el final si hubiera tenido subalternos con la décima parte del intelecto de Jacob. Había conseguido la llave para el laberinto, pero nadie fue capaz de hacerlo funcionar.

Las orejas de Vollrath adquirieron el aspecto de seres pequeños acurrucados de frío.

—¿Dónde encontrasteis esta llave?

—Mis rastreadores se la quitaron directamente a Alyss de las manos. Es la única razón por la que estoy aquí. Si hubiera entrado en él también, ella no me habría vencido en el monte Solitario. Mis fuerzas se habrían incrementado tras recorrerlo, como le ocurrió a ella.

La ignorancia de Roja dejó pasmado el preceptor. ¿De verdad sabía tan poco sobre el proceso mediante el cual una princesa de Marvilia llegaba a ser reina?

—Ni siquiera es consciente de lo que no sabe —murmuró, y luego dijo en voz alta—: Su Malignidad Imperial, tal vez deberíamos hablar cara a cara, sin esta barrera de terciopelo entre nosotros. ¿Ya estáis decente?

—¡Yo nunca estoy decente!

La cortina se abrió de golpe, y allí estaba ella, un choque de contrastes: la palidez teñida de odio de su piel llena de imperfecciones y su cabello que semejaba espaguetis de alambre contrastaban con un vestido confeccionado para lucirse en salones suntuoso y que, a pesar de sus desgarrones y manchas de sangre conservaba cierta aura de delicadeza cremosa.

—Las prendas de las clases privilegiadas os favorecen —mintió Vollrath.

—Si estos trapos sirven para acelerar de alguna manera el proceso de reclutamiento de mis futuros soldados, los llevaré, pero si no...

Vollrath hizo una reverencia.

—Me someteré a vuestra ira.

—No tendrás elección.

Vollrath se inclinó de nuevo. Sabía cómo humillarse ante una alumna potencialmente lucrativa.

—Es hora de salir de esta tumba —anunció Roja—. Quiero ser presentada en la sociedad terrícola de forma no oficial. ¡Gato!

El Gato se convirtió otra vez en gatito y se restregó contra su pierna.

Ella lo levantó para ponérselo en el hombro, y él le clavó las uñas en la piel a fin de estabilizarse. Las punzadas de dolor suponían un alivio para esta suma sacerdotisa

de la Imaginación Negra. Sacrenoir dio instrucciones a Marcel para que se deshiciera de los restos de su público, y, antorcha en mano, condujo a Roja y a Vollrath a la salida de la cripta teatro.

—Toda aspirante a reina posee un espejo en el que ella, y sólo ella, puede entrar —aleccionó Vollrath a Roja mientras avanzaban por una catatumba hacia el aire libre de París—. Puesto que vos erais candidata a suceder a vuestra madre, había un laberinto Especular destinado para vos que, con el fin de desarrollar al máximo vuestra imaginación y acceder al trono, debíais recorrer con éxito. No pudiste manejar la llave de laberinto Especular porque era la del laberinto de Alyss.

—¿El laberinto de Alyss?

—En efecto. Tal vez cuando mi viejo colega Jacob os preparaba como heredera a la corona, fue negligente con sus enseñanzas. No me sorprendería, aunque sin duda sorprendería a la mayoría de los marvilianos. Sólo unas pocas veces en la historia de Marvilia ha fracasado una princesa a la hora de recorrer su laberinto, pero vos sois la primera a quien han excluido de la sucesión. Sin embargo, por lo que respecta al destino de un laberinto Especular, el resultado debe ser el mismo.

—¿De qué fuerza o materia están hechos los laberintos? —quiso saber Roja.

—Ésa es una pregunta importante, y la respuesta está en aquellos que pueden manejar otra incógnita tal vez más urgente: ¿qué ocurrió con vuestro laberinto Especular después de que os excluyesen de la sucesión? Os aseguro que no dejó de existir, y que si consigues encontrarlo y recorrerlo...

Roja entendió. ¿Un laberinto destinado exclusivamente para ella, diseñado específicamente para desatar todo el poder de su imaginación? Alyss había adquirido una fuerza y una destreza admirables al recorrer el laberinto Especular. Aun así, ella, Roja, había estado a punto de derrotar a Alyss sin haber pasado por el suyo propio. El laberinto lo era todo. Ella enfilaría todos los caminos sin salida que hicieran falta para llegar al final, sin detenerse ante nada; se volvería invencible.

—Gánate tu derecho a vivir, preceptor. ¿Dónde puedo encontrar mi laberinto?

—En el Jardín de los Laberintos Inacabados, naturalmente. Por desgracia, no tengo la menor idea de donde está dicho jardín. Debéis preguntárselo a los oráculos de Marvilia.

—Las orugas —dijo Roja con desprecio mientras se acercaban a una escalera de piedras desiguales—. Aborrezco a las orugas.

Sacrenoir dejó caer su antorcha al suelo y le echó tierra encima con el pie para apagar las llamas. Un haz de luz inclinado iluminaba las escaleras desde lo alto. Roja fue la primera en subir a la calle. Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la dureza del sol de la mañana, pero entonces...

—¿Qué es esto?

Mirase a donde mirase, veía parisinos envueltos en aureolas brumosas, algunas de ellas grises, otras de color morado oscuro como un cardenal, y otras emitían un fulgor blanquecino con mayor o menor intensidad.

—A los ojos de algunos marvilianos —explicó Vollrath—, los seres dotados de Imaginación Blanca brillan con una luz radiante, mientras que los que son dados a la Imaginación Negra desprenden un resplandor oscuro. Cuesta más percibir el resplandor oscuro de noche. Es muy práctico poder distinguir a amigos y enemigos desde lejos. El brillo oscuro nos facilitará la tarea de encontrar los soldados que buscáis. Deberíais ver la nube que flota en torno a vos, Su Malignidad Imperial. Me sorprende que resultéis visible a pesar de todo.

Roja se examinó a sí misma; sus brazos, sus pies. Todo le parecía igual que cuando había surgido del lienzo del pintor. No apreciaba ninguna aurora color cardenal.

—Los marvilianos no pueden ver su propio brillo —le aclaró Vollrath— por la misma razón por la que no suelen acertar al juzgar su propia conducta. No se ven como realmente son, sino como creen que son.

Roja se quedó mirando las nubes viandantes. El Gato, agitando la cola al aire, pasó con agilidad de su hombro derecho al izquierdo.

—No tenéis que vagar por toda la ciudad con nosotros, Su Malignidad Imperial —dijo Sacrenoir—. Dejad que Vollrath y yo reunamos a nuestros conocidos para que podáis pasarles revista en grupo. Esto os ahorrará trabajo y os dará tiempo para planificar la búsqueda de vuestro laberinto Especular.

—Una idea digna de mis enseñanzas —convino Vollrath—. Maestra de Corazones, creo que os fascinara la Sala de los Espejos del palacio de Versalles. ¿Por qué no visitáis los lugares interesantes que ofrece París?

—Porque, preceptor —resopló Roja—, antes prefería matarte.

Dodge, que no solía entretenerse con recuerdos del pasado, estaba en su habitación de guardia examinando los pocos objetos que había rescatado del palacio anterior: un retrato de su padre que él había dibujado cuando tenía ocho años, un broche abollado que había pertenecido a su madre y un legajo de cartas que Dodge había escrito durante el reinado de Roja, pero que nunca había enviado.

Colocó el retrato en un lugar destacado de la repisa de la chimenea, trasladó la mesa del comedor delante del hogar encendido y puso en ella dos juegos de cubiertos y una jarra de zumo de alatierna. Ahora no le quedaba más que esperar.

—No se me da bien eso de esperar —dijo Dodge en voz alta.

Se había ofrecido voluntario a ir en busca de los de Diamantes, y Alyss había hecho caso omiso de él. Delante de todo el mundo. Para Dodge era importante que ella entendiera un par de cosas. Paseó la vista una vez más por la habitación, esperando encontrar algún otro preparativo que hacer, pero todo estaba en orden.

Bip, bip, bip, bip, bip.

Su comunicador especular sonó con la señal convenida. En cualquier momento, Alyss pasaría por el pasillo en dirección a los aposentos reales. Dodge se alisó las mangas de su chaqueta de guardia e irguió la espalda para ofrecer el aspecto más oficial posible. Caminó hasta la puerta y salió al pasillo.

—Reina Alyss, mis guardias han descubierto algo que creo que deberíais ver.

El rostro de ella se había relajado al verlo, pero frunció el ceño enseguida y apretó los labios, en tensión.

—Hemos encontrado pruebas de actividades sospechosas en el palacio —dijo Dodge.

—¿Qué clase de actividades?

—Tal vez os interese pasar por aquí y verlo por vos misma. Pido disculpas por adelantado por haceros entrar en la habitación de un guardia.

La guió a sus aposentos. El retrato infantil del juez Anders, los cristales de fuego en la chimenea, la mesa elegantemente dispuesta: Alyss parpadeó, desconcertada.

—¿Qué es todo esto?

—Me imagino, Majestad, que se trata del desayuno, pero no estaré seguro hasta que lo probemos.

Fue entonces cuando ella comprendió.

—Dodge —murmuró.

Un guardia entró con un par de recipientes tapados, los depositó sobre la mesa y se retiró. Dodge le acercó una silla a Alyss y, cuando ella se sentó, asumió el papel de anfitrión galante.

—En la fuente número uno —dijo— tenemos, si no me equivoco, tu plato favorito: el estofado misterioso del chef Blanchard, que he de reconocer que es delicioso, aunque no sepamos qué contiene. —Levantó la tapa del recipiente para

servir, y una vaharada de vapor se elevó hacia el techo—. En la fuente número dos —le quitó la tapa al segundo plato haciendo un floreo—, tenemos pasteles semicocidos con virutas de chocolate.

—Mmmmm.

Dodge trasladó uno de los pasteles al plato de Alyss, le puso un cucharón de estofado y llenó su vaso con zumo de alatierna. Acto seguido, se sirvió y se sentó.

—¿Todo esto los has preparado tú? —preguntó Alyss.

—No he dejado siquiera que la morsa me ayude. Y se moría de ganas de ayudar.

—Todo es muy bonito, Dodge. Y está riquísimo.

Él la observó cortar un trozo de pastel con el canto del tenedor y llevárselo a la boca. Tenía ojeras, unas medias lunas perfiladas que hacían bulto en la parte inferior de sus cuencas oculares.

—¿Estás cansada?

—Casi siempre lo estoy.

Él asintió. Aún no había tocado su comida.

—Alyss, ¿te acuerdas de cuando éramos...? Creo que yo tenía nueve años, así que tú debías de tener seis, y jugábamos a guardias y doncellas.

—Me acuerdo perfectamente.

—Inventábamos muchos juegos, ¿verdad?

—Me gustaban más que la realidad... hasta ahora.

—Bueno... Creo que ya tienes edad suficiente para saber la verdad, Alyss. Solía dejarte ganar.

—¡Ja! Creías que cuando ganaba de verdad, era porque hacía trampa y usaba el poder de mi imaginación.

—Porque eso es lo que hacías.

Ella sonrió.

—Si te hace ilusión pensar eso...

Dodge removió el estofado en su plato.

—Además de acercarme a ti, el propósito de esos juegos era mejorar mis habilidades de combate para poder protegerte cuando hiciera falta, como correspondía a un guardia de palacio. Por eso tiene gracia que ahora seas tú quien intenta protegerme a mí.

La miró y ella se quedó inmóvil, con el vaso zumo de alatierna en los labios.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alyss.

—Sobreviví a los trece años de tu ausencia con rabia y deseos de venganza en el corazón; incluso es posible que esos sentimientos me mantuviesen con vida. Preferiría que no me dominaran esas pasiones, pero no puedes esperar liberarme de ellas interponiéndote entre el Gato y yo.

Alyss guardó silencio y fijó la vista en los cristales de fuego del hogar.

—¿Crees que me precipité al atribuir a Roja el ataque de los vitróculos? —preguntó Dodge.

—Sí.

—Pues se ha confirmado que los vitróculos están fabricados en Confinia. Tal vez sí que saqué una conclusión precipitada. En ese caso, fue un error y lo reconozco. Hago lo posible por evitar que la venganza de prisa a mis actos, Alyss, pero... No sé. No puedo asegurarte qué es lo que haré si vuelvo a ver al Gato. Sólo sé que si he de superar mis ansias de venganza, debo ser yo quien lo haga, no tú ni nadie más.

—Lo siento.

—No te disculpes, es sólo que... todo el mundo sabe que yo estaba furioso tras el asesinato de mis padres. Pero había también... algo más. Llegué a creer que me pasaría la vida solo.

—Dodge, lo...

—No había por qué compadecerme por ello —se apresuró a decir él—. Las cosas eran así y punto. Pero cuando me enteré de que estabas viva... —Sacudió la cabeza—. No tienes idea de lo que suponía vivir bajo el régimen de Roja, Alyss. Era insoportable.

—Todos hemos soportado cosas que no habíamos imaginado.

—Casi todo en la vida es insoportable. Es insoportable y, sin embargo, lo soportamos. Eso es lo que creo. Pero ahora mismo, Alyss, estando aquí contigo, no es lo que siento.

Ella había estado esforzándose por no llorar casi desde el momento en que había puesto un pie en las habitaciones de Dodge, pero ya no era capaz de contenerse.

—Quizás un día —dijo—, cuando Molly esté a salvo y reine una paz que permita al reino gobernarse solo, podamos hacer un viaje juntos. Ir a algún lugar tranquilo. No hay motivo para no hacerlo, ¿verdad?

Dodge se abstuvo de decir lo que sabía con certeza: el reino jamás se gobernaría solo; siempre habría alguna emergencia que requeriría de la reina. Siempre las había habido. Y él sabía que Alyss lo sabía.

—Eres la reina y puedes hacer lo que te plazca —dijo en cambio. Del bolsillo interior de su chaqueta sacó su legajo de cartas y se lo tendió a Alyss por encima de la mesa—. Ten. Para ti.

—¿Qué son?

—Cartas que te escribí durante el reinado de Roja cuando creía que habías muerto. No son muchas. No gozaba de tranquilidad suficiente para escribir.

Alyss se quedó mirando el legajo.

—Todavía creo que es posible que Roja esté implicada —dijo Dodge—. Sería típico de ella hacer algo que no nos esperaríamos, como aliarse con Arch. ¿Qué harás con los de Diamantes?

—Ordenaré que los mantengan vigilados.

Dodge se levantó de su silla y se le acercó.

—Basta de temas desagradables. ¿Te ha gustado el desayuno?

—Me ha encantado —aseguró ella, alzando el rostro hacia él.

—Bien. Espero que sepas perdonar que un simple guardia se tome estas confianzas, pero... —Se inclinó y la besó en los labios.

—Podría hacer que te expedienten por eso —comentó ella, sonriendo.

—Sí, podrías.

La levantó, atrayéndola hacia sí, y la besó de nuevo. Todavía tenía los labios contra los de ella cuando Jacob Noncelo, cuatro generales Doppel y otros tantos generales Gänger irrumpieron en la habitación.

Dodge se apartó de su reina y se puso firme.

—¡Se ha ido! —gritaron los Doppel—. ¡Somber se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido? ¿Adónde?

—Creemos que se dirige hacia Confinia... —empezaron los Gänger.

—... para rescatar a Molly la del Sombrero —terminaron los Doppel.

—Él no haría eso —replicó Alyss.

—Todos los naipes soldado que patrullan la barrera fronteriza han sido puestos sobre aviso —dijo Jacob—, pero no estoy seguro de que eso sirva de mucho.

Cuanto más reflexionaba Alyss sobre ello, más probable le parecía: Somber había ido en busca de su hija, contraviniendo sus órdenes expresas. «Hice bien en no enviarlo a él. Sus emociones empiezan a imponerse sobre su voluntad».

Jacob, Dodge y los generales aguardaban instrucciones, Alyss recorrió rápidamente la barrera fronteriza con el ojo de su imaginación, buscando a Somber, hasta que...

Allí estaba; saliendo de entre los árboles del bosque Eterno y acercándose a la barrera con zancadas decididas. Los civiles que tenían que pasar por la aduana, ocupados con su equipaje y sus pasaportes, no repararon en él hasta que se llevó las dos manos a la mochila y —¡fli-flink! ¡fli-flink, fli-flink, fli-flink!— prendió a los naipes soldado al suelo como si fueran especímenes expuestos ante un gigante curioso, con cuchillas clavadas en el uniforme pero no en la piel. El bonetero pasó la mano sobre uno de los tableros de mando que había en todos los puestos fronterizos oficiales; una abertura del tamaño de una puerta se formó en la impenetrable trama de ondas sonoras que separaba Marvilia del reino de Arch. Sin reducir el ritmo, Sombre Logan la atravesó y pasó al otro lado.

Durante generaciones, Ciudad Límite había atraído a aquellos que se sentían extranjeros entre sus compatriotas, a quienes deseaban huir de las asfixiantes costumbres de su tribu natal para disfrutar de la vida más rica y expansiva que uno encuentra inevitablemente en una gran metrópoli. A parte del séquito real de Arch, Ciudad Límite era la única población del reino en la que convivían miembros de tribus diferentes. Mientras que en ningún otro sitio podía un maldoides dejar que lo sorprendieran en compañía de un kalamán, las relaciones intertribales eran habituales en la capital, donde nadie podía sobrevivir mucho tiempo si no toleraba la diferencia.

En ningún otro lugar era más evidente la diversidad de la población que en la casa de juegos el Cubil del Vicio, un local de mala muerte que solía estar en un barrio de mala muerte donde tenían sus tiendas de campaña los jornaleros. Una noche cualquiera en el Cubil del Vicio, un forastero podía encontrar a onus departiendo con astacanos, a un awr tomando copas con un scabbler, a gnobis enzarzados en discusiones filosóficas con sirks. Aunque esos confinianos habían nacido en tribus enfrentadas, ahora pertenecían, ante todo y en primer lugar, al mismo clan: el de los habitantes de Ciudad Límite.

Cuando Somber entró en el Cubil, allí había representantes de cada una de las veintiuna especies del reino, además de unos cuantos de las regiones remotas de Morgavia y Bajia. Bullangueros y escandalosos, las cuatro quintas partes estaban borrachos, y el otro quinto se estaba aplicando a fondo para emborracharse. A Somber le habría dado igual si hubiera el doble y fueran todos colocados con cristal artificial. Se habría enfrentado a toda la muchedumbre si con ello hubiese tenido una remota posibilidad de garantizar la liberación de Molly la del Sombrero.

En un rincón, sentados en bancos bajos y compartiendo una botella de un licor viscoso con un par de maldoides y un scabbler había cuatro ganmedas.

¿Serían ellos sus contactos? Somber esperó pero ellos no le prestaron la menor atención, de modo que siguió adelante y se abrió paso entre los bebedores apretujados en triple fila frente a la barra hacia las mesas que abarrotaban un espacio demasiado reducido, con marcas de botellas y copas de juergas anteriores. Cuando llegó al fondo de la carpa, emprendió el camino de regreso. Un macho de la tribu de los fel creel se apartó de la barra y se le puso delante. Somber no podía saber que en realidad ya no pertenecía a esa tribu y ahora viajaba con Arch como un fatalsino más.

El confiniano se quedó con los brazos a los costados y las palmas hacia fuera. Se dobló; las hojas serradas de sus huellas digitales afloraron en la piel y destellaron bajo la luz. En un abrir y cerrar de ojos, le arrebató la gorra a un astacano de aspecto huraño que estaba ante la barra y la hizo jirones. El astacano se dio la vuelta, listo para pelear, pero cambió de idea al ver el estado en que había quedado su gorra. Se volvió de nuevo hacia su bebida, y Ripkins sacó el mentón mirando a Somber, desafiante.

¡Fuap!

La chistera de Somber ya no estaba en su cabeza, sino aplanada y transformada en unas cuchillas giratorias, y los brazos del bonetero se movían como los de un ninja de la Tierra armado con un *nunchaku*, cortando el aire con sus cuchillas arriba, abajo y alrededor de su cuerpo en círculos estrechos y precisos. Acto seguido...

¡Fuap!

Volvía a llevar la chistera puesta.

Los parroquianos del club les hicieron sitio a los luchadores y luego continuaron embotándose los sentidos, pues estaban acostumbrados a esta clase de alborotos.

—¡Hunh!

Ripkins se inclinó hacia delante, con el brazo derecho extendido, y un par de plumas punzantes salieron disparadas hacia Somber.

¡Flangk!

Somber abrió las cuchillas de sus muñecas y se hizo a un lado, pero Ripkins, que ya había previsto ese movimiento, tiró de los cables sujetos al extremo posterior de las plumas punzantes. Las armas volvieron hacia él girando en el aire mientras —fip, fip, fip— disparaba media baraja de cartas daga.

Al esquivar las plumas punzantes, Somber se interpuso directamente en la trayectoria de las cartas daga. Con o sin cuchillas en las muñecas, podría haber muerto acribillado de no haberse echado cuerpo a tierra con el doble de la aceleración de la gravedad.

Ripkins se abalanzó sobre él, y estaba a punto de caerle encima cuando...

¡Shuink!

Somber se pulsó la hebilla, y los sables de su cinturón se abrieron como impulsados por un resorte. Ripkins cambió de dirección en el aire y dio una voltereta para ponerse a salvo, lo que dio tiempo a Somber de levantarse de un salto y abrir su mochila con un encogimiento de hombros, a fin de tener a mano los tirabuzones y puñales. Protegiéndose con las cuchillas giratorias de una de sus muñecas, lanzó las armas de su mochila hacia Ripkins.

—¡Yah, yah, yah!

Pero las manos de Ripkins estaban generando un ciclón delante de él, invisibles a causa de la velocidad, cortando el aire a tiras. Bien por la mera acción de la fuerza centrífuga, bien porque estaba atrapando la armas que Somber le tiraba y arrojándoselas de vuelta, cada cuchilla y cada tirabuzón regresaba volando hacia el mítico bonetero, que cada vez se encontraba más a la defensiva hasta que no pudo hacer otra cosa que girar, agacharse y saltar para evitar que los proyectiles lo alcanzasen.

—¡Aaah!

Somber embistió a Ripkins, con las cuchillas de las muñecas ante sí. El guardaespaldas de Arch movió el hombro como si llevar el cuello de la chaqueta torcido y quisiera ponérselo bien: una vara puntiaguda del tamaño de un cristal para

escribir salió deslizándose de la manga a su mano. Ripkins apretó con el pulgar extremo romo, y la vara se extendió hasta ser del largo de un maspíritu. Somber, al reducir la distancia entre ellos, reconoció el arma: una jabalina telescópica.

—¡Hngh!

Sujetando la jabalina horizontal, con ambas manos cerca de su parte media, Ripkins la impulsó contra las cuchillas de las muñecas de Somber.

¡Crchkkrchk!

Ambos juegos de cuchillas se detuvieron, bloqueados por los extremos de la jabalina. Las manos de Somber habían quedado aprisionadas contra la vara, y Ripkins le acercó un puñado de plumas punzantes a la yugular.

Somber asintió con la cabeza, en señal de admiración, y luego...

—¡Nguh!

Movió rápidamente las manos hacia abajo y hacia fuera como si las tuviera mojadas y quisiera sacudirse el agua. Ripkins retrocedió, tambaleándose, y la jabalina cayó al suelo con un repiqueteo sordo. Las cuchillas de sus muñecas volvieron a girar a toda velocidad, y Somber lanzó su chistera, que penetró en la espesa nube de humo de narguile que flotaba sobre la cabeza de los clientes.

¡Clerc! ¡Clerc! ¡Clerc!

Ripkins y él se acometieron mutuamente, y el guardaespaldas de Arch empezaba a verse en apuros cuando...

Las cuchillas de la chistera reaparecieron entre la bruma, aproximándose a Ripkins por detrás, y viraron hacia arriba en el último momento.

¡Paf!

La parte plana de las hojas lo golpearon en la nuca, y él se desplomó. Somber atrapó su arma y la impulsó hacia abajo con fuerza, de modo que dos de las cuchillas se clavaron en la tierra, a ambos lados del cuello de Ripkins, como una tijeras abiertas, dejando al guardaespaldas inmovilizado boca arriba.

Éste soltó un gruñido, impresionado.

Somber cerró sus brazaletes, recogió las cuchillas de su chistera y, con un movimiento de muñeca, las transformó de nuevo en un sombrero inofensivo. Ripkins se puso de pie, guardó sus armas y se quitó el polvo con una mano.

—¿Dónde está Molly la del Sombrero? —preguntó Somber con impaciencia.

Ripkins echó la barbilla hacia adelante, como para indicarle que mirase detrás de sí. Somber se volvió a medias y vio a otro fel creel, con unos guantes que le llegaban hasta los codos y las manos entrelazadas entre sí, esperando cortésmente. Ripkins reculó hasta confundirse con el resto de los parroquianos del bar mientras Blister se quitaba los guantes, alzaba las manos desnudas y le mostraba a Somber primero la palma y luego el dorso. Como un prestidigitador a punto de ejecutar un truco de magia, le enseñó a Somber el interior de las mangas de su camisa para que viera que no escondía nada en ellas. Sin más preámbulos, apretó un dedo contra el cuello de un onu desprevenido.

—¡Aaahaaahaaagh! —aulló el onu entre violentas contorsiones.

Blister mantuvo el dedo apretado contra la piel burbujeante de su cuello.

—¡Aaaaahaaaaaagrgh!

Blister retiró por fin el dedo, y su víctima se quedó empapada en sudor y agotada del dolor. El guardaespaldas abrió una navaja automática y bajó la punta hacia el globo que se había formado en el cuello hinchado del onu. ¡Pop! La herida empezó a manar pus, y el onu perdió el conocimiento.

Blister sonrió de oreja a oreja.

—Para mí las armas como las tuyas son innecesarias —le dijo a Somber—, aunque tampoco soy manco a la hora de usarlas.

Somber echó mano otra vez de todo su arsenal: las hojas de la chistera, las cuchillas de las muñecas, los sables del cinturón, las armas de la mochila..., todo ello entrechocó con las picas, las estacas y las espadas de Blister. Sin embargo, tras una prolongada alternancia de cuchillas y giros, Somber acabó en el suelo, acorralado contra una mesa volcada, con el mortífero dedo índice de Blister, a un pelo del pecho de distancia de su corazón desprotegido.

Somber asintió en señal de admiración. A continuación...

¡Flink!

Los sables de su cinturón emergieron de golpe. Blister dio un salto hacia atrás, riéndose aunque el dedo le sangraba debido a un corte profundo.

—¿Qué más da si me lo cercenas? Me quedan otros trece.

Volvieron a enzarzarse en combate. Blister empleaba unas veces armas más tradicionales como espadas y pistolas para repeler los ataques de Somber, y otras veces recurría sólo a la amenaza de su tacto.

—¡Ungh! ¡Ungh!

Somber le lanzó dos cuchillas en forma de C que le aprisionaron las manos contra dos de los palos que sostenían la tienda. Somber hizo volar las otras dos cuchillas, y los pies de Blister también quedaron inmovilizados de pronto. Ahora Blister tenía las cuatro extremidades extendidas en forma de X, como un voluntario que, jugándose la vida, se ofrece a servir de blanco a un lanzador de cuchillos.

—No ha estado mal —farfulló el guardaespaldas, con la mayor efusividad con que había elogiado jamás la destreza de otro.

Somber arrojó las cuchillas de su chistera. ¡Dink, dink, dink, dink! Rebotaron contra las sujeciones de Blister, aflojándolas y regresaron a sus manos como un bumerán. Al guardaespaldas todavía le sangraba el dedo.

Ripkins emergió de entre la multitud del bar.

—Ven con nosotros si quieres salvarle la vida a tu hija —dijo.

En su tienda de campaña, en el retiro más exclusivo de Confinia, la Dama de Diamantes ejercitaba su imaginación bajo el asesoramiento de un entrenador o posibilitador.

—No podéis imaginar que estáis volando y luego, como por arte de magia, echar a volar —le explicaba el posibilitador—, pero podéis imaginar que vuestro cuerpo tiene alas y, si son lo bastante largas, os permitirán volar al moverse. Como todo en este universo, la imaginación tiene sus leyes.

La Dama de Diamantes, que contemplaba el modesto remolino de energía imaginativa que tenía ante sí, no parecía estar escuchando. Se esforzaba mucho por no parpadear.

—Las leyes de la imaginación se han descubierto gracias al estudio de los imaginacionistas más poderosos y hábiles de la historia. Un imaginacionista de talento puede transformar un objeto inanimado en un organismo simple, como una gombriz. Pero en el caso de seres más complejos, como ripios de la guerra o galimatazos, incluso los mejor dotados son sólo capaces de crear una imagen ilusoria de ellos, sin darles vida de verdad. Así pues, cuando hablo de materializaciones, me refiero sobre todo a objetos inanimados. Para hacerlos aparecer con éxito, debéis visualizar el objeto de vuestra elección con todo detalle. Y eso —el posibilitador miró con escepticismo la ameba flotante de energía imaginativa generada por la Dama de Diamantes— es lo que deberíais estar haciendo ahora. Antes de nada, construir el objeto en la cabeza. Cuanto más claro lo tengáis en la mente, más cosas sabréis sobre él y más satisfactorio será el resultado. Por eso quería que eligierais algo que conozcáis bien.

El remolino de energía comenzaba a solidificarse, muy poco a poco, pero aún no se apreciaba del todo bien en qué se estaba transformando.

—¡Bien! —exclamó el posibilitador—. ¡Excelente! Seguid concentrándoos en el joyero que tenéis en mente y, en virtud de vuestro indudable talento, trasladaréis vuestra visión al reino de lo físico.

—Siempre le he dicho a mi marido que tengo talento.

—Materializar objetos es sólo cuestión de concentración, Señora de Diamantes. Imaginaos (ja, ja, me ha salido un juego de palabras); no, en serio, imaginaos que la luz de nuestros soles es imaginación. En un día cualquiera, esa luz nos envuelve, difusa, iluminándolo todo sin que nosotros influyamos en ello. Ahora, suponed que vuestra imaginación es una lupa que concentra la luz de los soles en un punto concreto con una intensidad cada vez mayor hasta que produce una llama. Esa llama es vuestro objeto materializado.

La Dama de Diamantes tenía los músculos del cuello tensos y temblorosos. Había pasado de intentar no parpadear a entornar los ojos, como si la rendija entre sus párpados determinase su grado de concentración. Sin embargo, el joyero que estaba

materializando parecía más bien cuatro piezas de madera pegadas entre sí con cola por un niño pequeño.

—Cuanto más complejo es un objeto —prosiguió el posibilitador de la imaginación—, más lento es el proceso y más energía se necesita. Para disponer de más energía se requieren mayores dotes de imaginación. Hacer aparecer una silla es fácil; hacer aparecer una aeronave meticulosamente diseñada entraña una dificultad mucho mayor. Quienes poseen una imaginación poderosa parecen intuir objetos complejos, pues son capaces de materializar de manera instantánea lo que imaginaciones más débiles tardarían días o semanas en materializar, y eso si lo consiguen. Pero cualquiera que presenciara este despliegue de fuerza (¡no hay más que ver el joyero que habéis creado!) se daría cuenta enseguida de que sois dueña de una imaginación especialmente poderosa.

La Dama de Diamantes contempló su obra con orgullo.

—Es idéntico al que tengo en casa —dijo—. Si los colocara el uno al lado del otro, no sabría distinguirlos.

—Por supuesto que no —convino con entusiasmo el posibilitador—. Puesto que sois de Marvilia, sin duda el nombre de Alyss de Corazones os resultará familiar. Pero lo que no podéis saber, pues no me gusta mencionarlo para no parecer engreído, es que yo fui el posibilitador de imaginación de vuestra reina cuando era niña. Desde entonces, he posibilitado a muchos otros imaginacionistas de talento, pero vos, Señora de Diamantes, sois con diferencia la imaginacionista más talentosa que jamás he entrenado.

—Bien —dijo la señora. ¿Acaso esto no constituía una prueba más de que ella debía ser reina en lugar de Alyss de Corazones o cualquiera otra de las damas de la nobleza marviliana? ¿Acaso no tenía derecho alguien tan talentoso como ella a quedar absorto en ensoñaciones sobre su propia grandiosidad? Por supuesto que lo tenía. De modo que la Dama de Diamantes se abstraigo en reflexiones sobre su magnificencia, y por eso tardó unos momentos en percatarse de que la torre blanca y su destacamento de peones y naipes soldado habían invadido su jaima.

—Señora de Diamantes —dijo la torre con una reverencia cargada de sarcasmo—, por órdenes de la reina Alyss de Corazones, quedáis detenida. Os escoltaré de vuelta a Marvilia, donde se os juzgará por traición y conspiración para asesinar a la reina.

—¿Qué?

Los peones y los naipes soldado rodearon a la señora.

—¡Esto es un escándalo! —vociferó—. ¡Está claro que alguien te está tomando el pelo, pieza de ajedrez! ¿Tienes la menor idea de lo que me ha costado el paquete vacacional en este retiro? ¡Fuera de aquí, o me encargaré de que os detengan a vosotros!

La torre lanzó una granada a los pies de la señora. Ella dio un respingo, pero en lugar de una explosión que le destrozara los huesos, la detonación de la granada hizo

aparecer una celda pequeña, del tamaño justo para que cupiera ella.

—Pero si aquí no tenéis jurisdicción —gimió, sacudiendo los barrotes de la cárcel portátil.

—El rey Arch está al tanto de mi misión y me ha concedido toda la autoridad que necesito.

—¿El rey Arch? Maldito embustero... ¿Por qué no lo arrestáis a él? Tiene la culpa de todo. ¡Te lo advierto, pieza de ajedrez! ¡Déjame salir de esta cosa o atente a las consecuencias! ¡Puedo vencerte con el poder de mi imaginación! —La señora apretó los ojos con fuerza, cerró las manos en puños y...

¡Puf! Se materializó un joyerito insignificante. La torre, los soldados, los peones y el posibilitador de imaginación se quedaron mirándolo, preguntándose qué vía de escape milagrosa le proporcionaría a la dama. Entonces el objeto se deshizo en pedazos.

—Vamos —dijo uno de los naipes soldados, y entre él y los demás levantaron la celda portátil de la Dama de Diamantes y la trasladaron al vehículo caracol que los esperaba fuera.

—¡Que alguien avise al Señor de Diamantes! —chilló la dama, sacudiendo con violencia los barrotes—. ¡El Señor de Diamantes sabe poner en su sitio a las piezas de ajedrez! ¡Espera y lo verás, señor Torre! ¡Sufrirás un castigo mucho peor de lo que puedas imaginar por este error!

—Vuestro marido y vos dispondréis de tiempo de sobra para hablar sobre mi castigo mientras estéis en espera de juicio —dijo la torre.

Sus recuerdos de la noche anterior eran poco fiables, nebulosos y vagos. Tenía lagunas enormes en la memoria debido a los excesos de la víspera. Aun así, el Valet de Diamantes estaba bastante seguro que se había quedado dormido en un cojín grande como un colchón relleno de primeras plumas de lucirguero. El Señor de Diamantes, por su parte, estaba bastante seguro de que tenía al alcance de la mano bandejas con exquisiteces diversas y licoreras llenas de néctares que nublaban la mente cuando había caído rendido por el sueño bajo el dosel de una antigua cama kalamán. Y tanto el padre como el hijo recordaban haber bailado hasta el agotamiento. Aún les resonaba en los oídos la música estridente que ponía el *disc-jockey* de Ciudad Límite. ¿Cómo habían llegado, pues, a verse rodeados por tanta maquinaria?

—¿Qué es todo esto? —preguntó el Señor de Diamantes tras despertar de un sueño profundo y abrir de mala gana sus ojos hinchados.

Al parecer, estaban en una fábrica. Había rastros de producción en serie por todas partes: correas transportadoras, brazos de ensamblaje automático, soldadores láser, estantes repletos de chips de inteligencia, un ejército de esqueletos de metal, algunos de ellos recubiertos de alambres que semejaban venas y músculos artificiales, otros

con la estructura descarnada. En las paredes abombadas de la tienda había colgados planos para construir vitróculos.

—¿Dónde están las señoritas y los criados? —preguntó el Valet de Diamantes, bostezando.

Fue entonces cuando el caballo blanco, al mando de un contingente de peones y naipes soldado, entró en la jaima. Paseó la vista por la planta de fabricación de vitróculos, que corroboraba de forma contundente el testimonio del rey Arch.

—Señor de Diamantes —dijo—, por órdenes de la reina Alyss de Corazones, quedáis detenido. Os llevaremos de regreso a Marvilia, donde seréis juzgados por traición y conspiración para asesinar a la reina.

—¿Va a detenerme? —murmuró el Señor de Diamantes, retrocediendo y negando con la cabeza—. ¿Por traición y asesinato?

El caballo se dirigió al Valet de Diamantes:

—Y vos, señor, como prófugo de las minas de Cristal, también quedáis detenido. Yo mismo os devolveré al sitio donde debéis estar.

El caballo lanzó un par de granadas; una a los pies del Valet y otra a los pies de su padre. ¡Fuush!, sendas celdas portátiles aparecieron en el punto de impacto de las granadas, pero...

Dentro no había nadie. El Valet, que podía llegar a moverse a una velocidad sorprendente para su corpulencia, se había parapetado de un salto tras la máquina que atornillaba cabezas de vitróculo a los cuerpos de vitróculo. El Señor de Diamantes, mientras tanto, agachado para evitar los brazos mecánicos, se alejaba dando traspiés por las plataformas de carga. Los peones y los naipes soldado se dividieron en dos grupos para perseguirlos, pero el señor corría en zigzag, siguiendo una trayectoria lo bastante imprevisible y absurda como para evitar que lo capturaran hasta que avistó un camino despejado hacia la salida de la jaima. Se lanzó a toda velocidad hacia ella, y se hallaba a sólo un par de zancadas de la libertad cuando...

—¡Ugh!

El caballo blanco se precipitó desde una estantería de almacenamiento y le hizo un placaje. Otra granada voló y —¡fuush!— el Señor de Diamantes quedó encarcelado en una celda portátil.

Los peones y los naipes soldado se juntaron para felicitarse por haber cumplido la misión. O casi. Y es que en medio del barullo, el Valet de Diamantes, de descomunal trasero, se había escabullido inadvertidamente.

Somber salió del Cubil del Vicio tras los guardaespaldas de Arch y atravesó una calle polvorienta hasta un taller de reparación de jaimas que a su vez necesitaba reparación. Blister se apostó a un lado de la entrada, Ripkins al otro, y el bonetero apartó la antepuerta para entrar.

—Somber Logan —dijo el rey Arch.

El bonetero calculó rápidamente sus probabilidades: Arch; el propietario nervioso encorvado sobre una máquina de parchear; los dos asesinos junto a la salida; probablemente refuerzos cerca. No era una situación óptima, pero de peores había salido Somber.

—¿Dónde están los ganmedas con los que tengo que negociar?

—No han podido venir. Pero yo tengo la autoridad para negociar en su nombre. Supongo que usted la tendrá para negociar en nombre de su reina, ¿no?

Somber no le dio a entender ni una cosa ni la contraria.

—¡Ripkins! —gritó Arch, y cuando el guardia a quien llamaba entró en la jaima, le dijo—: Acompaña a nuestro anfitrión al otro lado de la calle para que se tome una copa.

—N... no, estoy bien —dijo el propietario—. No tengo sed. —Pero Ripkins ya se le había acercado y lo había asido del brazo—. Quiero decir, que no tengo idea de la sed que tengo. A veces no me doy cuenta de lo sediento que estoy hasta que me tomo una copa, y entonces siento que podría beberme todo un...

Las palabras del propietario se perdieron en el exterior. Somber y Arch estaban solos. Los refuerzos no llegarían a tiempo. Bastaba con que Somber hiciese un simple movimiento de muñeca para que el rey fuese hombre muerto.

—Me pregunto cómo reaccionaron Alyss y los demás al enterarse de que el gran capitán de la bonetería había engendrado a una niña —reflexionó Arch.

—Y yo me pregunto cómo lo sabe el gran rey Arch.

Arch se rió.

—Ésa es una pregunta que pronto tendrá respuesta, amigo bonetero. Me gustan las preguntas con respuestas concretas, ¿a ti no? Las prefiero a las que son abstractas y están relacionadas con el sentido y el propósito de la vida y patatín y patatán. Sin duda te complacerá saber que están cuidando adecuadamente de tu hija.

—Quiero verla.

—Y yo también querría, de estar en tu lugar. Por desgracia, no está en mi mano concederte ese deseo. Los ganmedas son taimados. Me han pedido que negocie en su nombre, pero no me han dicho dónde la retienen.

—Esos supuestos secuestradores ganmedas no existen —replicó Somber con la mandíbula tensa—, a menos que estén trabajando para usted.

—¿No? Vaya, les sorprenderá enterarse de su inexistencia. Pero, si tan seguro estás, ¿por qué no me haces prisionero y me obligas a confesar?

Lo mismo se estaba preguntando Somber.

Arch adoptó un aire benévolo.

—¿Sabes, Somber, que a menudo me preocupo por ti? Temo que no estés sacando el máximo partido a tu destreza e inteligencia. Has trabajado en contacto muy estrecho con dos reinas, así que conoces los entresijos del arte de gobernar. Cuentas con el respecto y la lealtad de todos los que sirven en el ejército de Marvilia. Me sorprende que el soberano de Marvilia no seas tú.

—Nací bonetero.

—No seas tan anticuado. Naciste para reinventarte a ti mismo las veces que lo desees, como todo el mundo. ¿Cómo era aquello que decía la reina Genevieve? ¿«La libertad radica en la imaginación»? Raras veces estoy de acuerdo con una mujer, pero en este caso debo concederle valor a la pequeña máxima de Genevieve suscribiéndola. ¿Por qué no ser un bonetero y a la vez un soberano? No estás siendo muy imaginativo, Somber.

—No he venido a hablar de mis fracasos personales con usted.

—Pero ¿no incluirías a Molly la del Sombrero entre dichos fracasos?

Somber se llevó la mano a la chistera como si lo hubiesen agredido físicamente. Deslizó los dedos por el ala, una vacilación que salvó la vida a Arch. El rey tendría que esperar a que Molly estuviese a salvo para recibir su merecido.

—Como has estado apartado de tus obligaciones oficiales —dijo Arch mientras el bonetero bajaba la mano a su costado—, tal vez no lo sepas, pero he desarrollado un arma capaz de destruir toda Confinia, Marvilia, Morgavia, Bajia y vete a saber qué más. Yo la llamo ADELA, las siglas de Arma de Destrucción, Exterminio Letal y Aniquilación. También resulta ser el nombre de una de mis exesposas, a quien hubo que sacrificar debido a su carácter rebelde. Sin duda ya te imaginarás que no tengo la menor intención de destruirme a mí mismo o a mi país. Sin embargo, sé que para mejorar la calidad de vida de todos y en aras de mi grandeza, mi reino debe expandirse y anexionar el tuyo y los demás. Pero, para que esto ocurra, ADELA debe estar en perfecto estado operativo y mi amenaza de usarla debe ser creíble, pues de lo contrario ni tu reina ni los «soberanos» de Morgavia y Bajia tendrán motivos para someter sus gobiernos al mío. Hay un pequeño detalle muy interesante en todo esto, y es que para desarrollar al máximo la fuerza potencial de ADELA, te necesito a ti. Ya te explicaré por qué y de qué manera en un futuro cercano. Pero primero, quisiera invitarte a formar parte de mi tribu. No es algo que le ofrezca a todo el mundo. Deberías sentirte halagado.

—¿Es ésa tu condición para dejar en libertad a Molly? ¿Si me «uno» a tu tribu la dejarás ir, sana y salva?

Arch, que había estado yendo y viniendo por la jaima durante su explicación sobre ADELA, se detuvo ante la salida. Le hizo señas a alguien del exterior para que se acercara.

—Creo que descubrirás más motivos para unirme a mí que el de garantizar la

seguridad de Molly.

Dicho esto, el rey salió. Ocupó su lugar una aparición, una ilusión, un deseo: Weaver. Somber no supo cuánto tiempo duró el silencio.

—Creía que... —murmuró al fin, incapaz de acabar la frase. «Creía que habías muerto».

—¿Encontraste el diario que te dejé? —preguntó ella.

Él asintió.

—Pero no entien...

—¡Oh, Somber!

Corrió hacia el hombre de la Bonetería, que estrechó contra sí el amado cuerpo que creía que nunca volvería a abrazar, aspirando su aroma y esperando que se apoderasen de él la alegría y el alivio de verla inesperadamente con vida. Sin embargo, tenía demasiadas preguntas, las mismas preguntas insistentes y obsesivas que lo asediaban desde sus días solitarios en lo alto del Pico de la Garra.

Con delicadeza, retiró los brazos de Weaver de su cuello. Ella tenía los ojos llorosos. Adivinó lo que él estaba pensando.

—No fui tan irresponsable como parece —dijo—. El campamento de los alysianos en el bosque Eterno... Sabía que Molly estaría en muy buenas manos. Tenía... tenía que dejarte un mensaje sobre nuestra hija, y tenía que dejarlo en un sitio seguro donde sabía que lo recibirías con independencia de lo que nos pasara a mí, a Molly o a la causa alysiana.

—Pero ¿qué haces aquí, con Arch?

—Eso —respondió ella, sonriendo— fue una coincidencia afortunada. Uno de sus guardias, Ripkins, me vio casualmente entrar en el túnel que subía hasta nuestra cueva en el Pico de la Garra. Me siguió y me oyó grabar el diario. Yo creí que era un soldado de Roja que venía a matarme, pero él, sin decir una palabra, me pasó uno de sus comunicadores. Arch, que estaba esperando para hablar conmigo, me dijo que sabía que Roja estaba dando caza a todos los que estábamos relacionados con la Bonetería y que, si me parecía bien, Ripkins me llevaría a Confinia, donde estaría a salvo. Al principio me resistí a irme con él, pero después pensé... Me preocupaba que si Roja averiguaba quién era Molly, nos mataría a las dos, así que pensé que la mejor manera de salvarla era mantenerme alejada de ella. Dime que tomé una buena decisión. Dímelo, por favor.

Estaba llorando de nuevo. Somber le sujetó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Tomaste una buena decisión, Weaver.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Me temí lo peor cuando Roja arrasó el cuartel general de los alysianos. Pero Arch vino a verme en cuanto nos enteramos del secuestro de Molly. Me prometió hacer todo cuanto estuviera en su mano para rescatarla. Ha sido una suerte que los ganmedas lo eligieran como mediador.

—¿De verdad crees que Molly la secuestraron unos ganmedas?

—Los he visto. La he visto a ella.

Somber se quedó perplejo.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En Confinia. No sé exactamente dónde habíamos acampado, pero... fue durante el último eclipse de una luna de Turmita. Ha crecido tanto... Más que nada estaba confundida. Respecto a nosotros. No tuve oportunidad de pasar mucho tiempo con ella.

Somber ya no la escuchaba. Así que Molly estaba en Confinia, probablemente no muy lejos. Arch deseaba tenerla cerca. Sin duda el rey estaba escuchando cada una de sus palabras y las de Weaver. A menos que supiera algo sobre ella que Somber ignoraba. En ese caso no habría necesidad de tener micrófonos ocultos en la jaima.

—Antes de hablar con Arch —dijo el bonetero— sospechaba que los secuestradores ganmedas eran un invento. Ahora que me he reunido con él, estoy convencido de ello.

—Pero ¿de qué hablas? Acabo de decirte que yo los vi.

—Están a las órdenes de Arch.

—¿Eso es ridículo! ¿Crees que, después de todo lo que Arch ha hecho por mí, la ha secuestrado? ¿Por qué iba a...?

—La está utilizando, y a ti también, para ganarse mi voluntad por alguna razón. ¿Quién más sabe que ella es hija nuestra? Dices que su guardaespaldas te oyó grabar el diario.

—¿Se topó conmigo por casualidad, Somber! —Cruzó los brazos e inclinó la cabeza ligeramente hacia delante, mirándolo desde debajo de su entrecejo fruncido: se estaba enfadando—. Le debo la vida a Arch —aseguró—. Ha sido de lo más amable y servicial conmigo.

—¿Cuándo ha sido el rey Arch amable y servicial con alguien sin algún motivo oculto?

—Como bonetero sospechas de todo el mundo. Eres muy inteligente en temas militares; ¿por qué no puedes serlo también al juzgar a otras personas? No vuelvas a acusar a Arch. Es mi amigo.

Discutir con ella no lo llevaría a ningún sitio. O le habían lavado el cerebro, o la tensión que había supuesto para ella durante los últimos años haber renunciado a su hija la predisponía a confiar en la buena fe de los demás, incluidos aquellos que no habían demostrado la menor tendencia a la bondad.

—¿De verdad crees que necesitamos a Arch para que nos devuelvan a Molly con vida? —preguntó Somber.

—Sí.

—¿Y te fías de él?

—Casi tanto como de ti.

Somber la besó.

—Espérame aquí.

No había decidido lo que iba a hacer cuando salió de la jaima y se encontró con Arch, Ripkins y Blister, que lo esperaban. ¿Debía matarlos ahora, o dejarlo para después? Le costaba decidirse. Pero al hallarse frente al rey, fue como si su cuerpo decidiera por él. Tal como había hecho en el pasado cuando mostraba su respeto a Genevieve o Alyss de Corazones, se postró ante Arch.

—Si sigue en pie vuestra invitación, Majestad —dijo—, para mí sería un honor unirme a vuestra tribu.

Roja de Corazones había nacido para llamar la atención, y no había vestimenta en el universo, conocido o desconocido, capaz de evitar que atrajese las miradas de los seres inferiores. Tras llegar a la conclusión de que sus intentos de pasar inadvertida entre los lastimosos especímenes de la Tierra eran inútiles, dejó de intentarlo. En el palacio de Cristal de Londres, se puso su vestido de rosas carnívoras y dio unas cuantas vueltas frente a un espejo. A la renegada de la familia de Corazones le gustó lo que vio.

—Ahora me considero oficialmente presentada en la sociedad de la Tierra —anunció.

Sus acólitos prorrumpieron en aclamaciones —unas aclamaciones que sonaban más como el retumbar de un trueno que como una auténtica expresión de alegría—. Para los cerca de mil terrícolas y exmarvilianos que se habían unido a la causa de Roja en los últimos meses, era lo más parecido que podían conseguir.

—Dispersaos —ordenó Roja.

Y eso hicieron, desperdigarse para explorar su nuevo hogar y matar el tiempo con chanchullos y tropelías de medio pelo, ansiosos por embarcarse en lo que Roja había prometido sería la aventura más malsana de su vida: el ataque a Marvilia, donde cada uno de ellos podría desplegar al máximo los talentos perversos que poseía. Todavía estaban saliendo en masa de la sala italiana del palacio cuando Vollrath puso su vida a disposición de su alumna.

—No queda claro que vuestras ropas de terrícola hayan facilitado el proceso de reclutamiento, Su Malignidad Imperial —dijo el preceptor—. Por lo tanto, estoy preparado para recibir la muerte que hayáis pensado darme. Ya sea compasivamente rápida o terriblemente lenta y dolorosa, me someteré a ella sin vacilar, como os prometí.

Roja se quedó mirando la calva que tenía agachada ante sí. Qué refrescante resultaba el sacrificio de Vollrath. No suplicaba por su vida. No se humillaba con ruegos o gimoteos, ni apelaba a su inexistente misericordia. Como pensaba que él todavía podía serle útil para encontrar su laberinto Especular, le dijo:

—Hoy me siento generosa. No te mataré.

—Gracias por vuestra indulgencia, Su Malignidad Imperial.

—La indulgencia es para las mentes débiles. No me provoques con eso de la indulgencia.

Vollrath hizo una reverencia.

—Os pido disculpas, Su Malignidad Imperial, pero si me permitís extralimitarme y abusar más aún de vuestra generosidad en absoluto indulgente: puesto que me dejaréis con vida, ¿podrías crear para mí, por medio de la imaginación..., digamos que un montón de dinero, para que pueda celebrarlo con algunos compañeros?

—Lo encontrarás en tus bolsillos. Y ahora, déjame sola con mis meditaciones.

Su afán de captar seguidores había llevado a Roja por todo el continente europeo, a África, a Asia, Rusia y de vuelta a Europa. Vollrath y Sacrenoir habían hecho las veces de compañeros de viaje, guías y oficiales de reclutamiento. Y tal como había ocurrido con Somber Logan durante los trece años que había dedicado a buscar a Alyss de Corazones, por allí por donde pasaba Roja comenzaban a circular historias que con el tiempo daban lugar a leyendas y mitos. Después de que Roja atravesara Alemania, la gente murmuraba sobre un *kobold* que respondía a su descripción. En Escandinavia, se convirtió en *trollkonor* con algunos rasgos de *huldra* (como todo *trollkonor*, se decía que tenía cola). En España se convirtió en una perversa seductora de moros. En Constantinopla, la transformaron en una de las *alkiris* más poderosas jamás vistas, inmune al acero y especialmente ceñuda al matar niños recién nacidos y a sus madres. En Egipto, se decía que era un demonio femenino, una devoradora de almas. En Hong Kong, una nueva diosa se abrió paso hasta el panteón de los inmortales; era menos de fiar que Lei-zi, la diosa del trueno, y tan temible como Chu Jiang, rey del infierno reservado para ladrones y asesinos. Pero mientras estas historias se transmitían de boca en boca y se grababan en la conciencia colectiva de varias culturas, también se corría la voz de lo que estaba sucediendo de verdad, tanto en los barrios más deprimidos como en los salones más selectos de la alta sociedad: Roja de Corazones, la reina malvada y destronada de Marvilia, buscaba soldados que lucharán en sus filas para ayudarla a reconquistar su reino.

—L... los reclutas en potencia parecen más que d... dispuestos a ponerse a vuestro servicio, Su Malignidad Imperial —le había señalado Vollrath, tiritando en una esquina de San Petersburgo—. L... lo único que t... tenéis que hacer es elegir un lugar donde e... estableceros hasta que regresemos a Marvilia, para que los que quieren ser s... s... soldados sepan donde e... encontraros.

Roja, a diferencia de sus acólitos, era inmune al frío y al viento cortante.

—Entonces tenemos que instalarnos en la misma ciudad en que vivió mi sobrina —había respondido ella—, para corromper cualquier rastro de Imaginación Blanca que su presencia haya podido dejar en el lugar.

Así pues, Vollrath y Sacrenoir se habían llevado a Roja a Oxford, Inglaterra, y una vez allí la habían acompañado por las calles de aquella ciudad de provincias y los patios interiores de la Universidad de Oxford. Su Malignidad Imperial no había tardado mucho en percatarse de que no podría vivir allí.

—Me dan náuseas esas encantadoras callejuelas y esas tiendas pintorescas —había anunciado Roja—. Esas cosas le van como anillo al dedo a mi sobrina. Por mí, que se lo quede.

Poco después, Roja se paseaba por las calles de la capital de Inglaterra. Una mujer de expresión altanera con un gato ronroneante sobre el hombro, seguida por más de cien maleantes internacionales. Los londinenses se habían quedado mirándola boquiabiertos cuando ella llamó a Vollrath y a Sacrenoir a su lado para decidir dónde establecerse.

—Siempre está el palacio de Buckingham.

—No es digno de mí —había replicado ella con desdén—. No pienso dignificar a su «reina» apoderándome de su casucha.

—Entonces sin duda las mansiones de sus duques y duquesas os parecerán más indignos de vos.

—Sin duda.

—Existe otra posibilidad —había apuntado Vollrath—. Se trata de una estructura enorme, en su mayor parte de hierro y vidrio, cuyo tamaño simboliza ante muchos la fuerza de un imperio poderoso, así como la imaginación sin límites. Dicen que alberga las maravillas de la época, desde el martillo pilón accionado por vapor hasta la prensa hidráulica, pasando por armas de fuego, muebles, pianos, cerámica, perfumes, escafandras, telas y...

—¡Basta! —había ordenado Roja—. No espero gran cosa de las imaginaciones terrícolas, pero con tal de que te calles, permitiré que me lleves allí.

El palacio de Cristal estaba en Sydenham Hill, en el sur de Londres, y era una elaborada obra de hierro con 300 000 metros cuadrados de superficie de vidrio. Sin embargo, sus grandiosas salas —muestras del progreso tecnológico y del ingenio humano— casi se veían eclipsadas por sus parques cuidadosamente diseñados, con cascadas y lagos artificiales en cuyo centro se elevaban chorros de agua de seis metros de altura.

—¿Qué os parece? —había preguntado Vollrath junto a los lagos Bajos, a la orilla de los cuales se alzaban estatuas de dinosaurios de tamaño natural.

—Bueh —había gruñido Roja—. Supongo que tendré que conformarme con esto.

Como era domingo, el palacio de Cristal estaba cerrado al público. Para gran desilusión de los soldados de Roja, salvo por algunas ventanas rotas y un par de escaramuzas con guardias de seguridad solitarios, habían tomado el palacio sin contratiempos. Y ahora, cuando Su Malignidad Imperial caminaba por la sala italiana, atisbó su reflejo en un espejo decorativo; vio a una líder carismática y cristalgénica (o eso le pareció a ella) embutida en un vestido terrícola que la favorecía poco. Con un movimiento desdeñoso del brazo, convirtió el hilo y el tejido de seda en tallos de rosas, y los volantes de encaje en flores cuyas bocas de pétalos se abrían y se cerraban haciendo castañetear los dientes.

El Gato saltó del hombro de Roja y se transformó en un asesino antropomorfo, lo que suscitó un murmullo de asombro entre los reclutas que nunca lo habían visto en su encarnación más peligrosa.

—La alta sociedad de la Tierra tendrá que tomarnos en serio ahora —comentó Roja.

—Bien —ronroneó el Gato.

Roja podría haber declarado su presentación oficial en la sociedad terrícola en

domingo, pero no fue sino hasta el lunes que la sociedad terrícola se enteró. Los empleados del palacio —cajeros, porteros, guías de visitas y guardias de seguridad— se presentaron en su lugar de trabajo aquella mañana como de costumbre, pero en vez del silencio conventual de siempre, se encontraron a los soldados de Roja vagando entre vidrios rotos, estatuas derribadas, muebles destrozados y obras de arte profanadas. La visión de la horda de Roja bastó para que incluso el portero más valiente palideciera y echara a correr, pero cuando la propia Roja y el Gato aparecieron, atraídos por el ruido que hacían las tropas al aterrorizar a víctimas frescas, los más impresionables echaron un vistazo al rostro espectral de la reina y a las garras centelleantes del asesino y se desmayaron en el sitio. Llegó una unidad de *bobbies*, pero al fijarse en la variopinta multitud de allanadores, los agentes del orden no cargaron contra ellos con el coraje que habrían demostrado ante un enemigo más reconocible.

—¿Quiénes son esos hombres de aspecto ridículo con gorros redondos? —se sonrió Roja—. Sólo van armados con porras.

Más para ejercitar su imaginación que por otra cosa, ella hizo chascar los dedos frente a ellos. ¡Timp, timp, timp, timp!

Los *bobbies* sintieron pinchazos de perdigones en la piel bajo el uniforme: no se trataba de bolitas habituales de acero o metal, sino de peniques. Del techo empezaron a llover billetes. Los *bobbies* se llenaron los bolsillos tan deprisa como pudieron y huyeron del palacio. Las autoridades no podían hacer nada para desalojar a Roja y a sus seguidores de su nueva morada.

Pronto acudieron periodistas a Sydenham Hill, jugándose la vida para entrevistar a la mujer capaz de desencadenar tormentas de dinero a su voluntad.

—Sí, dejad que informen al patético público del advenimiento de Roja de Corazones —dijo Su Malignidad Imperial cuando Vollrath le explicó qué querían—. Me he revolcado en el anonimato durante demasiado tiempo.

Cada vez que se publicaba un nuevo artículo en el periódico, Roja sacaba a pasear a su mascota asesina para recrearse con el caos que ella y el Gato sembraban; los londinenses corrían en todas direcciones cuando los veían.

Roja organizó sus tropas según un criterio jerárquico convencional; dividió a los menos talentosos en compañías de cincuenta y dos soldados, y puso al frente de cada compañía a una recluta con más dotes imaginativas que sus subalternos. Estas capitanas estaban bajo las órdenes de comandantes de batallón más hábiles que ellas. Cada comandante tenía a su cargo a cinco capitanas, y era a su vez subordinada de las reclutas más talentosas, que estaban bajo las órdenes directas de Roja. En este rango más elevado estaba la baronesa Dvonna, que tenía el don de absorberles la imaginación a los niños terrícolas jóvenes e inexpertos que aún no dominaban del todo sus habilidades, dejándolos en un estado crónico de letargo, apatía y decaimiento. No quedaba muy claro qué eficacia tendría este poder contra los marvilianos, pero a Roja le complacía que la mujer hubiese contaminado la Tierra

con una generación de niños amargados. Por añadidura, la baronesa tenía bajo su control a muchos de esos niños, que, si no servían para otra cosa, al menos podían usarse en primera línea como carne de cañón contra las fuerzas de Alyss.

En la cúpula militar de Roja se encontraba también Alistaire Poole, un cirujano y enterrador autodidacta con cierta afición a practicar autopsias a gente que no estaba muerta en absoluto. Sus armas preferidas eran el escalpelo y la sierra para huesos. Estaba Siren Hecht, una exmarviliana cuyas habilidades consistían en conseguir por medio de la imaginación que su voz alcanzara notas tan agudas y penetrantes que los gerentes de banco caían al suelo, paralizados de dolor, mientras ella cogía lo que le apetecía de la cámara acorazada. Completaban la lista de subalternos de Roja los marqueses X del País Vasco español y que, para desgracia de los cabreros locales, eran entendidos en hipnosis y en artes ocultas; el señor Van de Skülle, un tratante de esclavos originario de las Antillas Holandesas que se había convertido en un tipo peligroso durante la guerra de Secesión americana y manejaba con especial destreza un látigo con un pincho en la punta; y, por supuesto, Sacrenoir.

Mientras que Vollrath había reunido a esta elite de practicantes de la Imaginación Negra para convencerlos de que se pusieran al servicio de Roja, los reclutas de menor rango —infantes, soldados rasos— habían viajado desde todos los rincones del mundo para tener la oportunidad de formar fila ante Su Malignidad Imperial y someterse a su inspección y sus preguntas. Dos veces por semana, Roja reclutaba a nuevos soldados entre esta masa de aspirantes, y les pasaba revista mientras Vollrath le describía los talentos de cada uno.

—Como sabéis, Su Malignidad Imperial —le explicó el preceptor una noche—, a la mayoría de los imaginacionistas se le da bien una sola cosa, del mismo modo que un marviliano común y corriente puede estar dotado para las matemáticas pero no para la poesía. Aquí tenéis un ejemplo. —Roja y el preceptor se encontraban ante un hombre de pecho hundido cuyas ropas harapientas y barba enmarañada le conferían el aspecto de alguien recién rescatado de una isla desierta—. Este exmarviliano no sabe hacer otra cosa que disparar bolitas por los codos.

—¿Por los codos? —Roja frunció el ceño—. Que me lo enseñe.

El hombre dobló los brazos y, tras un momento de concentración, unos discos diminutos salieron volando de sus codos huesudos y se estamparon con un golpe seco contra la pared.

—¡Tsst! —resopló Roja con indiferencia. Llevó a cabo su selección. De pronto, había soldados a lo largo de todo el perímetro de la sala. Ella, con Vollrath y sus comandantes a la zaga, se dirigió hacia la salida, diciendo en voz muy alta—: Por lo que respecta al resto de vosotros... ¡adiós! —Para cuando se encontró con el Gato en el pasillo, los rechazados —entre ellos el que disparaba por los codos— habían sido sumariamente ejecutados.

El asesino felino de Roja acababa de regresar de una de sus incursiones nocturnas en la ciudad. Ni siquiera Su Malignidad Imperial sabía adónde iba o qué hacía

durante esas salidas, pero invariablemente volvía cargado de pájaros muertos que depositaba a los pies de su ama. Sin embargo, aquella noche, entre los cuerpos, había también un libro.

—Te crees muy intelectual, ¿no? —espetó Roja, furiosa, cuando lo vio—. ¿Pretendes superarte por medio de la lectura?

—Fijaos en el título —le indicó el gato.

El libro voló hasta la mano de Roja. *Alicia en el país de las maravillas*.

—¿Alicia? —dijo Roja.

—Es sobre vuestra sobrina —dijo el Gato—. Está lleno de mentiras estúpidas sobre Marvilia, pero aquí es muy conocido.

—¿Alguien ha escrito un libro sobre mi sobrina? —Roja se volvió hacia su preceptor—. ¿Tú sabías algo de esto?

—Os juro que no —mintió Vollrath.

Ella abrió el libro entre sus manos. Paso las páginas de principio a fin con la imaginación —¡Un escritorzuelo terrícola había inmortalizado a Alyss!—. Cerró el libro con brusquedad. Dio unos golpecitos en la cubierta con uno de sus largos dedos, bajo el nombre del autor.

—¡Encontrad a ese tal Lewis Carroll y traédmelo!

El Gato se marchó a toda prisa. Sacrenoir y los comandantes se escabulleron para imponer disciplina a sus tropas.

Roja miro con el entrecejo fruncido en dirección a la sala del Renacimiento del palacio, donde los reclutas rechazados yacían inertes en el duro y frío suelo.

—A este paso, tardaré media vida en conseguir la mitad de los soldados que necesito.

—¿Y qué os parece —sugirió Vollrath, ejecutando una genuflexión con las orejas —, si alguno de nosotros volvemos a Marvilia en busca de vuestro laberinto mientras Sacrenoir y los demás siguen reuniendo un ejército aquí?

A pesar de sus múltiples demostraciones de fuerza imaginativa, Roja sabía que sus poderes se habían debilitado. Ella nunca lo habría reconocido —seguía siendo cien veces más poderosa que cuantos la rodeaban—, pero se hallaba demasiado lejos del Corazón de Cristal. Tenía que acercarse a él de nuevo, embeberse de energías frescas, y cuanto antes mejor.

En el ala conmemorativa del palacio de Corazones, Alyss estaba sentada en una réplica exacta del sofá favorito de su madre, contemplando con expectación un espejo, como si esperase encontrar la sabiduría de los años en su superficie reflectante.

«¿Por qué tantos gobernantes se convierten en tiranos y son más participes de la Imaginación Negra que de la Blanca? Porque reinar hace que te vuelvas egoísta. ¿Cómo iba a ser de otro modo, si todos los que te rodean hacen lo que les mandas, o se abstienen a decir lo que piensan por miedo a disgustarte? Cómo no va un gobernante a ser cada vez menos tolerante con las personas o cosas que lo contrarían. Pero mamá no era de ese modo... ¿o sí?».

—Reina Alyss.

No había reparado en que Jacob y el general Doppelgänger habían entrado a la habitación. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí parados?

—Hemos descubierto algo curioso —le comunicó Jacob.

—Casi me da miedo preguntar a qué te refieres con «curioso».

—Y a mí casi me da miedo decírtelo, mi querida Alyss. Pero al parecer los imaginacionistas que se encontraban en el Continuo en el momento en que Molly sufrió aquel... ¿cómo llamarlo?... aquel contratiempo, sí, bueno... Por lo visto esos imaginacionistas ahora se ven incapaces de ejercitar sus habilidades. Nos han llegado informes de magos que no pueden hacer magia, de escritores que no pueden escribir, de músicos que no pueden tocar sus instrumentos o componer, y de inventores que no pueden inventar. En pocas palabras, del mismo modo que la energía que Molly la del Sombrero liberó sin darse cuenta ha inutilizado el Continuo de Cristal, ha hecho otro tanto con los poderes de los imaginacionistas.

—Al menos la energía parece estar disipándose con el tiempo —terció el general Doppelgänger—. Cuando uno de mis soldados intenta entrar en un portal especular, la energía lo repele, pero con menos fuerza que antes. Seguramente el Continuo estará de nuevo a disposición de los ciudadanos en breve. Esperamos que aparezca algún resto del arma causante de todo esto una vez el Continuo vuelva a ser practicable, pero no contamos con ello.

Alyss guardó silencio, mirando el espejo. Jacob hizo un gesto con una oreja, y el general captó la indirecta.

—Reina Alyss, si me disculpáis, debo ocuparme de... algo. Por favor, aceptad mi felicitación.

Alyss se quedó sorprendida.

—¿Por qué?

Pero las pisadas del general ya resonaban por el pasillo. Jacob enderezó las orejas, que estaban apuntando hacia la puerta, a fin de estar alerta a los sonidos de su entorno inmediato. Echó un vistazo al espejo que tan embelesada tenía a Alyss.

—¿Lo has encontrado? —preguntó el preceptor.

Somber. Con el ojo de su imaginación, Alyss había localizado al bonetero hacía menos de media hora lunar, pero en una situación idéntica a la de las veces anteriores: en vez de estar inmerso en negociaciones para conseguir la liberación de Molly, seguía al rey a todas partes como uno de sus ayudantes; lo acompañaba durante banquetes, discursos, juegos de azar y maniobras militares. El comportamiento de Somber resultaba curioso, en el peor sentido de la palabra.

—No —mintió Alyss—. Aún no he dado con él.

La desobediencia del bonetero había requerido un cambio de estrategia: ella había tenido que ordenar al caballo y la torre, que ya iban en camino hacia la casa de juego el Cubil del Vicio para reunirse con Arch, que arrestaran en cambio a los Señores de Diamantes, dejando que Somber intentara liberar a Molly como estimase oportuno. No había alternativas factibles. Que esto fuera o no a acarrear consecuencias para el bonetero dependía, hasta cierto punto, de lo que ocurriese con Molly, así como de la actitud de él cuando regresara a Marvilia con su hija..., si es que regresaba.

—También he estado buscando a Molly —dijo Alyss—. En Ciudad Límite y en la provincia de Ganmede...

Jacob se sentó a su lado en el banco acolchado.

—Pero ¿tampoco la ves a ella?

—No.

Arch se había puesto en contacto con ella poco después de la llegada de Somber a Confinia. «Reina de Corazones —había atronado el rey—, me alegro por el bien de Molly la del Sombrero, de que haya enviado al bonetero a negociar en su nombre, tal y como pidieron los ganmedas. El señor Logan es un negociador magnífico, y yo confío plenamente en que pronto llegará a un acuerdo con los ganmedas respecto a las condiciones de la liberación de Molly. Pero ¿para qué oírlo de mi boca, si te lo puede contar el mismo Somber?».

A continuación, el hombre de la Bonetería se había puesto el aparato, y Alyss había esperado que él le diese una pista para interpretar su conducta. Sin embargo, pálido como una hoja de papiro en blanco, Somber se limitó a corroborar lo que Arch ya le había dicho: que estaba negociando la liberación de Molly y que había motivos para el optimismo.

Sin duda él sabía que ella lo buscaría con el ojo de su imaginación, y por tanto debía de imaginarse también que lo había visto ir de un lado a otro con Arch, lo que a su vez significaba que era consciente de que Alyss sabía que mentía sobre las negociaciones. Y aun así, había mentido. ¿Por qué? Incluso si Arch estuviese interviniendo la comunicación, una ligera inclinación de la cabeza o movimiento de los ojos en momentos clave habría bastado para que Somber le diese a entender la precariedad del papel que había asumido. Con un parpadeo en clave, habría podido confirmarle que todo lo que le había visto hacer lo había hecho por Molly y por el reino. ¿Acaso su cariño hacia la joven lo habían convertido en un desertor?

—Creo que tal vez yo también debería felicitarte —dijo Jacob.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en felicitarme?

Jacob guiño el ojo y le dio varios golpecitos con el codo.

—¿Qué por qué? Entiendo que no quieras anunciarlo a bombo y platillo, Alyss. Pero no por nada he vivido a lo largo de incontables generaciones, y creo que incluso si el reino no estuviera atravesando un momento difícil, no habrías optado por hacer alarde de tu indiferencia hacia una práctica a la que se han ceñido las reinas de Marvilia al menos desde la época en que nací. —Le guiñó el ojo de nuevo y le dio más golpecitos con el codo, con las orejas agitándose juguetonas en lo alto de su cabeza.

—Jacob, ¿de qué demonios estás hablando?

—Aunque si tienes la intención de casarte con alguien de rango inferior —puntualizó el preceptor—, creo que puedes romper más radicalmente con la tradición eligiendo a alguien que esté por debajo de un guardia de palacio.

Alyss se ruborizó.

Jacob se inclinó hacia ella y le habló en un tono tranquilizador, con sinceridad:

—Tus recientes muestras de afecto han sido admirablemente sutiles, querida, pero ahora que no ocultáis vuestros sentimientos a vosotros mismos, es imposible que los ocultéis al resto de nosotros..., o al menos a mí. Te felicito por tu compromiso con Dodge.

—Bueno, técnicamente, no estoy segura de que...

—Los tecnicismos son para los ingenieros, Alyss. Apruebo tu elección de Dodge como esposo aunque, técnicamente, no me esté bien decirlo. Pero sé condescendiente con este vetusto albino sabio, y no me riñas por darte mi aprobación, ¿quieres?

Al cabo de un rato, Alyss dijo:

—Gracias. —La conversación sobre Dodge y el amor la había hecho pensar de nuevo en Somber y en las posibles razones para su preocupante comportamiento en Confinia.

«Tiene mucho que ver con Arch, estoy segura».

A lo largo del juicio, los Señores de Diamantes habían proclamado su inocencia, asegurando que el rey de Confinia les había tendido una trampa. Las pruebas indicaban lo contrario: eran tan irrefutables que los contactos de los Diamantes en el tribunal no los habían salvado de una condena a veinte años lunares en las minas de Cristal.

—Dudo que los Señores de Diamantes sean tan inocentes como afirman —dijo Alyss—, y, sin embargo...

—¿Crees que hay algo de cierto en lo que han declarado sobre Arch? —preguntó Jacob—. ¿Que lo de entregar el arma misteriosa a Molly fue idea suya?

—Sí.

—Ya hemos hablado de esto, Alyss. Por muy indefensa que esto te haga sentir, cuando el rey Arch está por medio, no se puede hacer nada. No sería prudente

acusarlo de traición contra Marvilia, sobre todo si nos basamos exclusivamente en los testimonios de los de Diamante.

—Lo sé.

Jacob desplegó una de esas sonrisas tristes que denotaban una vida entera de conocimientos acumulados, no todos ellos alentadores.

—Pero lo que sabes y lo que sientes son dos cosas distintas, ¿no?

Ella asintió.

—Es una lección difícil —aseveró el preceptor—, una de las más difíciles de todas: asimilar que, pese al enorme poder de tu imaginación, hay ocasiones que no puedes hacer nada.

Arch había descubierto hacía tiempo que su mejor defensa consistía en protegerse contra lo que él haría si fuera su propio adversario. De haber estado en la situación de Somber —que se había llevado una gran impresión al encontrarse con Weaver y cuya hija estaba prisionera—, Arch habría tomado la misma decisión del bonetero; él también se habría unido a la tribu. No obstante, se recordó el rey a sí mismo, este acto por parte de Somber no debía interpretarse como una muestra de lealtad auténtica.

Si él hubiera sido Somber, lo habría hecho con el fin de ganar tiempo para averiguar lo máximo posible sobre el paradero de Molly y para ponerse al día con Weaver. Haría todo lo que le ordenaran hasta el momento en que estuviera en condiciones de llevar a cabo el rescate de Molly. Convencido de que Somber tramaba lo que él imaginaba, Arch no dejaba al bonetero ir a ningún sitio sin vigilancia. Somber comía con Ripkins y Blister y dormía en un catre en la misma jaima que ellos.

En las ocasiones en que le concedían permiso para charlar con Weaver, siempre había un ministro de inteligencia cerca, observando, escuchando. ¿Era imprudente dejar que el bonetero conversara con Weaver? Arch no creía que lo fuera. Por el contrario, el afecto que él mismo le había mostrado a Weaver y la «amistad» que había surgido como consecuencia podían confundir a Somber, socavar su firme lealtad hacia el clan de Corazones hasta que, en aras de la seguridad de su familia, acabara por aceptar a Arch como su rey. Somber podría pasar de fingir fidelidad hacia él a profesársela de verdad.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Arch. Levantó el hilo de seda en alto, sujetándolo tirante entre sus manos. El hilo destellaba bajo la luz. Si el bonetero sabía qué era, no lo dijo—. Es seda producida por una de las seis orugas oráculo de Marvilia —explicó Arch—. Me parece que ésta (cuesta distinguirlo en esta luz) es de color naranja. Sé que estás familiarizado con las cualidades de la seda de oruga, Somber, así que es inútil que intentes disimular.

—Mi chistera está hecha en parte de esa seda.

—Así es. Tu chistera contiene hilos de las orugas azul y morada, que son los que le confieren sus propiedades extraordinaria como arma. Como ves, sé cosas que no esperabas que supiera. La hiladora que enseñó a los boneteros a fabricar sus sombreros de ese modo... ¿cómo se llamaba?

—La señorita Hado.

—La señorita Hado, eso es. Pobre señorita Hado. Cuando Roja tomó el control de Marvilia, no duró mucho más tiempo que la reina Genevieve. Sin embargo, pese a la determinación de Roja de borrar a los boneteros de la faz del mundo, fue algo descuidada a la hora de deshacerse de sus sombreros. Si hubieras conseguido eludir a los vitróculos después del golpe de Estado de Roja, Somber, podrías haber visitado a los numerosos contrabandistas de Marvilia y comprado los sombreros de tus colegas

de la Bonetería asesinados. Eso sí, habrías tenido que darte prisa, pues no habrías sido el único comprador. La oferta de sombreros de la Bonetería, que nunca había sido muy abundante, se volvió cada vez más limitada a medida que algunos marvilianos los deshilaban, tratando de descubrir cómo funcionan los hilos de oruga. Supongo que nadie lo consiguió, pues de lo contrario ya lo sabríamos.

—Sin duda vos lo conseguisteis, Majestad —dijo Somber—, pues de lo contrario yo no estaría aquí.

Arch jugueteó con su hilo de oruga, enrollándoselo en un dedo y desenrollándolo.

—No me sonsacarás más información de la que estoy dispuesto a revelarte. Te la suministraré poco a poco, en cantidades pequeñas, del mismo modo que vuestras orugas segregan la seda por su hilera. Te diré lo mínimo imprescindible para que realices la tarea que te encargaré. Y ahora, veamos, ¿qué otra cosa te sorprendería que yo supiera?

Al intentar coleccionar los detalles del plan de Arch, Somber había llegado a la conclusión de que, en efecto, había sido una casualidad. Arch no habría podido traer a Weaver a Confinia como parte de la trama que estaba urdiendo. Para ello, el rey habría debido estar al tanto de la relación entre Weaver y él antes de que ella se marchara del cuartel general de los alysianos en el bosque Eterno con rumbo al Pico de la Garra. Habría tenido que convencer a Weaver de que abandonase a Molly en el campamento y emprendiese un viaje peligroso hasta el Pico de la Garra, o bien saber de antemano no sólo que ella tenía la intención de hacer eso, sino cuándo pensaba hacerlo. Y, por muy astuto que fuera Arch, ninguna de estas alternativas era factible. Ripkins se había topado con Weaver en el Pico de la Garra, y Arch, al enterarse de quién era, había cultivado una relación con ella por si algún día pudiera resultarle útil. Y era obvio que ese día había llegado.

—Sé —prosiguió Arch— que el emplear seda de oruga para tejer un sombrero de bonetero, la mezcla de colores y la cantidad que se utiliza de cada color son determinantes para dar sus propiedades especiales a la prenda. Sé que el tipo de punto con que se entretejen los hilos es igual de importante. En otras palabras, las combinaciones diferentes de seda de oruga producen armas diferentes. Por ejemplo, cuando coges un poco de hilo verde y un ovillo de hilo amarillo del tamaño de un guijarro y los entrelazas con punto de mariposa, más vale que tengas un recipiente revestido de circonio donde meterlo, pues habrás obtenido algo no muy distinto de lo que inutilizo recientemente el Continuo de Cristal de Marvilia. También sé que a cada uno de los boneteros se les enseña a fabricar su propio sombrero, pues se creía que debíais dar a luz, por así decirlo, el arma que se convertiría en una prolongación de vosotros mismos.

—Vuestros conocimientos están a la altura de vuestra autoridad, Majestad —lo alabó Somber.

—Y todos los sombreros de la Bonetería estaban formados por un par de tramos de hilo de oruga, como máximo. Con frecuencia eran de un solo color, ¿no es cierto?

—Hasta donde yo sé, sí. Mi experiencia se limita a la confección de mi chistera.

—Somber, ¿y si te dijera que tengo seda suficiente de las seis orugas oráculo de Marvilia para tejer sombreros de la Bonetería durante generaciones?

Somber no dijo nada, esperando que Arch respondiera a su propia pregunta. ¿No pretendería que el bonetero más destacado de su época se quedara sentado fabricando chisteras para las fuerzas de Confinia?

—¿Estáis seguro de que no son falsos, Majestad? —preguntó al fin.

—Estoy seguro.

Se miraron por unos instantes en silencio.

—No me has preguntado cómo he llegado a acumular tanta seda de oruga, Somber.

—No es asunto mío, Majestad. Mi deber es hacer lo que ordenéis, demostraros mi lealtad y conseguir con ello la libertad de mi hija.

—No sé por qué insistes en creer que la libertad de tu hija está en mis manos —replicó Arch con el entrecejo fruncido—. Queda una cosa por hacer para que ADELA esté en perfecto estado operativo. Pronto cumplirás tu función, Logan, y entonces sabremos hasta dónde llega tu lealtad hacia mí.

La jaima de los guardaespaldas era una casa típica de solteros confinianos: en los catres había edredones de piel de unicornio, y todos los muebles eran de aleación de plata y cuero de diferentes animales. Buena parte del espacio dentro de la tienda estaba ocupado por una matriz de entretenimiento equipada con cabina de realidad virtual, holopantallas de 360 grados, un traje-mando y suficientes botones, diales e interruptores para marear al más experto en tecnología.

Somber estaba lavándose frente a la jofaina, preparándose para salir por la noche, mientras Ripkins lo observaba, repantigado en su catre con los pies cruzados y las manos entrelazadas tras la cabeza.

—¿Seguro que no tiene amigas? —lo pinchó Ripkins, poniendo los pies en el suelo e inclinándose para coger la chistera de Somber, que descansaba inocentemente sobre el catre del bonetero. Examinó su forro como un mercero inspeccionando el género de un competidor—. Porque yo daría lo que fuera por encontrar una relación profunda y duradera como la que tienes con Weaver. ¿Tú no, Blister?

Blister, sentado ante la mesa entre recipientes de comida para llevar y platos sucios, pellizco la última hoja de una rama de olivo que sobresalía de un jarrón hasta matarla.

—No —respondió.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Ripkins, poniéndose la chistera de Somber en la cabeza.

El bonetero se volvió rápidamente y le asestó un manotazo al ala del sombrero, de modo que voló de la cabeza de Ripkins a la suya.

—Me sienta mejor a mí. —Se tiró de las solapas de la chaqueta, enderezó los hombros y se volvió hacia la salida para marcharse.

—Te conviene saber —dijo Blister— que fuimos bastante blandos contigo en el Cubil del Vicio.

—¿Ah, sí? —dijo Somber—. Qué irónico, porque yo fui bastante blando con vosotros. —Dicho esto, el bonetero salió de la jaima a la noche de Confinia.

Weaver lo esperaba fuera de la taberna Sala Viviente, así llamada porque sus mesas y sillas estaban tan vivas como los clientes. Somber levantó la guardapuerta para dejar pasar a Weaver y...

—Ah, los Logan —saludó su mesa habitual cuando entraron—. ¿Dónde desean que me coloque esta noche? Tenemos algo de espacio junto al bufé de halcones mágiles.

Los muebles de la Sala Viviente, hechos de cortezas de hidropónicas que se daban en las zonas pantanosas de Confinia, utilizaban las raíces desnudas que tenían en la punta de las patas para desplazarse, y las sumergían en tinas de agua cuando no estaban atendiendo a los clientes. Dos sillas se acercaron. Una de ellas, cruzándose con otros muebles enfrascados en tareas parecidas, llevó a Somber al bufé de la ribera, que ofrecía trece especies diferentes de pescados del río Bookie, mientras la otra silla transportó a Weaver a la barra de ensaladas. Después se reunieron ante la mesa habitual, que se había apostado cerca del bufé de halcones mágiles.

—¿Han avanzado en su intento de recuperar a su hija? —preguntó la mesa.

—No lo suficiente —respondió Weaver dirigiendo a Somber una mirada significativa.

—Siento mucho oír eso —dijo la mesa—, pero estoy segura de que las cosas saldrán bien, sobre todo si el rey Arch les ayuda. Bien, ¿qué desean beber?

Somber y Weaver se zambulleron de nuevo en el tráfico de sillas que iban de un lado a otro, para llenar sus copas. Cuando regresaron a su mesa, ésta guardó silencio, respetando su derecho a intimidad mientras cenaban. Sin embargo, Weaver parecía decidida a proteger su propia intimidad y se comió su ensalada, pausadamente, hasta dejar al fin el tenedor en el plato con un ruido metálico.

—Sé que has estado haciendo todo lo posible y que los ganmedas plantean exigencias absurdas...

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro de Somber.

—Arch me mantiene informada —explicó Weaver—. El caso es que sé que no estás tan acostumbrado a negociar como a... a pelear, pero creo que al menos deberíamos pedir pruebas diarias de que Molly está bien, ¿tú no? Precisamente porque las exigencias de los ganmedas son tan exorbitantes.

—Me encargaré de ello —aseveró Somber, sin atreverse a decirle que los únicos ganmedas que había visto eran un par de sastres de Arch y que, de momento, no había entablado negociaciones con nadie, a menos que contara como negociación su entrevista reciente con Arch. De modo que, mientras Weaver, esforzándose por estar

animada, le hablaba con orgullo de la madurez y la belleza de Molly, y de lo felices que serían cuando los tres viviesen juntos por fin como una familia, el bonetero se encerró en sus pensamientos.

Suponiendo que Ripkins se había topado con Weaver por casualidad en el Pico de la Garra, la pregunta era qué estaba haciendo allí el guardaespaldas. ¿Espiar el puesto fronterizo cercano? Era posible, pero no probable, ya que había muchos otros puestos marvilianos de igual o mayor importancia estratégica para Arch.

—¿Por qué sacudes la cabeza, Somber? —preguntó Weaver—. ¿No quieres contemplar siquiera la posibilidad de establecer nuestra residencia en Confinia? Sé que tienes responsabilidades para con la reina Alyss y la Bonetería, pero podríamos vivir aquí parte del año, ¿no?

—Tal vez.

Somber supuso que tenía algo que ver con ADELA, que Ripkins había acudido al Pico de la Garra para preparar la puesta en funcionamiento de esta arma. Él mismo no había visto nada fuera de lo normal durante la temporada que pasó en el Pico de la Garra, pero, por otra parte, tampoco había estado alerta por si veía seda de oruga. Pero ¿por qué pensaba en eso siquiera? No estaba en situación de partir en misión de reconocimiento al Pico de la Garra; incurriría en la ira de Arch y pondría en peligro la vida de Molly.

—Lo siento —decía Weaver—. No es mi intención quejarme ni echarte la bronca, es sólo que... estoy muy preocupada por Molly. Nuestra hermosa y pequeña Molly.

—Lo sé —dijo Somber—. Lo sé. Yo también.

No tenía elección. Debía quedarse allí, atrapado entre su deber para con su familia y su deber para con el reino, incapaz por el momento de cumplir con ninguno de los dos.

Desde que Roja y el Gato saltaran al interior del Corazón de Cristal, había naipes soldados vigilando el estanque de las Lágrimas por si salía a la superficie cualquier cosa procedente de la Tierra que se les pareciera, físicamente o en espíritu. Pero no había suficientes naipes soldado para disuadir a los marvilianos inconsolables de arrojarlos ellos mismos al estanque. Delincuentes, fugitivos, personas que habían quedado en quiebra..., de vez en cuando, ciudadanos desesperados se abalanzaban hacia el estanque, pasaban a toda velocidad junto a los soldados que montaban guardia y se zambullían en el agua.

Antes de que el Valet de Diamantes gastara el último cristal que le quedaba en el bolsillo en sobornar a un guardia fronterizo para que lo dejaran volver a Marvilia, recaló en varios campamentos satélite de las tribus gnobi y scabbler, donde vio varios noticiarios y se enteró, para su gran humillación, de que habían condenado a sus padres por participar en una conspiración para asesinar a la reina Alyss de Corazones. En cuanto el caballo blanco se había presentado para arrestarlos a él y a su padre, él había comprendido que el rey Arch había estado engañándolos desde el principio; los había utilizado para que le entregaran su arma a Molly la del Sombrero y, ahora que habían cumplido su propósito, se desembarazaba de ellos.

—Seguramente nunca tuvo la intención de devolvernos el hectariado de Diamantes —gruñó el Valet—. ¡Si al menos tuviera cuatro puñados de cristales en el bolsillo, yo le tendería una trampa a él! ¡Ya le enseñaría lo que le pasa a quien le gasta jugarretas a mi familia!

Pero ése era el problema: aunque ahora estaba en Marvilia, no tenía acceso a los fondos de la familia, las cámaras acorazadas llenas de rubíes, esmeraldas y cristales. Como prófugo de la justicia, no podía ayudar a sus padres a escapar de las minas de Cristal, ni eludir a las autoridades durante mucho tiempo. Como no se le ocurrió otra salida, el Valet de Diamantes se dirigió enfurruñado hacia el bosque Susurrante y espío a los naipes soldado que patrullaban el acantilado que se alzaba sobre el estanque de las Lágrimas.

—¿Por qué, por qué, por quééééé? —gimió—. ¿Por qué tuvo Arch que fastidiarme la vida? ¿Qué le he hecho yo? —Tras pasarse un rato considerable atusándose los cabellos con incredulidad ante el lamentable estado en el que había caído, suspiró—: Vamos allá. —Y arrancó a correr tan deprisa como le permitían sus regordetas piernas hacia el borde del acantilado.

Qué extraño. Allí estaba él, un reo de noble linaje que se había fugado, y los soldados no sólo no intentaron detenerlo, sino que ni siquiera repararon en él, pues estaban demasiado ocupados mirando al estanque de las Lágrimas con las pistolas de cristal y los AD52 preparados. El Valet redujo la velocidad a un trote. Nadie se fijó en él. Cuando llegó a la orilla del precipicio, se detuvo. Como los soldados, bajó la vista hacia las aguas burbujeantes y turbulentas. Se estaban formando remolinos, primero

uno, luego otro y después otro.

Alguien estaba a punto de llegar.

TERCERA PARTE

Roja estaba en la sala medieval del palacio de Cristal, recostada en un banco de piedra y hojeando distraídamente *Alicia en el País de las Maravillas* mientras ejercitaba su imaginación; alrededor de ella varias Rojas de Corazones traslúcidas ejecutaban flexiones de rodillas, de espalda y estiramientos de los tendones, pero se desvanecieron en la nada cuando el Gato entró saltando con un gran saco de arpillera al hombro. Sin soltar apenas un maullido, el asesino felino desato el saco y tiro su contenido a los pies de su ama. De él cayó un hombre que se quedó mirando en derredor con los ojos muy abiertos, encogido, como si temiese que lo golpearan. Al ver a Roja, se abrazó las rodillas contra el pecho para ocupar el menor espacio posible, y se puso a murmurar una plegaria incesante.

—¿Eres Lewis Carroll? —le preguntó Roja.

—S... soy Charles D... D... Dodgson.

A Roja le tembló un párpado, cosa que, como bien sabía el Gato, preludiaba la violencia. El sicario le dio a Dodgson un golpecito en el cogote con la pata.

—Explícate —le ordenó.

El profesor de matemáticas del colegio universitario de Christ Church se frotó la cabeza y contestó haciendo un mohín.

—Soy Ch... Charles D... Dodgson, también conocido como L... Lewis C... Carroll, autor del libro que tiene usted... en la mano.

—¿No eres capaz de decir la verdad ni cuando se trata de tu nombre? —dijo Roja—. Me parece perfecto. —Lo rodeó, estudiando como para asegurarse de que aquel ser apocado que tenía ante sí era realmente el responsable de inmortalizar a su sobrina en la Tierra, y le preguntó—: ¿Sabes quién soy?

—¿Una mujer algo borrosa con un d... disfraz e... espantoso?

Roja, que se lo tomo como un cumplido, se pavoneó como una dama en un baile.

—Es horroroso, ¿verdad? —Varias rosas salieron serpenteando de la espesura del vestido y orientaron sus flores dentudas hacia Dodgson—. Soy Roja de Corazones. ¿Te habló de mí mi sobrina?

—No conozco a s... su sobrina.

Roja se rió.

—Señor Dodgson, creo que ya ha quedado claro que eres un mentiroso consumado, tanto en persona como... —dio una palmada a la cubierta de *Alicia en el País de las Maravillas*—... por escrito. Es por tu talento por el que te he hecho venir. Tu talento y tu desafortunada decisión de escribir un libro sobre Alyss de Corazones, que, desgraciadamente para ti por partida doble, se ha hecho célebre en este insulso mundo. Pero no me mientas hombrecillo insignificante. Has conocido a mi sobrina, y yo no toleraré que ella me haga sombra ni en Marvilia, ni en la Tierra, ni en ningún otro sitio. Vas a escribir un libro sobre mí, Dodgson. Me inmortalizaras, tal como has hecho con Alyss. Y más vale que se vendan más ejemplares de mi libro que de esa

sarta de tonterías que garabateaste sobre ella.

—P... pero si no sé nada sobre usted.

—Empezarás por escribir todo lo que mi sobrina te haya contado sobre su vieja y querida tía Roja. Lo demás... te lo inventas. —Roja se dirigió entonces a sus lugartenientes, que estaban alineados contra una pared, aguardando el momento que pudiesen serle útiles—. Señor Van der Skülle, llévate a este mi biógrafo a la sala griega, donde vivirá hasta que su manuscrito cuente con mi visto bueno. Encontrarás en la habitación los utensilios de escritura que necesitas —le dijo a Dodgson—. Quizá te percatarás de que, en cuanto entres en la sala, aparecerán gruesos barrotes en puertas y ventanas, pero no te preocupes. Sólo estarán allí para impedir que huyas.

Poco después de que Van der Skülle se llevara a empujones al reverendo Dodgson de la habitación...

—He encontrado uno, Su Malignidad Imperial —anunció Vollrath tras entrar en la sala, sin aliento—. Está cerca de aquí, en Cockspur Street.

Roja se volvió hacia sus lugartenientes.

—Sacrenoir, te dejo al mando hasta que regresemos. Por lo que respecta a los reclutas, debes alistar sólo a lo peor de lo peor, lo que, para mis fines, es lo mejor. Alistaire, Siren, venid con nosotros.

Fuera, en Cockspur Street, los peatones se dispersaron como ratas nerviosas cuando apareció Roja con Vollrath, el Gato, Alistaire Poole y Siren Hecht a la zaga.

—¡Allí! —dijo Vollrath, señalando un charco situado en un lugar donde no tenía por qué haber charcos: tras el escaparate de una papelería.

Sin vacilar o aminorar el paso, Roja hizo añicos el cristal, entró en el escaparate de la papelería y se dejó caer en el charco.

¡Sfuuuush!

La corriente la succiono hacia abajo y la hizo desaparecer de la vista. Vollrath, el Gato, Alistaire y Siren la siguieron de inmediato. Si aquel descenso por las aguas multidimensionales que amenazaba con reventar los tímpanos del viajero afectaba a Roja, no se le notaba en absoluto. Tenía el rostro impassible, inexpresivo, y los ojos bien abiertos mientras se hundía a toda velocidad, cada vez más hondo.

Entonces llegó el breve momento de suspensión en las profundidades oscuras, y después la gravedad inversa del portal comenzó a surtir efecto, empujando hacia arriba a Roja y a sus subalternos con velocidad creciente hasta que...

¡Splash! ¡Fablash! ¡Splashttt!

Salieron disparados del estanque de las Lágrimas hacia el cielo abierto, y casi al instante empezaron a llover cartas daga en torno a ellos y disparos de pistolas de cristal, que pasaban zumbando junto a sus cabezas. Antes de que Roja cayese de nuevo al agua, giró en el aire, con los brazos extendidos hacia los lados lanzando esferas generadoras con la punta de los dedos.

¡Huabuuuushkkkch! ¡Ba-ba-buuuuuzzzzchkchtt!

Se oyó el silbido del último disparo del enemigo. Los naipes soldado que

vigilaban el estanque de las Lágrimas ya no existían.

—Sabrán que estamos aquí —dijo Vollrath, flotando en agua.

—No, no lo sabrán. —Por medio de su imaginación, Roja había desviado hacia el vacío todos los mensajes de advertencia que los soldados habían intentado transmitir al general Doppelgänger a través de sus comunicadores especulares.

Una vez en tierra firme, el Gato le siseó al estanque y se sacudió la detestable humedad de su pelaje. Roja, ahora que estaba en la misma dimensión que el Corazón de Cristal, se sentía más fuerte que en mucho tiempo. Gesticuló violentamente, y el sonido de fondo no tan lejano que Alistaire y Siren habían estado oyendo ceso de golpe.

—El bosque Susurrante —dijo el Gato.

—Aquí nadie va a susurrar sobre mí —declaró Roja—. Alyss no se enterará de mi regreso hasta que yo haya recorrido mi laberinto Especular, y para entonces más vale que Sacrenoir haya reunido en la Tierra el ejército que necesito para combatir contra ella y sus tropas, o me encargará de que sus esqueletos hagan de él un tentempié de medianoche.

—Pero sabrán que hemos venido —insistió Vollrath.

Roja lo miro como si quisiera arrancarle la lengua de la cabeza.

—Las orugas —le aclaró el erudito—. Como pueden ver tanto el pasado como el futuro, sabrán que hemos venido y por qué.

El Gato se alisó los bigotes.

—En la época en que Su Malignidad Imperial detentó el poder por última vez —rememoró—, nos ordenó que acabáramos con esos gusanos trasnochados, pero cada vez que lo intentábamos, se lo veían venir y se escabullían hacia donde sea que se esconden los gusanos trasnochados para ponerse a salvo.

—Detesto la verdad —escupió Roja—, pero el Gato la está diciendo. ¿Por qué iban las orugas a quedarse sentadas y dejar que yo me acerque a ellas después de lo que he hecho? —le preguntó a Vollrath.

—¿No creéis en sus profecías? —inquirió el erudito, sorprendido. ¿Cómo era posible que un miembro de la familia de Corazones, que durante generaciones se había guiado por las profecías, no creyese en ellas?

—No me interesan las orugas ni sus predicciones —respondió Roja—. Que crea o no en ellas será irrelevante cuando esté en posesión del Corazón de Cristal.

—No si la profecía tiene que ver con el hecho de que consigáis o no el Corazón de Cristal —apuntó Vollrath con humildad.

—Cállate, preceptor. Para que estés más tranquilo, te diré que sí creo que si alguien puede decirme dónde está el Jardín de los laberintos Inacabados, esas son las orugas. Y ahora responde a mi pregunta: ¿cómo asegurarnos de que me dejarán acercarme a ellas?

Vollrath se estrujó las meninges de albino en busca de una respuesta, frotando entre sí las orejas como las manos de un terrícola preocupado. Las seis orugas de

Marvilia estaban al servicio del Corazón de Cristal, la fuente de energía de toda creación. En su mayor parte, se mantenían al margen de intrigas palaciegas o rivalidades políticas, y sólo se implicaban si creían que el Corazón de Cristal corría peligro. No les importaba mucho quién poseyera el cristal, siempre y cuando dejara que este irradiara libremente la imaginación, el impulso creativo y la inventiva a la Tierra y otros mundos.

—La última vez que gobernasteis —quiso saber Vollrath—, no intentasteis interrumpir de alguna manera el flujo de energía del Corazón de Cristal, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no, insensato! No me serviría de nada poner en riesgo su poder.

—Bien —dijo Vollrath alegremente y en voz lo bastante alta para que las clarividentes orugas tomaran buena nota de ello—. Entonces, mientras prometáis no destruir o dañar el cristal, ni perturbar en modo alguno su flujo cuando hayáis recuperado el poder, estoy seguro de que las orugas accederán a recibirlos. ¿Lo prometéis?

—Lo prometo —dijo Roja, echando humo.

—Excelente. —Por si no bastase con esto para garantizar la presencia de las orugas, y consciente de que sólo había una cosa a la que los oráculos no podían resistirse, Vollrath añadió—. ¡Cuando vayamos a verlas, llevaremos con nosotros muchas tartitartas!

El Gato oyó quebrarse una ramita tras ellos y dio media vuelta rápidamente, listo para saltar.

—¡En Roja confío! ¡El camino de Roja es el buen camino!

El Valet de Diamantes, que había echado el cuerpo a tierra en el instante en que Roja había emergido del estanque, había logrado sobrevivir al bombardeo desatado por ella mientras naipes soldado caían sin vida a diestro y siniestro. En cuanto hubo reconocido a los seres que nadaban hacia la orilla, había bajado corriendo para encontrarse con ellos.

—¡Allí donde va Roja, yo la sigo! —exclamó con un saludo marcial y salió de un arbusto cercano para acercarse a Su Malignidad Imperial.

—Salvo cuando eso implica saltar al Corazón de Cristal —gruñó Roja.

—No deberíamos dejar testigos —dijo el Gato.

—No, no deberíamos —convino Roja, y acto seguido, Gato derribó al Valet con una pata.

—Dejádmelo a mí —pidió Alistaire Poole con una sonrisa, extrayendo el escalpelo y la sierra para huesos de su maletín.

—No, a mí. —Siren Hecht abrió la boca, lista para utilizar el arma de su voz.

—¡Esperad! —gritó el Valet—. ¡Su Malignidad Imperial por favor! ¿Queréis matar al marviliano que más os puede ayudar?

Roja hizo una seña para indicarles al Gato, a Alistaire y Siren que aguardaran un momento.

—¿Qué le hace pensar a esa cabeza tuya de gordinflón que necesito ayuda de nadie? —inquirió.

El Valet se puso en pie con dificultad.

—Su Malignidad Imperial, no he podido evitar oíros cuando habéis salido a la orilla. Mentiría si afirmara que entiendo vuestras palabras sobre jardines y laberintos incompletos, pero os he oído decir también que consideráis que vuestro ejército en la Tierra no es lo bastante numeroso para luchar contra el de la reina Alyss..., es decir, vuestra sobrina traicionera. Sin embargo, yo puedo engrosar vuestras filas a reventar con las tribus de Confinia, las tropas más temibles que pueden encontrarse en este mundo..., aparte de los boneteros. Y los vitróculos. Y tal vez algunas piezas de ajedrez y...

—Continúa —lo conminó Roja.

—Bueno, si las veintiuna tribus de Confinia aunasen sus fuerzas contra Arch, su ejército no podría repeler el ataque. Pero los clanes no lo atacaran mientras él sea rey, pues los mantiene enemistados entre sí, haciéndoles creer mentiras que él les vende como información privilegiada y alimentando el odio de unos contra otros.

—Por eso lo respeto.

—Sí, pero yo convenceré a las tribus de que se unan bajo vuestras órdenes y se alcen contra Arch. Le diré que habéis prometido repartir Confinia entre ellos a partes iguales (cosa que podéis hacer o no, como gustéis) si ellos se enfrentan a las fuerzas marvilianas como vuestro ejército. Podríais ser reina de Marvilia y de Confinia.

Roja se quedó callada, pensativa.

El Valet echo una mirada nerviosa a la relumbrante sierra de Alistaire.

—Y, esto... os he oído decir que queréis ir a ver a las orugas —prosiguió—, pero si lo deseáis, puedo introducirlos de extranjis en Confinia sin que Alyss o su gente os descubra... Conozco un guardia que se deja untar la mano. Sé dónde se encuentra acampado en estos momentos el séquito real de Arch, y el viaje desde allí hasta el valle de las Setas no es muy largo.

—Tengo poderes suficientes para entrar en Marvilia sin tener que recurrir al soborno —repuso Roja con desdén.

—Por supuesto. Sólo quería decir que... —Cada vez más desesperado, el Valet se puso a gimotear—: ¡Señora mía! Como fruto de un plan para arrebatarme el poder a Alyss, el rey Arch traicionó a mis padres, que han sido enviados a las minas de Cristal. ¡Estoy en la ruina, sin amigos y sin pelucas! Sólo tengo una razón para quedarme en este mundo, un principio moral por el que regir mi vida: destrozarle la vida a Arch, tal como ha hecho él con mi familia.

—¿Por qué no lo has dicho antes? Sólo por ese motivo, dejaré que intentes llevar a cabo tu plan.

El Gato, que nunca había apreciado mucho al Valet de Diamantes, puso cara de resignación.

—Aun así, sigo dudando que seas capaz de convencer a las tribus de que luchen

bajo mis órdenes —observó Roja.

—Y mi única motivación para vivir será demostrar que vuestras dudas son infundadas, Su Malignidad Imperial.

—Esperemos que lo consigas. —Roja se volvió hacia los demás con un ademán que supuestamente era de campechanía, y dijo—: Ya lo veis, no tengo reparos en ayudar a un pobre desdichado venturado a encontrar un nuevo propósito en la vida... siempre y cuando me beneficie, claro está.

Al día siguiente, el Valet de Diamantes salió al frente de Roja y su comitiva de las sombras de los acantilados de Glif, en Confinia. El campamento real de Arch se divisaba a una distancia media.

—Os dejaré sola para que os presentéis al rey —dijo el Valet haciendo una reverencia ante Roja—. Más vale que no me vea.

—Te doy exactamente siete ciclos de la luna de Turmita para que lleves a término tu plan —le informó Roja—. Si valoras el estado de conciencia, no falles.

—Cuando volvamos a encontrarnos, las tribus de Confinia estarán a vuestra disposición —prometió el Valet, y, tras hacer unas cuantas reverencias más, se marchó a toda prisa.

Roja lo observó alejarse de vuelta hacia los acantilados Glif. Luego se volvió y, seguida por Vollrath, el Gato, Alistaire y Siren...

—Venid —dijo mientras echaba a andar hacia el campamento de Arch—. Es hora de visitar a alguien a quien consideraba mi amigo, en la época en que me interesaba tener amigos.

Los soles gemelos de Marvilia ya habían salido enteros sobre el horizonte, iluminando a contraluz el perfil de Marvilópolis con los rayos dorados del alba. En el patio del palacio, los girasoles plantados alrededor del monumento a los caídos en la guerra bostezaban y se sacudían el rocío. Dodge, completamente despierto pese a haber pasado la noche en vela, estaba de pie ante la tumba de su padre.

—En todo lo que hago, padre, aspiro siempre a estar a tu altura. Sé que mi conducta afecta a tu buen nombre y, pese a mis errores, espero que estés orgulloso de mí.

La planta de la Otra Vida, que crecía en el mantillo de la tumba del juez Anders —cuya flor era una reproducción perfecta del amado guardia—, se meció en su tallo.

—Pero esta idea de que debo tener siempre presente el lugar que me corresponde en relación con mi reina... —Dodge prosiguió—: Quiero a Alyss, padre. ¿Por qué la obliga su posición a mostrar preferencia hacia los pretendientes de linaje noble, que no han hecho nada más que ganar la lotería del nacimiento? No voy a dejar de escuchar a mi corazón sólo porque no se considere decoroso que un guarda esté enamorado de su reina. Espero que lo comprendas.

Por primera vez aquella mañana, Dodge miró directamente a la complicada flor de la planta de la Otra Vida; los pétalos traslapados que formaban los pómulos que le eran tan familiares, las pestañas de pistilos. Incluso las flores de los ojos reflejaban fielmente el color de los iris del juez Anders, azul turquesa.

—Te echo de menos, papá.

Sonó poco convincente, inadecuado. Eran palabras a las que se les había asignado la tarea imposible de expresar la tragedia de una familia. «Te echo de menos».

Se secó los ojos. Los girasoles se sorbían la nariz, conmovidos, y uno de ellos elevó la voz en una canción, una melodía que evocaba en cierto modo la hermosa melancolía de la pérdida, de la supervivencia frente a lo que parece un dolor insoportable.

—Dame la sabiduría y el valor para enfrentarme al futuro, venga lo que venga —rezó Dodge.

Las cocinas y los pasillos de servicio eran un hervidero de rumores sobre la deserción de Somber, pero Alyss, a solas en la *suite* real del palacio, había dejado de espiarlo. Había averiguado muy poco a través de sus observaciones a distancia del bonetero, en las que, invariablemente, lo veía participando en alguna actividad lúdica con el rey de Confinia, aparentemente no demasiado preocupado por la seguridad de Molly.

«Eso significa que o Molly está a salvo o él está haciendo lo más conveniente para cerciorarse de que lo esté. No voy a darlo por perdido, y menos teniendo en cuenta que puso en peligro su vida tantas veces para defender la de mi madre y

también la mía».

Su madre, Alyss contempló el espejo que colgaba sobre la jofaina cincelada a mano.

«Dijiste que siempre estarías junto a mí, al otro lado del cristal».

—Debo de estar me equivocando de espejos —dijo Alyss en voz alta. En uno de los salones, se acomodó en una silla flotante. Se puso el legajo de cartas de Dodge en el regazo, y sacó la primera de ellas:

Alyss:

Hoy habrías cumplido catorce años si estuvieras viva. Feliz cumpleaños. Ahora mismo no estoy demasiado enfadado por lo que nos ha pasado, no sé por qué. Seguro que Jacob diría que es porque es imposible estar enfadado todo el tiempo, pero no tiene razón. Mañana, o a lo mejor incluso antes, volveré a sentir toda la rabia y todo el dolor. De forma absoluta, corroyéndome por dentro. Creo en mi rabia y en mi dolor. Los necesito para sobrevivir durante el tiempo suficiente para matar al Gato. Después de eso, me da igual lo que pase. Sobre todo ahora que tú y padre ya no estáis.

Las cartas no tenían fecha; era imposible saber en qué orden las había escrito Dodge. Alyss eligió al azar.

Mi mejor amiga:

No puedo vivir de acuerdo con los principios de la Imaginación Blanca, ni siquiera según el código de honor de los guardias que mi padre y yo tanto respetábamos. Intenta entenderlo. No es que no crea en ellos, sino que no puedo darme el lujo de creer. El Gato debe morir, y morirá. De todos modos, Marvilia no es una ciudad a la que le importen los códigos de honor. Si yo me guiase por un código, mis actos se volverían previsibles. El enemigo se aprovecharía de ello y acabaría conmigo. No existe tal cosa como una muerte honrosa. La muerte es la muerte. Pero tiene gracia que la supervivencia y la venganza requieran las mismas condiciones: la ausencia de códigos de honor, de principios supuestamente elevados y de compasión. ¿Me reconocerías a estas alturas, Alyss? Evito los espejos, pues no quiero ver mi imagen reflejada.

Otra carta tenía manchas que podían ser de té o algo peor.

Alyss:

Hay quienes aún me consideran joven, pero me siento tan viejo como Jacob después de todo lo que he pasado. Esta mañana, temprano, una

sección de alysianos cayó en una emboscada cuando llevaba provisiones al cuartel general. Yo iba con ellos. Creía estar acostumbrado a ver sangre, pero cuando es la de tus amigos... Hoy he perdido a unos cuantos. ¿Qué clase de vida llevo, cuyo único propósito es quitarles la vida a otros? No quiero creer que haya cambiado tanto. Quiero creer que, en algún lugar, debajo de toda esta ira, sigue estando el Dodge Anders a quien solías tomarle el pelo por su admiración hacia los guardias y los boneteros, y que se sentía absolutamente aturdido de merecer las atenciones de alguien como tú, heredera de un reino y guardiana de mi corazón.

Le resbalaban lágrimas por las mejillas. Alyss plegó las cartas y las devolvió al legajo. «Se supone que las reinas no deben llorar tan a menudo como lo hago yo, y menos aún las reinas guerreras, pero ¿cómo puedo...?».

—Alyss.

Echó una ojeada al espejo en la pared tras ella: nada salvo los reflejos que cabía esperar. En el espejo colgado sobre la jofaina tampoco vio otra cosa que los reflejos de siempre.

—Debes de haberte equivocado —dijo una voz masculina—. No la veo.

—No me he equivocado. Ella está aquí.

Las voces, que eran las de sus padres, parecían proceder de una polvera abierta que estaba en una mesa arrimada a la pared.

—Cuando los hijos son adultos —reflexionó Nolan—, quieren tener el menor trato posible con sus padres. Ay de nosotros, cuya hija nos considera una visión lamentable.

Alyss se acercó a la mesa y vio el rostro de su madre, que ocupaba casi todo el espejo de mano de la polvera.

—No os considero una visión lamentable —repuso.

La cara de Nolan apareció de golpe en el cristal.

—¡Alyss!

—Padre. Os echo de menos a los dos todos los días. Llevo tanto tiempo mirando mi propio reflejo, con la esperanza de veros, que empiezo a aborrecer mi aspecto.

—¡Imposible! —exclamó Nolan—. Eres preciosa. Y tengo entendido que un apuesto guardia opina lo mismo.

Alyss bajó la vista a su falda, con timidez.

—Pareces cansada —señaló Genevieve.

—Estoy bien.

—Incluso en momentos de crisis, debes descansar.

—Estoy bien, mamá.

Nolan salió del campo visual a causa de un empujón, y el rostro de Genevieve volvió a llenar el espejo de mano.

—Alyss —le dijo con ternura—, siento mucho que estas enormes responsabilidades hayan recaído sobre ti.

—No es culpa tuya, mamá. Te asesinaron.

—Pero tal vez debería haberme preparado mejor contra el ataque de Roja. Hay veces que desearía que hubieses nacido sin un don especial, en el seno de una familia marviliana común y corriente. Es una debilidad por mi parte, lo sé, desear un pasado imposible. ¿Qué habría sido de Marvilia si no fueras quién eres?

—Tengo más debilidades de las que crees, madre. Últimamente pienso con frecuencia que mis sacrificios, los sacrificios de todos, no han valido la pena.

—No puedes desentenderte de los dones con los que naciste. Te debes a tu reino, por encima de todo.

—Procurar el máximo bienestar posible al mayor número posible de ciudadanos —añadió Nolan, apretujándose junto a su esposa para que Alyss lo viera—. No puedes poner en peligro a Marvilia para salvar a uno solo de ellos, aunque se trate de tu guardia favorito.

—¿Desde cuándo llevar la corona implica que se me diga lo que no puedo hacer? —farfulló Alyss. Sin embargo, al ver que su madre se disponía a sermonearla, se apresuró a agregar—: ¿No estaríais más cómodos en un espejo más grande? ¿Qué os parece el que está junto a las sillas flotantes?

Genevieve sacudió la cabeza, y su sien topó con la de su marido.

—Estamos bien.

—La mar de cómodos —convino Nolan—. ¿Notáis ese olor? —Las ventanas de su nariz se ensancharon para aspirar el aroma dulce y terroso que había penetrado en la habitación.

—Significa que es hora de que nos vayamos —suspiró Genevieve.

La pareja se volvió de espaldas a Alyss y se alejó caminando de la mano hacia el fondo del espejo, encogiéndose en la distancia hasta desaparecer por completo. El olor se había vuelto acre. Una nube de humo azul entró flotando desde la alcoba, donde Alyss encontró a la oruga azul enroscada confortablemente en torno a su narguile, en un extremo de la cama de Alyss.

—Azul —dijo Alyss—, es un honor para mí contar con tu compañía, y sólo desearía que hubieses venido más a menudo, pues de ese modo no interpretaría tu visita como un mal augurio.

—Ejem, ejem, ejem —barbotó Azul, exhalando una vaharada que formó en el aire la palabra «Vaya». Le dio unas caladas a su pipa de agua durante un rato, y el suave «peh, peh, peh» de sus labios era el único sonido que se oía en la habitación—. Yo, una oruga de tamaño descomunal, te revelaré algo sobre ti misma que aún no sabes —dijo al cabo. Su boca despidió otra nube que por unos instantes adoptó la apariencia de una mariposa antes de transformarse en un batiburrillo de imágenes: Roja forcejeando con un cristal en forma de llave de cerrajero, con Jacob a su lado..., o no, se trataba sólo de un ejemplar de la especie de los preceptores; el rey Arch

dándole un tirón al bigote de una oruga incolora; Roja empuñando un cetro cubierto de polvo y carcomido por el tiempo. Entonces la nube volvió a convertirse en una mariposa, que plegó las alas y...

Alyss se despertó. Apenas percibía un toque de dulzor en el aire. Azul se había ido, y Dodge estaba sentado al borde de su cama.

—¿Hueles eso? —le preguntó ella.

Él asintió.

—Una oruga ha estado aquí.

Alyss se incorporó, irritada.

—Y si Azul tenía algo que comunicarme, ¿por qué no me lo ha dicho directamente? ¿Por qué complica las cosas con todas esas escenas y símbolos inexplicables? No me extraña que muchos marvilianos crean que los oráculos no sirven para nada.

—Pero tú no crees eso, Alyss. ¿Qué te ha mostrado?

A pesar de las advertencias de sus padres, a pesar de que estaba de acuerdo con Dodge sobre la imposibilidad de protegerlo de sus propios impulsos destructivos...

«No quiero contárselo». No, porque, en el mejor de los casos, el aviso de la oruga significaba que Roja pronto regresaría a Marvilia. O que ya había regresado.

—Me ha dicho que me revelaría algo sobre mí misma y luego he visto al rey Arch intentando arrancarle un bigote a una oruga. —Intentó localizar a Roja con el ojo de su imaginación, pero como no sabía dónde buscar, era como llamar al azar a una puerta de Marvilópolis y esperar que le abriese su tía.

—¿Eso es todo? —preguntó Dodge.

—Sí.

—Debemos informar a Jacob y al general —dijo él, poniéndose de pie. Pero antes de marcharse, se detuvo en la puerta y transmitió la noticia que lo había llevado a la *suite* en un principio—: Ninguno de los naipes soldado que vigilan el estanque de las Lágrimas se ha puesto en contacto con el alto mando. No contestan las llamadas de sus comunicadores especulares. Han enviado al caballo y la torre al estanque, y pronto tendremos noticias de ellos.

Roja. O sea que Dodge sabía que ella le había mentado y se estaba preparando para un enfrentamiento. Ella quería explicárselo —¿explicarle qué, exactamente?—, pero no encontraba las palabras, y su mentira quedó flotando pesadamente en el aire entre ellos, como niebla.

En el campamento reinaba el bullicio habitual cuando sucedió: desgarró el aire un grito tan agudo e intenso que todos los fatalsinos se retorcieron de dolor en el suelo, cubriéndose las orejas con las manos, patas o cascos. Todos aquellos que se dedicaban a servir al rey de Confinia, esposas, soldados, sirvientes, animales, sastres y taberneros se desplomaron como si hubieran recibido un puñetazo. Por muy desesperadamente que intentaran taparse los oídos, el grito incesante les penetraba en el cráneo.

Tras materializar con la imaginación unos tapones de la densidad adecuada, Roja de Corazones caminaba impasible por las calles temporales del campamento, acompañada por los no menos impasibles Vollrath, Gato, Alistaire Poole y Siren Hecht. El grupo habría podido pasar por una exreina malvada haciendo turismo con unos amigos de no ser por Siren, que tenía la boca abierta al doble de su tamaño normal y las cuerdas vocales vibrando para emitir aquellas ondas paralizantes.

Roja localizó la jaima de Arch en su imaginación y desfiló con sus tropas hacia ella. Fuera de la tienda había dos figuras contraídas en el suelo, presas de un dolor lacerante. Uno de ellos llevaba guantes que le llegaban hasta los codos.

—Toc, toc —dijo Roja ante la entrada.

En el interior, Arch y sus ministros de información yacían en tierra, tapándose las orejas con lo que tenían a mano; cojines, cristales decorativos, chaquetas. Roja le dirigió una mirada rápida a Siren; la asesina cerró la boca y el horrísono grito cesó. Despacio, los ministros de información alzaron la cabeza. Arch achicó los ojos, dudoso, al posarlos en su visitante.

—¿Roja?

—Sé que hace tiempo que no nos vemos, Arch, pero ¿tan poco aprecio me tienes que ni siquiera me reconoces?

El rey alargó un brazo para tocarla.

—No. Pero pareces... desenfocada.

Ella se disponía a apartarle su mano enojada de un manotazo, cuando Ripkins y Blister irrumpieron en la jaima; Ripkins con la espada desvainada y Blister con las manos desnudas extendidas hacia el Gato y Alistaire Poole. Sin apartar la mirada de Arch, Roja imaginó que la empuñadura del arma de Ripkins se calentaba mucho —«¡Ah!», exclamó él y la dejó caer— e hizo que los dos guardaespaldas salieran volando hacia atrás, fuera de la tienda, al otro lado de la calle, a través de la jaima de las mujeres, por encima de una segunda calle, a través de la tienda de un zapatero, al otro lado de una tercera calle hasta el taller de un soplador de vidrio. Atravesaron la pared del fondo de la casucha, que se vino abajo, y cayeron con fuerza sobre los escombros de un callejón. Unas placas pesadas, de algún material similar al hierro, materializadas por Roja encima de sus piernas y torsos les impedían levantarse.

En la jaima de Arch, Su Malignidad Imperial adelantó el labio inferior

exageradamente como si estuviera haciendo pucheros.

—El modo en que me rehuías después de que mamá decidiera negarme el derecho de reinar —le gimoteó a Arch— le haría pensar a cualquier heredera que sólo te interesaba su poder y su influencia.

—Sabes que eso no es cierto, Roja —dijo Arch, poniéndose de pie con dificultad—. Tus padres y su forma de gobernar me entusiasmaban tan poco como a ti. Mientras eras la principal candidata para suceder a tu madre, daban por sentado que nuestras correrías juntos eran diversiones no del todo inofensivas que algún día dejarías atrás, y yo podía ser tan salvaje contigo como quisiera. Pero mantener el contacto contigo después de que te excluyesen de la sucesión... —Sacudió la cabeza—. Ellos eran mis vecinos más poderosos. Por razones de diplomacia y estabilidad nacional, no podía hacerlo.

—¿Y la temporada horrible que pasé en el monte Solitario, o los trece años que reiné en Marvilia? ¿Qué excusa tienes para no haberme ido a ver entonces?

—Soy yo quien debería preguntarte por tu excusa para no verme a mí. Creo que los dos somos igual de culpables por descuidar nuestra relación..., o igual de inocentes, como prefieras.

Roja soltó un gruñido, poco convencida. Los ministros de información de Arch aún estaban recuperándose de los gritos de Siren, con los dedos en las orejas para intentar mitigar el pitido que les había dejado en los oídos, pero el rey había recobrado su aplomo natural y se comportaba como si no hubiese sufrido en ningún momento.

—Has vuelto en un momento oportuno —dijo con una sonrisita—. Alyss ha atravesado algunas dificultades, Marvilia ha tenido que defenderse recientemente del ataque de unos... vitróculos.

De pronto Roja adquirió un aspecto dolorosamente gaseoso, con el rostro tenso en una expresión de placer.

—Veo que has aprovechado bien mi ausencia —comentó.

—¿Te interesarías por mí si no lo hubiera hecho? No creas que me he atrevido a manipular demasiado tus inventos, Roja. La única diferencia entre los vitróculos fabricados aquí y los tuyos era la voz que obedecían. Pero para celebrar nuestro reencuentro, y en lugar de una cesta de fruta, deja que te ofrezca lo que queda de la planta industrial que dirigían los Señores de Diamantes en Confinia.

Roja soltó una risita perversa.

—Arch, es imposible seguir enfadada con alguien tan artero como tú. Pero ¿qué te hace pensar que necesito a mis viejos vitróculos? He reunido un ejército temible en la Tierra; ya has podido experimentar en carne propia las habilidades de algunos de mis soldados. —Señalo a Siren Hecht—. Y tengo la intención de recorrer pronto mi laberinto Especular, cosa que debería haber hecho hace tiempo. Me convertirá en el miembro más poderoso de la familia de Corazones que haya existido jamás, y entonces me encargaré de que mi joven sobrina no sea más que un recuerdo

desagradable. De ese modo, tú y yo volveremos a ser vecinos. Confío en no haber ofendido demasiado a tu masculinidad.

—En los casos en que una mujer ha de ocupar el poder, Roja —dijo Arch, sonriendo—, tú eres, y has sido siempre, mi única elección. ¿Durante cuánto tiempo podré contar con tu fastidiosa compañía?

Roja se rió de nuevo.

—Ni un minuto más. Parto hacia el valle de las Setas.

—Bien —dijo Arch—. Entonces permite que te asigne un escolta hasta la frontera, tanto militar como de placer, pues consistiría tanto de soldados como de cocineros. Sé que no necesitas la ayuda militar, pero me complace ofrecértela.

Uno de los ministros de información salió a toda prisa de la jaima para reunir la escolta.

En un tono más íntimo, Arch se acercó a Roja y dijo:

—Mi control sobre Confinia es más férreo que antes. Cuando tú vuelvas a estar al frente de tu país, espero que nos veamos más a menudo.

—Oh, Archy huarchi —dijo Roja, en un intento grotesco de ponerse tierna—, nos veremos más a menudo, te lo garantizo.

Roja y sus sicarios había salido escoltados del campamento de los fatalsinos, y aunque Ripkins y Blister seguían a algunas manzanas de distancia, luchando por liberarse de las placas de hierro que Roja les había puesto encima, los ministros de información habían reanudado su reunión en la jaima de Arch.

—¿De verdad os parece prudente —inquirió uno de ellos— intentar trabar amistad con alguien como Roja?

—No pierdo nada con fingirlo —respondió Arch—, y en cambio me lo juego todo si no lo hago. Mientras viva, Roja le ocasionará problemas graves a quien esté en posesión del Corazón de Cristal.

Una sombra se acercó a la entrada de la jaima sin que el rey o sus ministros reparasen en ella; una sombra cuyo dueño se disponía a entrar, cuando de pronto Arch preguntó:

—¿Está a salvo Molly?

—Más que nunca, mi señor.

Transcurrieron varios segundos mientras Arch manipulaba algo en silencio. Entonces...

—Si tuviera que jugarme dinero —dijo—, apostaría a que Roja llegará a ser más poderosa que su sobrina.

—Pero ni siquiera su poder —terció uno de los ministros—, con o sin laberinto, puede compararse con el de ADELA.

Arch asintió.

—No planeaba utilizar tan pronto a Somber para mis fines. Quería jugar con él un

rato más, llevarlo al borde de la desesperación por la vida de Molly y sofocar cualquier idea de rebeldía que tenga en la cabeza. Pero la aparición de Roja en escena me obliga a la acción ahora.

La sombra frente a la entrada se esfumó cuando la persona que estaba escuchando a escondidas se alejó sigilosamente.

—Traedme a Somber Logan —ordenó Arch—. Es hora de que conozca a ADELA.

Fingiendo que había salido a dar un paseo, Somber pasó por bazares, calles y comedores comunitarios de barrios exclusivos y no tan exclusivos, escrutando cada sitio con ojo experto con la esperanza de encontrar alguna pista sobre el paradero de Molly. Realizaba estas excursiones siempre que podía, a veces en compañía de Weaver, que creía que él sólo pretendía familiarizarse mejor con la vida en Confinia.

Un ministro de información cuyo deber consistía en mantener a Somber bajo una vigilancia constante se le acercó.

—El rey reclama tu presencia —dijo.

Somber siguió al fatalsino y poco después se encontraba sentado en la jaima real, donde Arch caminaba de un lado a otro frente a su habitual camarilla de ministros de información.

—Como escolta de la reina Alyss... —empezó el rey.

—Molly la del Sombrero es la escolta de la reina, Majestad —repuso Somber.

Arch sonrió.

—Sí, lo había olvidado. Ahora estás con nosotros. Como exescolta, pues, tanto de la reina Genevieve como de la reina Alyss, gozas de acceso ilimitado a todos los rincones del reino, más que cualquiera, excepto tal vez Jacob Noncelo o la propia Alyss, y puedes viajar a cualquier lugar situado dentro de las fronteras de Marvilia sin despertar sospechas. Por razones obvias, no puedo encargarle a Alyss la tarea que voy a encomendarte, y Jacob Noncelo no posee las cualidades físicas necesarias. Tú eres el único marviliano que tiene tanto el acceso que dicha misión requiere como la destreza de un bonetero para llevarla a cabo. —Se dirigió a sus ministros—: Dádsela.

Le entregaron a Somber una madeja de hilo envuelta en una tela.

—Lo que tienes ahora entre las manos —dijo Arch— es seda de la oruga oráculo verde de Marvilia, de un peso equivalente al de un ala de güinuco. Debes llevarla al palacio de Corazones. Una vez allí, escalarás la torre más alta. En la punta, reconocerás fácilmente mi Arma de Destrucción, Exterminio Letal y Aniquilación. Debes entretejer toda la seda verde con el arma siguiendo este patrón. —Arch le alargó al bonetero un holocrystal de bolsillo en el que había un diagrama con lo que parecía el centro de una telaraña terrícola—. Tienes que reproducir el patrón con toda exactitud. Si, por el motivo que sea, no haces exactamente lo que te pido, o si se lo revelas a alguien, ni tú, ni Weaver ni nadie volverá a ver a Molly con vida. Una vez cumplida la misión, ponte en contacto conmigo de inmediato. Pero hay un límite de tiempo. Si no tengo noticias tuyas después de dos ciclos de la luna de Turmita, nunca volverás a saber de tu hija. —Arch echó un vistazo a su muñeca, en la que no llevaba reloj—. Y ahora, señor Logan, te recomiendo que te pongas en marcha.

Suponiendo que estaría bajo vigilancia mientras permaneciera en los dominios de

Arch, Somber cruzó la frontera con Marvilia antes de renunciar a fingir que pretendía cumplir con la misión del rey. Se ocultó en la quebradiza maleza de la Ferania Ulterior a esperar a que el último viajero concluyese sus trámites para pasar al otro lado legalmente. En cuanto los naipes soldado se quedaron solos, Somber sacó unos puñales de su mochila y los lanzó contra uno de los postes de la barrera fronteriza.

¡Clanc! ¡Clonc, clang!

Los soldados giraron sobre sus talones, alerta. Somber se les acercó corriendo a toda prisa y, con las manos desnudas, los dejó inconscientes antes de que pudieran verlo. En el lado confiniano de la frontera: cinco guardias.

¡Fap!

Somber aplanó su chistera para transformarla en las cuchillas giratorias, y se disponía a eliminar a los guardias cuando se dio cuenta de que cualquier alboroto podía poner a Arch sobre aviso. Más valía dejar los menos rastros posible de su reentrada en Confinia.

Siempre en el lado marviliano de la barrera fronteriza, Somber avanzó unos doscientos pasos hacia el valle de las Setas, luego activó las cuchillas de su muñeca derecha y las apretó contra el suelo. Salieron volando piedras pequeñas, tierra y arcilla. Empujó las cuchillas giratorias de forma que se hundieron más en el suelo mientras con la mano izquierda echaba a un lado los desechos hasta que hubo excavado un túnel que pasaba por debajo de la barrera y acababa en el lado de Confinia. En el menor tiempo posible, regresó al campamento de Arch. Se acercó desde la dirección en que se ponían los soles, para que cualquier confiniano que lo avistase por casualidad lo viera sólo como una silueta irreconocible. A unos cien metros del campamento, se quitó la chistera de la cabeza, la aplanó con un movimiento de la mano y plegó las cuchillas en un bloque compacto que se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. A continuación, se la quitó y la enterró junto con su mochila. Marcó el sitio con una roca del tamaño de un melón en la que practicó una hendidura con las cuchillas de su muñeca.

Somber alzó la vista al cielo. Ya había transcurrido medio ciclo de la luna Turmita, y él ni siquiera había vuelto al punto de partida. Pero tuvo suerte. Al entrar en el campamento de los fatalsinos, se encontró con un tendedero en el que había varias prendas y se llevó unos pantalones holgados, una camisa con muchos bolsillos y una chaqueta con capucha; la vestimenta que solían usar los jornaleros. Era un camuflaje necesario, porque si alguien lo reconocía, podía dar a su hija por muerta.

Allí donde otros se habrían quedado contemplando maravillados las setas gigantes y multicolores del valle y hubiesen comentado que incluso la luz parecía más vibrante allí que en ningún otro sitio, Roja inició el descenso final hacia el hábitat de las orugas sin detenerse y sin decir una palabra. Vollrath, el Gato, Siren y Alistaire caminaban tras ella, estos dos últimos conteniendo sus expresiones de asombro ante aquel paisaje tan extraordinario, el Gato lleno de inquietud porque el valle se había recuperado por completo de la devastación que su ama le había ordenado llevar a cabo en sus primeros meses como reina de Marvilia. Se suponía que no debería haberse recuperado, por lo que quizá Roja lo castigaría.

Sin embargo, Su Malignidad Imperial tenía otras preocupaciones mientras avanzaba sobre el suelo esponjoso del valle, buscando a las orugas oráculo con la imaginación. Las setas formaban una especie de red de protección que desviaba el ojo de su imaginación de manera que ella no veía más que tierra orgánica, tallos y sombreretes de las setas.

—Tenemos que hacerlas salir —dijo, e hizo aparecer un carrito de vendedor ambulante lleno de tartitartas frescas y aromáticas de sabores variados.

Vollrath, el Gato, Siren y Alistaire abanicaron los deliciosos aromas en todas direcciones, y en menos de lo que un niño marviliano hambriento se come una tartitarta...

—¡Allí! —exclamo Vollrath, señalando una nube de humo azul en forma de una mano que les hacía señas para que se acercaran.

Siguieron la mano hasta un claro cercano, donde los miembros del consejo de orugas estaban sentados con el cuerpo enroscado bajo su torso, fumando en la misma y antigua pipa de agua. Cada una de las orugas ocupaba una seta de un color definido como el suyo propio: azul, naranja, rojo, amarillo, morado y verde.

—Mmm, tartitartas que mordisquear —dijo Azul.

Vollrath, el Gato, Siren y Alistaire empezaron a repartir las golosinas.

—¡Yo quiero las de vainilla con relleno de gobiguva! —pidió la oruga amarilla.

—¡Soy yo quien las quiere de vainilla! —gimoteó la oruga naranja.

—¡Todo lo que tenga virutas de chocolate es para mí! —chilló la oruga morada.

—¡No, las que tienen virutas de chocolate son para mí! —se quejó la oruga roja.

—Ejem, hum, yo cambio dos tartis de caramelo por una espolvoreada de azúcar y rellena de mermelada de alatierna —ofreció Azul.

—¡Ni hablar! —replicó la oruga verde.

Fue una de las cosas más difíciles que Roja había tenido que hacer en la vida: esperar cortés y respetuosamente mientras aquellas larvas de cara arrugada discutían como mocosos y se atiborraban, regando sus setas con migajas y mermelada. Cuando ya no estaban llevándose las tartitartas a la boca de tres en tres, sino mordisqueando una sola por vez, Roja habló:

—Sabias y vetustas orugas, Vollrath, mi preceptor, me informa de que he faltado durante muchos años a mi obligación de recorrer mi laberinto Especular.

Las orugas roja y amarilla articulaban con los labios las palabras de Roja mientras ella las decía, y la oruga naranja hizo un gesto con sus numerosas patas derechas para apremiarla al grano.

—Es un fallo que quisiera subsanar —dijo Roja—. Ya sé que mi laberinto está en el Jardín de los Laberintos Inacabados, pero necesito que me digáis dónde está ese jardín.

—Bla, bla —dijo la oruga morada—. Bla, bla, bla, bla.

—La pregunta no es dónde está el Jardín de los Laberintos inacabados, sino cuándo —gruñó Azul, con la boca llena de caramelo.

—¿Cuándo es el Jardín de los Laberintos Inacabados? —inquirió la oruga naranja, dudosa.

—¡Ésa es la pregunta! —exclamó la oruga roja.

Los oráculos prorrumpieron en risitas y acto seguido se quedaron calladas, dando alternadamente bocados a sus tartitartas y caladas a su narguile. Finalmente, con cara de exasperación, la oruga naranja le espetó a Roja:

—¡Despierta! ¡Estamos esperando que nos hagas la pregunta!

Roja cerró las manos en puños.

—¿Cuándo es el Jardín de los Laberintos Inacabados? —preguntó con aspereza.

—Bueno, de vez en cuando, de vez en cuando —respondió Azul, lo que arrancó sonoras carcajadas al resto de las orugas, excepto Verde, que continuó masticando su tartitarta y parpadeando, estudiando a Roja con una mirada de curiosidad.

Incapaz de contenerse un momento más, Roja les apunto con su vara retorcida como si fuera un rifle o una bayoneta y...

¡Fu-fu-fu-fu-fuuuush!

Disparó bolas de fuego. Las seis setas de las orugas estallaron. Las llamas lamieron el cielo y se extinguieron tan rápidamente como habían surgido. Las setas estaban carbonizadas, pero no había el menor rastro de las orugas.

—¡Idiotas! ¡Idiotas inútiles! —bramó Roja.

Vollrath, el Gato, Siren y Alistaire echaron el cuerpo a tierra y se cubrieron la cabeza mientras ella arremetía contra el paisaje, arrojando esferas generadoras, disparos de cristal y lanzas llameantes. Una sombra se cernió sobre ellos cuando una enorme guadaña se materializó en el aire y empezó a oscilar y a desmochar setas. Pero en el punto culminante de su arranque violento —mientras varios hongos saltaban por los aires y mil cartas daga destrozaban los tallos de las setas—, Roja notó unos toques en el hombro. Se volvió, y allí estaba la oruga verde, fumando despreocupadamente en un narguile pequeño. Roja alzó una mano; la guadaña descomunal se detuvo en su oscilación, y las esferas generadoras, cartas daga y lanzas llameantes se quedaron inmóviles en el aire.

—El Jardín de los Laberintos Inacabados existe en el reino de lo que pudo haber

sido —dijo el oráculo—. Lo que pudo haber sido está en el pasado. Pero también en el presente. ¿Lo entiendes?

—No quiero entender. Dime dónde está el jardín, o perderéis el valle para siempre.

La oruga dio una calada a su pipa de agua y contempló a la princesa renegada que tenía delante: las arrugas cargadas de odio en su piel curtida; la cabellera enmarañada; el vestido de rosas que ondeaba incesantemente.

—Para llegar —dijo Verde al fin—, debes retrotraerte al momento exacto en que tu ascenso al trono, algo que iba a ser, paso a convertirse en algo que pudo haber sido. Deja que ese momento absorba tu mente por completo. Entrégate a él. Revívelo con todo su dolor emocional. Una vez que lo consigas, verás, en algún lugar al fondo del recuerdo, una pequeña puerta. A través de ella, encontrarás el jardín.

—¿Por qué me dices lo que las otras no han querido decirme? —preguntó Roja con suspicacia.

—Digamos simplemente que es por hacer algo.

La oruga exhaló, una vaharada de humo verde que envolvió a Roja y a los demás. Cuando despertaron, estaban solos.

Después de dejar a Roja, el Valet de Diamantes había avanzado trabajosamente y resollando hasta el primer campamento que encontró en su camino.

—¡Vuestro jefe! —les había dicho a los miembros de la tribu gnobi que holgazaneaban por allí—. ¡Es importante que hable con vuestro jefe de inmediato! ¡Vuestra libertad futura depende de ello!

Los gnobi, cuando no los incitaban a la violencia, eran un pueblo perezoso, el clan menos nómada de Confinia. Como no habían percibido una amenaza inmediata a su libertad en la persona del Valet de Diamantes, habían reaccionado a su impaciencia con su característica apatía.

—La jaima de Myrval está en algún sitio en esa dirección —le había señalado uno de ellos con un gesto vago de la mano.

—Sigue el sonido de los ronquidos y lo encontrarás —le había indicado otro.

Pero en el campamento se oían unos cuantos ronquidos, y el Valet tuvo que despertar a varios civiles de su siesta antes de avistar la única tienda de campaña con un estandarte ondeando en lo alto y dos varones que echaban un sueñecito en unos taburetes junto a su entrada.

—Guardias —había dicho para sus adentros.

Había pasado por entre los guardias dormidos y, en el recibidor de la jaima, había descubierto a otros cinco guardias traspuestos, dos repantigados en sillas, dos acurrucados sobre esteras y uno roncando de pie. El Valet se había topado nada menos que con un festival de ronquidos, un concierto de silbidos al inspirar, resoplidos al espirar y refunfuños ininteligibles. Pero, por encima de todos estos ruidos, se oían, procedentes de la habitación del fondo, los alaridos de un galimatazo enfermo. El Valet se había dirigido hacia allí y había visto una figura solitaria dormida en un catre.

—¡Myrval! —le había llamado, inseguro, lo que había ocasionado que el durmiente soltara un gruñido y se volviese hacia la pared.

—Soy un emisario de Roja de Corazones, que fue y será reina de Marvilia —había dicho el Valet, sacudiendo al jefe gnobi para despertarlo—. Me ha enviado con una propuesta que puede garantizar la paz y la libertad para la tribu de los gnobi, para todas las tribus de Confinia. Pero es...

—Que detalle que la Señorita de Corazones piense en nosotros —había murmurado Myrval antes de cerrar los ojos de nuevo.

—Debemos organizar una reunión entre los jefes de las tribus para tratar los detalles de la propuesta de mi señora Roja, una cumbre.

—Organiza lo que quieras. No tengo nada en contra de diecinueve de los otros veinte jefes, pero Gerte, que manda en la tribu de los onu, insultó a mi hija. Es una abominación, y jamás me reuniré con él a menos que se disculpe.

El Valet estaba a punto de prometerle esto y cualquier cosa, cuando Myrval

bostezó.

—Los gnobi y los onu están al borde de la guerra.

El Valet se había encontrado con problemas similares al entrevistarse con los otros jefes tribales, cada uno de los cuales había mencionado a otro con quien se negaba a reunirse salvo en el campo de batalla. Varios de ellos se habían ofendido además porque el Valet no se había presentado físicamente en su campamento para solicitar que acudieran a la cumbre, pues lo consideraban una señal de favoritismo hacia los gnobi. Pero el Valet de Diamantes había desplegado al máximo sus dotes de persuasión. Habiendo convencido por fin a los veintiún jefes de que hablasen entre sí, se encontraba ahora en una de las jaimas de juntas de Myrval, sentado con el propio Myrval a su izquierda, frente a un brasero encendido en torno al cual había varias pantallas en las que aparecían los rostros de los otros jefes.

—Lo que ya os he dicho a cada uno por separado —comenzó el Valet— lo repetiré ahora que estamos juntos. El rey Arch os mantiene sojuzgados gracias a las animadversiones que fomenta para que siempre estéis en guerra entre vosotros. Lo hace con el fin de evitar que aunéis vuestras fuerzas para plantarle cara, pues sabe que su poderío militar no bastaría para derrotaros si formaseis una coalición contra él.

—Eso es una locura —dijo el jefe sirk—. Ayer mismo, un espía de confianza me reveló que los fel creel se están concentrando detrás de las colinas blancas, preparando un ataque contra nosotros.

—¡Ésa es vuestra justificación para el ataque que mi espía de confianza dice que estáis planeando! —grito el jefe de los fel creel.

—No planeábamos ningún ataque hasta que nos enteramos del que planeabais vosotros.

—¡Lo mismo digo!

—Esto demuestra lo que os decía —interrumpió el Valet—. Es obvio que ninguno de vosotros atacaría al otro de no ser por la «información» secreta que habéis recibido. La tribu de los sirk podría seguir ocupándose de sus asuntos en paz, y los fel creel también.

—¡Cierto! —dijeron los jefes sirk y fel creel.

—Pero la información que ambos recibisteis era falsa —explicó el Valet—. Procedía directamente del rey Arch, cuyo objetivo era convertirlos en enemigos acérrimos. Del mismo modo, la «información» que filtraron a los catabrac sobre una emboscada inminente por parte de los shifog era falsa, al igual que el informe recibido por los shifog según el cual los catabrac estaban acumulando armas para aniquilarlos.

Los jefes catabrac y shifog, sorprendidos, se pusieron a murmurar; ninguno de ellos había mencionado esos informes a nadie salvo a los miembros más discretos de su clan.

El Valet se dirigió al jefe gnobi:

—Myrval, te aseguro que Gerte de la tribu de los onu nunca ha dicho que tu hija

parezca hecha de excrementos de maspíritu ni que su personalidad sea tan repugnante como su físico. Yo estaba presente cuando el rey Arch se sacó de la manga esa desagradable calumnia.

Myrval se quedó callado. Todos los jefes tribales se lanzaba miradas furtivas entre sí, sin saber muy bien que creer.

—Tal vez esté diciendo la verdad —admitió el jefe maldoide.

—¿Cómo si no iba a saber las palabras exactas del insulto? —dijo Myrval—. Nunca se las he repetido a nadie, ni siquiera a Gerte, pues suponía que se acordaba de su vil injuria.

—Me alegra comprobar que ahora gozo de mayor credibilidad entre vosotros —dijo el Valet—. Y ahora, como enviado de Roja de Corazones, quiero proponeros que os unáis bajo sus órdenes para combatir contra Arch. El rey sería derrotado y, a cambio de ayudaros a tomar el control de Confinia para que la gobernéis entre todos en igualdad de condiciones, Roja sólo os pide que libréis bajo su mando otra guerrita de nada, contra las fuerzas de Alyss de Corazones, para que pueda recuperar el trono de Marvilia.

—Con perdón —dijo Myrval—, ahora que nos has revelado los métodos de Arch, ¿por qué habríamos de ponernos al servicio de Roja si podemos luchar contra Arch sin su ayuda?

—Porque, para hacer frente a Arch por vuestra cuenta —respondió el Valet— tendréis que elegir un líder entre vosotros. Es sólo una suposición, pero creo que habría más de una pequeña discusión para decidir cuál de vosotros es el más capacitado para dirigir a los otros. Con Roja al mando, todos seréis iguales.

—Con Roja al mando, todos seremos iguales —repitió el jefe maldoide, animado.

—Roja de Corazones no es conocida precisamente por cumplir su palabra —objetó el jefe de la tribu awr—, pero aun suponiendo que aceptemos esta propuesta, y ella deje Confinia en nuestras manos, como promete, tendríamos que lidiar con ella como reina de Marvilia. Sería una vecina peligrosa.

—Gobernó Marvilia durante trece años sin causarle demasiados problemas a Arch —dijo el Valet—. Os exhorto a no desaprovechar esta oportunidad de conquistar una libertad auténtica.

—¿Y por qué de pronto muestra Roja tanto interés por nuestra libertad? —inquirió el jefe kalamán.

—Su Malignidad Imperial está interesada ante todo en recuperar la corona. La forma más sencilla de conseguirlo es contrataros como ejército de mercenarios. Por fortuna, el acuerdo puede ser tan ventajoso para vosotros como para ella.

—Nos gustaría discutir el asunto en privado —dijo el jefe glebog.

—Por supuesto. —El Valet se puso de pie para marcharse—. Pero dejad que os diga una cosa más antes de dejaros para que toméis vuestra decisión. Si aceptáis la propuesta de Roja, afrontaréis la incertidumbre de un futuro que estará en vuestras manos, al menos en parte. Pero si la rechazáis, os condenaréis a seguir como hasta

ahora, sin otra libertad que la de guerrear unos contra otros mientras Arch viva. —El Valet salió de la tienda mientras sus palabras, las más sabias que había pronunciado en la vida, quedaban flotando en el aire, tras él.

Alyss y sus consejeros estaban reunidos en la sala de guerra del palacio. Ella se revolvió inquieta en su asiento mientras Dodge y los demás intentaban descifrar lo que creían que era la totalidad del mensaje de Azul.

—Dijo que te revelaría algo sobre ti —dijo Jacob, pensativo—, pero tú no aparecías en las imágenes que te mostró.

Alyss asintió.

—Qué curioso.

—No me gusta —comento el general Doppelgänger, y empezó a pulsar botones en el panel de control del comunicador especular que llevaba sujeto al antebrazo con una correa.

¡Zzzz! ¡Flink! ¡Zzzz! ¡Flink!

La boquilla del cinturón de municiones del general proyectó en el aire imágenes en directo de naipes Diez destinados en puestos militares fronterizos de todo el reino. No había señales de que se avecinasen problemas, informó cada teniente, ni nada fuera de lo normal. Pero de pronto un naipe Diez en la Ferania Ulterior reparó en Jacob.

—¿Ya ha llegado, señor Noncelo? Sabía que los preceptores se desplazaban con rapidez, pero no tanta.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jacob.

—Hace sólo un cuarto de hora lunar, le he visto caminar a toda prisa hacia la barrera. He supuesto que iba en una peregrinación académica a Confinia, pues se dirigía directamente al paso fronterizo 15-b.

Las orejas de Jacob ejecutaron una danza de perplejidad en lo alto de su cabeza.

—¿Y... estaba solo?

—No me he fijado demasiado en los demás. Como es usted tan blanco, resalta contra el fondo de enredaderas de la Ferania Ulterior, ¿sabe?

—Sí. Sí, no cabe duda —dijo Jacob con aire ausente.

—Majestad. —El naipe Diez le dedicó una reverencia a Alyss—. General. —El soldado hizo un saludo militar, y la comunicación finalizó.

—Esto empieza a darme mala espina —dijo el preceptor.

—¿Empieza? —se mofó Dodge.

El comunicador especular del general emitió un pitido. Doppelgänger pulsó un botón en el teclado, y una imagen del caballo blanco se formó frente a él.

—General, todos los soldados que vigilan el estanque han muerto —informó el caballo.

Dodge se levantó en el acto y comenzó a comprobar el estado de sus armas; el cargador de su pistola de cristal, el gatillo de su AD52.

—¿Hay algún rastro del Gato? —preguntó—. ¿Marcas de arañazos o algo por el estilo?

—Es difícil determinar qué es exactamente lo que los ha matado.

Bip, bip, bip. El general apretó de nuevo una tecla de su comunicador, y la torre blanca apareció junto al caballo.

—Escuchen —dijo la torre.

Al cabo de un momento, el general frunció el entrecejo.

—No oigo más que el silencio.

—Sí, y eso que estoy en el bosque Susurrante —dijo la Torre—. Todas las bocas que hay aquí están cerradas con pegamento.

Jacob estaba tirándose de una oreja, con la frente tan alargada como una sábana hecha un rebujo.

—En el orden de todo aquello que es concebible —dijo— es posible que otro villano sea el culpable de las muertes junto al estanque, pero seríamos unos irresponsables si no nos pusiéramos en lo peor. Y con ello me refiero al retorno de Roja.

—Cuando tú vas, yo vuelvo, Jacob. —Dodge estaba revisando sus reservas de cartuchos de dagas y granadas de serpientes—. ¿Cuál es el plan, general?

—No es fácil prepararse adecuadamente cuando no sabemos dónde está el frente. O el enemigo.

—Todo Marvilia es el frente —replicó Dodge—. La enemiga podría aparecer en cualquier lugar y en cualquier momento. —Tuvo cuidado de no mirar a Alyss, a diferencia de Jacob, que mantenía la vista clavada en ella, casi como si, con su agudo sentido del oído, alcanzara a percibir su creciente inquietud.

«Una reina responsable probablemente buscaría a Roja con su imaginación. Por otro lado, una reina responsable no habría dejado que sus consejeros creyeran que les había descrito sin omisiones el mensaje de Azul».

Las palabras de sus padres le pesaban en la conciencia: su deber era procurar el máximo bienestar posible al mayor número posible de ciudadanos; no podía poner Marvilia en peligro para salvar a uno solo de ellos.

«Debo reconocer la verdad. Por el reino. Por mí».

—Creo —dijo Alyss de pronto— que me gustaría volver a contaros lo que me mostró Azul.

El desconcierto asomó al rostro de Dodge y al del general, mientras que dio la impresión de que Jacob ya se lo temía.

—¿Y bien? —dijo.

—Azul me aseguró que ella, una oruga de tamaño descomunal, me revelaría algo sobre mí que yo aún no sabía. Estoy casi segura de que éstas eran sus palabras exactas. Me enseñó a Arch tirando del bigote a una oruga incolora, pero antes... —sus ojos se posaron en Dodge— me mostró a Roja.

—¿Por qué no lo has dicho antes, Alyss? —preguntó Jacob.

—No lo sé. —Ahora ella y Dodge se miraban con fijeza—. Ha sido un error no deciros nada.

—Bueno, ¿y qué os enseñó de Roja? —inquirió el general Doppelgänger.

Dodge había apartado la vista para ponerse bien la correa de la pistolera del muslo, pese a que ya la llevaba bien puesta.

—La vi manipular torpemente un cristal en forma de llave —contestó Alyss—. Estaba con un preceptor. Y la vi empuñando algo que parecía un cetro muy antiguo y maltratado.

Jacob soltó un gruñido.

—Es peor de lo que pensaba —dijo—. Mucho, mucho peor. Alyss, no he podido permitirme el lujo de darte una educación tan completa como si hubieses crecido en tiempos de paz. Tuve que resumir o incluso saltarme algunos puntos más delicados de la teoría monárquica, así como ciertos datos históricos que esperaba que fuesen irrelevantes. Entre ellos había detalles relacionados con los laberintos especulares. Falté a mi deber de explicarte todos los pormenores sobre ellos, o, mejor dicho, todo cuanto se sabe. Pero ahora veo que mi negligencia fue resultado de las ilusiones que yo mismo me había hecho. Llegué a creer que, si no mencionaba la posibilidad, si la pasaba por alto, nunca sería real.

—¿La posibilidad de qué, Jacob? Nadie tiene la menor idea de lo que hablas.

—Estaba convencido de que si Roja regresaba con una forma reconocible, nunca lo descubriría por sí misma. No contaba con que ella pudiera juntarse con alguien de mi especie y que de hecho llegara a aprender algo. Pero, si suponemos que Roja ha vuelto, me temo que el preceptor al que el naípe Diez confundió conmigo era en realidad Vollrath, un colega mío seducido por la Imaginación Negra que tuvo que lanzarse al estanque de las Lágrimas. Siempre sospeché que estaba causando problemas en la Tierra, y la advertencia que te ha hecho Azul lo deja muy claro: si Roja no ha logrado aún entrar en su laberinto Especular, debe de estar a punto. Sin duda el preceptor le ha hablado de ello. Ella conseguirá su cetro, y gracias a él se volverá más fuerte.

—No lo entiendo —dijo Alyss—. Yo ya he recorrido el laberinto.

—¿Qué importancia tiene nada de esto? —le preguntó Dodge a Jacob—. Roja ha regresado, y no vamos a rendirnos ante ella, pase lo que pase. Mientras no subestimemos su capacidad para sembrar el caos y provocar matanzas...

—Tal vez sea imposible que no la subestimemos, por lo inmenso que puede llegar a ser su poder. Alyss, te lo explicaré todo, pero debemos confirmar si Roja está o no en Marvilia, y si la imagen que Azul te mostró de Roja con su cetro procede del futuro o del pasado. Si es del futuro, todavía se puede evitar. Si es del pasado..., prefiero no imaginarlo. ¿General?

—Lo veremos en pantalla en cualquier momento, Jacob.

Doppelgänger había activado los holocristales incrustados en las torres de energía de la barrera en el paso fronterizo 15-b. Imágenes en directo tanto de Confinia como de la Ferania Ulterior aparecieron en las pantallas de la sala de guerra.

—¿Qué es eso? —pregunto Dodge al percibir un movimiento a lo lejos en

territorio confiniano.

Por medio de los mandos, el general Doppelgänger hizo que el holocristal ampliara la imagen, y allí, junto a un afloramiento de roca, como esperando a alguien, estaban un macho y una hembra que no pertenecían a ninguna tribu confiniana conocida. Podrían ser marvilianos. Claro que también podrían ser terrícolas. La tercera figura, sin embargo, con sus largas orejas y tez traslúcida, era inconfundible.

—Ése —señaló Jacob— es Vollrath.

En ese momento, el único asesino felino de Roja salió de detrás de una roca.

—El Gato —musitó Dodge. Había creído que estaba preparado, pero al ver a aquel que había matado a su padre, algo borroso, como si estuviese al otro lado de una ventana grasienta, los deseos que había expresado respecto al control de sus emociones le parecieron vacíos, falsos.

—¿Dodge? —dijo Alyss, observando la mano con que sujetaba la empuñadura de la espada de su padre. Le temblaba—. ¿Dodge?

Pero él ya no estaba allí con ella. En su mundo sólo cabían dos seres: él mismo y el Gato.

Roja habría preferido estar en el desierto Damero, con el monte Solitario a la vista, para rememorar mejor aquel día lejano con toda su desgarradora amargura. Pero permanecer en Marvilia sin el apoyo de un ejército entrañaba un riesgo; Alyss podía pillarla en cualquier momento, así que sobornó al guardia fronterizo corrupto que el Valet de Diamantes le presentó y guió a Vollrath, el Gato, Siren y Alistaire de vuelta al reino de Arch.

Deseaba instalarse en algún lugar que no estuviera expuesto ni a los elementos ni a los enemigos, un refugio donde estuviera a salvo de amenazas y preocupaciones. A media hora lunar de camino de la barrera fronteriza, lo encontró: una escultura natural de bloques de granito macizo y rocas vomitadas por las movedizas placas tectónicas de aquella tierra.

—Más vale que nadie me moleste —advirtió Roja.

—Nadie lo hará —dijo el Gato.

—Montaremos guardia, Su Malignidad Imperial —prometió Vollrath—. Dispondréis de todo el tiempo y la paz que necesitéis.

Roja se deslizó entre un par de rocas y entró en una especie de habitación sin techo, con paredes de granito salpicadas de agujeros diminutos. Se sentó en el suelo y cerró los ojos. Tardó un rato en olvidar o dejar de lado todos los pensamientos sobre el presente, sobre el aquí y ahora. No fue tarea fácil. Sin embargo, tras algunos chapuzones superficiales en el pozo de la memoria, volvía a estar allí, reviviendo aquella experiencia: ella, una princesa de diecisiete años, con los ojos desorbitados y mareada por el consumo de cristal artificial, entraba en casa a escondidas tras entregarse a varias diversiones prohibidas con el joven Arch de Confinia. Sus padres, la reina Theodora y el rey Tyman, la esperaban en su alcoba.

—Es tarde, Rose —suspiró Theodora.

—Es tan tarde que es temprano —dijo Tyman, descorriendo una cortina para dejar entrar el sol de la mañana.

—Siempre a punto para decir obviedades, ¿no, papá? —Roja empezó a desvestirse, volviéndose de espaldas hacia sus padres para no tener que darles explicaciones sobre sus ojos enrojecidos.

—Rose —le dijo Theodora a su trasero—. No sé si hemos fracasado como padres o si tu comportamiento se debe a desequilibrios químicos causados por tu implacable decadencia. Pero tu desobediencia constante, no sólo de las normas que te imponemos tu padre y yo, sino de las leyes más básicas del reino, como si estuvieras exenta de ellas; tu indiferencia hacia la cortesía más elemental y tu absoluta falta de respeto por la forma en que funciona el gobierno... han hecho mucho más que ahuyentar a aquéllos cuya ayuda necesitarás para gobernar de forma eficaz.

—¡Son ellos los que me han ahuyentado a mí! —gritó Roja, dando media vuelta con brusquedad.

—Alzar la voz no te servirá de nada.

—Rose, ¿has estado... tomando cristal artificial? —preguntó Tyman.

—No seas tonto, papá.

—De cualquier modo —prosiguió Theodora—, dudo que puedas gobernar de forma eficaz un reino si eres incapaz de gobernarte a ti misma. Lo siento, pero no vas a ser reina.

Roja profirió una risotada.

—Claro que lo seré, mama. Soy la primogénita, la heredera. Nada puede cambiar eso.

—Yo puedo cambiarlo. Tal vez tu imaginación sea tan poderosa como crees. Habrías podido ser una soberana magnífica, sin duda. Pero puesto que participas más de la Imaginación Negra que de la Blanca, voy a excluirte de la sucesión. El trono será para Genevieve.

—¡Genevieve!

De pronto, los objetos de la habitación cobraron movimiento; joyeros, libros, holocristales y mesillas salieron disparados de su lugar habitual y chocaron entre sí.

—Y creemos que lo más conveniente —añadió Tyman, agachándose para esquivar una lámpara voladora que se hizo pedazos contra un armario— es que pases un tiempo en el monte Solitario.

—¿En ese viejo castillucho de mala muerte?

—Esperamos que el hecho de vivir en un aislamiento relativo te haga recapacitar —explico Theodora—. No contarás con todas las comodidades que tienes aquí, ni, esperamos, con las mismas oportunidades de satisfacer tus apetitos más innobles.

Una falange de piezas de ajedrez entró en fila en la habitación.

—¿Y esto? ¿Una escolta para llevarme a mi nuevo hogar? —se mofó Roja—. Podría quitar de en medio a esta panda de mediocres con un solo golpe de imaginación.

—Olvidas, Rose, que yo también tengo el don de la imaginación —le advirtió Theodora—, y tengo más práctica en su uso. No matarás a nadie, aunque te aseguro que si lo intentas, será a todos los efectos como si hubieses muerto para tu padre y para mí.

—Nos duele tanto a nosotros como a ti —dijo Tyman.

—No, aún no, mi querido y bobo padre. Pero os dolerá. Os dolerá a los dos mucho más, lo juro.

Roja volvió a ponerse la ropa rápidamente y se dispuso a salir del dormitorio a grandes zancadas para avanzar por los pasillos del palacio haciendo saltar por los aires estanterías, jarrones, estatuillas, candelabros —todo lo que se le cruzara por delante— con la imaginación. Esto es lo que había hecho en realidad, pero ahora, al reconstruir la escena en su memoria, se dio la vuelta y vio, detrás de las piezas de ajedrez que esperaban para llevársela del palacio, una puerta donde antes no había ninguna. No estaba unida a pared alguna, ni a ninguna otra cosa, de hecho, y su parte

superior sólo le llegaba al pecho. Roja se abrió paso a codazos entre las piezas de ajedrez hacia ella. La abrió de un empujón y no alcanzó a ver que había al otro lado. Daba igual. Todo su futuro dependía de que cruzara ese umbral.

La mayor parte de los jardines se caracterizan por su variedad de flores y otras plantas, pero saltaba a la vista que quien fuera que le hubiese puesto su nombre al Jardín de los Laberintos Inacabados jamás había puesto un pie en él. Tenía por cielo una negrura absoluta, un vacío. El suelo era tan liso como alguna piedra preciosa desconocida y semejava la superficie de un mar petrificado. Once cubos de cristal, idénticos a la llave del laberinto Especular de Alyss en todo salvo en el tamaño, estaban unidos a aquel extraño suelo por un solo punto, de modo que parecían balancearse de forma precaria. Incluso el cubo más pequeño era más alto que Roja.

Su Malignidad Imperial se acercó al que tenía más cerca, alargó la mano hacia su lustrosa superficie y...

¡Plink! Sus dedos toparon con su fría solidez. La emprendió a puñetazos contra las seis caras del cubo. Nada. No había manera de entrar. Hizo lo mismo con los cuatro cubos siguientes. Apretaba y golpeaba los lados, exploraba cada ranura relumbrante, cada grieta luminiscente, en busca de la palanca o lo que le diese acceso a su laberinto.

Entonces comprendió que su impaciencia la había ofuscado. Su llave sería la más pequeña de las once, la que había tenido menos tiempo para crecer.

Estaba a varios maspíritus de distancia. Arrancó a correr. Sin saber la razón o que planeaba hacer, se abalanzó directa hacia el cubo.

¡Fssst!

Se encontró en su laberinto, y la imagen de su propio rostro la miraba con desprecio desde los innumerables y polvorientos espejos que la rodeaban.

—¡Aquí estoy! —gritó ella, y las palabras rebotaron en los cristales de aspecto empañado sin cesar ni perder intensidad. El ruido retumbó dolorosamente en los oídos de Roja, pero a ella no le importó. Estaba dispuesta a soportar cualquier cosa. Había llegado hasta allí, y no se marcharía sin antes dar con lo que buscaba.

En todas direcciones, los pasillos con paredes espejadas se bifurcaban en tramos oscuros del laberinto. Ella intentó localizar el cetro por medio del ojo de la imaginación, pero al parecer sus poderes no servían de nada allí. Tendría que encontrarlo al viejo estilo, explorando cada largo de gombriz de cada pasillo.

—Vaya un laberinto de pacotilla —refunfuñó, porque había descubierto que podía atravesar las paredes de espejo sin el menor problema. Era como si se encontrara en una sala gigantesca cuyos pasillos espejados eran una mera sombra espectral de los caminos intrincados que había albergado en otro tiempo.

—¿Cómo te atreves, si soy más inteligente e imaginativa que tú? —siseó una encarnación infantil de ella misma. En uno de los espejos vio imágenes de la noche

que había asesinado a su madre. Sin embargo, por lo demás, los fantasmas del pasado permanecían en el margen de sus sentidos, de modo que sólo los oía o veía a medias.

Roja siguió adelante, e imágenes no del todo definidas revolotearon en su visión periférica, apariciones que la señalaban con los ojos muy abiertos, sorprendidas de que aquélla para la que el laberinto estaba destinado llegase tanto tiempo después de lo previsto. Cuando ella se volvía para mirarlas directamente, ellas cambiaban de lugar y permanecían al borde de su campo visual.

Entonces lo divisó; más adelante, tirado en el suelo, como si no fuera más que un palo inútil que alguien con prisa por marcharse hubiese dejado caer. El que en otra época había sido un bastón de colores vivos estaba ahora corroído y ennegrecido por el tiempo. El corazón que lo remataba estaba deslucido y gris, y la filigrana estaba oxidada y descascarillada; el cetro acusaba los efectos de un abandono como el que sus padres le habían hecho sufrir a ella.

—¡Y encima tuvieron la insolencia de culparme a mí! —vociferó Roja, mientras en su mente daba vueltas el recuerdo de ese día lejano en que todo había cambiado.

—Es culpa tuya, Rose —le había dicho Theodora—. Nunca escuchas los consejos de nadie y te niegas a guardar la menor disciplina, de modo que quebrantas los principios más elementales de la Imaginación Blanca.

—¡Tal vez sea disciplinada para otras cosas! —había espetado ella.

—Eso es lo que temo. Ya has asustado a algunos marvilianos importantes.

Roja ahuyentó ese recuerdo de su cabeza. Sus dedos se cerraron en torno al cetro, que le dio acceso a todo el potencial de su imaginación. Ahora era el miembro más poderoso de la familia de Corazones. Pronto sería el único.

Ella había desistido de su intento de resistirse y sólo se atrevía a mover la boca de manera que el sistema dosificador de drogas que los ministros se negaban a quitarle no la dejara inconsciente. Todavía estaba atontada a causa de la última dosis que se le había administrado cuando había intentado evitar que una de las esposas del rey Arch le prendiera una baratija a la oreja.

—Deberías dejarte crecer el pelo —le dijo la esposa ahora, toqueteando el flequillo corto de Molly con una mano bien cuidada.

—Me gusta mi corte de pelo.

Lo llevaba corto por su trabajo como bonetera y escolta de la reina Alyss. Lo contrario podía suponer un peligro; un adversario podría agarrarla de la cabellera larga durante una pelea. Sin embargo, ahora no tenía que preocuparse por eso, ¿o sí? Había renunciado a su cargo. Seguramente se merecía esta humillación por el error mortal que había cometido; pasarse el día sentada sin moverse con las esposas de Arch reunidas en torno a ella, aplicándole colorete y polvos en las mejillas, pintándole los labios y engalanándola como si fuera una muñeca con sus pulseras y collares.

—Podrías ser bonita si quisieras —comentó otra esposa que se acercó a ella con un peine para pestañas.

Las mujeres retrocedieron un paso para admirarla.

—Mucho mejor —observó una de ellas.

—Ahora tal vez ya no espantarás a los pretendientes —añadió otra.

Pero a Molly le importaban un comino los pretendientes. Se había fijado que en la pared del fondo de la jaima había una raja que no estaba allí antes... hecha al parecer con un corte preciso de cuchilla.

Antes de que lo enviaran a poner a punto a ADELA, Somber ya había rastreado la mayor parte del campamento de los fatalsinos buscando rastros de su hija. Ahora, vestido como un jornalero, llevó a cabo un reconocimiento rápido de los pocos barrios que le quedaban por explorar, pero no encontró nada. El paradero de Molly seguía siendo totalmente desconocido para él.

Tendría que volver a empezar de cero. Era imposible que pudiera registrar el campamento entero por segunda vez. Alzó la vista al cielo con los ojos entornados; faltaba poco más de un ciclo de la luna de Turmita para que se venciera el plazo fijado para el cumplimiento de su misión. Lo único que podía hacer era conservar la esperanza. Y darse prisa, pero no tanta como para despertar sospechas.

Con la cabeza gacha, aprovechando al máximo su visión periférica, Somber recorrió a paso rápido calles y callejuelas en las que había estado no hacía mucho. Delante de un puesto de hierbas y verduras frescas estaban dos de los cocineros

personales de Arch. Ver a unos sirvientes reales mezclándose con el pueblo llano fue como un revulsivo para él. ¿Cómo había podido ser tan torpe? Había buscado a Molly por todas partes excepto en el recinto real donde él mismo había estado viviendo; entre las jaimas del séquito de Arch. Siempre había dado por sentado que el rey mantendría a Molly cerca, pero no tanto.

Se encaminó hacia la tienda de Arch, en el centro del campamento, donde el peligro de que alguien lo reconociera era mayor que en cualquier otra parte. Acababa de emprender su búsqueda cuando...

—¿Necesitas trabajo, jornalero?

Era Weaver. Somber inclinó la cabeza para responder afirmativamente, pues no quería correr el riesgo de que alguien identificara su voz.

—Tengo que trasladar unos muebles. Te pagaré con un collar de cuentas de cuarzo y una comida caliente.

Somber, siguiendo a Weaver, salió de la calle principal y llegaron a su jaima, donde ella se le echó al cuello y, reprimiendo los sollozos, habló con un susurro desesperado.

—Me dijeron que te habías ido, y... Tenías razón. Tenías razón desde el principio. Oí a Arch hablar de Molly. Si te hubiera creído antes, yo...

—Chsss, Weaver. Chsss. Querías lo que creías que era mejor para Molly, para todos nosotros. No tienes por qué culparte a ti misma. ¿Sabes dónde está ella?

Weaver se apartó un paso y se secó las mejillas.

—No estoy segura. Sus ministros se turnan para visitar la jaima de sus esposas. Dudo que Arch se lo permitiera si entraran allí por algo relacionado con sus mujeres.

—Llévame hasta esa jaima.

Ella estaba a punto de salir a la calle, pero él le tocó el brazo para detenerla.

—¿Cómo me has reconocido?

—Te conozco bien. Tus andares me son tan familiares como mis pensamientos, incluso después de tantos años.

Somber asintió. Sin embargo, si ella era capaz de identificarlo con tanta facilidad, tal vez para otros no sería demasiado complicado. Por otro lado, no podía hacer nada para remediarlo ahora mismo.

—Enséñame dónde retienen a Molly.

Weaver, caminando delante de él como le había indicado, le señaló la jaima de las esposas con un leve gesto de la cabeza y siguió andando. Somber se agachó y se dirigió a la parte posterior, hasta un espacio reducido, apenas lo bastante amplio para apilar los postes de las tiendas de campaña. Dio un golpecito a la hebilla de su cinturón, los sables se abrieron con un chasquido y él abrió rápidamente un tajo pequeño en la lona. Otro golpecito a la hebilla, y los sables se retrajeron de nuevo. Echó un vistazo al interior de la jaima por la abertura que había hecho. Allí, entre las trece esposas que yacían en voluptuosos cojines y sensuales sedas la vio: custodiada por un par de ministros de información, sentada con aire sombrío, sola en un rincón.

No llevaba su sombrero, e iba vestida con un traje rosa que él nunca le había visto antes.

Cuando entró en la jaima de Weaver, ella estaba esperándolo.

—Está allí —dijo Somber—. Sólo cuento con las cuchillas de mis muñecas y mi cinturón. ¿Tienes acceso a otras armas?

—He oído hablar de alguien que las vende en el barrio de Kyla. De contrabando. Pero...

—Si queremos que nuestra hija siga con vida, debemos encontrarlo.

El perímetro del palacio estaba vigilado por piezas de ajedrez, se habían enviado contingentes de naipes soldado a puntos estratégicos de Marvilópolis, y los puestos fronterizos de todo el reino estaban en estado de alerta. En la sala de guerra del palacio, las pantallas que mostraban a Vollrath, el Gato y los dos desconocidos parpadearon como si hubiera una bajada de tensión momentánea. Antes del parpadeo, Vollrath y los demás estaban a la vista; después, habían desaparecido.

—Los encontraré —dijo Alyss, y, enfocando con el ojo de la imaginación el afloramiento de roca en el que el enemigo se encontraba hacía unos instantes, escrutó la zona del territorio confiniano que lo rodeaba. Cuando los localizó, se hallaban mucho más lejos de lo que ella había imaginado, avanzando velozmente en un vehículo que no le resultaba familiar, pues Roja acababa de crearlo: una máquina de tres ruedas ideada para moverse por terreno accidentado. Su tía iba sentada encima y detrás de los demás en un asiento similar a un trono, empuñando un báculo coronado por un corazón que había muerto hacía tiempo.

—Los veo —anunció—. Roja va con ellos. Lleva su cetro.

—Deberíamos atacar antes de que ella nos ataque a nosotros —apremió Dodge.

—¿Atacar Confinia? —El general no parecía tenerlas todas consigo.

—Tendríamos que lidiar con Arch, no sólo con Roja —señaló Jacob.

—Apostaría a que ya estamos lidiando con él.

—¿Se está alejando de Marvilia? —murmuró Alyss.

Internándose en Confinia a toda velocidad, con su cabellera de lana de acero ondeando al viento, Roja se volvió, y a Alyss le dio la impresión de que la miraba directamente, como si notase que el ojo imaginativo de su sobrina la observaba. Curvó las comisuras de sus labios en una mueca de desprecio, blandió su cetro y, en la sala de guerra del palacio de Corazones, Alyss dio un respingo, sobresaltada; el ojo de su imaginación se había quedado en blanco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jacob.

—Ha bloqueado mi visión.

—Eso no es bueno —murmuró el general, dividiéndose en dos—. Nada bueno —dijeron los generales Doppel y Gänger y cada uno de ellos introduciendo coordenadas en sus comunicadores de cristal para ordenar que se desplegasen tropas junto a la barrera fronteriza.

Alyss intentó centrar de nuevo el ojo de su imaginación en su tía. Captó imágenes fugaces de Roja en un valle y en una colina. Luego cayó en la cuenta de que había cientos de ellas: Roja en su vehículo de tres ruedas atravesando una llanura; Roja en su vehículo de tres ruedas dando tumbos por una cuesta pronunciada y rocosa; varias Rojas desperdigadas en los acantilados de Glif; un número incalculable de Rojas a ambas orillas del río Bookie; innumerables Rojas desfilando por el lado confiniano de la barrera fronteriza.

—¡Estamos recibiendo informes! —exclamaron los generales Doppel y Gänger.

—Ha hecho aparecer dobles de sí misma —dijo Alyss—. Cientos de ellos, o quizá más. Desde esta distancia, es imposible para mí saber cuál es la auténtica. Tendría que atacarlas a todas a la vez.

Materializó un tambor erizado por cada Roja que veía. Los proyectiles pasaban a través de las Rojas falsas sin hacerles el menor daño, pero la de verdad tendría que contraatacar para sobrevivir. Las armas volaban rápidamente hacia sus objetivos y los atravesaban. A todos.

—No lo entiendo. ¿Ninguna de ellas es real?

—¿Cómo es posible? —Dodge estaba furioso—. ¿Dónde puede haberse metido?

Alyss no tenía respuesta, y Jacob se encogió de orejas como disculpándose por su ignorancia. Los generales Doppel y Gänger gritaban a través de sus comunicadores especulares:

—¡La barrera fronteriza misma es la línea del frente!

—¡Nuestros soldados de la frontera están detrás de la línea del frente!

Jacob se puso en pie de un salto.

—Te acompañaré a la cámara de cristal, Alyss. Allí tu imaginación será más poderosa.

—Genial —dijo Dodge—. Así que si por casualidad Roja la localiza con el ojo de su imaginación, sabrá dónde está el Corazón de Cristal.

—Y si Alyss no puede vencer a Roja ni aun estando cerca del cristal, posibilidad que debemos tener en cuenta dada la fuerza que Roja está demostrando, dará igual que intentemos ocultárselo.

Dodge, convencido por estas palabras o simplemente resignado a lo peor, se dirigió hacia la puerta.

—Lucharé junto a mis hombres. —Se encontraba a medio camino del pasillo cuando...

—¡Espera!

Alyss estaba allí de pie, con una mirada suplicante y preocupada. Pero ¿qué suplicaba? Nada de lo que dijera impediría que él se marchara; es más, no debía decirle nada, y ella lo sabía.

Regresó hacia ella, pero sólo por un momento.

—Te perdono, Alyss. Te perdono por mentirme. No está mal eso, ¿no? Un guardia perdonando a su reina. —La besó—. Por favor, mantente a salvo. Yo intentaré hacer lo mismo.

Giró sobre sus talones y se alejó. Alyss dejó que Jacob se la llevara de la sala.

El traficante de armas era un ser escurridizo, un exmiembro de la tribu glebog que guardaba su mercancía bajo fondos falsos de cajones, tras cuadros que podían desprenderse de su marco, y dentro de relojes y aparatos de cocina a los que había sacado el mecanismo. Somber esperó fuera de la tienda mientras Weaver compraba todo lo que podía con las gemas que él le había dado. Salió cargada con un saco de lana en cuyo interior había un par de AD52 con varias barajas de proyectiles de repuesto, un carcaj con ofuscantes y un escurpidor.

Somber se armó en un callejón cercano, enganchándose el carcaj y el escurpidor al cinto de modo que su chaqueta de jornalero los ocultase a la vista. Se guardó las barajas de proyectiles en el bolsillo, se ató uno de los AD52 al muslo y alargó la mano hacia el otro.

—Éste me lo quedo yo —dijo Weaver.

—No creo que debas.

—Lo sé.

No podían permitirse el lujo de ponerse a discutir.

—Por lo menos espera a que yo haya entrado —le pidió Somber—. Sólo tendremos una oportunidad si llego hasta Molly antes de que la lucha sea más encarnizada.

Cuando enfilaron la calle de Arch, Weaver se alejó sola y se quedó curioseando ante un puesto de propaganda mientras Somber se dirigía furtivamente a la parte posterior de la jaima de las esposas. Echó una ojeada al interior a través del tajo que había abierto antes en la lona. En el interior todo seguía igual: sólo estaban allí las trece mujeres, los dos ministros y Molly.

Un ruido sordo sonó a lo lejos y empezó a acercarse, aumentando de intensidad.

Somber se sacó el escurpidor de debajo de la chaqueta y lo lanzó dentro de la tienda. ¡Sploink! ¡Splish! Balas de veneno salpicaron las paredes por dentro, y antes de que la última de las esposas saliese corriendo a la calle, Somber desplegó las cuchillas de sus muñecas y las apretó con fuerza contra la lona de la jaima. Pasó al interior por entre los jirones. Los ministros que flanqueaban a Molly descargaron sus pistolas contra él, pero él avanzó hacia ellos, desviando los disparos de su cristal mortífero. Había dado sólo un paso o dos cuando el guardia que vigilaba la entrada de la tienda entró corriendo, seguido por Weaver.

—¡Eh! —gritó ella, y cuando el guardia se volvió, lo acribilló con la cuarta parte de una baraja de cartas daga.

¡Suink! Somber abrió los sables de su cinturón, ejecutó un giro e infligió varios cortes mortales a los ministros. Weaver se mecía suavemente sobre sus rodillas, abrazando a su hija.

—¿Y tu sombrero? —preguntó Somber.

—Ya no lo necesitare —respondió la muchacha, avergonzada.

No era el momento de preguntarle a qué se refería ni de ponerse a buscarlo.

—Hay que darse prisa —dijo Somber.

—No puedo moverme con esto puesto.

Molly señaló su traje con los ojos. Somber rajó la prenda ajustada con las cuchillas de sus muñecas, y la tela destrozada cayó al suelo sin que la joven hubiese sufrido ni un rasguño. Weaver rebuscó entre las cosas de las esposas algo de ropa para Molly. Somber retrajo las cuchillas de las muñecas, se quitó uno de los brazaletes y se lo tiró a su hija junto con el carcaj de ofuscamentos.

—No debería... —protestó ella, mirando las armas con abatimiento—. No soy de fiar. Ya he metido bastante la pata.

Somber se le acercó y le cerró el brazalete en torno a la muñeca.

—No más que cualquiera de nosotros —dijo, soltándose las correas de la AD52 y...

¡Fi-fi-fi-fi-fiz! ¡Fi-fi-fi-fi-fiz!

Giró 360 grados disparando cartas daga contra las paredes de la tienda, que se partió en dos. La parte de arriba salió volando a causa del viento, y la inferior cayó al suelo.

Los guerreros de Arch empezaban a invadir la calle y las jaimas vecinas. Somber insertaba una baraja de proyectiles tras otra en el compartimento para municiones de su AD52, repartiendo cartas daga entre el enemigo hasta que sus limitadas reservas se agotaron y al apretar el gatillo sólo se oían chasquidos. Usó las cuchillas de la muñeca que le quedaban como escudo, desviando con su movimiento rotatorio de alta potencia hacia objetivos no previstos las plumas punzantes, los disparos de pistola de cristal, las balas venenosas y las cartas daga lanzadas por sus adversarios. Molly, con el otro juego de cuchillas de muñeca, cubría con aprensión la retaguardia, y Weaver se mantenía apretujada entre ellos, disparando su AD52.

—¡Seguidme de cerca! —gritó Somber.

Arremetió directamente contra los guerreros fatalsinos que estaban en la calle, con las cuchillas girando rápidamente ante él. ¡Doink! ¡Patingk! ¡Ping! Los proyectiles del enemigo rebotaron en sus cuchillas, que perdieron velocidad y tabletearon cuando uno de los guerreros no se apartó de su camino a tiempo. Pero ahora estaban en marcha, Somber, Weaver y Molly avanzando por la calle a paso ligero, lo que el bonetero habría podido considerar una mejora de la situación familiar de no ser por el fuego enemigo que les llegaba de todas direcciones desde puestos bien protegidos.

Un destello: una esfera generadora voló hacia ellos.

—¡A cubierto!

Padre, madre e hija echaron el cuerpo a tierra al mismo tiempo.

¡Crachbuuuuuuuuuuuuuffffsh!

Tras la explosión se impuso un silencio sepulcral, pero pronto se oyeron los golpes sordos de los escombros que llovían en torno a ellos. Todas las jaimas del

campamento se habían venido abajo. Los fatalsinos contra los que habían estado luchando hacía sólo un momento estaban inmóviles y estupefactos, con la vista perdida en la distancia.

Somber les hizo señas a Weaver y Molly de que se metieran a gatas bajo la jaima más cercana, y se metió tras ellas. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando ahí fuera, si duraba lo bastante, tal vez les permitiría escabullirse de una tienda a otra sin que los viesen hasta llegar al límite del campamento.

Arch estaba dejándose entretener por sus esposas número nueve, dieciséis, veintitrés y treinta y dos cuando un ministro irrumpió en la jaima y...

—Majestad —dijo el ministro, y el resto de sus palabras se perdió en el estruendo y el rugido de un motor que sonó cada vez más cerca hasta encontrarse justo frente a la jaima. El ministro terminó de hablar, el motor se apagó, y Roja entró seguida por el Gato, Vollrath, Siren Hecht y Alistaire Poole.

—Qué, ¿otra vez por aquí? —dijo Arch sin disimular demasiado su irritación.

—¿Estás enfurruñado porque he interrumpido tus retozos familiares, Archy? —dijo Roja con una sonrisita—. Creo que me estoy poniendo un pelín celosa.

—Son mis esposas, Roja. No significan nada para mí.

—¿De veras?, entonces no te importará que... —Roja hizo ademán de arrojar su cetro como una lanza. Del corazón ajado del bastón brotaron forúnculos, quistes pilosos y bigotes que se instalaron en el rostro de las cuatro esposas, dando al traste con su belleza—. Bien, así está mejor. —Roja devolvió su atención a Arch y agitó su cetro—. ¿Sabes lo que es esto?

—Parece el pilar podrido de una cama que habría debido ser pasto de las llamas hace mucho tiempo.

—Casi. Es el cetro que me corresponde como reina. Lo encontré en mi laberinto Especular...

Fuera estalló un tiroteo. Arch llamó a Ripkins y Blister con un silbido, pero no estaban en sus puestos habituales.

—¿Buscas a estos dos? —preguntó Roja, y la esfera de vidrio transparente e impenetrable que ella había materializado entró rodando, con los guardaespaldas dentro—. Supongo que tendrán algún don especial si los has contratado como escoltas personales, Archy. Los mantendré a salvo hasta averiguar cuáles son esos dones y cómo puedo explotarlos en mi beneficio.

La batalla que se libraba fuera se volvía más violenta por momentos: se oían gritos de guerra, gemidos superpuestos de los moribundos.

Un ministro ensangrentado entró tambaleándose en la jaima.

—Mi señor, Molly la del Sombrero se ha escapado.

—¿Cómo que se ha escapado? —gritó Arch—. ¿Cómo puede haberse escapado si el menor movimiento ocasiona que se maree y se caiga al suelo?

—Perdón, mi señor —rectificó el ministro—. Más que escapar, la han rescatado. Su madre. Y Somber Logan.

—¿Somber Logan está aquí? —preguntó Roja.

Pero Arch estaba demasiado ocupado vociferando y maldiciendo para contestarle. Daba patadas en el suelo y puñetazos en el aire, y tras un ataque particularmente feroz contra sus enemigos invisibles, Roja le dijo:

—Tu furia me impresiona, Archy, pero salta a la vista que las presiones que trae consigo la autoridad te sobrepasan. Creo que tomaré el control de Confinia y dejaré que descanses un poco.

La rabieta de Arch cesó como por ensalmo. Adoptó enseguida el tono y la actitud de un tío indulgente.

—Roja, te lo digo con el más absoluto respeto hacia tu imaginación, pero... — fingió contar al Gato, Vollrath, Siren y Alistaire—... sólo veo a cuatro seguidores. Ni siquiera con tu imaginación podrías derrotar a mi ejército.

—Tienes razón —admitió Roja, y con un pase de su cetro, todas las jaimas del campamento de los fatalsinos se desplomaron.

Estaban rodeados. Guerreros armados de las veintiuna tribus de Confinia habían cercado el campo y aguardaban órdenes.

Roja alzó la voz para que todos la oyeran.

—¡Arch, te presento a mi ejército! ¡Ejército, éste es vuestro rey depuesto!

—¡Con Roja al mando, todos somos iguales! —gritaron a coro los miembros de las tribus.

—Esto no es posible —jadeó Arch—. Es una de las ilusiones que creas con tu imaginación.

—¿Ah, sí? —Con la rapidez con que una esfera generadora sale disparada de un cañón, una rosa de tallo negro y espinoso brotó del corazón del cetro, que más bien parecía una uva pasa. El tallo buscó una víctima al azar entre el nuevo ejército de Roja, se enroscó alrededor de un onu y lo estranguló.

—Las ilusiones creadas por mi imaginación no pueden morir —dijo—. ¿Te das cuenta ahora de lo equivocado que estás, Archy?

—Pero ¿cómo...? —susurró el rey—. ¿Cómo has conseguido...?

—Dame las gracias a mí —dijo una voz, y de debajo de una jaima hundida, salió arrastrándose el Valet de Diamantes.

—¿Tú? —dijo Arch.

El Valet hizo una reverencia.

—Estoy encantado de ser el artífice de tu desgracia, Su Ex Majestad. Es lo menos que mereces por traicionar a mi familia.

—Sí —suspiró Roja—. Por más que me guste atribuirme los méritos ajenos, además de ostentar los míos, debo reconocer en este caso, Archy, que lo de convencer a las tribus de que luchen por mí fue idea del Valet, y fueron sus esfuerzos los que lo hicieron posible. Pero a todos los lechuguinos cargantes les llega su fin, y como el

Valet ya no me es de ninguna utilidad...

—¿De ninguna utilidad? —exclamó el Valet con incredulidad—. ¡Pero si siempre os he sido útil, Su Malignidad Imperial! ¡Puedo seguir siéndolo y lo seré siempre! Os...

Sin el menor atisbo de esfuerzo, Roja le cerró la boca con pegamento.

—¿Quién quiere matarlo? —preguntó.

El Gato alzó una pata. Siren y Alistaire levantaron las manos.

—Mmmmm, mmm, mmm —protestó el Valet.

Arch resollaba como un maspíritu cansado, con una mirada de odio clavada en el Valet. Roja se fijó en él.

—En vista de su reciente degradación —dijo—, me parece que lo más justo será cederle ese honor a Arch.

El Valet, desesperado, intentó huir, pero Roja materializó un tallo de rosa grueso y negro que lo hizo tropezar y le ató las muñecas a los tobillos.

Un surtido de armas apareció ante Arch: un AD52, una pistola de cristal, un escurpidor, una Mano de Tyman, una granada de serpientes y una espada, entre varias otras armas blancas. Arch eligió la más íntima: un cuchillo apenas más grande que un dedo. La muerte que quería darle al Valet requería proximidad, un toque personal.

Arch permaneció un rato de pie ante el marviliano que se retorció en el suelo.

—¿Quieres decir tus últimas palabras?

—¡Mmm! —suplicó el Valet, con los ojos desorbitados—. ¡Mmmmmmm!

Arch se arrodilló y le hundió casi todo el cuchillo en el pecho.

—Bien. Porque de todos modos no quería oírlas.

Un último estertor escapó por entre los labios fofos del Valet de Diamantes. Arch se puso de pie y se limpió las manos, dejando el cuchillo clavado en aquel cuerpo sin vida.

—Y ahora —dijo Roja—, a la guerra.

Alyss había ocupado su puesto en la cámara de cristal, de pie en la plataforma de observación, a media altura sobre el suelo, de cara al brillo palpitante del Corazón de Cristal, extendiendo el brazo hacia él de vez en cuando para absorber energía imaginativa. Tras ella, Jacob estaba sentado ante una mesa de control. Por medio de monitores, altavoces y dispositivos de comunicación bidireccional, seguía el avance del enemigo, los movimientos de las tropas y las transmisiones entre Doppel y Gänger, los naipes Diez que desempeñaban el cargo de tenientes y las piezas de ajedrez.

—¡La barrera fronteriza! —gritó el preceptor.

—Sí —respondió Alyss, que ya había reparado en ello: un segmento largo de la barrera había sido derribado, y los mercenarios de Roja entraban a raudales en la Ferania Ulterior.

Roja atacaba con su inteligencia habitual, enviando primero contra los naipes soldado y las piezas de ajedrez una oleada kamikaze de vitróculos y abriendo acto seguido fuego graneado de esferas generadoras y arañas obús. A continuación llegaban las tribus: los astacanos, con sus piernas delgadas como palos y su habilidad para moverse por terrenos abruptos y rocosos con tanta facilidad como las cabras de la Tierra; los awr, con sus tirarredes y su caparazón —una cubierta ósea dura que les protegía la espalda contra cuchillas, dagas y disparos de pistolas de cristal y en la que podían retraer la cabeza y las extremidades en caso necesario—; y los otros diecinueve clanes, cada uno de ellos con sus armas y rasgos físicos característicos, fruto de la adaptación durante generaciones a los diferentes paisajes de Confinia.

—¡Que las barajas de los pasos fronterizos 32-a y 29-d converjan! —oyó Alyss decir a los generales a través de los altavoces del tablero de Jacob—. ¡Que converjan en la brecha!

«Pero un tramo más grande de la barrera quedará desprotegido».

—¡Piezas de ajedrez, a la retaguardia! —bramaron los generales—. ¡Reforzad las líneas de defensa en torno a Marvilópolis!

Alyss materializó una lluvia de esferas generadoras sobre los vitróculos y los guerreros tribales que cruzaban la barrera fronteriza inutilizada, y luego dirigió el ojo de su imaginación hacia Dodge para echarle un vistazo breve. Estaba de pie, frente a la valla principal del palacio, con sus guardias, la mano en la empuñadura de la espada de su padre y el rostro impávido y alerta.

«No le gusta nada tener que esperar a que el Gato venga hasta a él; no le...».

—¡Alyss! —gritó Jacob, porque las esferas generadoras de la reina estallaban en el aire, sin infligir daño alguno al enemigo.

¡Cccrcchsssk! ¡Pfuugaaasssh!

Roja había hecho aparecer esferas para que colisionaran con las de Alyss y las hicieran explotar inofensivamente encima de las cabezas de los soldados en batalla.

—¡Otra brecha! —informó Jacob—. ¡Y han penetrado en el bosque Eterno!

Alyss sabía que avanzaban hacia el palacio, hacia ella. Alargó la mano hacia el Corazón de Cristal, rígida por la corriente de energía que fluía a través de ella, pero las tribus de Confinia eran muy hábiles para confundirse con su entorno, por lo que las perdió de vista. Allí donde la orilla del bosque daba paso a las afueras de Marvilópolis, ella creó con la imaginación redes de trama muy cerrada hechas con fibras a prueba de cortes; un campo minado de redes camufladas como hojas caídas. Los guerreros confinianos tendrían que pasar por allí en su marcha sobre la capital. Al poner un pie sobre las redes, éstas se cerrarían con ellos dentro como las mandíbulas de pétalos de una planta carnívora.

Alyss redirigió su imaginación a los combates fronterizos. Intuyó algo: Roja la estaba mirando. Con su cetro, Alyss trató de ahuyentar la visión de su tía, bloquearla. Lo intentó una, dos veces, pero Roja seguía allí, en el ojo de su imaginación, observando.

—¡Una de las bases del bosque ha sido asaltada! —dijo Jacob—. ¡Los soldados en nuestro puesto en la montaña Snark están en inferioridad numérica!

Alyss redobló sus esfuerzos y movió su cetro a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo, dirigiendo una orquesta de crisálidas defensivas, cañones automáticos, nubes de energía que volaban bajo y descargaban relámpagos que atravesaban a los vitróculos, y todas las clases de armas que había visto en Marvilia y en la Tierra...

El caballo blanco y sus peones, que se enfrentaban a guerreros onu y scabbler en un escaque del desierto Damero, se vieron rodeados casi por completo, y estaban perdiendo efectivos y municiones a ojos vistas, cuando una nube de energía descendió inesperadamente ante ellos. Despidió varios rayos que fulminaron a suficientes guerreros para abrir una brecha, y mientras el caballo y los peones luchaban por alcanzar una seguridad relativa, unas bayonetas aparecieron en el aire para ayudarles a escapar...

En una base militar en el bosque, maldoides y gnobis asediaban a la torre blanca y a una mano de naipes soldado que se habían refugiado en un almacén de provisiones. Las plumas punzantes de los maldoides se clavaron en la fachada del almacén, y los guerreros tiraron con fuerza de los resortes sujetos a la parte posterior de las plumas, hasta que echaron abajo la pared. Los marvilianos descargaron toda su potencia de fuego, pero los gnobi lanzaron una bola letal que entró rodando por el suelo en el almacén. La torre y los naipes soldado estaban indefensos ante aquella arma del tamaño de un melón. Si se movían, el artilugio los detectaría y de los agujeros distribuidos por su superficie saldrían despedidos perdigones de cristal con tal velocidad y fuerza que los mataría a todos. Por desgracia, un naipe Tres respiró un poco demasiado fuerte. La bola letal disparó sus municiones. La torre cerró los ojos, preparándose para morir, pero los proyectiles desviaron su trayectoria hacia los maldoides y los gnobis, como si prefiriesen el calor y el aliento de seres confinianos...

Del Corazón de Cristal emanó una bruma que le nubló la visión a Alyss. Ella intentó disiparla abanicándola. Entonces aspiró, e identificó el olor: humo. La oruga azul estaba a su lado, dando caladas a su narguile y disfrutando con el brillo del cristal, como si estuviera tomando el sol.

—Extraordinario —exclamó Jacob—. Inaudito. ¿Una oruga se presenta justo en este momento?

—Te derrotarán a menos que coquetees con la derrota —le dijo Azul a Alyss—. Si te expones a la derrota, aunque no vencerás, puedes evitar la victoria.

—¿Qué?

Pero Azul no dijo una palabra más, y una densa vaharada de humo de narguile la envolvió. Proyectada en el humo como si de una pantalla se tratara, vio la imagen de Somber desovillando un hilo luminiscente para el rey Arch, que estaba tejiendo una telaraña en la que estaban aprisionadas la misma Alyss, Genevieve y Theodora; tres generaciones de reinas de Corazones que pugnaban en vano por liberarse. Entonces Arch se desvaneció, y era Somber quien tejía la red, con la salvedad de que sus complicados movimientos daban lugar a agujeros, aberturas que permitían a Alyss, su madre y su abuela zafarse de sus ataduras, transformarse en mariposas blancas y alejarse revoloteando.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jacob una vez que las imágenes hubieron desaparecido, y el humo de la pipa de humo hubo ascendido despacio hacia el techo.

«Si no lo sabe él, ¿cómo voy a...?».

Unos chillidos salieron de los altavoces de la mesa de control, y Jacob consultó los monitores.

—Ella ha soltado a los ripios —dijo.

Pero la atención de Alyss estaba puesta en la valla del palacio, donde Dodge, impaciente por verse las caras con el Gato, se despedía de sus hombres y se alejaba solo por Marvilópolis en dirección a la barrera fronteriza.

«No, Dodge, no».

Los ripios galopaban hacia el tupido corazón del bosque Eterno y se perdieron de vista.

—Pronto estarán mostrándoles los dientes a los guardias que rodean el palacio —dijo Jacob, demostrando que, en los momentos más difíciles, hasta un preceptor tan culto como él puede equivocarse por completo.

Los vitróculos ya estaban programados y concentrados en el lado confiniano de la barrera fronteriza. Sus filas abarcaban casi todo el ancho de la Ferania Ulterior. Roja se acercó lentamente, en lo alto de su vehículo de tres ruedas, en el que también viajaban Arch, Vollrath y el Gato, sentados por debajo de ella. Alistaire y Siren marchaban a la zaga, junto con las tribus.

—Alistaire, Siren, dividid las tribus entre vosotros y desplegadlas detrás de los

cañones —ordenó Roja—. Esperad a mi señal.

El Gato siseó.

—¿Quieres jugarte la única vida que te queda en el campo de batalla? —le preguntó Roja, burlona.

El asesino felino siseó de nuevo.

—Me complace tu falta de prudencia, Gato. —Roja lo acarició y se dirigió a Vollrath—. ¿Y tú, señor preceptor? ¿No te gustaría mancharte de sangre en combate?

—Mi arma es el intelecto, Su Malignidad Imperial, y la biblioteca mi línea del frente.

—Qué suerte para ti. —Devolvió su atención al Gato, Alistaire y Siren—. Tomad el mando de siete tribus cada uno.

Los sicarios corrieron a dar instrucciones a los jefes tribales, y Vollrath se excusó y se fue a supervisar la carga de los cañones de esferas. Roja, mientras observaba los preparativos de su ejército desde su posición estratégica en lo alto del vehículo, tomó a Arch del brazo como una señora que contempla el paisaje durante un paseo en carruaje con su pretendiente.

—Anímate, Archy. Cuando yo recupere mi aspecto distinguido con la corona, la vida volverá a ser como antes: tú, yo y el reino entero convertido en nuestro patio de juegos. Pobre de ti como no pongas cara de alegría. Las cosas podrían irte peor. Podrías estar muerto.

—Las cosas podrían irme peor —repitió Arch, con una cara de alegría que se parecía mucho a su cara de desánimo.

Vollrath regresó al vehículo.

—Todo está listo, Su Malignidad Imperial.

—No perdamos más tiempo. —Roja alzó su cetro en alto, apuntando al firmamento con el corazón. Lo sostuvo allí por un momento antes de bajarlo con un movimiento ágil y brusco.

Los vitróculos se abalanzaron de pronto hacia la barrera como para sacrificarse lanzándose contra sus ondas sonoras mortíferas a fin de que sus cuerpos inertes sirviesen como escudos que franqueasen el paso a los demás. Sin embargo, justo antes de que llegaran a la barrera, Roja hizo aparecer pegotes de masilla en los respiraderos de las torres que emitían la malla de energía impenetrable. La barrera fronteriza se desactivó. Los vitróculos entraron en tropel en los dominios de la reina Alyss, mientras un número abrumador de barajas de naipes soldado desenvainaban los aceros y disparaban sus pistolas de cristal, sus AD52 y sus cañones de esferas.

Roja levantó de nuevo su cetro hacia el cielo. Lo bajó con rapidez y seguridad, y cientos de cañones abrieron fuego. Las esferas generadoras refulgieron sobre la línea del frente y estallaron hacia el interior de Marvilia, diezmando las barajas de refuerzo que permanecían a la espera.

A la tercera señal de Roja, las tribus de Confinia atacaron. Su Malignidad Imperial, siempre en el vehículo de tres ruedas junto a Arch, siguió a sus tropas con

una caravana de ayudantes que le había robado al rey depuesto de Confinia. ¡Qué placer le producía ver al Gato abrirles el pecho con las zarpas a los naipes Seis y Siete! ¡Contemplar a su bestia felina favorita mientras mataba a dos pares de soldados con un solo golpe! ¡Qué delicia, ver a las secciones enemigas de rodillas a causa de los gritos de Siren y a Alistaire practicándole a cada uno de los soldados una autopsia que nunca terminaba!

Sintiéndose la más poderosa del universo, Roja centró su imaginación en su sobrina y se rió a carcajadas cuando Alyss intentó apartar de sí su visión, sumirla en la oscuridad.

—Traedme una jauría de ripios —ordenó.

Arch hizo un gesto de disgusto.

—Roja, ¿no puedes dejar que me encargue de una sola cosa?

—Pero Archy, siempre me ha gustado mirar a tus mascotas mientras se ejercitan.

Los ripios de la guerra tenían la mitad de tamaño que los maspíritus, pero eran el doble de rápidos, de aspecto canino pero con garras y dientes que nada tenían que envidiar a los del Gato. Roja, antes de verlos, oyó el cántico que coreaban cuando intuían que se dirigían hacia una aventura: «Matar y mutilar, lo que nos gusta más. Compadezco al enemigo que se cruce en nuestro camino».

Un cuidador se acercó con más de veinte de estas criaturas atadas a una sola correa y los hizo detenerse delante del vehículo de Roja. Levantaron el hocico para asimilar el olor de su nueva dueña.

—Debéis viajar a través del estanque de las Lágrimas de Marvilia —les indicó Su Malignidad Imperial—. El que aparezca en Londres, Inglaterra, debe dejar que su olfato le lleve hasta Sacrenoir, en el palacio de Cristal. —Proyectó imágenes del mago y de dicho edificio en la pantalla de humo que emanó de su cetro—. Decidle que la guerra ha comenzado y que quiero que venga con todos los reclutas. Las fuerzas de Alyss serán derrotadas. ¿Entendido?

—En el estanque de las Lágrimas nos zambulliremos —corearon los ripios—. ¿Cuál de nosotros encontrará a Sacrenoir? No lo sabemos. A informarle de la guerra vamos, para que venga con los soldados y al enemigo venzamos.

—¡Suéltalos!

Los collares de los ripios se abrieron con un chasquido, y los animales arrancaron a correr hacia Marvilia, saltando sobre los cadáveres y los moribundos. Roja los siguió con la vista, pensando con desprecio que si en el camino hacia el estanque mataban o mutilaban a alguno de los enemigos insignificantes e inútiles, mejor que mejor.

Habían llegado a las afueras del campamento de los fatalsinos sin sufrir el menor percance, y habían recuperado la chistera, la chaqueta y la mochila de Somber del sitio donde las había enterrado sin problemas. Sin embargo, para entrar en Marvilia, tendrían que abrirse paso entre los miles que combatían justo al otro lado de la frontera.

—Tendremos que luchar hasta llegar al Pico de la Garra —avisó Somber.

El Pico era seguramente el lugar donde Molly y Weaver estarían más a salvo. El plan de Somber consistía en dejarlas allí, y regresar al frente para ayudar a la reina Alyss. Parecía bastante claro que la guerra sin cuartel había comenzado. Al ver vitróculos y tribus de Confinia luchando codo con codo, concluyó que Roja de Corazones debía de estar detrás de aquel ataque, aunque desde donde se encontraba en aquel momento no veía el menor rastro de ella, sólo a sus tropas.

Dejó caer la mochila de su espalda y se la pasó a Weaver. Ella se la puso y se encogió de hombros; asomaron las puntas de puñales y tirabuzones, listos para usarse. Molly abrió y cerró las cuchillas de las muñecas que aún llevaba y se aseguró de tener el carcaj de ofuscamentos bien a mano. Asintió, y abandonaron el cobijo que les proporcionaban unos árboles secos tras los que se habían ocultado. Ante ellos avanzaba la retaguardia del ejército de Roja. Somber decidió que era inútil aplazar lo inevitable, así que...

Con un movimiento de la muñeca, lanzó las hojas de su chistera contra un grupo de guerreros gnobi y awr. El arma, dando vueltas, hirió de muerte a cuatro de los guerreros mientras Somber se abalanzaba sobre los demás con un salto mortal ejecutado con el cuerpo recto. Sirviéndose de las cuchillas giratorias de su muñeca eliminó a dos awr cuando aún estaba en el aire, luego aterrizó, atrapó su chistera, que volvió volando a su mano, y la utilizó como escudo contra las pistolas de cristal, las cartas daga y las espadas con que lo atacaban.

Mientras Somber acaparaba buena parte de la atención del enemigo, Molly lanzaba ofuscamentos con regularidad y precisión a los gnobi, scabblers, maldoides y fatalsinos, de manera que cada vez más de ellos se volvían unos contra otros, con dardos clavados en la frente, inyectándoles suero de la angustia en el cerebro.

—¡Molly!

Con el entrecocar de las armas y los disparos que abrasaban el aire, la joven no se había fijado en la bola letal de los gnobi que se le había acercado rodando y se había detenido a un maspíritu de distancia de ella. Weaver se plantó de un salto delante de ella justo cuando el arma estalló, despidiendo una supernova de perdigones de cristal.

¡Tet-tet-tet-tet-tet-tet-tet-tet-tet-tet!

La munición de la bola se agotó, y Weaver cayó al suelo, exánime. Molly, ilesa, hincó una rodilla en el suelo y se inclinó sobre su madre, cerrando las cuchillas de su

muñeca y quedando expuesta al fuego enemigo.

—¡Mamá! ¡MAMÁ!

Pero la vida ya había abandonado el cuerpo de Weaver. A poca distancia de allí, Somber se había quedado paralizado mientras luchaba contra tres shifog, con la mirada fija en su amada inmóvil y las cuchillas ante sí como si apenas le importase su seguridad.

A Molly le tembló el labio inferior.

—¡Aaaargh!

Embistió al guerrero más cercano, tajando y triturando con sus cuchillas de la muñeca. Corrió directa hacia los astacanos y los glebog y los scabbler, utilizando sus armas de la Bonetería con más eficiencia que nunca mientras, con su mano libre, clavaba ofuscamente a todos aquellos que fueran lo bastante estúpidos para ponerse a su alcance.

Somber no profirió ningún alarido de angustia. Mientras las hojas de su chistera rebotaban entre los guerreros, activó los sables de su cinturón y comenzó a girar, segando los cuerpos de los confinianos como si fueran plantas de alatiernas, guardando silencio como un asesino experto, con una expresión tan acerada como sus cuchillas. Los miembros de tribus que seguían con vida huyeron a toda prisa hacia el interior de Marvilia, seguramente, pensó Somber, para reunirse con los otros soldados de Roja en su marcha sobre la capital. Somber plegó sus armas, se acercó al cuerpo de Weaver y lo levantó en brazos.

—Necesitamos un comunicador especular —dijo.

Molly le quitó el teclado y los cinturones de municiones a un naipe Cuatro muerto, y padre e hija, sin atreverse a hablar más de lo necesario, ni a mirarse entre sí, por temor a que una palabra o una mirada directa desataran un dolor que ninguno de los dos se sentía lo bastante fuerte para soportar.

El viento traía consigo el sonido de explosiones y gritos roncos; en el puesto militar en la segunda cumbre más alta de las montañas Snark se libraba una batalla encarnizada. Pero en la cueva situada cerca de la cima del Pico de la Garra, reinaban la solemnidad y el silencio. Somber depositó el cuerpo de Weaver en el suelo y partió en dos un cristal de fuego para calentarse. Molly tapó a su madre con mantas que se guardaban allí desde visitas anteriores, y se sentó junto a Somber, cada uno absorto en sus pensamientos, contemplando el pecho inerte de Weaver como si albergaran la esperanza de que ocurriera lo improbable: que comenzara a subir y bajar de nuevo.

—Es culpa mía —dijo Molly—. Todo lo que ha ocurrido. Tuve una oportunidad que no se le presenta en la vida a ningún otro híbrido, ser la escolta de la reina, y... —posó la mirada en el cadáver de su madre— he hecho esto.

—Esto es obra de Arch —repuso Somber—. Y de Roja. No tuya.

Molly no tenía su habitual expresión de chica dura ni las mandíbulas apretadas en

un gesto desafiante.

—Papá —dijo, llorando, por primera vez sin esforzarse en pasar por una adulta autosuficiente.

Somber se le acercó y la abrazó contra sí.

—Nadie me lo había dicho —aseguró. Alzó el rostro de ella hacia el suyo para ver aquellos ojos llorosos que tanto le recordaban a Weaver—. Tu madre no quería abandonarte. —Había tantas cosas que explicar y que intentar subsanar, pero no había tiempo—. Por favor, quédate aquí, Molly, velando a tu madre.

—¿Adónde vas?

—Arriba. —Se ajustó el teclado del naípe Cuatro y los cinturones de municiones de cuyos tejidos internos constaba el comunicador especular—. No tardaré en volver. —Comprimió su chistera en un bloque de cuchillas que guardó en un bolsillo interior de su chaqueta. Extrajo dos armas en forma de palanca de su mochila, que dejó junto a Weaver, y salió de la cueva.

Al pensar en la última vez que había estado allí no recordaba nada sospechoso, ninguna pista de por qué Arch y Ripkins estaban en el Pico el día que toparon con Weaver. Pero aún quedaba una parte de la montaña que Somber no había tenido en cuenta hasta ese momento. Arch le había pedido que trepase a la torre más alta del palacio de Corazones, y el propio Arch había estado aquí, en el punto más alto de Marvilia. ¿Por qué? Somber alzó la vista hacia la roca recubierta de hielo que se elevaba hasta un lugar situado por encima de las nubes. Clavó las puntas cortas y en forma de escoplo de sus palancas en el hielo y empezó a escalar, apoyando los pies en grietas y salientes siempre que podía. Subió y subió, y penetró en la capa de nubes, donde no podía ver lo que había a un brazo de distancia por encima de él. Aun así, seguía hincando las armas en la roca y escalando.

Al fin, su cabeza asomó sobre las nubes. Divisó la cumbre, pero no fue hasta que se hallaba ya muy cerca de ella cuando vio algo absolutamente increíble: una telaraña gigantesca hecha de hilos de oruga de colores distintos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en dirección a Marvilópolis. Enrollado en torno al Pico había un hilo amarillento cuya otra punta sin duda estaba sujeta a otra cumbre, del mismo modo que los hilos color naranja y verde y rojo que se entrelazaban con él debían de estar atados a los puntos más altos de volcanes y rascacielos.

Somber pulsó un botón en el teclado de su comunicador para activarlo.

—¡Al habla Somber Logan! —gritó para hacerse oír por encima del viento intenso y cortante—. ¡Debo hablar con la reina Alyss de inmediato!

Las voces de los generales le respondieron a través del comunicador especular. Se le antojaron diminutos en aquel espacio tan inmenso en que se encontraba.

—¡Somber Logan!

No estaban seguros de si debían fiarse de él —al fin y al cabo, había desobedecido a la reina y desertado— y se inclinaban por denegar su petición, pero Jacob, sentado ante la mesa de control en la cámara de cristal, oyó el diálogo y

sintonizó la frecuencia del bonetero.

—Somber —dijo el preceptor—, ¿qué estás...?

Alyss se acercó a la mesa de control.

—¿Somber?

—No soy un traidor, Majestad.

—Lo sé.

—Cuando los combates lleguen a su fin, si sigo con vida, me someteré a la acción disciplinaria que me impongáis por mi desobediencia, pero ahora mismo tengo que mostraros esto. —Apretó otro botón para transmitir una imagen de la telaraña inmensa que se extendía en el cielo.

—Pero ¿qué...? —jadeó Jacob.

—Tengo razones para creer que esta red llega hasta el palacio de Corazones —dijo Somber, y a continuación explicó que Arch le había ordenado regresar al palacio con cierta cantidad de hilo de oruga verde, subir a la torre más alta y entretejer el hilo con el Arma de Destrucción, Exterminio Letal y Aniquilación según un patrón determinado.

Con la imaginación, Alyss escudriñó el cielo sobre el palacio. En efecto, allí estaba: la telaraña, no sujeta a la torre pero muy cerca, más fina sobre Marvilópolis que sobre las regiones de la periferia del reino.

—Arch no puede haber hecho esto solo —dijo ella—. ¿Lo sabe Roja?

—Lo ignoro, Majestad.

—Tenemos que cortarla, Alyss —dijo Jacob—. Sirva para lo que sirva, y no creo que queramos averiguarlo, debemos cortarla y echarla abajo.

Pero Alyss estaba pensando en las imágenes que Azul le había enseñado: el rey Arch tejiendo una red en la que la atrapaba; Somber tejiendo otra que la liberaba.

—No —dijo—. Somber, debes entretejer el hilo verde allí donde estás, tal y como aparece en el diagrama que te dio Arch. Ponte en contacto conmigo cuando estés a punto de terminar y sólo te falte un hilo.

—Sí, Majestad —dijo el bonetero, y cortó la comunicación.

A Alyss le pareció que comenzaba a desentrañar el mensaje misterioso de Azul, pese a que sólo podía hacer conjeturas sobre su significado y esperar no equivocarse. Al menos de manera desastrosa.

En una calle de las afueras de la ciudad donde solían jugar algunos niños de Marvilia, unos naipes soldado a quienes el enemigo superaba en número y en armas se vieron salvados de un bombardeo de cartas daga por un escudo que hacía rebotar los proyectiles hacia los vitróculos que los lanzaban...

En un *safari-park* de la Ferania Ulterior donde muchas familias pasaban sus vacaciones, una sección de peones logró defenderse de varios miembros de tribus confinianas con la ayuda de los cañones que se recargaban y disparaban esferas generadoras automáticamente...

En unos caminos de senderismo que discurrían por el bosque Eterno, unos guerreros fel creel que estaban a punto de eliminar a dos manos enteras de naipes soldado de pronto acabaron tragados por la tierra que tenían bajo los pies, que los succionó hacia profundidades desconocidas...

Dando apoyo a sus tropas desde la cámara de cristal, Alyss había conseguido evitar durante más de un cuarto de hora lunar que las fuerzas de Roja conquistaran nuevas posiciones. Sin embargo, notaba que la fatiga empezaba a apoderarse de ella, incluso estando tan cerca del Corazón de Cristal. La invasión de Marvilópolis por el ejército de Roja parecía tan inevitable como el paso de las estaciones.

«No puedo mantener este ritmo. No puedo estar en todas partes a la vez».

—¡El estanque de las Lágrimas, Alyss! —gritó Jacob.

Ella enfocó el estanque con el ojo de su imaginación: de dos en dos y de tres en tres, unas figuras salían disparadas a su superficie.

«¿Esas cosas son... esqueletos?».

Lo eran. Innumerables esqueletos nadaban hacia la orilla junto con su amo Sacrenoir y otros seres de carne y hueso y malas intenciones. Salieron a tierra y atacaron a todos los naipes soldado y piezas de ajedrez que estaban a la vista: otra batalla, una emboscada contra los sentidos y las energías de Alyss.

Apuntó con su cetro al Corazón de Cristal y cercó a los mercenarios terrícolas con una barrera idéntica a la que hasta hacía muy poco separaba su reino del de Confinia; las torres que emitían unas ondas sonoras capaces de freírle los órganos internos a quien intentara atravesarlas. Pero entonces los escurpidores que habían acorralado a unos guerreros catabrac en un escaque negro del desierto Damero se desintegraron en el acto. Los guerreros se abrieron paso a tiros entre una mano de naipes Cinco y avanzaron hacia la capital.

Roja, enterada de la llegada de Sacrenoir mientras se dirigía hacia Marvilópolis en su vehículo de tres ruedas, soltó una risotada cuando divisó con su visión remota la barrera con que Alyss pretendía contener a Sacrenoir y a los demás. Cuanto más se acercaba al Corazón de Cristal, más notaba que se fortalecían sus poderes. Obstruyó los respiraderos de las torres de la barrera; las ondas sonoras crepitaron y se apagaron. Alyss materializó otra barrera, pero Roja taponó sus respiraderos con la

misma rapidez. Alyss hizo aparecer una tercera barrera, pero esta vez, al notar la mirada de la reina fija en ella, Su Malignidad Imperial dijo en voz alta, como maniobra de distracción:

—Veamos cómo está mi amigo el guardia. —A continuación, dirigió sus energías a una granja de Marvilia, donde Dodge, tras requisar un maspíritu, galopaba a través de un viñedo de gobiguvas hacia el bosque Eterno, pues le habían notificado que el Gato había sido visto allí, diezmando naipes soldado con zarpazos formidables.

Desde el comienzo de las hostilidades, a Alyss le reconfortaba pensar que Dodge y el Gato estaban muy lejos el uno del otro, pero la estratagema de Roja dio resultado. Alyss se dejó distraer y centró su visión imaginativa en Dodge, que había descabalgado de su maspíritu y estaba desenvainando la espada de su padre, avanzando a grandes zancadas hacia...

—¡Jacob —gritó Alyss—, dile a Dodge que el Gato que ve no es real! ¡Es una réplica!

El preceptor repitió el mensaje varias veces a través del micrófono de su mesa, pero Dodge no respondió. Si el Gato era un doble, lo descubriría por sí mismo. El Gato sonreía de oreja a oreja, sin retroceder un ápice, mientras Dodge corría hacia él apuntándole con la espada a la garganta.

¡Bonk!

Un balde voló por el aire y golpeó al guardia en el hombro. Antes de que pudiera recuperarse, otro balde apareció de pronto por el lado opuesto. ¡Clonc! Aturdido, Dodge blandió la espada para defenderse de una azada que una mano invisible le había tirado.

Roja.

Alyss materializó a su vez cubos y aperos de labranza para estrellarlos contra los de su tía. Pero unas cuantas de las materializaciones de Roja alcanzaron su objetivo y golpearon a Dodge en la cabeza, los brazos, las piernas y el abdomen, provocándole frustración y rabia, mientras el Gato, intacto, se reía. Al intentar proteger a Dodge, Alyss descuidó lo que había estado haciendo valiéndose de la imaginación en otros frentes. Sacrenoir y el resto del ejército terrícola de Roja pasaron con toda facilidad por entre las torres obstruidas de su barrera. En otras partes del reino, las hordas de Roja castigaban a las fuerzas de Alyss y se aproximaban a Marvilópolis.

Alyss se dio cuenta de su error. Pero fue entonces, cuando empezaba a temerse que Roja fuera imparable, que entendió con claridad el mensaje de Azul.

«Exponete a la derrota, o serás derrotada. Coquetea con la derrota».

Se quedó de pie frente al Corazón de Cristal y con el cetro en la mano, sin hacer nada.

—¡Alyss! —gritó Jacob—. ¡A-lyss!

«Debo coquetear con la derrota para evitar la victoria de Roja».

Por encima de ella y del centro de la ciudad, la telaraña de hilo de oruga era mucho más intrincada. Alyss corrió a la mesa de control e inició una transmisión

—Dejen que Roja avance —les ordenó—. Pero asegúrense de que los soldados finjan resistencia. De lo contrario, ella sospechará.

—Con el debido respeto, Majestad —dijo el general Gänger—, ¡eso es una locura!

Con Jacob revolviéndose inquieto a su lado, y sin dejar de defender a Dodge — que todavía no había asestado un solo golpe a la réplica del Gato— de los objetos que le lanzaba Roja, Alyss observó los monitores de la mesa de control. En las calles de las afueras de Marvilópolis aparecieron los primeros de sus naipes soldado en retirada, luchando con poco brío y corriendo a refugiarse cada vez que se les presentaba la ocasión. Las tropas de Roja se aproximaban desde todas las direcciones. La misma Roja avanzaba tras los guerreros que se habían abierto camino luchando por el bosque Eterno, en lo alto de su vehículo de tres ruedas con Arch y su preceptor como compañeros de viaje.

—Reina Alyss, he entretejido el hilo verde, como me habéis indicado. El patrón está casi completo.

Las fuerzas de Roja estrechaban el cerco en torno al palacio a marchas forzadas, rompiendo escaparates, haciendo explotar medios de transporte, acribillando las fachadas de los edificios con disparos de pistolas de cristal y cartas daga.

—Más cerca —murmuraba ella mientras Roja avanzaba—. Más cerca.

Unas manzanas más, e invadirían el palacio mismo. El ejército de Roja ya se dirigía por el bulevar de Corazones hacia las puertas del palacio. Aun así, Alyss esperó. Roja enfiló el bulevar. Tres manzanas de distancia, dos, una...

En el Pico de la Garra, el bonetero ató el último cabo suelto de hilo de oruga tal como indicaba el diagrama que Arch le había dado y...

[illegible]

www.lectulandia.com - Página 212

exterminada en la capital.

Era bella. Era poderosa. ADELA era todo lo que un déspota habría podido pedirle a un arma. Aunque tal vez la desolación que sembró no fue, por lo que respecta a la destrucción o al número de víctimas, tan masiva como podría haber sido, las pérdidas fueron inmensas..., sobre todo para Roja, que fue de los primeros en volver en sí. Encontró su cetro, que la explosión le había arrancado de las manos, y miró en torno a sí algo atontada. No había ni rastro de su vehículo de tres ruedas. Sus tropas —y las de su sobrina— yacían desperdigadas e inconscientes ante ella en posturas de lo más diversas.

A un cuarto de manzana de distancia, Arch y el Gato despertaron poco a poco. Arch reconoció los efectos de ADELA pero no entendía qué había sucedido. El impacto fue menor que si Somber hubiese activado a ADELA siguiendo sus instrucciones. Aun así, el arma sin duda había dado el resultado previsto en quienes poseían el don de la imaginación. ¿No había desaparecido el vehículo de tres ruedas de Roja? Todas sus materializaciones debían haberse desvanecido. Sin embargo, Arch ignoraba hasta qué punto había afectado el arma a Roja. Tendría que tomarse su tiempo, para observar y aprender. No era la imprudencia lo que lo había llevado a convertirse en rey de Confinia. No quería dar al traste con su oportunidad de recuperar la corona por obrar con precipitación.

Se acercó a Roja y le dijo:

—Alyss debe de haber absorbido más energía del cristal.

Roja resopló con desprecio. Pero ¿una energía capaz de arrasar ejércitos enteros de una sola sentada? Buscó a Alyss con el ojo de su imaginación, pero era como si se hubiese quedado ciega y no veía más que oscuridad. En realidad, al despertar apenas había notado ese cosquilleo...

Intentó materializar un medio de transporte, pero no consiguió hacer aparecer ni un volante. Probó con algo más pequeño, más simple: una rosa. No apareció ninguna. Trató de materializar lo que incluso una niña con un mínimo de talento habría considerado un juego de niños: una tartitarta. De nuevo, su intento fracasó.

Había perdido sus poderes. Ya no tenía imaginación.

¿Cómo iba a enfrentarse a su sobrina sin imaginación? Mataría a Alyss por haberle hecho esto. Le daría una muerte lenta, dolorosa. Pero ahora no. No, primero tenía que recobrar su fuerza, embeberse de energía, y luego...

Arch la estaba esperando. Ella hizo una mueca para disimular el pánico.

—¡Traed a los ripios!

De su caravana de asistentes, el aturdido cuidador de ripios salió arrastrando los pies con tres jaurías de las no menos aturdidas bestias.

—La cabeza como olla de grillos y todavía medio dormidos —corearon los animales—. Nos sentimos indispuestos, mejor dadnos un hueso.

—¡A callar! —rugió Roja—. Debéis rastrear a Vollrath, Sacrenoir, Alistaire, Siren

y los jefes tribales que sigan con vida. Decidles que nos volvemos a Confinia. Deben saber que lo de hoy ha sido un simulacro del ataque auténtico que pronto lanzaremos sobre este mi reino. Andando.

Los collares se abrieron, y los sesenta ripios se alejaron trotando en distintas direcciones. Roja se acercó con paso decidido a un maspíritu que pugnaba por ponerse en pie. La bestia, que aún no se había recuperado del impacto de ADELA, estuvo a punto de caer al suelo cuando Roja montó sobre su lomo.

El Gato se transformó en un gatito y saltó para sentarse en el regazo de su ama.

—¡Arch! —Roja le apuntó con el cetro como si pretendiera asestarle un golpe con la imaginación.

—Ya voy, Su Malignidad Imperial —dijo Arch, divertido, y se encaramó a la silla de montar, tras ella.

Roja espoleó al maspíritu, que trotó con Roja y Arch a cuestas, llevándolos hacia Confinia y hacia un futuro que en modo alguno tendría cabida para los dos.

Los informes eran idénticos a los recibidos cuando se produjo el atentado contra el Continuo de Cristal: magos que no podían hacer magia, escritores que no podían escribir, inventores que no podían inventar, músicos que no podían tocar sus instrumentos o componer. La única diferencia entre ADELA y el prototipo de Arch era de grado, de alcance. ADELA había despojado de sus habilidades a los imaginacionistas de todo Marvilia.

—Si no hubiera visto con mis propios ojos el Corazón de Cristal tan opaco como un bloque de granito —comentó Jacob—, no lo habría creído posible. No sabemos qué otras cosas han pasado, pero la imaginación universal se ha dispersado, y rezo por que se trate sólo de un problema temporal, como ocurrió con la crisis del Continuo. Me pongo más pálido que de costumbre al pensar lo que habría podido suceder si Somber hubiera obedecido a Arch y hubiera entretejido el hilo de oruga sobre el centro de la ciudad.

Se encontraban en la sala de guerra del palacio de Corazones: Jacob, Alyss, el general Doppelgänger y Dodge. Éste, tras despertar de la conmoción causada por ADELA en el viñedo de gobiguvas, no había encontrado el menor rastro del Gato. Ante la retirada de las fuerzas de Roja y la insistencia de Alyss, había regresado a regañadientes al palacio.

—Es una suerte que Roja crea que aún conservas tu imaginación —señaló Jacob.

—¿Eso cree? —preguntó Alyss, observando a Dodge.

—No hay otra explicación para su retirada.

El general se aclaró la garganta.

—¿Cuánto tiempo deben permanecer Somber Logan y Molly la del Sombrero en el Pico de la Garra?

—El suficiente para llorar su pérdida —respondió Jacob.

La fuerza de ADELA había hecho caer a Somber de la cima de la montaña, pero él había frenado su caída hasta la entrada de la cueva abriendo surcos en la roca con las palancas a medida que bajaba. Dentro de la cueva, había encontrado a Molly atontada pero ilesa. Había vuelto a escalar hasta la cumbre y había cortado todos los hilos de oruga que estaban a su alcance. Los cabos sueltos ondearon y se enroscaron, y la telaraña entera se desmoronó y quedó reducida a partículas de polvo que el viento se encargó de dispersar. Weaver sería enterrada debidamente. Somber lloraría su muerte por segunda vez, pero al menos ahora estaría en compañía de su hija.

En la sala de guerra, el general Doppelgänger dijo:

—Somber siempre ha sido ejemplo de entrega y dedicación, pero, reina Alyss, eso no quita que os haya desobedecido. No puedo evitar preguntarme si debería juzgarlo el mismo tribunal que juzgaría a un naípe Dos.

—Somber cuenta con que recibirá un castigo —dijo Alyss—. Lo aceptará de buena gana. Pero lo cierto, general, es que si no se hubiera ido a Confinia pese a que

le prohibí que lo hiciera, tal vez Roja ceñiría ahora la corona de Marvilia.

El general movió la cabeza afirmativamente, satisfecho con este razonamiento, y consultó su comunicador especular.

—El ejército de Roja no se está retirando discretamente —anunció—: seguimos recibiendo informes de escaramuzas aisladas. La buena noticia es que hemos capturado a suficientes miembros de las tribus de Confinia para llenar un vehículo carcol.

Alyss asintió. Quería quedarse a solas con Dodge, susurrarle al oído: «Es extraño lo libre que me siento sin mi imaginación; aquello que, más que cualquier otra cosa, ha hecho de mí la persona que soy». Ahora tenía la oportunidad de descubrir cómo sería sin la pesada carga de ese don. «Quiero que sientas lo mismo que yo, Dodge. La libertad». Si al menos él pudiera desterrar de su mente su obsesión por la venganza, que había hecho de él el hombre en que se había convertido...

Tal vez hablaran de ello más tarde. Sí, ella se confiaría a él, y continuaría haciéndolo durante el resto de sus días. Pero, ahora mismo, como si aún tuviera el poder de la visión a distancia, volvió la mirada en dirección a Confinia, donde sabía que Roja ya estaría tramando otro ataque, y deseó que existiera una única imaginación, ni blanca ni negra.



FRANK BEDDOR (Estados Unidos). Es un escritor y productor americano, actor, acróbata y excampeón mundial de esquí *freestyle*, conocido por su serie de libros dedicados a la literatura para jóvenes adultos *La guerra de los espejos*, obra que complementa con novela gráfica y juegos de mesa. Su obra más notable como productor fue en la película de 1998 *Algo pasa con Mary*. Vive en Los Ángeles, California.

Notas

[1] *Rip* significa «hacer jirones», en inglés. (N. del T.) <<